NICOLAS MALEBRANCHE

CONVERSACIONES SOBRE LA METAFÍSICA Y LA RELIGIÓN

CONVERSACIONES

SOBRE

LA METAFÍSICA Y LA RELIGIÓN

POR EL PADRE

NICOLÁS MALEBRANCHE

SACERDOTE DEL ORATORIO

TRADUCIDAS DE LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA (ROTTERDAM, 1690)

POR

JULIANA IZQUIERDO Y MOYA

TRADUCCIÓN REVISADA

POR

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

CON PRÓLOGO DEL MISMO

MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)
Cañizares, 3 duplicado.
1921

Talleres tipográficos de la EDITORIAL REUS (S. A.) — Ronda de Atocha, 15 duplicado (508).

A la Excma. y culta Diputación Provincial de Ciudad Real,

como escasa prueba de gratitud por su noble y generoso proceder con esta su humilde ex-pensionada y servidora, que desea ardientemente poder ofrendarle pronto trabajos más meritorios.

Juliana Izquierdo y Moya

INTRODUCCIÓN

Publícanse ahora por primera vez en castellano en la nueva serie de la Biblioteca Filosófica, con buen acuerdo iniciada por la Editorial Reus) los *Entretiens sur la Metaphysique et sur la Religion*, del P. Malebranche, esmeradamente traducidos por la cultísima Srta. Juliana Izquierdo y Moya, doctora en Filosofía y Letras. Trátase de una obra de extraordinario interés filosófico, y quizá de la más adecuada, entre todas las de su autor, para formar concepto exacto de los principios fundamentales de su sistema.

Nació Nicolás Malebranche en París, el año 1638 (uno después de la publicación del *Discours de la Méthode* cartesiano), y fué el último de los hijos de Nicolás Malebranche, Secretario Real, y de Catalina de Lauzon. Tuvo, desde la infancia, enfermiza y delicada constitución. A los diez y seis años comenzó el estudio de la Filosofía peripatética en el colegio de la Marche; pero no fué Aristóteles, a quien censura con frecuencia, sino Descartes, su iniciador en Filosofía. Su primera obra, y también la más extensa, *De la Recherche de la Vérité*, vió la luz en 1674-1675 (la más completa edición es del año 1712). Escribió después, entre otras obras menores (Memorias científicas, respuestas, defensa cartas, etc.), las *Conversations chrétiennes* (París, 1676); el *Traité de la Nature et de la Grâce* (Amsterdam, 1680); las *Méditations chrétiennes et métaphysiques* (Colonia, 1683); el *Traité de Morale* (Colonia, 1683, seguido, en la edición de 1697, del *Traité de l'amour de Dieu);* los aludidos *Entretiens* (Rotterdam, 1688; la edición más completa, según el mismo Malebranche, es la de París, 1711); los *Entretiens d'un philosophe chrétien avec un philosophe chinois sur l'existence et la nature de Dieu* (París, 1708); las *Réflexions sur la prémotion physique*, contra el P. Boursier

(París, 1715), y las *Réponses à M. Arnauld* (París, 1709) (1).

Perteneció Malebranche a la Congregación del Oratorio de Jesús, donde ingresó a los veintiún años, y en cuya casa de la calle Saint-Honoré vivió cincuenta, dando ejemplo de piedad y de mansedumbre. No le faltaron, sin embargo, contradictores: «Tuvo que combatir—escribe Bouillier—contra los cartesianos, fieles a la doctrina del maestro, contra los jesuitas y los jansenistas, contra Bossuet, contra Régis, contra François Lamy, contra el P. Valois, contra el P. Tournemine y los diaristas de Trévoux, contra el P. Boursier, y sobre todo contra Arnauld, el más temible de todos.» Murió el 13 de Octubre de 1715.

Filósofo y teólogo, Malebranche fué también físico, geómetra y anatómico. Descartes en lo filosófico y San Agustín en lo teológico, fueron sus maestros principales. Como escritor, es de una suavidad extraordinaria; sabe cautivar al lector desde el primer momento, y (lo que es más difícil) sabe hacerse amar de él por la sencillez encantadora y la cordial blandura de su estilo. Voltaire le proponía como modelo del lenguaje filosófico.

Tiene Malebranche, como gran filósofo (y es el primero de Francia, después de Descartes), una idea matriz, que alienta en todos sus escritos. Pero es admirable el número de observaciones atinadas, de puntos de vista interesantes, de reflexiones aprovechables, que esparce en cualquiera de sus obras y que merecen hoy tenerse muy en cuenta. Tal ocurre con lo que acerca de la memoria, de la herencia, de la imaginación y de las pasiones, dice en la *Recherche de la Vérité*. Aun disintiendo de su teoría fundamental sobre las causas ocasionales y la visión en Dios, todavía se pueden recoger en sus libros, pensamientos de extraordinaria profundidad.

* * *

(1) Cons. la ed. *De la Recherche de la Vérité*, con notas e introducción de Francisque Bouillier (Paris, Garnier, sin a. [1879]; dos tomos en 8.°). Poseo ejemplar de la 2.ª ed. de los *Entretiens sur la Metaphysique* (Rotterdam, R. Leers, 1690). A juzgar por una referencia del *Entretien* X, Malebranche se ocupaba en su redacción el año 1687.

Lo que hay de básico en la doctrina de Malebranche, consta, claramente expuesto, en los *Entretiens sur la Metataphysique et sur la Religion*, y especialmente en la primera mitad del libro, harto más sólida y razonada que la segunda.

Malebranche es un *racionalista católico*, o un *católico racionalista*. «La fe—dice en el primero de los Coloquios—debe regular la marcha de nuestro espíritu; pero solamente la soberana Razón puede llenarlo de inteligencia.» Su punto de partida y su metodo son legítimamente cartesianos: «Nunca debe prestarse entero consentimiento—escribe—sino a las proposiciones que parezcan tan evidentemente verdaderas, que no sea posible negarlo sin sentir una pena interior y los reproches secretos de la razón.» (*Recherche*. VI, 1.)

Para él, como para Descartes, hay dos sustancias perfectamente distintas: el espíritu y el cuerpo. El espíritu, es «la sustancia que piensa»; el cuerpo, «la sustancia extensa». Yo sé que pienso, y, como la nada carece de propiedades, es evidente que, mientras pienso, «soy alguna cosa que piensa» (parece extraño que Malebranche, y lo mismo Descartes, no echasen de ver que, por lo mismo que el yo piensa unas veces, y otras veces no, su esencia no puede consistir en el pensamiento). Pero un cuerpo no puede pensar, porque toda manera de ser de la extensión, consiste en «relaciones de distancia», y es evidente que los razonamientos, los deseos, los placeres, los sentimientos, no son relaciones de distancia. Ahora bien, el cuerpo no se compone de otra sustancia sino de la extensión (que Malebranche identifica con la materia), entendiendo por sustancia «todo aquello que se puede concebir solo, y sin pensar en otra cosa», o «lo que se puede concebir solo, como existente independientemente de cualquiera otra cosa»; puesto que se puede pensar en la extensión, sin pensar particularmente en otra cosa (extraña afirmación igualmente: la de que puede pensarse en la extensión, sin pensar en cosa extensa, siendo así que el pensamiento, según Malebranche, supone *una cosa pensante*).

La extensión o materia, es esencialmente una. «Todas las modalidades posibles de la extensión no son sino relaciones de distancia, y sólo por la variedad del movimiento y del reposo de las partes de la materia, se produce esta variedad de

figuras o de cuerpos diferentes que admiramos en el mundo.» (Col. X.) Con una misma extensión, pueden formarse cuerpos esencialmente diferentes: así, con el trigo se hace harina, con la harina, pan, y con el pan, carne y huesos. Y nótese que, para Malebranche, «todo cuerpo está en reposo, cuando guarda la misma relación de distancia con los demás; y está en movimiento, cuando esa relación cambia sin cesar.» (Coloquio VII.)

Por otra parte, si el mundo de la extensión es el mundo de las cosas, el mundo del pensamiento es el de las ideas. Conforme Malebranche con el abolengo platónico de su cartesianismo, juzga que las ideas, contenidas en la razón, son «las esencias inteligibles, eternas y necesarias». En ellas, y no en las cosas, está la plena realidad. Así podemos decir que «todo aquello en que pensamos, existe». «Cuando pienso en un círculo, en un número, en el Ser o en lo infinito, en tal ser finito, *apercibo* (j'apperçois) realidades; porque si el círculo que apercibo no fuese nada, al pensar en él, no pensaría en nada», lo cual sería absurdo, pues la nada carece de propiedades.

Ahondando más en el problema, podemos afirmar, según Malebranche, que sólo lo ideal es real. Nosotros conocemos la existencia del mundo material, por revelación divina o por medio de nuestros sentidos. Dejando aparte la primera, es evidente que los segundos no son infalibles. Las cosas no pueden actuar sobre el espíritu, ni representarse en él. «En el supuesto de que el mundo fuese aniquilado, y de que Dios, a pesar de ello, imprimiese en nuestro cerebro las mismas huellas, o más bien en nuestro espíritu las mismas ideas que se producen en presencia de los objetos, veríamos las mismas bellezas. Luego las bellezas que vemos, no son bellezas materiales, sino bellezas inteligibles, hechas sensibles a consecuencia de las leyes de la unión del alma con el cuerpo.» Absolutamente hablando, todos nuestros sentimientos pueden ser independientes de los objetos. El calor no está en el fuego, ni el color en la rosa, ni el dolor en mi propio cuerpo, ni el dulzor en el azúcar, ni el sonido en el aire, ni los cuerpos poseen otras cualidades que las que resultan de sus figuras o de sus movimientos. Los sentidos son falsos testigos

ación a la verdad, aunque sean fieles consejeros por que toca a la conservación y a la comodidad de la vida.

Por eso no debe confundirse la *idea* con la *percepción:* ésta es una modificación particular de nuestro espíritu; aquella es algo general, objeto inmediato del mismo (1). *Conocer* no es *sentir;* así, Dios conoce el dolor que experimentamos; pero no lo siente, porque sería desgraciado.

»Es indudable, me parece (dice Malebranche en la *Recherche de la Vérité*, I, 14), que nuestras almas no ocupan espacios tan vastos como los que median entre nosotros y las estrellas fijas, aun cuando se concediese que son extensas; así no es razonable creer que nuestras almas estén en los cielos cuando ven en ellos las estrellas. Ni siquiera es creible que salgan a mil pasos de sus cuerpos, para ver cosas a esta distancia. Es, pues, necesario que nuestra alma vea las casas y las estrellas *donde ellas no están*, puesto que no sale del cuerpo en que se halla y no deja de verlas fuera de él. Ahora bien: como las estrellas que están inmediatamente unidas al alma (que son las únicas que ésta puede ver), no están en los cielos, síguese que todos los hombres que ven las estrellas en los cielos, y que juzgan después voluntariamente que están allí, forman dos falsos juicios: uno natural *(de los sentidos)* y otro libre.»

En suma: como las propiedades de la extensión no pueden consistir sino en relaciones de distancia, no es posible que los cuerpos obren sobre los espíritus, y, en su consecuencia, no puede, propiamente, haber unión del cuerpo con el espíritu. Podemos herirnos un dedo con una espina; puede la conmoción fisiológica llegar al cerebro; pero ni el dedo ni el cerebro ejercen acción alguna sobre el alma, ni pueden hacerla sentir el dolor, porque dedo y cerebro son materia, y ésta no es capaz de obrar sobre la sustancia pensante, por ser esencialmente distinta su recíproca naturaleza. «Así como el alma no es capaz de extensión ni de movimientos, el cuer-

(1) Ritter ha hecho notar, con fundamento, que Malebranche determinó, con bastante más exactitud que Descartes, la diferencia entre el conocimiento de la inteligencia y la sensación.

po es incapaz de sentimiento y de inclinaciones. Toda la alianza del espíritu con el cuerpo, que nos es conocida, consiste en una correspondencia natural y mutua de los pensamientos del alma con las huellas del cerebro, y de las emociones del alma con los movimientos de los espíritus animales.» (*Recherche*, II, 5.)

Añádase a esto, que, ni los cuerpos pueden moverse los unos a los otros (puesto que Dios, al crear un cuerpo, le crea *en alguna parte*, y ningún poder es capaz de transportarlo adonde Dios no le transporte), ni las ideas son producciones del espíritu, o modificaciones del mismo. ¿Cómo podríamos pensar en un círculo, si no tuviésemos ya alguna idea de él, y medios de formarla y acabarla? ¿Cómo creer que la idea de una extensión infinita, sea modificación de algo finito, cual es nuestro espíritu?

La formación de ideas generales sería imposible, si no encontrásemos en la idea de lo infinito bastante realidad para dar generalidad a las ideas. Sin la idea de lo infinito, podríamos pensar en *tal círculo*; pero no en *el círculo*, por grande que fuese el número de los que percibiésemos.

Pero las ideas no nos pertenecen; son algo impersonal y generalísimo. «La percepción que yo tengo de la extensión, no puede existir sin mí. Es, pues, una modificación de mi espíritu. Pero la extensión que veo, subsiste sin mí, porque vosotros la podéis contemplar sin que yo piense en ella, vosotros y todos los demás hombres.» (Col. I.) No hay más que una Verdad, una Razón.

Ahora bien: si la extensión inteligible infinita no es una modificación de mi espíritu finito, y no puede pertenecerle, sólo podrá pertenecer a Dios, «en el cual se halla el arquetipo, que contemplo, del mundo creado en que habito: un Dios en el cual se encuentra la Razón que me ilumina mediante las ideas puramente inteligibles que suministra abundantemente a mi espíritu y al de todos los hombres; porque estoy seguro de que todos ellos están unidos á la misma Razón que yo.»

Dios, para Malebranche, es «el Infinito, el Ser sin restricción, el Ser infinitamente perfecto»; y son atributos suyos: la independencia, la inmutabilidad, la libertad, la omnipoten-

cia, la eternidad, la necesidad, la inmensidad, la sabiduría, la bondad, la justicia, la misericordia... Dando nueva forma a la prueba cartesiana, Malebranche entiende que la existencia de Dios es de lo más evidente: «Lo infinito es idea para sí mismo. No tiene arquetipo. Puede ser conocido; pero no puede ser hecho. Sólo las criaturas, tales y tales seres particulares, son hacederos, visibles mediante las ideas que las representan, aun antes de que sean hechas. Pueden verse un círculo, una casa, un sol, sin que los haya. Porque todo lo finito puede verse en lo infinito, que encierra sus ideas inteligibles. Pero lo infinito no puede verse más que en sí mismo, porque nada finito puede representarlo. *Si pensamos en Dios, es forzoso que exista.* Un ser, aunque conocido, puede no existir. Puede verse su esencia sin su existencia; su idea, sin él. Pero no puede verse la esencia de lo Infinito, sin su existencia; la idea del ser, sin el ser. Porque el ser no tiene idea que le represente.»

Esto supuesto, si la materia no puede actuar sobre el espíritu, ni éste sobre aquélla, ¿cómo explicar (no *demostrar*, porque la demostración es aquí imposible) nuestra creencia en la existencia del mundo de los cuerpos? Por *revelación*, dice Malebranche. Dios mismo, mediante los sentimientos que produce en nosotros, nos revela lo que acontece fuera de nosotros, es a saber, en nuestro cuerpo y en los que nos rodean. Por nosotros mismos, nada podemos hacer. Por nosotros mismos, nada debemos querer. «No podemos obrar, sino por la eficacia de la potencia divina.» (Nous ne pouvons agir, que par l'efficace de la puissance divine). Y «Dios no comunica su potencia a las criaturas, ni las une entre sí, sino porque establece sus modalidades, *causas ocasionales* de los efectos que él mismo produce». (Col. VII.)

Así el alma no está en el cuerpo, ni el cuerpo en el alma, sino que una y otra están en Dios, el cual «conoce como los espíritus, y es extenso como los cuerpos» (il connoît comme les esprits; il est étendu comme les corps), aunque *de otra manera* que sus criaturas (complemento que añade Malebranche, para que no se confunda su doctrina con la de Espinosa, a quien alude, sin nombrarle, en el coloquio VIII, llamándole »cet impie de nos jours, qui faisoit son Dieu de

solo, fuera del cual la existencia y el pensamiento son modalidades finitas y transitorias.

No anduvieron, pues, muy lejos de la verdad los contemporáneos de Malebranche (o los modernos, como Cousin, Ritter y Höffding) que vieron estrecha relación entre el sistema de aquel filósofo y el de nuestro Espinosa. Del concepto de la sustancia que Malebranche profesa, más lógico era deducir lo que deduce Espinosa, que la pluralidad de sustancias mantenida por el sacerdote del Oratorio. Malebranche, en suma, quedóse a mitad del camino en esta materia, del mismo modo que en su idealismo. ¿Fué falta de valor para expresar sus convicciones? ¿Fué falta de lógica en sus razonamientos? Dícese que Berkeley visitó a Malebranche, poco antes del fallecimiento de éste, y que los argumentos de aquél, de tal modo preocuparon a Malebranche, que apresuraron su muerte. Sea o no histórico el rumor, no deja de interesar, como representación del estado de espíritu del filósofo francés.

La misma idea del espacio infinito, en que Malebranche funda su opinión acerca de la visión de los cuerpos en Dios, se presta a discusión. Malebranche juzga que el espacio es infinito, «porque carece de límites» (*Réponse à M. Régis*). Ahora bien, en la nueva teoría del espacio einsteiniano, trátase de un espacio que carece de límites, *pero que no por eso es infinito*. No son, pues, equivalentes ambos conceptos.

Por regla general, todo sistema es transitorio (aunque los *filósofos*, a diferencia de los *pensadores*, estén obligados a formarlos). Tal sucede, sin duda, con el de Malebranche. Pero sus libros merecerán siempre ser leídos por cuantos se interesen en los problemas fundamentales de la Filosofía, y entre aquéllos habrán de ser objeto de singular atención estas bellas y sugestivas *Conversaciones*, que por vez primera ven ahora la luz en España.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

Villamanín (León), Septiembre de 1921.

CONVERSACIONES SOBRE LA METAFÍSICA

I.—Conversación

Del alma; y que es distinta del cuerpo.—De la naturaleza de las ideas.—Que el mundo en que nuestros cuerpos habitan y que miramos es muy diferente del que vemos.

Teodoro. —Pues bien, mi querido Aristeo, ya que tú lo quieres, es preciso que te hable de mis visiones metafísicas. Pero, para ello, es necesario que abandone estos lugares encantados que embelesan nuestros sentidos y que por su variedad divierten demasiado a un espíritu como el mío. Temo muchísimo tomar por respuestas inmediatas de la verdad interior algunos de mis prejuicios, o de estos principios confusos que deben su nacimiento a la unión del alma y el cuerpo: y en estos lugares yo no puedo, como acaso puedas tú, acallar cierto murmullo confuso que siembra la confusión y turbación en todas mis ideas; así que, salgamos de aquí, te ruego. Vamos a encerrarnos en tu despacho, para penetrar más fácilmente dentro de nosotros mismos. Tratemos de que nada nos impida que uno y otro consultemos a nuestro maestro común, la Razón universal. Pues, es la verdad interior la que debe presidir en nuestras conversaciones. Ella es la que ha de dictarme lo que debo decirte, y lo que tú quieres aprender por intermedio mio. En una palabra, a ella es a quien únicamente corresponde juzgar y pronunciar sobre nuestras diferen-

cias. Pues nosotros no pensamos hoy más que en filosofar; y aunque tú estés perfectamente sometido a la autoridad de la Iglesia, quieres que te hable desde luego como si te negases a admitir las verdades de la fé como principios de nuestros conocimientos. En efecto: la fé debe regular los pasos de nuestro espíritu; pero solamente la Razón soberana es la que lo llena de inteligencia.

Aristeo.—Vayamos donde quieras, Teodoro. Estoy disgustado de todo lo que veo en este mundo material y sensible, desde que te oigo hablar de otro mundo lleno todo de bellezas inteligibles. Elévame a esta Región dichosa y encantada. Hazme contemplar todas sus maravillas de que me hablabas el otro día, tan magníficamente y con tanta satisfacción. Vamos, estoy dispuesto a seguirte a este país que tú crees inaccesible para los que no escuchan más que a sus sentidos.

Teodoro.—Te regocijas, Aristeo, y no me incomoda esto. Te burlas de mí, de un modo tan delicado y cortés, que comprendo bien que quieres divertirte, pero no quieres ofenderme. Te lo perdono. Sigues las inspiraciones secretas de tu imaginación siempre jovial. Mas, permite que te lo diga, hablas de lo que no entiendes. Yo no te conduciré en modo alguno a una tierra extranjera. Pero quizá te enseñe que tú mismo eres extranjero en tu propio país. Te enseñaré que este mundo que habitas no es de ninguna manera tal como tú lo crees, porque no es, efectivamente, tal como lo ves o lo sientes. Juzgas por la referencia de tus sentidos sobre todos los objetos que te rodean; y tus sentidos te seducen infinitamente más de lo que puedes imaginarte. No son fieles testigos sino en lo referente al bien corporal y a la conservación de la vida. Con respecto a todo lo demás, no hay ninguna exactitud, ninguna verdad en su testimonio. Lo verás Aristeo, sin salir de tí mismo, sin que yo te *transporte a esta Región encantada* que tu imaginación te representa. La imaginación es una loca que se complace en hacer la loca. Sus ímpetus, sus movimientos imprevistos te divierten, y a mí también. Pero es preciso, te ruego, que en nuestras conversaciones la Razón sea siempre la superior.

Es necesario que ella decida y pronuncie. Ahora bien, la Razón se calla y huye de nosotros siempre que la imaginación sale al atajo y que en lugar de imponerle silencio escuchamos sus bromas y nos detenemos en los diversos fantasmas que ella nos presenta. Mantenla respetuosa en presencia de la Razón. Hadle callar, si quieres entender clara y distintamente las respuestas de la verdad interior.

Aristeo.—Tomas, Teodoro, muy en serio lo que, sin reflexionar mucho, te he dicho. Te ruego me perdones la pequeña libertad que me he tomado. Te aseguro que...

Teodoro.—No me has enfadado Aristeo, me has regocijado. Es más, tienes la imaginación tan viva y tan agradable, y estoy tan persuadido de tu afecto, que no me enfadarás jamás, y me regocijarás siempre, al menos cuando no te burles de mí sino estando solos; y lo que acabo de decirte no es más que para hacerte comprender que tienes una terrible oposición a la verdad. Esta cualidad que te hace sobremanera deslumbrante a los ojos de los hombres, que te gana los corazones, que te atrae la estima, que hace que todos los que te conocen te quieran poseer, es el enemigo más irreconciliable de la Razón. Yo te anticipo una paradoja cuya verdad no puedo al presente (1) demostrarte. Pero tu reconocerás bien pronto esta paradoja por tu propia experiencia y acaso verás las razones de ella en la prosecución de nuestras conversaciones. Falta para esto mucho camino que recorrer todavía. Pero, créeme, el estúpido y el ingenioso están igualmente firmes en la verdad. Difieren únicamente entre sí, en que de ordinario el estúpido la respeta y el ingenioso la desprecia. Sin embargo, si tú estás resueltamente decidido a someter tu imaginación, entrarás sin obstáculo alguno en el lugar donde la Razón dá sus respuestas; y cuando la hayas escuchado durante algún tiempo, no tendrás sino desprecio para todo lo que te ha entusiasmado hasta aquí; y si Dios toca a tu corazón, no sentirás sino disgusto por aquello.

(1) Traité de Morale, ch. 12.

Aristeo.—Vayamos pues, prontamente Teodoro. Tus promesas me dan un ardor que no puedo expresarte. Ciertamente voy a hacer todo lo que me ordenas. Doblemos el paso.... Gracias a Dios; al fin, hemos llegado al lugar destinado a nuestras conversaciones. Entremos.... Siéntate... ¿Qué hay aquí que pueda impedirnos penetrar dentro de nosotros mismos para consultar a la Razón? ¿Quieres que cierre todas las entradas a la luz, para que las tinieblas eclipsen todo lo que haya visible en esta habitación y que puede herir nuestros sentidos?

Teodoro.—No, querido mio. Las tinieblas hieren nuestros sentidos lo mismo que la luz. Borran el brillo de los colores. Pero a la hora que es, podrían sembrar alguna turbación y algo de miedo en nuestra imaginación. Corre solamente las cortinas. Esta grande claridad nos molestaría un poco y haría, quizás, resaltar demasiado ciertos objetos... Está muy bien; siéntate.

Rechaza, Aristeo, todo lo que te ha entrado en el espíritu por los sentidos. Haz callar a tu imaginación. Que todo esté en tí en un perfecto silencio. Olvida, si puedes, hasta que posees un cuerpo, y no pienses sino en lo que te voy a decir. En una palabra, está atento y no sutilices sobre mi preámbulo. La atención es la única cosa que te pido. Sin este trabajo o combate del espíritu contra las impresiones corpóreas, no se hacen conquistas en el país de la verdad.

Aristeo.—Lo creo así, Teodoro. Habla. Pero permíteme que te interrumpa cuando no pueda seguirte.

Teodoro.—Justamente. Escucha:

I. La nada no tiene propiedades ningunas. Pienso, luego soy. Pero, ¿qué soy yo, yo que pienso, mientras que pienso? ¿Soy un cuerpo, un espíritu, un hombre? No sé todavía nada de todo esto. Sé únicamente que al tiempo que pienso, soy algo que piensa. Pero veamos: ¿Puede pensar un cuerpo? Una extensión en longitud, anchura y profundidad, ¿puede razonar, desear, sentir? Indudablemente que no; pues todas las maneras de ser de una extensión semejante no consisten sino en relaciones de distancia, y es evidente que estas relaciones no son percepciones, razona-

mientos, placeres, deseos, sentimientos, en una palabra, pensamientos. Luego este Yo que piensa, mi propia substancia, no es un cuerpo, puesto que mis percepciones, que ciertamente me pertenecen, son otra cosa muy distinta que relaciones de distancia.

Aristeo.—Me parece claro que todas las modificaciones de la extensión no pueden ser sino relaciones de distancia, y así, que la extensión no puede conocer, querer, sentir. Pero ¿acaso es mi cuerpo otra cosa que extensión? Porque, yo creo que es mi dedo el que siente el dolor del pinchazo, mi corazón quien desea, mi cerebro el que razona. El sentimiento interior que tengo de lo que pasa en mí, me enseña lo que te digo. Prúebame que mi cuerpo no es más que extensión, y te concederé que mi espíritu o lo que en mí hay que piensa, quiere, razona no es material o corpóreo.

II. *Teodoro.*—¡Qué! Aristeo ¿crees que tu cuerpo está compuesto de alguna otra substancia que la extensión? ¿Es que no comprendes que basta tener extensión para formar de ella por el espíritu un cerebro, un corazón, brazos y manos, y todas las venas, las arterias, los nervios y el resto de que está compuesto tu cuerpo? Si Dios destruyese la extensión de tu cuerpo, ¿tendrías todavía un cerebro, arterias, venas, etc.? ¿Concibes bien que un cuerpo pueda ser reducido a un punto matemático? Pues que Dios pueda formar todo lo que existe en el Universo con la extensión de un grano de arena, esto no lo dudo yo. Indudablemente, donde no hay ninguna extensión, ninguna, digo, no hay substancia corporal. Piensa en ello seriamente y para convencerte, fíjate en esto:

Todo lo que existe puede o no puede ser concebido solo. No hay término medio, pues estas dos proposiciones son contradictorias. Ahora bien, todo lo que se puede concebir solo, y sin pensar en otra cosa, que se puede, repito, concebir solo, como existiendo independientemente de alguna otra cosa, o sin que la idea que se tiene de ello represente alguna otra cosa, es ciertamente un ser, o una substancia; y todo lo que no puede ser concebido

solo, o sin pensar en alguna otra cosa, es una manera de ser, o una modificación de substancia.

Por ejemplo, no se puede pensar en la redondez sin pensar en la extensión. La redondez no es pues un ser o una substancia, sino una manera de ser. Se puede pensar en la extensión sin pensar particularmente en ninguna otra cosa. Luego la extensión no es una manera de ser; es por sí misma un ser. Como la modificación de una substancia no es sino la substancia misma en tal o cual forma, es evidente que la idea de una modificación encierra necesariamente la idea de la substancia de que es modificación. Y como una substancia, es un ser que subsiste por sí mismo, la idea de una substancia no encierra necesariamente la idea de otro ser. No tenemos otro camino para distinguir las substancias o los seres, de las modificaciones o maneras de ser, que por los modos diversos como percibimos estas cosas.

Ahora, entra en tí mismo, ¿no es cierto que puedes pensar en extensión sin pensar en otra cosa? ¿No es verdad que puedes percibir extensión absolutamente sola? Luego la extensión es una substancia y de ningún modo una forma o manera de ser. Luego la extensión y la materia no son sino una misma substancia. Ahora bien, yo puedo percibir mi pensamiento, mi deseo, mi placer, sin pensar en la extensión, y aun suponiendo que no hay extensión. Luego todas estas cosas no son modificaciones de la extensión, sino modificaciones de una substancia que piensa, siente, desea, y que es muy diferente de la extensión.

Todas las modificaciones de la extensión no consisten más que en relaciones de distancia. Ahora bien, es evidente que mi placer, mi deseo y todos mis pensamientos no son relaciones de distancia. Pues todas las relaciones de distancia se pueden comparar, medir, determinar exactamente por los principios de la geometría; y no se puede ni comparar ni medir de este modo nuestras percepciones y nuestros sentimientos. Luego mi alma no es material. No es modificación de mi cuerpo. Es una substancia que piensa y que no tiene ninguna semejanza con la substancia extensa de que está compuesto mi cuerpo.

Aristeo.—Eso me parece demostrado. Pero ¿qué puedes concluir de ello?

III. *Teodoro.*—Puedo concluir una infinidad de verdades. Pues la distinción del alma y el cuerpo es el fundamento de los principales dogmas de la Filosofía y entre otros de la inmortalidad (1) de nuestro ser. Ya que, dicho sea de paso, si el alma es una substancia diferente del cuerpo, si no es modificación del mismo, es evidente, que aun cuando la muerte aniquilase nuestro cuerpo, lo cual no sucede, no había de seguirse de ello, que nuestra alma fuese aniquilada. Mas no es tiempo todavía de tratar a fondo esta importante cuestión. Es preciso que antes te demuestre muchas otras verdades. Procura estar atento a lo que te voy a decir.

Aristeo.—Prosigue, te seguiré con todo el cuidado de que soy capaz.

IV. *Teodoro.*—Yo pienso en multitud de cosas, en un número, en un círculo, en una casa, en tales y cuales seres, en el ser. Luego todo esto es, al menos en el momento en que yo pienso en ello. Indudablemente, cuando pienso en un círculo, en un número, en el ser o en lo infinito, en tal ser finito, percibo realidades. Pues si el círculo que yo percibo no fuese nada, pensando en él, no pensaría en nada. Ahora bien, el círculo en que yo pienso tiene propiedades que no tiene cualquier otra figura. Luego este círculo existe en el momento en que yo pienso en él, puesto que la nada no tiene propiedades, y que una nada no puede ser diferente de otra nada.

Aristeo.—¿De modo, Teodoro, que todo esto en que piensas existe? ¿Es que tu espíritu da el ser a este despacho, a esta mesa, a estas sillas, porque tú piensas en estas cosas?

Teodoro.—Poco a poco. Yo te digo, que todo esto en que pienso es, o si quieres, existe. El despacho, la mesa, las sillas que veo, todo esto es, al menos mientras yo lo veo. Pero tú confundes

(1) V. la *Recherche de la Verité*, libro 4, cap. 2. La distinción entre el alma y el cuerpo es el fundamento de todos los conocimientos que hacen referencia al hombre

lo que yo veo, con un mueble que no veo. Hay más diferencia entre la mesa que veo y la que tú crees ver, que la hay entre tu espíritu y tu cuerpo.

Aristeo.—Te entiendo en parte Teodoro y me avergüenzo de haberte interrumpido. Estoy convencido de que todo lo que vemos o todo aquello en que pensamos tiene alguna realidad. Tú no hablas de los objetos, sino de sus ideas. Es verdad que las ideas que tenemos de los objetos existen mientras están presentes a nuestro espíritu. Pero yo creía que hablabas de los objetos mismos.

V. *Teodoro.—¡De los objetos mismos!* No hemos caminado tanto. Yo trato de conducir ordenadamente mis reflexiones. Hacen falta muchos más principios de los que tú crees, para demostrar aquello de que nadie duda. Porque ¿donde están quienes duden de que poseen un cuerpo, de que marchan sobre una tierra solida, de que viven en un mundo material? Mas tú sabrás pronto lo que poca gente comprende bien, esto es, que si nuestro cuerpo transita por un mundo corporal, nuestro espíritu, a su vez, se mueve sin cesar en un mundo inteligible con el que está en contacto, y que por lo mismo llega a serle sensible.

Como los hombres toman por nada las ideas que poseen de las cosas, dan al mundo creado muchas más realidades de las que contiene. No dudan de la existencia de los objetos y les atribuyen muchas cualidades que no tienen. Pero ni siquiera piensan en la realidad de sus ideas. Es que escuchan sus sentidos y no consultan suficientemente con la verdad interior. Pues es mucho más fácil, repito, demostrar la realidad de las ideas, o para servirme de tus términos, la realidad de *este otro mundo lleno todo él de bellezas inteligibles*, que demostrar la existencia de este mundo material.

La razón de ello estriba en que las ideas tienen una existencia eterna, mientras que el mundo corporal existe solamente por que a Dios plugo crearlo. Así, para ver el mundo inteligible, basta consultar a la razón que encierra las ideas, o las esencias inteligibles, eternas y necesarias; lo cual pueden realizar todos los espíritus racionales, o unidos a la Razón. Pero para ver el mundo

material, o más bien para juzgar que este mundo existe, pues es invisible por sí mismo, es de toda necesidad que Dios lo revele, puesto que no podemos ver sus voluntades arbitrarias en la Razón necesaria.

Ahora bien, Dios nos revela la existencia de sus criaturas de dos maneras; por la autoridad de los Libros Sagrados, y por mediación de nuestros sentidos. Supuesta la primera autoridad (y no puede ser rechazada), se demuestra en rigor (1) la existencia de los cuerpos. Por la segunda se asegura uno suficientemente de la existencia de tales y cuales cuerpos. Pero esta segunda no es ahora infalible. Pues, un individuo cree ver ante sí a su enemigo, cuando está muy alejado de éste. Otro piensa tener cuatro patas, no teniendo mas que dos piernas. Quien, siente dolor en un brazo que se le ha cortado hace tiempo. Así, la revelación natural, (2) consecuencia de las leyes generales de la unión del alma y el cuerpo, está ahora sometida a error, por las razones que te expondré. Pero la revelación particular no puede jamás conducir directamente a error, porque Dios no puede querer engañarnos. Esta ha sido una pequeña digresión para hacerte entrever algunas verdades que en lo sucesivo te expondré, para excitar tu curiosidad por ellas y despertar un poco tu atención. Vuelvo a nuestro tema: escúchame.

Pienso en un número, en un círculo, en un despacho, en tus sillas, en una palabra en tales y tales seres. Pienso también en el ser o en lo infinito, en el ser indeterminado. Todas estas ideas tienen alguna realidad al tiempo que yo pienso en ellas. Tu no dudas de ello, puesto que la nada no tiene propiedades y ellas las tienen. Pues ellas esclarecen el espíritu o se hacen conocer por él; algunas aun le afectan y se hacen sentir a él, y esto en mil formas diferentes. Al menos es cierto que las propiedades de las unas son muy diferentes de las de las otras. Si pues, la realidad de nuestras ideas es verdadera, y con mayor razón, si es

---

(1) Más abajo, Conversación VI.
(2) Conversaciones IV y VI.

necesaria, eterna, inmutable, es claro que nos encontramos ambos transportados a otro mundo distinto del en que habita nuestro cuerpo: henos aquí, *dentro de un mundo todo lleno de bellezas inteligibles.*

Supongamos, Aristeo, que Dios aniquile todos los seres que ha creado, excepto tú y yo, tu cuerpo y el mío. (Te hablo como a un hombre que cree y sabe ya muchas cosas, y estoy seguro que en esto no me equivoco. Causaría tu enojo si te hablase con una exactitud demasiado escrupulosa, y como a un hombre que no sabe todavía absolutamente nada). Supongamos además que Dios imprime en nuestro cerebro todas las mismas trazas o más bien que produce en nuestro espíritu las mismas ideas todas, que debemos hoy poseer. Supuesto esto, Aristeo, ¿en qué mundo pasaríamos el día? ¿No sería en un mundo inteligible? Ahora bien, ten en cuenta, que estamos en dicho mundo y vivimos en él, aunque el cuerpo que animamos vive en otro y en otro se mueve. Este mundo es el que nosotros contemplamos, el que admiramos, el que sentimos. Pero el mundo que miramos, o que examinamos volviendo la cabeza en todos sentidos, no es sino materia, invisible por sí misma y que carece absolutamente de todas estas bellezas que admiramos y sentimos al mirarlo. Pues, reflexiona bien sobre esto te ruego. La nada no tiene propiedades. Luego si el mundo fuese destruído, no habría ninguna belleza. Ahora bien, en la suposición de que el mundo fuese aniquilado y que sin embargo Dios produjese en nuestro cerebro las mismas trazas, o mejor en nuestro espíritu las mismas ideas producidas en presencia de los objetos, veríamos las mismas bellezas. Luego las bellezas que vemos no son bellezas materiales, sino bellezas inteligibles hechas sensibles a consecuencia de las leyes de la unión del alma con el cuerpo; ya que el aniquilamiento supuesto de la materia no lleva consigo el aniquilamiento de estas bellezas que vemos al mirarlos.

Aristeo.—Temo, Teodoro, que supongas una falsedad. Pues si Dios hubiese destruído esta habitación, ciertamente no sería ya visible, pues la nada no tiene propiedades.

VI. *Teodoro.*—No me sigues, Aristeo. Tu habitación es, por sí misma, de todo punto invisible. Si Dios la hubiese destruído, dices tú, no sería ya visible, puesto que la nada no tiene propiedades ningunas. Eso sería verdad, si la visibilidad de tu habitación fuese una propiedad que le perteneciese. Si fuese destruída no sería ya visible. Lo concedo, puesto que es verdad en un sentido. Pero lo que yo veo al mirar tu habitación, quiero decir, al volver mis ojos a todos lados para observarla, será siempre visible aun cuando la habitación fuese destruida, ¿qué digo? aunque no hubiera sido nunca edificada. Te sostengo que un chino que no ha entrado aquí en su vida, puede en su país ver todo lo que yo veo cuando miro tu habitación; con tal que se suponga, (y no es en modo alguno difícil de suponer), que aquel tenga inmutado el cerebro de la misma manera que lo tengo yo ahora al examinarla. Los que padecen fiebre ardiente, los que duermen ¿no ven quimeras de todas clases que nunca existieron? Lo que ven, es, al menos mientras lo ven; pero lo que creen ver, no es; aquello a que refieren lo que ven no es nada real.

Te lo repito Aristeo: hablando con exactitud, tu gabinete no es visible: no es propiamente tu habitación lo que yo veo, cuando la miro, puesto que podría yo muy bien ver todo lo que ahora veo, aun cuando Dios la hubiese destruído. Las dimensiones que veo son inmutables, eternas, necesarias. Estas dimensiones inteligibles que me representan todos estos espacios, no ocupan ningún lugar. Las dimensiones de tu habitación son por el contrario cambiantes y corruptibles; llenan un cierto espacio. Pero diciéndote demasiadas verdades, temo ahora multiplicar tus dificultades. Pues te veo bastante apurado en la distinción de las ideas, únicas visibles por sí mismas, de los objetos que ellas representan, que son invisibles al espíritu, porque no pueden obrar sobre él, ni representarse a él.

Aristeo.—Verdaderamente que estoy un poco cortado. Es que me cuesta trabajo seguirte a este país de las ideas a las cuales atribuyes una verdadera realidad. Yo no encuentro asidero en nada que no tiene cuerpo. Y esta realidad de tus ideas que yo no

puedo dejar de creer verdaderas, por las razones que acabas de darme, me parece no tiene solidez ninguna. Pues, dime, ¿que vienen a ser nuestras ideas desde el momento en que no pensamos en ellas? A mí me parece que entran en la nada. Y si así es, aquí tienes destruído tu mundo inteligible. Si al cerrar los ojos, destruyo la habitación inteligible que veo ahora, ciertamente la realidad de la misma es muy ténue, bien poca cosa. Si basta para crear un mundo inteligible, que yo abra los ojos, seguramente este mundo no vale lo que aquel en que nuestros cuerpos habitan.

VII. *Teodoro.*—Esto es verdad, Aristeo. Si tú das el ser a tus ideas, si no depende más que de un abrir y cerrar de ojos el aniquilarlas, es muy poca cosa. Pero si son eternas, inmutables necesarias, divinas en una palabra, me refiero a la realidad inteligible de que están formadas, indudablemente serán más dignas de consideración que esta materia ineficaz, y por sí misma absolutamente invisible. ¡Qué! Aristeo ¿podrías creer que queriendo pensar en un círculo, por ejemplo, dabas, por así decir, el ser a la substancia de que está tu idea formada, y que desde el momento en que dejas de pensar en él, la destruyes? Fíjate. Si eres tú quien das el ser a tus ideas, es queriendo pensar en ellas. Ahora bien, dime, ¿cómo puedes tú querer pensar en un círculo, si no tienes ya, alguna idea del mismo, y de qué formarla y perfeccionarla? ¿Se puede querer nada sin conocerlo? ¿Puedes tú hacer alguna cosa de nada? A decir vedad, tú no puedes querer pensar en un círculo si no tienes ya la idea del mismo, o al menos la idea de la extensión, de que puedas considerar ciertas partes sin pensar en las otras. Tu no puedes querer verlo de cerca, verlo distintamente si no lo ves ya confusamente y como de lejos. Tu atención te aproxima a este círculo, te lo hace presente, hasta te lo forma. Concedido, pero es evidente que ella no lo produce de nada. Tu distracción te aleja de él, pero no lo destruye completamente, pues si lo destruyese ¿cómo podrías formar el deseo de producirlo, y por cuál modelo lo harías nuevamente tan semejante a sí mismo? ¿No es claro que esto sería imposible?

Aristeo.—Todavía no muy claro para mí Teodoro. Me convences, pero no me persuades. Esta tierra es real. Bien lo experimento. Cuando doy con el pié se me resiste. He aquí lo que es sólido. Pero que mis ideas tengan alguna realidad con independencia de mi pensamiento, que sean aun mientras no pienso en ellas, de esto no puedo persuadirme.

VIII. *Teodoro.*—Es que tu no sabrías entrar de nuevo en tí mismo para interrogar a la Razón; y fatigado del trabajo de la atención, escuchas a tu imaginación y a tus sentidos, que te hablan sin que tengas el trabajo de consultarlos

No has reflexionado bastante sobre las pruebas que te he dado de que su testimonio es engañoso. No hace mucho tiempo que había un hombre, por lo demás muy juicioso, que creía estaba constantemente sumergido en agua hasta medio cuerpo, y que temía siempre que aumentase y le ahogara. La sentía, como tú, tu tierra; la encontraba fría y caminaba siempre muy lentamente, porque el agua, decia él, le impedía ir más de prisa. No obstante, cuando se le hablaba y escuchaba se le desengañaba; pero caía al punto en su error. Cuando un hombre se cree convertido en gallo, en liebre, en lobo o en buey, como Nabucodonosor, siente en sí, en lugar de sus piernas, los pies del gallo; en vez de sus brazos las patas delanteras de un buey; y en lugar de sus cabellos, una cresta o cuernos. ¿Cómo no vés que la resistencia que experimentas oprimiendo el piso con el pié, no es más que un sentimiento que afecta el alma, y que absolutamente hablando nosotros podemos tener todos nuestros sentimientos (1) independientemente de los objetos? ¿Es que no has sentido nunca durmiendo, un cuerpo muy pesado sobre el pecho, que te privaba de respirar, o que nunca has creído ser golpeado, y aun herido, o golpear tú mismo a los demás, pasearte, bailar, saltar sobre tierra firme?

---

(1) Como se verá en el transcurso de la obra, la palabra sentimiento es indistinta mente empleada para sensaciones y sentimientos, pues es cosa de nuestros tiempos la distinción entre ambas expresiones. N. del T.

Tú crees que este piso existe porque sientes que se te resiste, ¿Acaso, el aire no tiene tanta realidad como tu piso, porque tiene menos solidez? ¿Tiene el hielo más realidad que el agua, porque es más duro? Pero además, te engañas: ningún cuerpo puede resistir a un espíritu. Este piso resiste a tu pié. Admitido; pero es otra cosa muy distinta de tu piso, o de tu cuerpo la que se resiste a tu espíritu, o le da el sentimiento que tienes de resistencia o de solidez.

Sin embargo, te concedo aún, que tu piso te resiste, pero ¿eres tú, que tus ideas no se te resisten? Preséntame, pués, dos diámetros desiguales en un círculo o tres iguales en una elipse. Sácame la raíz cuadrada de 8 y la cúbica de 9. Empéñate en que sea justo el hacer a otro lo que no queremos que se haga con nosotros mismos; o para servirme de un ejemplo que convenga con el tuyo, haz que dos pies de extensión inteligible no sean más que uno. La naturaleza de esta extensión no puede, en verdad, tolerarlo; se resiste a tu espíritu. No dudes pués, de su realidad. Tu piso es impenetrable para tu pié; esto te enseñan tus sentidos de una manera confusa y engañosa. Tan impenetrable a su modo es la extensión inteligible; esto te lo hace ver claramente ella por su evidencia y por su propia luz.

Escúchame Aristeo. Tú tienes la idea del espacio o de la extensión, de un espacio, digo, que no tiene límites. Esta idea es necesaria, eterna, inmutable, común a todos los espíritus, a los hombres, a los Angeles, aun al mismo Díos. Esta idea, repara en ello, como la del ser o de lo infinito y del ser indeterminado, no puede ser borrada de tu espíritu. Ella le está siempre presente; tú no puedes separarte de la misma o perderla completamente de vista. Pues bien, de esta vasta idea, se forma en nosotros no solamente la idea del círculo y de todas las figuras puramente inteligibles, sino también la de todas las figuras sensibles que vemos al mirar el mundo creado; todo esto según las diversas aplicaciones de las partes inteligibles de esta extensión ideal, inmaterial, inteligible a nuestro espíritu, ya como consecuencia de nuestra atención, y entonces conocemos estas fi-

guras; ya como consecuencia de las trazas y conmociones de nuestro cerebro, y entonces las imaginamos o las sentimos. No debo ahora explicarte todo esto más minuciosamente. Considera sólo, que es necesario que esta idea de una extensión infinita tenga mucha realidad, puesto que no puedes comprenderla, y que cualquiera que sea el movimiento que dés a tu espíritu, no puedes recorrerla. Ten en cuenta que no es posible que sea una modificación del espíritu, puesto que lo infinito no puede ser actualmente modificación de algo finito. Dite a tí mismo: Mi espiritu no puede comprender esta vasta idea; no la puede medir; luego ella sobrepasa al mismo infinitamente. Y si le sobrepasa, claro es que ella no es modificación suya. Pues las modificaciones de los seres no pueden extenderse más allá de estos mismos seres, ya que las modificaciones de dichos seres no son más que estos mismos seres en tal o cual forma. Mi espíritu no puede medir esta idea; luego él es finito y ella infinita. Pues lo finito por grande que sea, aplicado o repetido tantas veces como se quiera, jamás puede igualar a lo infinito.

Aristeo.—¡Mira que eres sutil y pronto! ¡Calma! haz el favor. Te niego que el espíritu perciba lo infinito. Concedo que el espíritu percibe extensión, los límites de la cual no divisa, perono vé una extensión infinita; un espíritu finito no puede ver nada infinito.

IX. *Teodoro.*—No, Aristeo, el espíritu no vé una extensión infinita en el sentido de que su pensamiento o su percepción iguale a una extensión infinita. Si así sucediese, la comprendería y sería él mismo infinito. Porque es necesario un pensamiento infinito para medir una idea infinita, para unirse actualmente a todo lo que comprende lo infinito. Pero el espíritu vé actualmente que su objeto inmediato es infinito; vé actualmente que la extensión inteligible es infinita. Y esto, no es como piensas tú, porque no le vea los límites, pues sí así fuese podría esperar encontrárselos o al menos podría dudar de si los tuviese o no, sino porque vé claramente que no los tiene.

Supongamos que un hombre, caído de las nubes marcha sobre la tierra siempre en línea recta, quiero decir, sobre uno

de los grandes círculos en que la dividen los geógrafos, y que nada le impide avanzar. ¿Podría, después de algunas jornadas de camino, afirmar que la tierra era infinita, porque no le encontrase el término? Si fuese prudente y circunspecto en sus juicios, la creería muy grande, pero no la juzgaría infinita. Y volviendo a encontrarse, a fuerza de caminar, en el mismo lugar de donde había partido, reconocería que efectivamente le había dado una vuelta. Mas cuando el espíritu piensa en la extensión inteligible, cuando quiere medir la idea del espacio, vé claramente que es infinita; no puede dudar de que esta idea sea inagotable. Que tome de ella de qué representarse el lugar de cien mil mundos, y a cada instante todavía cien mil veces más, jamás dejará esta idea de suministrarle todo lo que necesite. El espíritu lo vé y no puede dudar de ello. Pero no es de este modo como descubre que es infinita, sino al contrario, porque la vé actualmente infinita, se cerciora de que no la agotará jamás.

Los geómetras son los más exactos de los que se dedican a razonar. Ahora bien, todos convienen en que no hay fracción que multiplicada por sí misma de 8 por producto, aunque aumentando los términos de la fracción pueda ser aproximada hasta lo infinito a este número. Todos están de acuerdo en que la hipérbola y sus asíntotas, y muchas otras líneas análogas, prolongadas hasta lo infinito, se aproximarán siempre sin unirse jamás. ¿Crées tú que descubren estas verdades a tientas y que juzgan de lo que no ven, por poca cosa que hubiesen descubierto? No Aristeo. Así juzgan la imaginación y los sentidos, o los que siguen su propio testimonio. Pero los verdaderos filósofos no juzgan precisamente sino de lo que ven. Y sin embargo no vacilan en asegurar, sin haberlo experimentado nunca, que ninguna parte de la diagonal de un cuadrado, aunque fuese un millón de veces más pequeña que el más diminuto grano de polvo, puede medir exáctamente y sin resíduo esta diagonal de un cuadrado y alguno de sus lados. En tal grado es verdad que el espíritu vé lo infinito tanto en lo pequeño como en lo grande, no por la división o la multiplicación reiterada de sus ideas finitas, que no po-

drían jamás alcanzar a lo infinito, sino por la infinidad misma que él descubre en sus ideas y que les pertenece, las cuales le enseñan de golpe, por una parte, que no hay unidad y por otra, que no existen límites en la extensión inteligible.

Aristeo.—Me rindo, Teodoro. Las ideas tienen más realidad que yo creía, y su realidad es inmutable, necesaria, eterna, común a todas las inteligencias, y en modo alguno modificaciones de su propio ser, que siendo finito, no puede recibir actualmente modificaciones infinitas. La percepción que yo tengo de la extensión inteligible me pertenece a mí; es una modificación de mi espíritu; soy yo quien percibo esta extensión. Pero esta extensión que yo percibo no es una modificación de mi espíritu. Pues experimento claramente que no es a mí mismo a quien veo, cuando pienso en espacios infinitos, en un círculo, en un cuadrado, en un cubo, cuando miro esta habitación, cuando dirijo los ojos hacia el cielo. La percepción de la extensión es mía; pero esta extensión y todas las figuras que descubro en ella, desearía yo saber cómo no son mías. La percepción que yo tengo de la extensión no puede realizarse sin mí; es pues, una modificación de mi espíritu. Pero la extensión que yo veo, subsiste sin mí. Pues tú puedes contemplarla sin que yo piense en ella, así como también los demás hombres pueden hacerlo.

X. *Teodoro.*—Podrías añadir sin miedo: *y Dios mismo*. Pues todas nuestras ideas claras están en Dios en cuanto a la realidad inteligible de las mismas. No es, sino en Él, donde nosotros las vemos; no es sino en la Razón universal, que ilumina por ellas todas las inteligencias. Si nuestras ideas son eternas, inmutables, necesarias, comprenderás que no pueden encontrarse más que en una naturaleza inmutable. Sí, Aristeo, Dios vé en Sí mismo la extensión inteligible, el arquetipo de la materia de la que ha sido el mundo formado y donde habitan nuestros cuerpos, y solamente en Él, repito, es como nosotros la vemos. Pues nuestros espíritus no habitan más que en la Razón universal, en esta substancia inteligible que encierra las ideas de todas las verda-

des que descubrimos; sea a consecuencia (1) de las leyes generales de la unión de nuestro espíritu con esta misma Razón; sea como resultado de las leyes generales de la unión de nuestra alma con nuestro cuerpo, cuya causa ocasional o natural no es otra que las trazas que se imprimen en el cerebro por la acción de los objetos o por el curso de los espíritus animales.

El orden no permite al presente que te explique todo esto en particular. Pero para satisfacer parcialmente el deseo que tienes de saber cómo puede el espíritu descubrir toda clase de figuras y ver este mundo sensible en la extensión inteligible, ten en cuenta que percibes un círculo, por ejemplo, de tres maneras: Lo concibes, lo imaginas, lo sientes o ves. (1) Cuando lo concibes es que la extensión inteligible se aplica a tu espíritu con límites indeterminados en cuanto a la magnitud de éstos, pero igualmente distantes de un punto determinado y todos en un mismo plano; y entonces concibes un círculo en general. (2) Cuando lo imaginas, es que una parte determinada de esta extensión, cuyos límites están a igual distancia de un punto, toca ligeramente a tu espíritu. (3) Y cuando lo sientes o ves, es que una parte determinada de esta extensión toca sensiblemente a tu alma y la modifica por el sentimiento de algún color. Pues la extensión inteligible no se hace visible, ni representa tal cuerpo en particular, más que por el color, puesto que solamente por la diversidad de los colores, juzgamos de la diferencia de los objetos que vemos. Todas las partes inteligibles de la extensión inteligible son en calidad de ideas, de la misma naturaleza, así como todas las partes de la extensión local o material en calidad de substancia. Pero siendo esencialmente diferentes las sensaciones de color, por ellas juzgamos de la variedad de los cuerpos. Si yo distingo tu mano de tu vestido, y ambos del aire que les rodea, es que tengo de ellos sentimientos de color y luz muy diferentes. Esto es evidente, pues si tuviese de todo lo que hay en tu habitación el mismo sentimiento de color, no vería en ella por el sentido de

(1) Más abajo, Conversación XII.

la vista, diversidad alguna de objetos. Así, tu juzgas que la extensión inteligible diversamente aplicada a nuestro espíritu (1), puede darnos todas las ideas que tenemos de las figuras matemáticas, como también de todos los objetos que admiramos en el Universo, y en fin, de todo lo que nuestra imaginación nos representa, Pues, del mismo modo que se puede por la acción del cincel formar de un bloque de mármol, toda clase de figuras, Dios puede representarnos todos los seres materiales por las diversas aplicaciones de la extensión inteligible a nuestro espíritu. Ahora bien, cómo se realiza esto, y por qué Dios lo hace así, lo podremos examinar en lo sucesivo.

Esto basta, Aristeo para una primera conversación. Trata de acostumbrarte a las ideas metafísicas y de elevarte por encima de los sentidos. Si no me equivoco, estás transportado a un mundo inteligible. Contempla sus bellezas. Repasa en tu espíritu todo lo que acabo de decirte. Aliméntate de la substancia de la verdad y prepárate a penetrar más adelante en este desconocido país, al cual todavía no has hecho más que llegar. Trataré mañana de conducirte hasta el Trono de la Majestad soberana a quien pertenece de toda eternidad esta tierra feliz e inmóvil donde habitan nuestros espíritus.

Aristeo.—Estoy todavía sumamente sorprendido y vacilante. Mi cuerpo tira de mi espíritu y me cuesta trabajo mantenerme firme en las verdades que me has descubierto, y no obstante pretendes elevarme todavía más arriba. Se me andará la cabeza, Teodoro; y si me siento mañana como me encuentro hoy no tendré la seguridad de seguirte.

Teodoro.—Medita, Aristeo lo que acabo de decirte, y mañana, te prometo que estarás dispuesto a todo. La meditación afirmará tu espíritu y te dará ánimo y alas para pasar más allá de las

(1) V. la Rech. de la Verité, lib. 3, parte 2, y la Aclaración sobre esta materia. V. también mi Rep. au Livre des vrayes & des fauses Idées de Mr. Arn. y mi Lettre touchant sa Défense.

criaturas y elevarte hasta la presencia del Criador. Adiós, querido. ¡Valor!

Aristeo.—Adiós, Teodoro. Haré lo que acabas de ordenarme

II.—Conversación.—De la existencia de Dios.

Que podemos ver en Él todas las cosas y que nada finito puede representarlo. Así que, basta pensar en Él para saber lo que es.

Teodoro.—Bueno, Aristeo, ¿qué piensas de este mundo inteligible a donde te conduje ayer? ¿No se asusta ya de él tu imaginación? ¿Marcha tu espíritu con paso firme y seguro a este país de los contemplativos, a esta región inaccesible a los que no escuchan más que a sus sentidos?

Aristeo.—¡Bello espectáculo Teodoro, el arquetipo del Universo! Yo lo he contemplado con suma satisfacción. ¡Qué agradable sorpresa cuando sin sufrir la muerte, el alma se encuentra transportada al país de la verdad, donde halla en abundancia con que alimentarse! Es verdad que no estoy muy acostumbrado todavía a este maná celeste, a este alimento completamente espiritual y me parece en ciertos momentos poco substancioso y muy ligero. Pero cuando lo gusto con atención, encuentro en él tanto sabor y solidez, que no puedo ya resolverme a venir a pacer con los brutos sobre una tierra material.

Teodoro.—¡Oh! Mi querido Aristeo, ¿qué me dices? ¿Me hablas en serio?

Aristeo.—Muy en serio. No quiero escuchar ya a mis sentidos. Quiero siempre penetrar en lo más íntimo de mí mismo, y vivir de la abundancia que allí encuentro. Mis sentidos son adecuados para conducir mi cuerpo a su pasto ordinario; consiento que los siga. Pero ¡seguirlos yo!... no lo haré más. Quiero seguir únicamente a la Razón y marchar por mi atención a este país de

la verdad donde encuentro platos deliciosos y únicos que pueden alimentar las inteligencias.

Teodoro.—Es pues que por ahora, has olvidado que tienes un cuerpo. Pero no estarás mucho tiempo sin pensar en él, o más bien sin pensar con relación a él. Este cuerpo que abandonas al presente, te obligará bien pronto a que tú mismo le conduzcas a pastar y a ocuparte en sus necesidades. Pues ahora, no se desprende el espíritu tan fácilmente de la materia. Pero en tanto que te encuentras puro espíritu, te ruego me digas qué has descubierto en el país de las ideas. ¿Sabes bien, en este momento lo que es esta Razón de que tanto se habla en este mundo material y terrestre y donde tan poco conocida es? Te prometí ayer elevarte por encima de todas las criaturas y conducirte hasta la presencia del Criador. ¿No habrías tu volado de tí mismo hasta allí, y sin pensar en Teodoro?

I. *Aristeo.*—Te lo confieso. He creido que sin faltar al respeto que te debo, podía yo ir solo por el camino que tú me has mostrado. Lo he seguido y me parece he conocido claramente lo que me decías ayer, esto es, que la Razón universal es una naturaleza inmutable y que no se encuentra sino en Dios. He aquí en pocas palabras todos mis pasos. Juzga de ellos y dime si me he extraviado. Después que me dejaste, permanecí algún tiempo vacilando y sobrecogido; pero haciéndome violencia, en secreto ardor, me pareció que me dije a mí mismo no sé como: *La Razón me es común con Teodoro: ¿por qué pues, no puedo yo consultarla y seguirla?* La consulté y la seguí y ella me condujo, si no me equivoco hasta el Que propiamente la posee, y por la necesidad de su ser; pues me parece que ella conduce hasta allí de un modo completamente natural. He aquí, pues, muy sencillamente y sin artificio el razonamiento que hice:

La extensión inteligible infinita no es una modificación de mí espíritu; es inmutable, eterna, necesaria; no puedo dudar de su realidad ni de su inmensidad. Ahora bien; todo lo que es inmutable, eterno, necesario, y sobre todo infinito, no es una criatura ni puede pertenecer a la criatura. Luego esta extensión corres-

ponde al Criador y no puede encontrarse más que en Dios. Luego hay un Dios y una Razón: un Dios en Quien se encuentra el arquetipo que yo contemplo del mundo creado en que habito; un Dios en Quien se encuentra la Razón que me alumbra por las ideas puramente inteligibles que suministra abundantemente a mi espíritu y al de todos los hombres; pues estoy seguro de que todos los hombres están unidos a la misma Razón que yo; puesto que estoy cierto de que ven o pueden ver lo que yo veo cuando penetro en mí mismo y descubro las verdades o relaciones necesarias que encierra la substancia inteligible de la Razón universal que habita en mí, o más bien en que habitan todas las inteligencias.

II. *Teodoro.*—No te has extraviado, querido Aristeo. Has seguido a la Razón y ella te ha conducido al Que la engendra de su propia substancia y la posee eternamente. Pero no te imagines que ella te haya descubierto la naturaleza del Ser supremo al que te ha conducido. Cuando contemplas la extensión inteligible no ves todavía más que el arquetipo del mundo material que habitamos y el de una infinidad de otros posibles. En verdad, ves entonces la substancia divina, pues sólo ella es visible, y puede esclarecer al espíritu; pero no la ves en sí misma o según lo que es. No la ves, sino según la relación que tiene con las criaturas materiales, según que ella es participable por ellas, o representativa de ellas. Y por consiguiente, no es Dios, hablando con propiedad, a Quien ves, sino solamente la materia que él puede producir.

Ves, ciertamente por la extensión inteligible infinita que Dios es; pues nadie más que Él encierra lo que tú ves, puesto que nada finito puede contener una realidad infinita; pero no ves lo que Dios es; pues la Divinidad no tiene límites en sus perfecciones, y lo que tú ves cuando piensas en espacios inmensos, está privado de una infinidad de perfecciones. Digo lo que tú ves, y no la substancia que te representa lo que ves, pues esta substancia que no ves en sí misma, tiene perfecciones infinitas.

Ciertamente la substancia que encierra la extensión inteligible es omnipotente; es infinitamente sabia; encierra una infini-

dad de perfecciones y de realidades. Encierra, por ejemplo, una infinidad de números inteligibles. Pero esta extensión inteligible no tiene nada de común con todas estas cosas. No hay ninguna sabiduría, ningún poder, ninguna unidad en esta extensión que contemplas; pues sabes que todos los números son conmensurables entre sí porque tienen la unidad por medida común. Luego si las partes de esta extensión divididas y subdivididas por el espíritu pudiesen reducirse a la unidad, serían siempre por esta unidad conmensurables entre sí, lo cual sabes con certeza, es falso. Así, la substancia divina en su simplicidad que no nos es dado alcanzar, encierra una infinidad de percepciones inteligibles todas diferentes, por las cuales Dios nos ilumina sin hacerse ver a nosotros tal como es, o según su realidad particular y absoluta, sino según su realidad general y relativa a obras posibles. Sin embargo, trata de seguirme; voy a conducirte lo más cerca de la Divinidad que me sea posible.

III. La extensión inteligible infinita no es arquetipo sino de una infinidad de mundos posibles semejantes al nuestro. Por ella no veo yo más que tales y cuales seres, solo seres materiales. Cuando pienso en esta extensión no veo la substancia divina sino en tanto que es representativa de los cuerpos, y participable por ellos. Pero, fíjate, cuando pienso en el ser y no en tales y cuales seres; cuando pienso en lo infinito y no en éste o aquel infinito, es cierto, primeramente, que no veo una realidad tan vasta en las modificaciones de mi espíritu. Pues si no puedo encontrar en ellas bastante realidad para representarme lo infinito en extensión, hay menor motivo para que encuentre la suficiente para representarme lo infinito en todas maneras. Así solamente Dios, lo infinito, el ser indeterminado o lo infinito infinitamente infinito puede contener la realidad infinitamente infinita que yo veo cuando pienso en el ser, y no en tales o cuales seres o en tales y cuales infinitos.

IV. En segundo lugar es cierto que la idea del ser, de la realidad, de la perfección indeterminada, o de lo infinito en todas maneras, no es la substancia divina en tanto que representativa de tal criatura, o participable por tal criatura. Pues toda criatura

es necesariamente un ser determinado. Es contradictorio que Dios haga o engendre un ser en general, o infinito en todas maneras, que no sea Dios mismo o igual a su principio. El Hijo y el Espíritu Santo, no participan en el ser divino; lo reciben todo entero. O, para hablar de cosas más proporcionadas a nuestro espíritu, es evidente, que la idea del círculo en general, no es la extensión inteligible en tanto que representativa de un determinado círculo o participable por un determinado círculo. Pues la idea del círculo en general, o la esencia del círculo, representa círculos infinitos, conviene a círculos infinitos. Esta idea encierra la de lo infinito; porque pensar en un círculo en general, es percibir como un solo círculo, círculos infinitos. No sé si concibes lo que quiero hacerte comprender. Helo aquí en dos palabras: Es que la idea del ser sin restricción, de lo infinito, de la generalidad, no es la idea de las criaturas o la esencia que les conviene, sino la idea que representa a la Divinidad o la esencia que le conviene. Todos los seres particulares participan del ser; pero ningún ser particular le iguala. El ser encierra todas las cosas; mas todos los seres, creados y posibles, con toda su multiplicidad, no pueden llenar la vasta extensión del ser.

Aristeo.—Me parece que veo bien tu pensamiento. Defines a Dios como Él mismo se ha definido hablando a Moisés (1). *Dios es el que es.* La extensión inteligible es la idea o arquetipo de los cuerpos. Pero el ser sin restricción, en una palabra, *el Ser*, es la idea de Dios, es lo que le representa a nuestro espíritu tal como lo vemos en esta vida.

V. *Teodoro.*—Muy bien. Mas ten en cuenta, sobre todo, que Dios o lo infinito no es visible por una idea que lo represente. Lo infinito es idea de sí mismo; no tiene arquetipo; puede ser conocido pero no realizado. Solamente las criaturas, tales y cuales seres, son factibles, visibles por ideas que las representan, aun antes de que sean hechas. Se puede ver un círculo, una casa, un sol, sin que existan; porque todo lo finito puede verse en lo

(1) Exodo, 3, 14.

infinito que encierra las ideas inteligibles del primero. Pero lo infinito no puede verse más que en sí mismo; pues nada finito puede representarse lo infinito. Si se piensa en Dios es preciso que éste sea. Un ser determinado, aunque conocido, puede no existir. Se puede ver su esencia sin su existencia, su idea sin él. Pero no se puede ver la esencia de lo infinito sin su existencia, la idea del ser sin el ser; porque el ser no tiene idea que lo represente; no hay arquetipo que contenga toda su realidad inteligible. Es arquetipo de sí mismo y encierra en sí el arquetipo de todos los seres.

Así, no se te oculta que esta proposición: *hay un Dios*, es por sí misma la más clara de todas las proposiciones que afirman la existencia de alguna cosa; y que es tambien tan cierta como esta: *pienso, luego soy*. Ves además lo que es Dios, puesto que Dios, y el ser o lo infinito no son sino una misma cosa.

VI. Pero insisto, no sea que sobre esto caigas en error Tú no ves sino muy confusamente y como de lejos lo que es Dios. No ves a Dios tal como El es; porque aunque veas lo infinito, o el ser sin restricción, no lo ves sino de un modo muy imperfecto. No lo ves como un ser simple; ves la multiplicidad de las criaturas en la infinidad del ser increado, pero no ves distintamente su unidad. Es que no lo ves tanto según su realidad absoluta, como según lo que El es con relación a las criaturas posibles, el número de las cuales puede aumentarlo hasta lo infinito sin que jamás igualen a la realidad que las representa. Es que lo ves como Razón universal, que esclarece las inteligencias según la medida de luz que les es necesaria ahora para conducirse, y para descubrir las perfecciones de Aquel en tanto que participables por seres limitados. Pero no descubres esta propiedad (1) que es esencial a lo infinito, de ser al mismo tiempo uno y todas las cosas, compuesto, por así decir, de una infinidad de perfecciones diferentes, y de tal modo simple, que en él cada perfección encierra todas las demás, sin ninguna distinción real.

(1) V. la I. Carta referente a la Defensa de Mr. Arnoldo, observación 18.

Dios no comunica su substancia a las criaturas, no les comunica más que sus perfecciones, no tales como son en su substancia, sino tales como las representa su substancia, y como la limitación de las criaturas puede soportarlo. La extensión inteligible, por ejemplo, representa a los cuerpos; es su arquetipo o su idea. Pero aunque esta extensión no ocupe ningún lugar, los cuerpos son extensos localmente; y no pueden ser más que localmente extensos, a causa de la limitación esencial a las criaturas, y de que toda substancia finita no puede tener esta propiedad incomprensible al espíritu humano, de ser al mismo tiempo uno y todas las cosas, perfectamente simple y poseer toda clase de perfecciones.

Así, la extensión inteligible representa espacios infinitos, pero no llena ninguno; y aunque llene, por decirlo así, todos los espíritus y se descubra a ellos, de ello no se sigue en manera alguna, que nuestro espíritu sea espacial. Sería preciso que lo fuese infinitamente para ver espacios infinitos, si los viese por una unión local con espacios (1) localmente extensos.

La substancia divina está en todas partes sin extensión local; no tiene límites; no está encerrada en el Universo. Pero no es esta substancia (2), en tanto que extendida por todo, la que vemos cuando pensamos en espacios. Pues si fuese así, siendo finito nuestro espíritu, no podríamos pensar jamas en espacios infinitos. Mas la extensión inteligible que vemos en la substancia divina que la encierra, no es más que esta misma substancia en tanto que representativa de los seres materiales y participables por ellos. Esto es todo lo que puedo decirte. Pero ten muy en cuenta que el ser sin restricción, o lo infinito en todas maneras que percibimos, no es solamente la substancia divina en tanto que representativa de todos los seres posibles. Pues aunque no tengamos ideas particulares de todos estos seres, estamos seguros de que no pueden igualar la realidad inteligible de lo infini-

(1) V. la misma. Carta 2. Observación n. 11 y las siguientes.
(2) Ibid.; y mas bajo. Conv. VIII.

to. Es, pues, en un sentido la substancia misma de Dios la que vemos. Pero no la vemos en esta vida sino de una manera tan confusa y tan alejada, que vemos más bien que ella es, que lo que ella es; que más bien vemos que es la fuente y ejemplar de todos los seres, que su propia naturaleza o sus perfecciones en sí mismas.

Aristeo.—¿No hay alguna contradicción en lo que me dices? Si nada finito puede tener bastante realidad para representar lo infinito, lo cual me parece evidente ¿no es una necesidad que se vea la substancia de Dios en sí misma?

VII. *Teodoro.*- No te niego que se vea la substancia de Dios en sí misma. Se la vé en sí misma en el sentido de que no se la vé por alguna cosa que la represente. Pero no se la vé en sí misma en el sentido de que se alcance á su simplicidad y se descubran sus perfecciones.

Puesto que concedes que nada finito puedo representar la realidad infinita, es claro que si ves lo infinito no lo ves sino en sí mismo. Ahora bien; es cierto que lo ves, pues de lo contrario, cuando me preguntas si hay un Dios, o un ser infinito, me harías una pregunta ridícula mediante una proposición cuyos términos no comprenderías. Es como si me preguntases si hay un *Blictri* (1), es decir una determinada cosa sin saber qué.

Ciertamente, todos los hombres poseen la idea de Dios, o piensan en lo infinito cuando preguntan si existe. Pero creen poder pensar en lo infinito sin que lo haya, porque no reflexionan que nada finito puede representarlo. Como pueden pensar en muchas cosas que no son, a causa de que las criaturas pueden ser vistas sin que sean, pues no se las ve en sí mismas, sino en las ideas que las representan; se imaginan que sucede lo mismo con lo infinito y que se puede pensar en él sin que exista. He aquí lo que hace que busquen, sin reconocerlo, al Que encuentran a todas horas y que reconocerían al punto si penetrasen en sí mismos y reflexionasen sobre sus ideas.

(1) Es un término que no evoca ninguna idea.

Aristeo.—Me convences, Teodoro, pero me queda todavía alguna duda. Es que me parece que la idea que tengo del ser en general o de lo infinito, es hechura mía. Me parece que el espíritu puede formarse ideas generales de muchas ideas particulares. Cuando se ha visto muchos árboles, un manzano, un peral, un ciruelo, se forma de ellos una idea general de árbol. Del mismo modo, cuando se ha visto muchos seres, de ellos se forma la idea general del ser Así, esta idea general del ser, acaso no es, más que un conjunto confuso de todas las demás. Así es como se me ha enseñado y como yo lo he entendido siempre.

VIII. *Teodoro.*—Es tu espíritu un obrero maravilloso, Aristeo. Sabe sacar lo infinito de lo finito, la idea del ser sin restricción, de las ideas de tales y tales seres. Es que quizá encuentra en su propio fondo bastante realidad para dar a ideas finitas lo que les falta para ser infinitas. No sé si te lo han enseñado así; pero creo saber que nunca lo has comprendido bien.

Aristeo.—Si nuestras ideas fuesen infinitas, ciertamente no serían nuestra obra ni modificaciones de nuestro espíritu. Esto es incontestable. Pero quizá son finitas, aunque por ellas podamos percibir lo infinito; o bien lo infinito que nosotros vemos no es infinito en el fondo. Este no es, como acabo de decirte, más que el confuso agregado de muchas cosas finitas. La idea general del ser no puede ser más que un montón confuso de las ideas de tales y tales seres. Me cuesta trabajo separar de mi espíritu este pensamiento.

IX. *Teodoro.*—Sí, Aristeo, nuestras ideas son finitas, si por nuestras ideas entiendes nuestras percepciones o las modificaciones de nuestro espíritu. Pero si entiendes por idea de lo infinito lo que el espíritu vé cuando piensa en dicho infinito, o lo que entonces es el objeto inmediato del espíritu, ciertamente esto es infinito, pues como tal es visto. Fíjate: te digo, es visto como tal. La impresión que lo infinito produce sobre el espíritu es finita. Hay hasta más percepción en el espíritu, más impresión de idea, en una palabra, más pensamiento, cuando se conoce clara y distintamente un objeto pequeño, que cuando se piensa

confusamente en uno grande, o en lo infinito mismo. Pero aunque el espíritu sea casi siempre más afectado, más penetrado, más modificado por una idea finita que por una infinita, no obstante, hay más realidad en la idea infinita que en la finita, en el ser sin restricción que en tales y tales seres.

Tú no podrías apartar de tu espíritu que las ideas generales no son más que una amalgama confusa de algunas ideas particulares o al menos que tienes el poder de formarlas de esta amalgama. Veamos lo que hay de verdadero y de falso en este pensamiento que tan arraigado tienes. Piensas Aristeo, en un círculo de un pie de diámetro, enseguida en uno de dos pies, en uno de tres, de cuatro, etc. y al fin no determinas la magnitud del diámetro y piensas en un círculo en general. La idea de este círculo en general, dirás, no es pues, sino la reunión confusa de los círculos en que he pensado. A la verdad, esta consecuencia es falsa, pues la idea del círculo en general representa círculos infinitos y les conviene a todos, y tú no has pensado más que un número finito de círculos.

Luego, más bien es, que has encontrado el secreto de formar la idea de círculo en general, de cinco o seis que has visto; y esto es verdadero en un sentido y falso en otro. Es falso en el sentido de que haya bastante realidad en la idea de cinco o seis círculos, para formar por ellos la idea del círculo en general. Pero es verdadero en el sentido de que después de haber reconocido que la magnitud de los círculos no cambia las propiedades de estos, acaso has dejado de considerarlos el uno después del otro según su magnitud determinada, para considerarlos en general según una magnitud indeterminada. Así tú has formado, diríamos la idea de círculo en general extendiendo la idea de la generalidad sobre las ideas confusas de los círculos que has imaginado. Pero yo te sostengo que tú no podrías formar ideas generales sino porque encuentras en la idea de lo infinito bastante realidad para dar la generalidad a tus ideas. No puedes pensar en un diámetro indeterminado sino porque vés lo infinito en la extensión y puedes aumentarla o disminuírla hasta lo infinito.

Te sostengo que no podrías pensar jamás en estas formas abstractas de géneros y especies, si la idea de lo infinito que es inseparable de tu espíritu no se uniese de un modo completamente natural a las ideas particulares que percibes. Podrías pensar en determinado círculo pero no en el círculo. Podrías percibir esta o aquella igualdad de radios, pero jamás una igualdad general entre radios indeterminados. La razón de ello consiste en que toda idea finita y determinada no puede representar jamás nada infinito e indeterminado. Sino que el espíritu une irreflexiblemente a sus ideas finitas la idea de la generalidad que encuentra en lo infinito, pues del mismo modo que el espíritu extiende sobre la idea de una determinada extensión, aunque divisible hasta lo infinito, la idea de la unidad indivisible, extiende también sobre algunas ideas particulares la idea general de una perfecta igualdad. Y esto es lo que le lleva a multitud de errores; ya que toda la falsedad de nuestras ideas procede de que las confundimos unas con otras y aun las mezclamos con nuestras propias modificaciones. Pero de esto hablaremos en otra ocasión.

Aristeo.—Todo esto, está muy bien, Teodoro; mas ¿no miras tú nuestras ideas como distintas de nuestras percepciones? Me parece que la idea del círculo en general no es sino una percepción confusa de muchos círculos de distintos tamaños, es decir, un conjunto de diversas modificaciones de un espíritu casi borradas, cada una de las cuales es la idea o percepción de un determinado círculo.

X. *Teodoro.*—Indudablemente (1) yo establezco gran diferencia entre nuestras ideas y nuestras percepciones, entre nosotros que percibimos y lo que nosotros percibimos. Es que sé que lo finito no puede encontrar en sí de que representarse lo infinito. Es que no ignoro Aristeo, que yo no encierro en mí ninguna realidad inteligible; y que, muy lejos de encontrar en mi substancia las ideas de todas las cosas, no encuentro, ni aun la idea de

(1) V. la Respuesta al Libro de las verdaderas y de las falsas ideas.

mi propio ser (1). Pues yo soy por completo ininteligible á mí mismo, y no veré jamás lo que soy, sino cuando plegue á Dios descubrirme la idea o arquetipo de los espíritus que encierra la Razón universal. Pero otra vez hablaremos de esto.

En verdad, Aristeo si tus ideas no fuesen más que modificaciones de tu espíritu, el confuso montón de mil y mil ideas jamás sería otra cosa que un compuesto confuso, incapaz de ninguna generalidad. Toma veinticinco colores diferentes, mezclalos, para excitar en tí un color general; produce en tí muchos sentimientos diferentes a la vez, para formar con ellos un sentimiento general; pronto verás que esto no es posible. Pues mezclando diversos colores, formarás verde, gris, azul, siempre un color particular. El aturdimiento no es más que un agregado confuso de una infinidad de sentimientos o modificaciones del alma, pero no es sin embargo más que un sentimiento particular. Es que toda modificación de un ser particular como nuestro espíritu lo es, no puede ser sino particular; ella no puede jamás elevarse a la generalidad que se encuentra en las ideas. Es verdad que puedes pensar en el dolor en general, pero nunca podrías ser modificado más que por un dolor particular. Y si puedes pensar en el dolor en general, es que puedes unir la generalidad a todas las cosas. Pero insisto en que no podrías sacar de tu fondo esta idea de la generalidad; tiene demasiada realidad y es preciso que lo infinito te la suministre de su abundancia.

Aristeo.—No tengo nada que responderte. Todo lo que me dices me parece evidente. Pero me sorprende que estas ideas generales que tienen infinitamente más realidad que las ideas particulares me afecten menos, y me parezcan tener mucha menos solidez.

XI. *Teodoro.*—Es que se hacen sentir menos, o mejor dicho, que en modo alguno se hacen sentir. No juzgues, Aristeo, de la realidad de las ideas, como los niños juzgan de la realidad de las

(1) V. la 2.ª parte del lib. 3 de la Rech. de la Verité cap. 7, n. 4, y la aclaración que corresponde a este capítulo.

cuerpos. Los niños creen que todos estos espacios que existen entre el cielo y la tierra no son nada real porque no se hacen sentir. Y aun, hay muy poca gente que sepa que la misma materia hay en un pie cúbico de aire que en un pie cúbico de plomo, porque el plomo es más duro, más pesado, en una palabra, más sensible que el aire. No los imites. Juzga de la realidad de las ideas no por el sentimiento que tengas de ellas, que te marca confusamente su acción, sino por la luz inteligible que te descubre su naturaleza. De otro modo, creerás, que las ideas sensibles y que te afectan, tal como la que tienes de este piso que oprimes con el pie, tienen mayor realidad que las ideas puramente inteligibles, aunque en el fondo no haya diferencia alguna entre ellas.

Aristeo.—¡*Ninguna diferencia*, Teodoro! ¿Conque la idea de la extensión en que pienso no es diferente de la de esta extensión que veo, que oprimo con el pie, y que me opone resistencia?

XII. *Teodoro.*—No Aristeo, no hay dos clases de extensión ni dos clases de ideas que las representen. Y si esta extensión en que piensas te afectase, o modificase tu alma por alguna sensación, de inteligible que es, te parecería sensible. Te parecería dura, fría, coloreada, y acaso dolorosa; pues quizá le atribuyeses todos los sentimientos que tuvieses. Repito que no hay que juzgar de las cosas por el sentimiento que de ellas tenemos. No ha de creerse que el hielo tenga más realidad que el agua, porque nos oponga mayor resistencia.

Si tu crees que el fuego posee más fuerza o eficacia, que la tierra, tu error tendrá algún fundamento; pues hay alguna razón para juzgar de las magnitudes de las potencias por la de sus efectos. Pero creer que la idea de la extensión, que te afecta por algún sentimiento, es de otra naturaleza o tiene más realidad que aquella en que piensas, sin recibir de ella ninguna impresión sensible, es tomar lo absoluto por lo relativo, juzgar de lo que las cosas son en sí mismas por la relación que tienen contigo. Es el medio de dar a la punta de una espina más realidad que a todo el resto del Universo y aun que al ser infinito. Pero cuando

estés acostumbrado a distinguir tus sentimientos de tus ideas, reconocerás que la misma idea de la extensión puede hacerse conocer, imaginar, sentir, según que la substancia divina que la encierra la aplique diversamente a nuestro espíritu. Así, no creas que lo infinito o el ser en general tenga menos realidad que la idea de un determinado objeto que te afecta actualmente de una manera muy viva y sensible. Juzga de las cosas por las ideas que las representan, y no les atribuyas nada semejante a las sensaciones porque eres afectado. Comprenderás más distintamente en lo sucesivo, lo que ahora te insinúo.

Aristeo.—Todo lo que acabas de decirme, Teodoro, es terriblemente abstracto, y me cuesta gran trabajo fijarlo ante mí. Mi espíritu trabaja extraordinariamente; concédeme algún reposo te ruego. Es preciso que yo piense despacio en estas grandes y sublimes verdades. Trataré de familiarizarme con ellas por los penosos esfuerzos de una atención enteramente pura; pero al presente no soy capaz de ello. Tengo necesidad de descansar para adquirir nuevas fuerzas.

Teodoro.—Lo sabía, Aristeo, que no serías mucho tiempo espíritu puro. Anda: conduce tú mismo a tu cuerpo a pastar. Distrae tu imaginación por la variedad de los objetos que pueden confortarla y regocijarla. Pero intenta no obstante, conservar algún gusto por la verdad; y en el momento que te sientas capaz de alimentarte de ella y meditarla, déjalo todo por ella. Olvida aun lo que tú eres, en cuanto te sea posible. Es preciso que pienses en las necesidades del cuerpo, pero es un gran desarreglo el que te ocupes de sus placeres.

III.—Conversación

De la diferencia que existe entre nuestros sentimientos y nuestras ideas. Que no ha de juzgarse de las cosas sino por las ideas que las representan y de ningún modo por los sentimientos porque es uno afectado en su presencia o con ocasión de las mismas cosas.

Teodoro. — ¡Hola! Aristeo, qué pensativo estás... ¿En qué piensas tan profundamente?

Aristeo.—¿Quién hay? ¡Ah! me has sorprendido Teodoro. Vuelvo de este otro mundo a que me has transportado estos días. Yo voy a él ahora solo, y sin miedo a los fantasmas que impiden la entrada, pero cuando estoy allí, encuentro tantos lugares oscuros, que tengo miedo de extraviarme y perderme.

I. *Teodoro.*—Es mucho, Aristeo, saber dejar su cuerpo cuando se quiere, y elevarse en espíritu al país de las inteligencias. Pero esto no basta. Es preciso conocer un poco el mapa de este país; cuáles son los lugares inaccesibles a los pobres mortales, y cuáles son aquellos donde pueden ir libremente sin miedo a las ilusiones. Por no haberse fijado bien en lo que yo voy a hacerte observar, es, me parece, por lo que la mayor parte de los viajeros de estas peligrosas comarcas han sido seducidos por ciertos espectros atrayentes que nos arrastran a precipicios, de los cuales es moralmente imposible salir. Escúchame muy seriamente; voy a decirte hoy lo que jamás debes olvidar.

Nunca tomes, Aristeo, tus propios sentimientos por nuestras ideas, las modificaciones que afectan a tu alma por las ideas que esclarecen a todos los espíritus. He aquí el capital de todos los preceptos para evitar el extravío. Jamás contemplarás las ideas sin descubrir alguna verdad; pero cualquiera sea la atención que prestes a tus propias modificaciones, jamás serás esclarecido mediante ellas. No puedes comprender bien lo que te digo; es preciso que me explique mejor.

II. Tu sabes, Aristeo, que el Verbo divino en tanto que Razón universal, encierra en su substancia las ideas primordiales de todas los seres creados y posibles. Sabes que todas las inteligencias que están unidas a esta soberana Razón, descubren en ella algunas de estas ideas, según a Dios place manifestárselas. Esto se realiza a consecuencia de las leyes generales que Él ha establecido para hacernos racionales y formar entre nosotros y con Él una especie de sociedad. Yo te explanaré algún día este misterio todo. No dudas, que la extensión inteligible, por ejemplo, que es la idea primordial o el arquetipo de los cuerpos, está contenida en la Razón universal que ilumina a todos los espíritus y a Aquél mismo a quien esta razón es consubstancial. Pero acaso no has reflexionado bastante sobre la diferencia que hay entre las ideas inteligibles que ella encierra y nuestros propios sentimientos o las modificaciones de nuestra alma; y quizá crees que es inútil observarla exactamente.

III. ¡Gran diferencia hay, mi querido Aristeo entre la luz de nuestras ideas y la obscuridad de nuestros sentimientos, entre conocer y sentir, y cuán necesario es acostumbrarse a distinguirla sin trabajo! El que no ha reflexionado bastante sobre esta diferencia, creyendo siempre conocer muy claramente lo que siente con mayor viveza, no puede menos de extraviarse en las tinieblas de sus propias modificaciones. Pues, en fin, comprende bien esta importante verdad: El hombre no es a sí mismo su propia luz. Su substancia lejos de esclarecerle, le es ella misma ininteligible. El hombre no conoce nada sino por la luz de la Razón. Yo me refiero siempre a esta Razón universal que ilumina a todos los espíritus por las ideas inteligibles que les descubre en su substancia resplandeciente.

IV. La razón creada, nuestra alma, el espíritu humano, las inteligencias más puras y sublimes pueden muy bien ver la luz, pero no pueden producirla ni sacarla de su propio fondo, no pueden engendrarla de su substancia. Pueden descubrir las verdades eternas, inmutables, necesarias, en el Verbo divino, en la Sabiduría eterna, inmutable, necesaria. Pero no pueden encon-

trar en sí sino sentimientos, con frecuencia muy vivos, pero siempre obscuros y confusos, sino modalidades llenas de tinieblas. En una palabra, no pueden, contemplándose, descubrir la verdad, no pueden alimentarse de su propia substancia. No pueden encontrar la vida de las inteligencias más que en la Razón universal que anima a todos los espíritus. Quiero decir, esta Razón universal que esclarece y conduce a todos los hombres. Pues ella es quien consuela interiormente a los que la siguen; es la que llama a los que la dejan; es en fin, quien por reproches y amenazas terribles llena de confusión, de inquietud y desesperación a los que están resueltos a abandonarla.

Aristeo.—Estoy bien persuadido, Teodoro, por las reflexiones que he hecho sobre lo que me has dicho estos días, de que es únicamente el Verbo divino quien nos ilumina por las ideas inteligibles que encierra. Pues no hay dos o más sabidurías, dos o más razones universales. La verdad es inmutable, necesaria, eterna, la misma en el tiempo y en la eternidad, la misma entre nosotros y los extranjeros, la misma en el cielo y en los infiernos. El Verbo eterno habla a todas las naciones el mismo lenguaje: a los chinos y a los tártaros, como a los franceses y a los españoles; y si ellos no son igualmente esclarecidos, es que están desigualmente atentos; es que los unos mezclan más, los otros menos las inspiraciones particulares de su amor propio, con las respuestas generales de la verdad interior. Dos veces dos, son cuatro en todos los pueblos. Todos entienden la voz de la verdad que nos ordena no hacer a los demás lo que no queremos que se nos haga. Y los que no obedecen a esta voz, sienten interiores reproches que les amenazan y que castigan su desobediencia, con tal que penetren en sí mismos y sean razonables. Yo estoy ahora convencido de estos principios, pero no comprendo todavía muy bien esta diferencia entre conocer y sentir, que juzgas tú tan necesaria para evitar el error. Te ruego me la hagas notar.

Teodoro.—Si hubieses meditado bien sobre los principios de que dices estás convencido, verías claramente lo que me pre-

guntas. Mas sin meterte en rodeos, respóndeme: ¿crees tú que Dios experimenta el dolor que padecemos nosotros?

Aristeo.—Indudablemente no; pues el sentimiento del dolor hace desgraciado.

Teodoro.—Muy bien. Pero, ¿crees que lo conoce?

Aristeo.—Sí lo creo, porque conoce todo lo que sucede a sus criaturas. El conocimiento de Dios no tiene límites y conocer mi dolor no le hace ni desgraciado ni imperfecto. Al contrario.

Teodoro.—¡Oh, Aristeo! Dios conoce el dolor, el placer, el calor y lo demás, y no siente ninguna de estas cosas... Conoce el dolor, puesto que sabe cuál es la modificación del alma en que el dolor consiste. Lo conoce puesto que sólo Él es quien lo causa en nosotros, como te demostraré en lo sucesivo, y sabe bien lo que Él hace. En una palabra, lo conoce porque su conocimiento no tiene límites. Pero no lo siente, porque sería infeliz. Conocer el dolor no es sentirlo.

Aristeo.—Es verdad, pero, ¿sentir el dolor, no es conocerlo?

VI. *Teodoro.*—Indudablemente no, ya que Dios no lo siente en modo alguno y lo conoce perfectamente. Pero para que el equívoco de los términos no nos detenga, si tu quieres que sentir el dolor sea conocerlo, concede al menos que esto no es conocerlo luminosamente y con evidencia; en una palabra, que esto no es conocer su naturaleza, y que así, hablando propiamente, no es conocerlo. Sentir el dolor, por ejemplo, es sentirse desgraciado, sin saber bien ni lo que se es, ni cual es esta modalidad de nuestro ser que nos hace infelices. Pero conocer es tener una idea clara de la naturaleza de su objeto y descubrir estas y aquellas relaciones del mismo, por luz y evidencia.

Yo conozco claramente las partes de la extensión porque puedo ver evidentemente las relaciones de ellas. Yo veo claramente que los triángulos semejantes tienen proporcionales sus lados, que no hay triángulo plano cuyos tres ángulos no sean iguales a dos rectos. Veo claramente estas verdades o relaciones en la idea o arquetipo de la extensión. Pues esta idea es tan luminosa, que contemplándola es como se forman los geómetras y los buenos

físicos; y es tan fecunda en verdades, que todos los espíritus juntos no la agotarán jamás.

VII. No sucede lo mismo con mi ser. Yo no tengo idea de él; no veo el arquetipo del mismo. No puedo descubrir las relaciones de las modificaciones que afectan a mi espíritu. No puedo, volviéndome hacia mí mismo, reconocer ninguna de mis facultades y capacidades. El sentimiento interior que tengo de mí mismo, me enseña que soy, que pienso, que quiero, que siento, que sufro, etc., pero no me hace conocer, lo que soy, la naturaleza de mi pensamiento, de mi voluntad, de mis sentimientos, de mis pasiones, de mi dolor, ni las relaciones que todas estas cosas guardan entre sí, porque, no teniendo, repito, idea de mi alma, no viendo el arquetipo de la misma en el Verbo divino, no puedo descubrir contemplándola, ni lo que es, ni las modalidades de que es capaz, ni en fin, las relaciones existentes entre sus modalidades, relaciones que siento vivamente sin conocerlas; pero relaciones que Dios conoce claramente sin sentirlas. Todo esto, mi querido Aristeo, porque, como ya te he dicho, yo no soy luz de mí mismo, mi substancia y mis modalidades no son sino tinieblas, y Dios no ha encontrado a propósito por muchas razones descubrirme la idea o arquetipo que representa la naturaleza de los seres espirituales. Pues si mi substancia fuese inteligible por sí misma, si fuese luminosa, si pudiese esclarecerme, como yo no estoy separado de mí mismo, ciertamente podría yo ver contemplándome que soy capaz de ser afectado por tales y cuales sentimientos que jamás he experimentado, y de los que acaso no tendré jamás conocimiento alguno. Yo no hubiera necesitado un concierto para saber cuál es la dulzura de la armonía, y aunque jamás hubiese gustado yo un fruto determinado, hubiera podido, yo no digo sentir, sino conocer con evidencia la naturaleza del sentimiento que excita en mí. Pero como no se puede conocer la naturaleza de los seres más que en la Razón que los encierra de una manera inteligible, aunque yo no pueda sentirme más que en mí mismo, solamente en ella es donde puedo descubrir lo que soy y las modalidades de que es susceptible mi

naturaleza, y con mayor razón, en ella solamente puedo descubrir los principios de las ciencias, y todas las verdades capaces de esclarecer el espíritu.

Aristeo.—Avancemos un poco, Teodoro. Creo que hay diferencias esenciales entre conocer y sentir, entre las ideas que esclarecen el espíritu y los sentimientos que le afectan; y concedo que aunque no me siento más que en mí mismo, yo no puedo conocer lo que soy sino en la Razón que encierra el arquetipo de mi ser y las razones inteligibles de todas las cosas.

VIII. *Teodoro.*—Muy bien, Aristeo, te encuentro dispuesto a hacer mil y mil descubrimientos en el país de la verdad. Distingue nuestras ideas de nuestros sentimientos, pero distínguelas bien. Distínguelas bien, repito; y todos estos fantasmas acariciadores de que te he hablado no te conducirán al error. Elévate siempre por encima de tí mismo. Tus modalidades no son más que tinieblas; acuérdate de esto. Sube más alto, hasta la razón, y verás la luz. Acalla tus sentidos, tu imaginación y tus pasiones, y oirás la pura voz de la verdad interior, las respuestas claras y evidentes de nuestro Maestro común. No confundas nunca la evidencia que resulta de la comparación de las ideas con la vivacidad de los sentimientos que te afectan e inmutan. Cuanto más vivos son nuestros sentimientos, más siembran las tinieblas. Cuanto más terribles o agradables son nuestros fantasmas, parecen tener más corporeidad y realidad, son más peligrosos y propios para seducirnos. Disípalos o desconfía de ellos. Huye, en una palabra de todo lo que te afecta, y corre y únete a todo lo que te ilumina. Es preciso seguir a la Razón, a pesar de las caricias, las amenazas, los insultos del cuerpo a que estamos ligados, a pesar de la acción de los objetos que nos rodean ¿Concibes todo esto bien distintamente? ¿Estás bien convencido de ello por las razones que te he dado y por tus propias reflexiones?

Aristeo.—Tu exhortación, Teodoro, me parece muy viva para una conversación sobre Metafísica. Me parece que excitas en mí sentimientos en lugar de hacer nacer ideas claras. Me sirvo de tu lenguaje. De buena fé, yo no comprendo demasiado lo que me

dices. Yo lo veo, y un momento después ya no lo veo. Es que no hago todavía más que entreverlo. Me parece que tienes razón, pero no te entiendo muy bien.

IX. *Teodoro.*—¡Ah! querido Aristeo..., tu respuesta es una prueba más de lo que acabamos de decir. No es malo que reflexiones en ello. Yo te digo lo que veo, y tu no lo ves. Es una prueba de que el hombre no instruye al hombre. Es que yo no soy tu Maestro o Doctor: no soy más que un admonitor, vehemente acaso, pero poco exacto y entendido. Yo hablo a tus oídos; parece que no hago en ellos más que mucho ruido. Pero nuestro único Maestro no habla todavía con bastante claridad a tu espíritu, o más bien, la Razón le habla sin cesar muy claramente, pero por falta de atención tú no entiendes bastante lo que ella nos responde. Yo creía, sin embargo, por las cosas que acabas de decirme y por las que yo mismo te había dicho, que comprenderías suficientemente mi principio y las consecuencias que es necesario sacar de él. Pero bien veo que no basta con que te haga advertencias generales apoyadas sobre ideas abstractas y metafísicas. Es preciso aun, que te aporte algunas pruebas particulares de la necesidad de estas advertencias.

Te he exhortado a acostumbrarte a reconocer sin trabajo la diferencia que existe entre conocer y sentir, entre nuestras ideas claras y nuestros sentimientos siempre oscuros y confusos. Y te sostengo que esto solo basta para descubrir una infinidad de verdades. Te lo sostengo, digo, fundándome en que solamente la Razón nos esclarece, en que no somos luz de nosotros mismos, ni ninguna inteligencia luz de otra. Verás claramente si este fundamento es sólido, cuando dejes de oirme a mí y consultes en tu despacho a la verdad interior. Pero para facilitarte la inteligencia de mi principio, y hacerte conocer mejor la necesidad del mismo y sus consecuencias, respóndeme, te ruego. Tú sabes mucha música, pues yo te veo con frecuencia tocar los instrumentos muy diestra y atrevidamente.

Aristeo.—Sé la suficiente para calmar mi mal humor y echar fuera mi melancolía.

X. *Teodoro.*—Pues bien. Explícame un poco la naturaleza de estos diversos sonidos que enlazas tan precisa y agradablemente ¿Qué es una octava, una quinta, una cuarta? ¿De qué procede que estando al unísono dos cuerdas, no se puede tocar una de ellas sin que la otra vibre? Tú tienes el oído muy fino y delicado; consúltalo para que te responda sobre lo que yo deseo aprender de tí.

Aristeo.—Creo que te burlas de mí. Es a la Razón y no a los sentidos a quien hay que consultar.

Teodoro.—Es verdad. No hay que consultar a los sentidos más que sobre hechos. Su poder es muy limitado, pero la Razón se extiende a todo. Y guárdate de confundir sus respuestas con el testimonio de tus sentidos. Dime ¿qué te responde?

Aristeo. —Me acosas demasiado. Sin embargo, creo, que el sonido es una cualidad extendida por el aire, la cual no puede afectar más que al sentido del oído, pues cada sentido tiene su objeto propio.

Teodoro.—¿Llamas a esto consultar a la Razón?

Aristeo.—¿Qué quieres que te diga yo? Aquí tienes una octava, *la-la*, una quinta, *do-sol*, una cuarta, *do-fa*.

Teodoro.—Cantas bien, pero razonas mal.... Comprendo que quieres divertirte.

Aristeo.—Ciertamente, Teodoro. Pero tocante a tu otra pregunta, te respondo que por simpatía es como las cuerdas del mismo sonido se conmueven entre sí. ¿He acertado?

Teodoro.—Hablemos seriamente, Aristeo. Si ahora quieres divertirme, trata de instruirme.

Aristeo.—Si quieres, no haré ninguna de estas dos cosas. Haz tú, tu papel y déjame cumplir el mío. Me toca escuchar.

Teodoro.—¡Qué atentas y agradables son tus maneras! Entonces, préstame este monocordio, y fíjate bien en lo que voy a hacer y en lo que te voy a decir. Punteando o tirando yo de esta cuerda la saco fuera del estado en que la tensión le obliga a estar; y cuando la dejo, ves bien, sin que sea necesario demostrártelo, que continúa moviéndose algun tiempo de un lado para otro; y que

de este modo produce un gran número de vibraciones y por consiguiente, muchas otras pequeñas sacudidas imperceptibles a nuestros sentidos. Pues siendo la línea recta más corta que la curva, una cuerda no puede vibrar, o venir a ser alternativamente recta y curva sin que las partes que la componen se alarguen y acorten con suma prontitud. Ahora bien, yo te pregunto, ¿un cuerpo movido, no es capaz de mover al que encuentre? Esta cuerda, puede pues conmover al aire que la rodea, y aun al sutilísimo que penetra en los poros de aquélla, y éste a otro hasta tu oido y el mío.

Aristeo.—Es verdad. Pero lo que yo oigo es un sonido, un sonido extendido por el aire, una cualidad que es bien diferente de las vibraciones de una cuerda o de las sacudidas de un aire conmovido.

Teodoro.—Poco a poco, Aristeo. No consultes tus sentidos ni juzgues por su testimonio. Es verdad que el sonido es cosa muy distinta de un aire agitado. Pero precisamente por esto es por lo que tú dices sin fundamento, que el sonido se esparce en el aire; porque, fíjate, tocando esta cuerda no hago otra cosa que inmutarla, y una cuerda inmutada no hace sino agitar el aire que le rodea.

Aristeo.—¡Una cuerda inmutada no hace sino agitar el aire que le rodea! ¿Conque no oyes tú que produce un sonido en el aire?

Teodoro.—En apariencia, yo oigo lo que tú oyes. Pero cuando quiero instruirme sobre alguna verdad no consulto mis oidos, y tú consultas los tuyos, apesar de todas las buenas resoluciones que habías tomado. Penetra pues en tí mismo, y consulta las ideas claras que encierra la Razón. ¿Concibes bien que el aire, que cuerpecillos de la figura que quieras y agitados de esta o aquella manera, sean capaces de contener el sonido que tú oyes, y que una cuerda pueda producirlo? Insisto en que no consultes tus oidos, y para mayor seguridad imagínate que eres sordo. Considera atentamente la idea clara de la extensión; es el arquetipo de los cuerpos; representa la naturaleza y las propiedades de éstos. ¿No es evidente que to-

das las propiedades posibles de la extensión no pueden ser otra cosa que relaciones de distancia? Piensa seriamente en esto.

Aristeo.—Esto es evidente. Todas las propiedades de la extensión no pueden consistir más que en sus diversas maneras de ser. No son sino relaciones de distancia.

Teodoro.—Luego todas las propiedades o modalidades posibles de la extensión no son sino figuras o relaciones de distancia estables y permanentes; y movimiento o relaciones de distancia sucesivas y siempre cambiantes. Luego, el sonido, que tú, Aristeo, convienes es otra cosa que movimiento, no está esparcido en el aire, y una cuerda no puede producirlo en éste. No será pues más que un sentimiento o una modalidad del alma.

Aristeo.—Bien veo, que hay que rendirse o negar el principio de que la idea de la extensión representa la naturaleza de los cuerpos. Acaso no represente más que una de sus propiedades. En efecto: ¿quién te ha dicho que los cuerpos son solamente extensión? Quizá la esencia de la materia consiste en alguna otra cosa; y esta otra cosa será capaz de contener los sonidos y aún de producirlos. Pruébame lo contrario.

Teodoro.—Pero pruébame tú mismo que esta otra cosa en que haces consistir la esencia de la materia no será capaz de pensar, de querer, de razonar. Te sostengo que las cuerdas de tu laúd, piensan tan exactamente como tú, o al menos que se quejan de que turbes su reposo. Pruébame lo contrario y yo te convenceré de que ellas no difunden sonido alguno.

Aristeo.—Es verdad que si la naturaleza del cuerpo consiste en alguna otra cosa que la extensión, no teniendo ninguna idea de esta cosa, yo no puedo probarte que no piensa. Pero te ruego me pruebes que la materia no es otra cosa que extensión y que así, es incapaz de pensar. Pues esto me parece necesario para hacer callar a los libertinos que confunden el alma con el cuerpo y sostienen que como él, es mortal, porque según ellos, todos nuestros pensamientos no son sino modalidades de esta cosa desconocida que se llama cuerpo, y todas las modalidades pueden dejar de ser.

XI. *Teodoro.*—Ya he respondido (1) a la cuestión que me propones, pero es tan importante, que, aunque esté fuera de propósito, con mucho gusto te haré observar que su resolución, como todas las demás verdades depende del gran principio de que la Razón universal encierra las ideas que nos iluminan: y que habiendo sido formadas las obras de Dios sobre estas ideas, no puede hacerse cosa mejor que contemplarlas para descubrir la naturaleza y las propiedades de los seres creados. Fíjate pues: Nosotros podemos pensar en la extensión sin pensar en otra cosa, luego es un ser o una substancia y no una manera de ser; pues no se puede pensar en una manera de ser sin pensar en el ser a que modifica, puesto que las maneras de ser no son sino el ser mismo en tal o cual forma. No se puede pensar en figuras y en movimientos sin pensar en la extensión, por que las figuras y los movimientos no son sino maneras de ser de la extensión. Esto es claro si no me equivoco. Y si esto no te parece tal, te sostengo que no tienes ya ningún medio de distinguir las modalidades de las substancias de las substancias mismas. Si esto no te parece evidente, no filosofemos más. Pues...

Aristeo.—Filosofemos, te ruego.

Teodoro.—Filosofemos. La idea o arquetipo de la extensión es eterna y necesaria. Nosotros vemos esta idea, como ya te lo he demostrado, y Dios la vé también, puesto que no hay nada en El que se le oculte. La vemos, digo, clara y distintamente sin pensar en otra cosa. Podemos percibirla sola, o mejor no podemos percibirla como la manera de ser de alguna otra cosa, pues ella no encierra ninguna relación necesaria con las otras ideas. Ahora bien, Dios puede hacer lo que vé y nos hace ver en su luz clara y distintamente. Puede hacer todo lo que no encierra contradicción, pues es omnipotente. Luego puede hacer extensión aislada. Esta extensión, será pues, un ser o una substancia; y la idea que tenemos de ella nos representará su naturaleza. Supuesto, pues, que Dios haya creado extensión tal, ciertamen-

(1) I. Conv. n. 2.

te habrá en ella materia, pues ¿qué género de ser sería esta extensión? Mas yo creo que ves bien que esta materia es incapaz de pensar, de sentir, de razonar.

Aristeo.—Reconozco que siendo nuestras ideas necesarias y eternas y las mismas que Dios consulta, si Él obra, hará lo que estas ideas representan; y nosotros no nos equivocaremos si no atribuímos a la materia más que lo que vemos en su arquetipo. Pero quizá no veamos del todo este arquetipo. No pudiendo las modalidades de la extensión, ser otra cosa que relaciones de distancia, la extensión es incapaz de pensar. Convengo en ello. Pero el sujeto de la extensión, esta otra cosa que quizá hay encerrada en el arquetipo de la materia y que nos es desconocida, podrá muy bien pensar.

XII. *Teodoro.*—Podra mucho más; pues podrá todo lo que tu quieras sin que nadie te lo pueda discutir. Podrá tener mil y mil facultades, virtudes, propiedades admirables. Podrá obrar en tu alma, esclarecerla, hacerla feliz o desgraciada. En una palabra habrá tantos poderes y si me apuras un poco, tantas Divinidades como diferentes cuerpos. En efecto, ¿que sè yo, si esta otra cosa que tomas tú por la esencia de la materia no tendrá todas las cualidades que quieras atribuirle puesto que yo no tengo ningún conocimiento de ella? Quizá esto te haga ver, que para conocer las obras de Dios es preciso conocer las ideas que de las mismas nos dá, las que son claras, aquellas sobre las que ha formado dichas obras; y que se corre peligros muy grandes si se sigue otro camino. Pues, si consultamos nuestros sentidos, si nos sometemos ciegamente a su testimonio, nos persuadirán de que hay, al menos, ciertos cuerpos cuya fuerza e inteligencia son maravillosas.

Nuestros sentidos nos dicen que el fuego desprende el calor y la luz. Nos persuaden de que los animales y las plantas trabajan por la conservación de su ser y de su especie con mucha habilidad y con cierta inteligencia. Ahora bien, vemos nosotros que estas facultades son otra cosa que figuras y movimientos. Juzgamos pues, apoyados en estos oscuros y confusos testimo-

nios de nuestros sentidos, que hay necesidad de que en los cuerpos haya alguna otra cosa más que extensión, puesto que todas las modalidades de la extensión no pueden ser sino movimientos y figuras. Mas consultemos atentamente a la Razón. Detengámonos en la idea clara que tenemos de los cuerpos. No los confundamos con nuestro ser propio, y quizá descubramos que les atribuímos cualidades y propiedades que no tienen, y que únicamente pertenecen a nosotros.

Puede suceder dices, que no veamos del todo el arquetipo o idea de la materia. Aunque así fuera, no deberíamos atribuirle más que lo que esta idea nos representa del mismo, pues no ha de juzgarse de lo que no se conoce. Ciertamente, si los libertinos creen que les es permitido razonar sobre quimeras de las que no poseen ninguna idea, deben sufrir que se razone de las cosas por las ideas que de ellas se tenga. Pero para quitarles todo motivo de caída y de confianza en sus extraños errores, ten en cuenta repito, que nosotros podemos pensar en la extensión sin pensar en otra cosa, pues este es el principio. Luego Dios puede formar extensión sin formar otra cosa. Luego esta extensión subsistirá sin esta cosa desconocida que ellos atribuyen a la materia. Esta extensión será pues una substancia y no una modalidad de substancia, y he aquí lo que yo creo debe llamarse cuerpo o materia por muchas razones: no solamente porque no se puede pensar en las modalidades de los seres sin pensar en los seres mismos de que son modalidades y no hay otro camino para distinguir los seres de sus modalidades que ver si se puede pensar en aquellos sin pensar en estos, sino también porque por la extensión sola y las propiedades que todo el mundo le atribuye, se pueden explicar suficientemente todos los efectos naturales, quiero decir, que no se observa ningún efecto de la materia cuya causa natural no pueda descubrirse en la idea de la extensión.

Aristeo.—Lo que acabas de decirme me parece convincente. Comprendo más claramente que nunca que para conocer las obras de Dios hay que considerar atentamente las ideas que Él encierra en su sabiduría y hacer callar a nuestros sentidos y so-

bre todo a nuestra imaginación. Pero este camino de descubrir la verdad es tan áspero y penoso que casi no hay nadie que lo siga. Para ver que el sol derrama torrentes de luz, no hace falta más que abrir los ojos. Para juzgar si el sonido reside en el aire, no hay más que producir ruido. No hay nada más cómodo. Pero el espíritu trabaja terriblemente en la atención que concede a las ideas que no afectan los sentidos; se cansa muy pronto; por experiencia lo sé. ¡Tú eres dichoso con poder meditar sobre las materias metafísicas!

Teodoro.—Yo soy de carne y hueso como los demás, mi querido Aristeo. Juzga de mi por tí mismo, y me honrarás; no te equivocarás sino con ventaja mía. ¿Qué quieres? Esta dificultad que todos encontramos para unirnos a la Razón, es un castigo y una prueba del pecado; y la rebelión del cuerpo es el principio de ello. Estamos condenados a ganar nuestra vida con el sudor de nuestra frente. Es preciso ahora que el espíritu trabaje para nutrirse con la verdad. Esto es común a todos los hombres. Pero, créeme, es tan delicioso este manjar de los espíritus, y da tanto ardor al alma cuando se ha gustado, que aun cuando uno se fatigue en buscarlo, no se cansa jamás de desearlo y de volver a comenzar sus pesquisas; pues hemos sido hechos para él. Pero si te he fatigado mucho, dame este instrumento, para que alivie yo tu atención y haga sensibles en lo posible las verdades que quiero hacerte comprender.

Aristeo.—¿Qué quieres hacer? Yo comprendo claramente que el sonido no está esparcido en el aire, y que una cuerda no puede producirlo. Las razones que acabas de exponerme me parecen convincentes, pues, ni el sonido, en fin, ni el poder de producirlo están encerrados en la idea de la materia, ya que todas las modalidades de los cuerpos no consisten sino en relaciones de distancia. Esto me basta. Sin embargo, he aquí aún, una prueba que me admira y me convence. Es que en una fiebre que padecí hace algún tiempo, oía sin cesar los aullidos de un animal que indudablemente no aullaba, pues estaba muerto. Creo también que durante el sueño te suceda lo que a mi, esto es, oir

un concierto, o al menos el sonido de la trompeta o del tambor aunque entonces reine por todas partes gran silencio. Yo oía, pues, estando enfermo gritos y aullidos; porque me acuerdo todavía que me producían mucha pena. Ahora bien; estos sonidos desagradables no estaban en el aire, aunque yo los oyese allí, como el que produce este instrumento. Luego aunque los sonidos se oigan como esparcidos por el aire, no ha de seguirse que están en él. No se encuentran efectivamente más que en el alma, pues no son sino sentimientos que la afectan, modalidades que le pertenecen. Aún llevo las cosas más lejos. Pues todo lo que me has dicho hasta aquí, me conduce a creer que no hay nada en los objetos de nuestros sentidos, semejante a los sentimientos que de aquellos tenemos. Estos objetos se relacionan con sus ideas, pero me parece que no tienen relación alguna con nuestros sentimientos. Los cuerpos no son más que extensión capaz de movimiento y de diversas figuras. Esto es evidente cuando se consulta la idea que los representa.

Teodoro.—Los cuerpos, dices, no se parecen en nada a los sentimientos que de ellos tenemos; y para conocer sus propiedades no hay que consultar a los sentidos, sino a la idea clara de la extensión que representa la naturaleza de los mismos. Conserva bien esta importante verdad.

Aristeo.—Esto es evidente, y no lo olvidaré jamás.

XIII. *Teodoro.* ¡Jamás! Pues bien, dime, te ruego, qué es una octava y una quinta, o más bien, enséñame lo que hay que hacer para oír estas consonancias.

Aristeo.—Esto es muy fácil. Toca esta cuerda entera, y en seguida, pon tu dedo allí, y toca una parte u otra de la cuerda y oirás la octava.

Teodoro.—¿Por qué allí mi dedo, y no aquí?

Aristeo.—Es que aquí harías una quinta y no una octava. Mira, mira; he aquí marcados todos los tonos. ¿Te ríes?,

Teodoro.—Aquí me tienes hecho un sabio, Aristeo. Puedo hacerte oír todos los tonos que quiera. Pero si hubiésemos roto nuestro instrumento toda nuestra ciencia estaría en pedazos.

Aristeo.—Nada de eso. Yo haría otro. No es más que una cuerda sobre una tabla. Todo el mundo puede hacer otro tanto.

Teodoro.—Si; pero esto no basta. Hay que marcar exactamente las consonancias sobre esta tabla. ¿Cómo la dividirías tú para señalar el punto en que hay que poner el dedo, para oir la octava, la quinta, y las demás consonancias?

Aristeo.—Tocaría la cuerda entera, y deslizando el dedo tomaría el tono que quisiera marcar. Pues, tambien conozco lo bastante la música para acordar los instrumentos.

Teodoro.—Tu método es poco xacto, ya que solamente a tientas encuentras lo que buscas. Pero si te quedases sordo, o más bien si el nerviecillo que mantiene tirante el tambor auricular, y lo acuerda con tu instrumento se relajese ¿qué sería de tu ciencia? ¿No podrías ya marcar exactamente los diferentes tonos? ¿Es que no puede uno quedarse sordo sin olvidar la música? Si así es, tu ciencia no está fundada sobre ideas claras. La Razón no tiene parte en ella, pues la Razón es inmutable y necesaria.

Aristeo.—¡Ah. Teodoro! Ya había olvidado lo que acabo de decirte que jamás olvidaría ¿En que pienso? Te he dado respuestas ridículas; tienes motivo para reirte. Es que naturalmente, escucho más a mis sentidos que a mi Razón. Estoy tan acostumbrado a consultar mis oídos, que no pensaba bien en lo que me preguntabas. Voy a responderte de otro modo que te agradará más: Para marcar la octava sobre este instrumento, es preciso dividir en dos partes iguales el espacio correspondiente a la cuerda. Pues si habiéndola tocado entera, se toca enseguida una u otra parte de la misma, se tendrá la octava. Si se toca entera y al punto los dos tercios, se tendrá la quinta. Y en fin si se la toca entera, y al momento los tres cuartos se tendrá la cuarta, y éstas últimas dos consonancias alcanzarán la octava.

XIV. *Teodoro.*—Esta respuesta me instruye; la comprendo distintamente. Veo bien por ella que la octava, o más bien la causa natural que la produce es como 2 a 1, la quinta como 3 a 2 la cuarta como 4 a 3. Estas relaciones numéricas son claras. Y puesto que me dices que una cuerda dividida y tocada según

la magnitud que expresan estos números, produce estas consonancias, aun cuando yo quedase sordo, podría marcarlas sobre el monocordio. Ya ves lo que lleva consigo el razonar sobre ideas claras; se instruye sólidamente a las gentes. Pero ¿por qué una quinta y una cuarta valen una octava?

Artisteo.—Es que el sonido es al sonido como la cuerda a la cuerda. Así, puesto que la octava se hace oir cuando se toca una cuerda y enseguida su mitad, la octava es como 2 a 1, o lo que es lo mismo, como 4 a 2. Ahora bien, la relación de 4 a 2 está compuesta de la relación de 4 a 3 que es la cuarta y de 3 a 2 que es la quinta, pues, bien sabes tú que la relación de un número a otro está compuesta de todas las relaciones existentes entre todos los números que estos dos números encierran. La relación de 3 a 6, por ejemplo, que es la de 1 a 2, está compuesta de las relaciones de 3 a 4 de 4 a 5 y de 5 a 6; ya ves pues que el dítono y la tercera menor valen una quinta. Pues la razón o relación de 4 a 6 que es igual a la de 2 a 3, está compuesta de las de 4 a 5 que forma el dítono, y de 5 a 6 que es la tercera menor.

Teodoro.—Concibo claramente todo esto, suponiendo que el sonido sea el sonido como la cuerda a la cuerda. Pero no comprendo bien este principio. ¿Crees tú, que esté apoyado sobre ideas claras?

Artisteo.—Ya lo creo. Pues la cuerda o sus diversas conmociones son la causa de sonidos diferentes. Ahora bien, la causa entera es a su mitad como 2 a 1, y los efectos responden exactamente a sus causas. Luego el efecto de la causa entera es doble del efecto de su mitad. Luego el sonido de la cuerda entera es al sonido de su mitad como 2 a 1.

Teodoro.—¿Concibes distintamente lo que me dices? Yo por mí, encuentro obscuridad, y en cuanto me es posible no me rindo sino a la evidencia que acompaña a las ideas claras.

Artisteo.—¿Qué encuentras reprobable en mi razonamiento?

XV. *Teodoro.*—Hay mucho ingenio; pues, es una cosa de que no carecen. Pero el principio de dicho razonamiento es oscuro. No está apoyado sobre ideas claras. Fíjate. Crees conocer lo que

no haces más que sentir; y tomas por principio un prejuicio cuya falsedad habías reconocido de antemano. Pero para hacerte ver la falsedad de tu prueba, permite que haga sobre tí una pequeña experiencia. Dame tu mano; no te haré mucho mal. En este momento que froto la palma de tu mano con el extremo de mi manga ¿no sientes nada?

Aristeo.—Siento un poco calor o una especie de cosquilleo bastante agradable.

Teodoro.—¿Y ahora?

Aristeo.—¡Ay! Me haces mal, Teodoro. Me frotas demasiado ásperamente. Siento un dolor que me molesta.

Teodoro.—Te equivocas, Aristeo. Déjame obrar. Sientes un placer dos o tres veces mayor que el que sentías hace un momento. Voy a probártelo mediante tu mismo razonamiento. Escucha: El frotamiento que yo realizo en tu mano es la causa de lo que tú sientes en ella. Ahora bien, la causa entera es a su mitad como 2 a 1, y los efectos responden exactamente a la acción de sus causas. Luego el efecto de la causa entera o de la acción entera de la causa es doble del efecto de su mitad. Luego frotando una vez más fuerte o más deprisa, este movimiento redoblado, debe producir una vez más de placer. Luego yo no te he producido dolor, a no ser que pretendas que el dolor sea al placer como 2 a 1.

Aristeo.—¡Bien castigado estoy por haber razonado sobre un principio oscuro! Me has hecho daño, y por toda excusa me demuestras que me has causado un doble placer. Esto no es agradable.

Teodoro.—No has salido mal librado; pues si hubiésemos estado cerca del fuego, quizá hubiese hecho yo algo peor.

Aristeo.—¿Qué me hubieses hecho?

Teodoro.—Parece que, hubiese tomado un carbón encendido y primero lo habría aproximado un poco a tu mano y si me hubieses dicho que esto te producía placer, te lo habría aplicado a la misma para proporcionártelo mayor; y después, te habría demostrado usando de tu razonamiento que no tenías motivo para quejarte.

Aristeo.—¡En verdad que he escapado de una buena! ¿Es así como instruyes a las gentes?

Teodoro.—¿Qué quieres que haga? Cuando te doy pruebas metafísicas, las olvidas al punto Me es preciso hacerlas sensibles para que las aprendas sin trabajo y te acuerdes siempre de ellas. ¿Por qué has olvidado tan pronto que no ha de razonarse sino sobre ideas claras, que una cuerda conmovida no puede, sino, cuando más, agitar el aire que le rodea, y que no puede producir los diversos sonidos que oyes?

Aristeo.—Es que desde que toco la cuerda oigo el sonido.

Teodoro.—Bien. Pero tú no concibes claramente que las vibraciones de una cuerda puedan esparcir o producir el sonido.

Sobre esto has quedado de acuerdo. Pues el sonido no está encerrado en la idea de la materia, menos todavía lo está el poder de obrar en el alma, y de hacerlo oir. De que las conmociones de una cuerda o del aire van seguidas de un sonido y de un determinado sonido, juzgas, que siendo las cosas como son, es necesario esto para entenderlo. Parece que yo no oigo los mismos sonidos que tú, aunque quizá oiga los mismos tonos o las mismas consonancias. Pues si el tambor de mi oido es más pequeño o menos espeso que el tuyo en una cierta cantidad que haga que se acuerde más fácilmente tomando otro tono que tomando el mismo, lo que es muy verosimil, ciertamente, siendo igual todo lo demás, oigo un sonido más alto que el que tú oyes cuando se toca esta cuerda. En fin, yo no veo ninguna relación de magnitud entre las consonancias. No es claro que la diferencia de los sonidos que las componen sea del más al menos, como las cuerdas que las producen. Esto me parece evidente.

Aristeo.—Así me parece. Pero puesto que las conmociones de una cuerda no son la causa del sonido ¿de qué procede que yo oiga el sonido cuando se toca la cuerda?

Teodoro.—No es hora de resolver esta cuestión, Aristeo. Cuando hayamos tratado de la eficacia de las causas, ella se resolverá sin trabajo. Yo no pienso al presente más que en hacerte notar la diferencia que hay entre conocer claramente y sentir confusamente. No pienso sino en convencerte bien de esta importante verdad, a saber, que para conocer las obras de Dios no

hay que detenerse en los sentimientos que de ellas se tiene, sino en las ideas que las representan. Pues jamás te lo repetiré bastante: no hay que consultar a sus sentidos, a sus propias modalidades, que no son más que tinieblas, sino a la Razón que nos esclarece por sus divinas ideas, por ideas inmutables, necesarias, eternas.

Aristeo.—Convengo en ello. Estoy plenamente convencido de esto. Pasemos adelante, pues me canso de oirte repetir incesantemente las mismas cosas.

XVI. *Teodoro.*—Pasaremos a lo que tu quieras. Pero créeme; no basta ver un principio, hay que verlo bien. Porque entre ver y ver hay diferencias infinitas, y el principio que yo te inculco es tan necesario y de una utilidad tan grande, que es preciso tenerlo siempre presente al espíritu, y no olvidarlo como tú haces. Pero veamos si estás bien convencido de él y sabes servirte bien del mismo. Dime, ¿por qué estando al unísono dos cuerdas, no puede tocarse una de ellas sin inmutar a la otra?

Aristeo.—Esta cuestión me parece muy diferente; pues yo he leído en ciertos autores muchas explicaciones que me satisfacen poco. Temo que mi respuesta no me atraiga todavía alguna burlilla, o que hagas alguna experiencia a mis expensas.

Teodoro.—No, no, Aristeo, no temas nada. Pero no olvides el principio de las *ideas claras;* no debería recordártelo tan a menudo. Pero tengo miedo de que la *simpatía* u otra quimera te impida seguirlo.

Aristeo.—Veamos un poco: Cuando yo toco esta cuerda, ella inmuta al aire con sus vibraciones. Ahora bien, este aire agitado puede comunicar algún movimiento a las otras cuerdas que encuentra.

Teodoro.—Muy bien. Pero serán conmovidas las disonantes, igualmente que las acordadas.

Aristeo.—En esto pensaba yo. Un poco de simpatía vendrá muy bien aquí, pero tú no la quieres.

Teodoro.—Admito de buen grado para lo que vale, esta palabra. Hay simpatía entre las cuerdas del mismo sonido. Esto es cier-

to; puesto que obran las unas sobre las otras, que es lo que significa dicho vocablo. Pero ¿de qué procede esta simpatía? Aquí está la dificultad.

Aristeo.—No procede de su longitud ni de su grosor, pues hay simpatía entre dos cuerdas desiguales, y no la hay entre dos iguales si no producen el mismo sonido. Es necesario por consiguiente que todo dependa del sonido. Pero a propósito, el sonido no es una modalidad de la cuerda, y no puede producirlo. ¿De donde vendrá pues, esta simpatía? Aquí me tienes bien apurado.

Todoro.—Te apuras por poca cosa. Hay simpatía entre las cuerdas del mismo sonido. Este es el hecho que quieres explicar. Vé pues, lo que hace que dos cuerdas produzcan el mismo sonido y tendrás todo lo necesario para descubrir lo que buscas.

Aristeo.—Si dos cuerdas son iguales en longitud y grosor, será la igualdad de su tensión la que hará que produzcan el mismo sonido; y si son desiguales, ello dependerá de la proporción recíproca de su longitud y de su grosor con su tensión.

Teodoro.—Luego, una tensión más o menos grande de dos cuerdas ¿a qué da lugar?

Aristeo.—Las hace capaces de un sonido más o menos agudo.

Teodoro.—Si, pero no es esto lo que necesitamos. No tenemos sino producir diferencia de sonidos: ningún sonido puede inmutar a esta cuerda, pues el sonido es más bien el efecto que la causa del movimiento. Dime pues, ¿cómo es que la tensión hace que el sonido venga a ser más agudo?

Aristeo.—Parece ser, que porque hace que la cuerda tenga vibraciones muy rápidas.

Teodoro.—Bueno, esto es todo lo que nos hace falta. Pues la conmoción y no el sonido de mi cuerda podrá hacer vibrar a la tuya. Dos cuerdas iguales en longitud y en grosor, e igualmente tensas, producen un mismo sonido, por la razón de experimentar vibraciones desigualmente rápidas; y si la una sube más alta que la otra, es una señal de que está más tensa y realiza más rápidamente cada una de sus vibraciones. Ahora bien, una cuerda no inmuta a otra más que por medio de sus vibraciones; pues un

cuerpo no mueve a otro sino mediante su movimiento. Siendo esto así, dime ahora, por qué las cuerdas acordadas se comunican su conmoción; y por qué no hacen lo mismo las disonantes, al menos de una manera sensible.

XVII. *Aristeo.*—Veo claramente la causa de esto. Aquí hay dos cuerdas unísonas, una tuya y otro mía. Cuando yo aflojo mi cuerda, ella empuja el aire hacia tí y este aire lanzado conmueve un poco tu cuerda. La mía produce todavía en muy poco tiempo una porción de vibraciones análogas, cada una de las cuales conmueve el aire y empuja tu cuerda como ha hecho la primera sacudida. Esto es lo que la hace agitarse. Pues muchas sacudidas pequeñas bien dadas, pueden producir una conmoción sensible. Pero cuando estas pequeñas sacudidas vienen a contratiempo, unas se estorban a otras. Así, cuando dos cuerdas son disonantes, o no pueden cumplir sus vibraciones en tiempo igual o múltiple o al menos conmensurable, por estar desigualmente tensas, o ser de longitud o grosor distintos e inconmensurables, no pueden inmutarse una a otra. Porque si la primera se mueve y empuja al aire hacia tí, teniendo la segunda un movimiento contrario y volviendo hacia mí, será estorbado su movimiento en vez de ser favorecido. Luego es preciso que las vibraciones de las cuerdas se realicen en tiempo igual o múltiplo a fin de que se comuniquen mútuamente un movimiento bastante grande para que sea sensible; y es tanto más sensible su movimiento, cuanto más se aproxima al unísono la consonancia que ellas producen. Por esto es por lo que en la octava se conmueven más que en la quinta y en la quinta más que en la cuarta; porque las dos cuerdas comienzan de nuevo con más frecuencia sus vibraciones en el mismo instante. ¿Te satisface esta razón?

Teodoro.—Completamente, Aristeo, pues has seguido el principio de las ideas claras. Yo comprendo muy bien que las cuerdas unísonas se conmueven mútuamente no por la simpatía de su sonido, pues el sonido no puede ser la causa del movimiento; sino por el acuerdo de sus vibraciones, que conmueven o sacuden el aire en que aquellas están tendidas. En tanto que razones

de las propiedades de los cuerpos sobre las ideas de las figuras y de los movimientos, estaré contento de tí; porque tienes un espíritu tan recto, que es difícil formes un razonamiento malo siguiendo un principio claro. En efecto, si caemos tan frecuentemente en el error, es más bien por la falsedad o la oscuridad de nuestras ideas, que por la flaqueza de nuestro espíritu. Los geómetras se equivocan raramente, y los físicos casi siempre. ¿Por qué? Es que estos razonan de ordinario sobre ideas confusas, y aquellos, sobre las más claras que poseemos.

Aristeo.—Veo mejor que nunca la necesidad de tu principio. Has hecho bien en repetírmelo a menudo y en hacérmelo sensible. Trataré de acordarme de él. No hay que juzgar de los objetos sensibles por los sentimientos con que nos afectan, sino por las ideas que los representan. Nuestros sentimientos son confusos; son sólo modalidades de nuestra alma, que no pueden esclarecernos. Mas las ideas que la Razón nos descubre, son luminosas; la evidencia las acompaña. Basta considerarlas con atención, para descubrir sus relaciones e instruirse sólidamente en la verdad. ¿No es esto, Teodoro, lo que quieres que grabe bien en mi espíritu?

Teodoro.—Si, Aristeo; y si lo haces viajarás sin miedo, en el país de las inteligencias. Evitarás prudentemente los lugares inaccesibles del mismo o demasiado peligrosos, y no temerás ya a estos fantasmas acariciadores que insensiblemente conducen al error a los nuevos viajeros de estas comarcas. Pero no te imagines saber bien, lo que acabo de decirte y has repetido tú mismo. No lo sabrás exactamente sino cuando hayas meditado frecuentemente. Pues jamás se aprende bien lo que se oye decir a los hombres, si la verdad interior no nos lo repite en el silencio de todas las criaturas. Adiós, pues, Aristeo. Te dejo solo con la Razón. Consúltala seriamente y olvida todo lo demás.

IV. Conversación.

En general de la naturaleza y de las propiedades de los sentidos.—De la sabiduría de las leyes de la unión del alma con el cuerpo.—Esta unión cambiada en dependencia por el pecado del primer hombre.

Aristeo.—¿De donde vienes, Teodoro? Estaba impaciente por no encontrarte.

I. *Teodoro.*—¡De modo que no te basta la Razón y no puedes pasar agradablemente el tiempo con ella si Teodoro no toma parte! La Razón basta para una eternidad a las bienaventuradas inteligencias; y aunque yo no te haya dejado con aquella más que algunas horas, te acosa la impaciencia de no verme. ¿En qué piensas? ¿Pretendes que consienta tengas por mi un apego ciego y desordenado? Ama a la razón, consúltala, síguela. Pues te declaro que renuncio a la amistad de los que la descuidan y rehusan someterse a sus leyes.

Aristeo.—¡Calma!, Teodoro. Escucha un poco.

II. *Teodoro.*—No puede haber amistad durable y sincera, si no está apoyada en la Razón, en un bien inmutable, en un bien que puedan poseer todos sin dividirlo. Pues las amistades fundadas en bienes que se comparten y que por el uso se disipan, tienen siempre enojosas consecuencias y duran poco tiempo. ¡Falsas y peligrosas amistades!

Aristeo.—Está bien. Todo esto es verdad; nada más cierto. ¡Ay Teodoro!

Teodoro.—¿Qué quieres decir?

III. *Aristeo.*—¡Que diferencia hay entre ver y ver, entre saber lo que nos dicen los hombres al tiempo de decírnoslo, y saber lo que nos dice la Razón mientras ella nos responde!

¡Qué diferencia entre conocer y sentir; entre las ideas que nos esclarecen y los sentimientos confusos que nos agitan y turban! ¡Qué fecundo es este principio, cuántas luces esparce!

¡Cuántos errores y prejuicios disipa! He meditado sobre este principio, Teodoro. He seguido las consecuencias del mismo y estaba impaciente por verte y darte las gracias de habérmelo enseñado. Permite que te diga yo lo que los fieles de Samaria decían a la Samaritana, después que como ella escucharon a nuestro Maestro común: «*Jam non propter tuam loquelam credimus*, decían a esta mujer, (1) *Ipsi enim audivimus et scimus*». Sí, ahora estoy yo convencido, no por la fuerza de tus palabras, sino por las respuestas evidentes de la verdad interior. Comprendo lo que me has dicho; pero, ¡cuántas otras cosas de que no me habías hablado he comprendido! Las he comprendido claramente; y lo que más se me ha grabado de todo en la memoria, es el haber vivido toda mi vida en la ilusión; seducido siempre por el testimonio de mis sentidos, siempre corrompido por sus atractivos. ¡Cuán despreciables son los bienes sensibles! ¡Cuán impotentes me parecen los cuerpos! No; este sol, por resplandeciente que aparezca a mis ojos, no posee ni difunde esta luz que me alumbra. Todos estos colores que me regocijan por su variedad y vivacidad, todas estas bellezas que me cautivan, cuando vuelvo los ojos hacia todo lo que me rodea, me pertenecen a mí. Todo esto no viene de los cuerpos; no está en los cuerpos, pues nada de esto está encerrado en la idea de la materia. Y estoy persuadido de que no hay que juzgar de las obras de Dios por los diversos sentimientos que se tiene de ellas, sino por las ideas inmutables, necesarias, eternas, que las representan, por el arquetipo sobre que han sido formadas.

Teodoro.—¡Cuánto placer siento en escucharte! Bien veo que has escuchado a la Razón en el silencio de las criaturas; pues estás completamente alumbrado, completamente animado, y penetrado enteramente por ella. ¡Cómo seremos buenos amigos si la Razón es siempre nuestro bien común, y el lazo de nuestra sociedad! Gozaremos uno y otro de los mismos placeres, poseeremos las mismas riquezas, pues la verdad se da a los hombres

(1) Joan. 4.

toda entera, y toda entera a cada uno de nosotros. Todos los espíritus se nutren de ella, sin disminuir en nada su abundancia. ¡Qué alegría tengo, repito, al verte enteramente penetrado de las verdades que me dices!

IV. *Aristeo.*—Yo estoy también sumamente penetrado de reconocimiento por el favor que te debo. Este era el motivo de mi impaciencia. Sí, tú me has enseñado este árbol del Paraiso terrestre que dá a los espíritus la vida y la inmortalidad. Tú me has mostrado el maná celeste de que debo alimentarme en el desierto de la vida presente. Tú me has conducido insensiblemente al Maestro interior, el cual únicamente, esclarece todas las inteligencias. Un cuarto de hora de atención seria a las ideas claras y luminosas que él difunde en el espíritu, me ha enseñado más verdades, me ha librado de más prejuicios, que todo lo que yo había leído en los libros de los filósofos, que todo lo que había oído decir a mis maestros, y a tí mismo, Teodoro. Pues por exactas que sean tus expresiones, cuando tú me hablas y yo consulto a la Razón, se produce al mismo tiempo un ruido confuso de dos respuestas diferentes, la una sensible y la otra inteligible. Y el menor inconveniente que tiene lugar con esto, es que la respuesta que hiere mi oido, divide la capacidad de mi espíritu y disminuye su vivacidad y penetración. Pues tú necesitas tiempo para pronunciar tus palabras; pero todas las respuestas de la Razón son eternas e inmutables. Ellas han sido dichas siempre, o más bien, ellas se dicen siempre sin ninguna sucesión de tiempo, y aunque nos sea preciso algunos momentos para oirlas, no le hacen falta a ella para darlas, porque, en efecto, nunca han sido dadas; son eternas, inmutables, necesarias. Permite que tenga el placer de manifestarte una parte de lo que creo haber aprendido de nuestro Maestro común en casa de quien has tenido la caridad de introducirme:

V. En cuanto me dejaste, Teodoro, penetré en mí mismo para consultar a la Razón, y he reconocido de un modo muy distinto de cuando me hablabas y me rendía a tus pruebas, que las ideas de las criaturas son eternas, que Dios ha formado los cuer-

pos sobre la de la extensión, que esta idea, debe pues, representar la naturaleza de los mismos, y que así, debía yo considerarla atentamente para descubrir las propiedades de los mismos. Comprendí claramente que consultar mis sentidos, y buscar la verdad en mis propias modalidades, era preferir las tinieblas a la luz y renunciar a la Razón. Primero, mis sentidos se opusieron a mis conclusiones, como si hubiesen tenido envidia de las ideas, al verse excluídos por ellas de una prerrogativa que poseen desde hace mucho tiempo en mi espíritu. Pero encontré tantas falsedades y contradiciones en la oposición que habían formado, que los condené como engañadores y falsos testigos. En efecto, yo no veía evidencia ninguna en su testimonio, y por el contrario observaba una maravillosa claridad en las ideas que trataban ellos de oscurecer. Así, aunque todavia me hablasen con confianza, con altivez, con la mayor importunidad, yo les obligaba a guardar silencio, y llamaba a las ideas que me abandonaban, porque no pueden aguantar este confuso ruido y este tumulto de los sentidos revueltos.

He de confesarte, Teodoro, que las pruebas sensibles que acababas de darme contra la autoridad de los sentidos, me han sido de una maravillosa utilidad, pues por ellas es como hacía callar a estos importunos. Los convencía de falsedad por su propio testimonio. Se contradecían a cada momento. Pues a más de que no decían nada que no fuese incomprensible, y de todo punto increíble, me daban las mismas referencias de cosas completamente diferentes, y referencias completamente opuestas de las mismas cosas, según el interés que ellos se tomaban por ellas. Les hice callar, pues, muy resuelto a no juzgar ya de las obras de Dios según el testimonio de aquéllos, sino apoyándome en las ideas que representan a estas obras y sobre que han sido éstas formadas.

Siguiendo este principio es como he comprendido que la luz no estaba ni en el sol ni en el aire donde nosotros la vemos, ni los colores en la superficie de los cuerpos; que el sol podía acaso agitar las partes sutiles del aire y estas producir la misma im-

presión de movimiento sobre el nervio óptico y de aquí hasta la parte del cerebro en que el alma reside; y que agitados estos cuerpecillos al tropezar con sólidos, podían reflejarse diferentemente según la diversidad de superficies reflejantes. He aquí su luz, y la variedad de sus pretendidos colores.

VI. He comprendido también que el calor que yo siento no estaba en modo alguno en el fuego, ni el frío en el hielo ¡qué digo? ni el dolor mismo en mi propio cuerpo, en donde con frecuencia he sentido tan vivos y crueles dolores; ni el dulzor en el azúcar, ni la amargura en el áloe, ni la acidez en el agraz, ni lo agrio en el vinagre, ni en el vino este dulzor y esta fuerza que engaña y embrutece a tantos borrachos. Todo esto por la misma razón que el sonido no está en el aire, y que hay una diferencia infinita entre las conmociones de las cuerdas y el ruido que ellas producen; entre las proporciones de estas conmociones y la variedad de las consonancias.

Me extendería demasiado, Teodoro (1), si entrase en el detalle de las pruebas que me han convencido de que los cuerpos no tienen otras cualidades que las que resultan de sus figuras, ni otra acción que sus movimientos diversos. Pero no puedo ocultarte una dificultad que no he podido vencer, por grande que haya sido mi esfuerzo espiritual para librarme de ella. Yo sigo sin trabajo la acción del sol, por ejemplo, por todos los espacios existentes entre él y yo; pues supuesto que todo esté lleno, concibo bien que no pueda hacer impresión donde está, sin que esta impresión se comunique hasta el lugar en que yo estoy, hasta mis ojos, y por mis ojos hasta mi cerebro. Mas siguiendo la idea clara del movimiento, no he podido comprender de dónde me venía el sentimiento de luz. Veía bien que el solo movimiento del nervio óptico me la hacía sentir. Pues oprimiéndome con el dedo el rabo del ojo sobre el sitio en que sé se extiende este nervio, veía una gran luz en un lugar obscuro, por el lado opuesto a aquel en que mi ojo era oprimido. Pero este cambio de movimiento en luz

(1). V. el I libro de la Rech. de la Verité cap. 6 y sigs.

me parecía y todavía me parece completamente incomprensible. ¡Qué extraña metamórfosis, de una conmoción o de una presión sobre mi ojo en una explosión de luz! Luz, además que yo no veo en mi alma de la cual es una modalidad, ni en mi cerebro donde la conmoción termina, ni en mi ojo donde tiene lugar la presión, ni en el lado en que aprieto mi ojo, sino en el aire, en el aire, repito, que es incapaz de una modalidad tal, y hacia el lado opuesto al lado que yo comprimo del ojo, ¡qué maravilla!

VII. En un principio creía yo, que estando mi alma advertida de la conmoción que se realizaba en mi cuerpo, era la causa del sentimiento que ella tenía de los que le rodean. Pero una poca reflexión me ha desengañado de este pensamiento; pues no es verdad, creo yo, que el alma esté advertida de que el sol conmueve las fibras del cerebro; yo veía la luz antes de saber nada de esta conmoción. Pues los niños, que ni aun saben si tienen cerebro, son afectados por la misma explosión de luz que los filósofos. Además ¿que relación hay entre las conmociones de un cuerpo y los diversos sentimientos que les siguen? ¿Cómo puedo yo ver la luz en los cuerpos, puesto que es una modalidad de mi espíritu, y verla en cuerpos que me rodean, puesto que la conmoción sólo está en el mío? Yo me oprimo el rabo del ojo por el lado derecho ¿por qué veo la luz por el lado izquierdo, a pesar del conocimiento cierto que tengo de que no es por este lado oprimido?

He reconocido de todo esto, y de muchas otras cosas que sería demasiado largo decirte, que los sentimientos estaban en mí a pesar mío; que no era yo, pues, en modo alguno la causa de ellos; y que si los cuerpos fuesen capaces de obrar en mí y de hacerse sentir de la manera que yo los siento, sería preciso que fuesen de una naturaleza más excelente que la mía, dotados de un poder enorme y aun algunos, de una maravillosa sabiduría, siempre uniformes en su conducta, siempre eficaces en su acción, siempre incomprensibles en los efectos sorprendentes de su poder. Lo cual me parecía monstruoso y horrible de pensar, aunque mis sentidos apoyasen esta locura y se acomodasen com-

pletamente a ella. Mas te ruego me aclares esta materia, Teodoro.

Teodoro.—No es tiempo, Aristeo, de resolver tus dificultades, si no quieres que dejemos las verdades generales de la Metafísica para entrar en las explicaciones de los principios de la Física y de las leyes de la unión del alma y el cuerpo.

Aristeo.—Te ruego dos palabras, con respecto a esto. Me complace mucho meditar sobre esta materia. Mi espíritu está sumamente preparado para ello.

VIII. *Teodoro.*—Escucha pues; pero acuérdate de meditar lo que voy a decirte referente a esto. Cuando se busca la razón de algunos efectos, y remontando de los efectos a las causas se llega al fin a una causa general, o a una causa que se vé bien no tiene relación alguna con el efecto que produce, o más bien parece producir, entonces, en vez de formarse quimeras, hay que recurrir al Autor de las leyes de la naturaleza. Por ejemplo, si me preguntases la causa del dolor que se siente cuando se pincha uno, estaría yo desacertado en decirte desde luego, que es una de las leyes del Autor de la naturaleza que el pinchazo sea seguido del dolor. Debo decirte que el pinchazo no puede separar las fibras de mi carne sin conmover los nervios que responden en el cerebro y sin conmover a este mismo. Pero si quisieses saber de qué procede que conmovida de una manera determinada cierta parte de mi cerebro siento el dolor del pinchazo, como esta cuestión se refiere a un efecto general, y no se puede ya encontrar remontándose, alguna causa natural o particular, es preciso recurrir a la causa general. Pues es como si preguntases quién es el autor de las leyes generales de la unión del alma y el cuerpo. Puesto que ves tú claramente que no puede haber relación o conexión necesaria entre las conmociones del cerebro y tales y cuales sentimientos del alma, es evidente que hay que recurrir a un poder que no se encuentra en estos dos seres. No basta decir que es que hiriendo al cuerpo el pinchazo, se precisa que el alma se dé cuenta de este por el dolor, para que atienda a conservar aquél. Esto sería dar la causa final por la

eficiente, y la dificultad subsistiría, pues consiste ella en saber la causa que hace que estando herido el cuerpo, sufra el alma por ello, y sufra tal y cual dolor, esta y aquella herida.

IX. Decir también, como algunos filósofos, que el alma es la causa de su dolor, porque el dolor dicen ellos, no es más que la tristeza que el alma concibe, cuando en el cuerpo que ella ama, tiene lugar alguna anormalidad de que la misma se dá cuenta por la dificultad que ella encuentra en el ejercicio de sus funciones, es, ciertamente, no poner atención al sentimiento interior de lo que pasa en si mismo. Pues cada cual sabe bien que, por ejemplo, cuando se le sangra o cuando él se quema, no es él la causa de su dolor. Él lo siente, mal que le pese el tenerlo, y no puede dudar que le viene de una causa extraña. Además, el alma no espera a sentir el dolor y un determinado dolor, cuando haya sabido que hay en el cerebro tal o cual conmoción. Nada más cierto. En fin, el dolor y la tristeza son muy diferentes. El dolor precede al conocimiento del mal, y la tristeza sigue a dicho conocimiento. El dolor nada tiene de agradable, y la tristeza nos agrada tanto, que los que quieren ahuyentarla de nuestro espíritu sin librarnos al mismo tiempo del mal que la causa, se hacen tan enojosos y molestos como si turbasen nuestra alegría; porque, en efecto, la tristeza es el estado del alma que nos es más conveniente, cuando padecemos actualmente algún mal, o estamos privados del bien; y el sentimiento que acompaña a esta pasión es el más dulce que podemos gustar en la disposición en que nos encontramos. El dolor es pues, muy diferente de la tristeza. Pero a más de esto, yo pretendo que no es el alma la causa de su tristeza; y que el pensamiento que tenemos de la pérdida de algún bien, no produce esta pasión sino como consecuencia del movimiento natural y necesario que Dios sólo nos imprime sin cesar, por el bien. Pero volvamos a las dificultades que tenías sobre la acción y las cualidades de la luz.

X. 1.—No hay ninguna metamórfosis. La conmoción del cerebro no puede cambiarse en luz ni en colores. Pues no siendo las modalidades de los cuerpos sino los cuerpos mismos en tal

o cual manera, no pueden estas modalidades corporales transformarse en las de los espíritus. Esto es evidente.

2. Tú te oprimes el rabo del ojo y tienes un cierto sentimiento. Es que el Que solamente puede obrar sobre los espíritus, ha establecido ciertas leyes, (1) por la eficacia de las cuales el alma y el cuerpo obran y padecen recíprocamente.

3. Oprimiéndote el ojo ves luz aunque no haya entonces cuerpos luminosos; porque por una presión análoga a la que tu dedo ejerce sobre tu ojo y desde este sobre tu cerebro, es como los cuerpos que llamamos luminosos obran sobre los que les rodean, y por ellos sobre nuestros ojos y sobre nuestro cerebro. Todo esto a consecuencia de las leyes naturales. Pues es una de las leyes de la unión del alma y el cuerpo, según las que Dios obra sin cesar en estas dos subtancias, que tal presión, o tal conmoción sea seguida de tal sentimiento.

4. Tú ves la luz, que es uua modalidad de tu espíritu y que por consiguiente no puede encontrarse más que en él, pues es contradictorio que la modalidad de un ser se encuentre donde este ser no está. Tú la ves, repito, en grandes espacios que no llena tu espíritu, pues el espíritu no ocupa lugar alguno. Es que estos grandes espacios que tú ves, no son sino espacios inteligibles (2) que no ocupan ningún lugar. Pues los espacios que ves son muy diferentes de los espacios materiales que miras. No hay que confundir las ideas de las cosas, con las cosas mismas. Recuerda que no se ven los cuerpos por sí mismos, y que sólamente por sus ideas son visibles. Con frecuencia se ven aunque no existan; prueba cierta de que los que se ven son inteligibles y muy diferentes de los que se miran.

5. Ves, en fin, la luz, no por el lado que te oprimes el ojo, sino del lado opuesto; porque estando el nervio construído y preparado para recibir la impresión de los cuerpos luminosos al través de la pupila, y no de otro modo, la presión de tu dedo a la

(1) V. la Convers. XII.

(2) I. Carta referente a la Defensa de Mr. Arnaldo.

izquierda, hace el mismo efecto en tu ojo, que un cuerpo luminoso que estuviese a la derecha y cuyos rayos atravesasen la pupila y las partes transparentes del ojo. Pues, oprimiendo el ojo por fuera, oprimes por dentro el nervio óptico contra un humor llamado *vítreo* que opone alguna resistencia. Así, Dios te hace sentir la luz por el lado en que la ves, porque sigue constantemente las leyes que ha establecido para conservar en su conducta una perfecta uniformidad. Dios no hace jamás milagros, no obra jamás por voluntades particulares contra sus propias leyes, a no ser que el Orden lo demande o permita. Su conducta, lleva siempre consigo el caracter de sus atributos. Permanece siempre la misma, si lo que debe a su inmutabilidad no es de menor consideración que lo que debe a alguna otra de sus perfecciones, como te lo probaré en lo sucesivo. Esta es, creo yo, la solución de tus dificultades. He recurrido a Dios y a sus atributos para disiparlas. Pero es que Dios no permanece con los brazos cruzados, Aristeo, como quieren algunos filósofos. Ciertamente, si Dios obra ahora todavía ¿cuándo podrá decirse que es causa de algunos efectos, si no se permite recurrir a Él en los que son generales, en los que, claramente se vé, no tienen ninguna relación esencial y necesaria con sus causas naturales? Conserva pues, amorosamente en tu memoria, querido Aristeo, pon en ella con lo que poseas de más precioso, lo que acabo de decirte. Y aunque lo comprendas bien, permite que te repita en pocas palabras lo que hay de esencial, para que lo reconozas sin trabajo cuando te encuentres en estado de meditarlo.

XI. No hay relación necesaría entre las dos subtancias de que estamos compuestos. Las modalidades de nuestro cuerpo no pueden por su propia eficacia cambiar las de nuestro espíritu. Sin embargo, las modalidades de una cierta parte del cerebro, que no te determinaré, van seguidas siempre de las modalidades o de los sentimientos de nuestra alma; y esto, únicamente a consecuencia de las leyes siempre eficaces de la unión de estas dos substancias; es decir, a consecuencia, para hablar más claramente, de las voluntades constantes y siempre eficaces del Autor

de nuestro ser. No hay ninguna relación de causalidad de un cuerpo a un espíritu, ¡Qué digo? no hay ninguna de un espíritu a un cuerpo. Digo más, no hay ninguna entre un cuerpo y otro cuerpo, ni entre un espíritu y otro espíritu. En una palabra, ninguna criatura puede obrar sobre otra, con eficacia propia. Esto te lo probaré bien pronto. Pero al menos, es evidente que un cuerpo, (1) que la extensión, substancia puramente pasiva, no puede obrar por su propia eficacia sobre un espíritu, sobre un ser de otra naturaleza e infinitamente más excelente. Así, es claro, que en la unión del alma y el cuerpo no hay otro lazo que la eficacia de los decretos divinos, decretos inmutables, eficacia jamás privada de su efecto. Dios ha querido pues, y quiere siempre, que las diversas conmociones del cerebro sean seguidas siempre de los diversos pensamientos del espíritu que le está unido. Y esta voluntad constante y eficaz del Criador es la que propiamente realiza la unión de estas dos subtancias; pues no hay otra naturaleza, quiero decir, otras leyes naturales, que las voluntades eficaces del Todopoderoso.

XII. No preguntes, Aristeo, por qué quiere Dios unir los espíritus a los cuerpos. Es un hecho que consta, pero cuyos principios han sido desconocidos hasta aquí para la Filosofía, y que quizá la Religión misma no nos enseña. He aquí uno, sin embargo, que es bueno te proponga. Parece que Dios ha querido darnos como a su Hijo, una víctima que podamos ofrecerle. Es que ha querido hacernos merecer, por una especie de sacrificio y de anonadamiento de nosotros mismos, la posesión de los bienes eternos. Ciertamente esto parece exacto y conforme al Orden. Ahora estamos de prueba en nuestro cuerpo. Por él, como causa ocasional, es como recibimos de Dios mil y mil sentimientos diversos que son la materia de nuestros méritos por la gracia de Jesucristo. Era preciso, en efecto, una causa ocasional para una causa general, como te lo probaré pronto, a fin de que obrando siempre esta causa general de una manera uniforme y constante,

(1) VII. Conv.

pudiese producir en su obra por medios muy simples y leyes generales, las mismas siempre, una infinidad de efectos diferentes. No quiere decir esto, sin embargo, que Dios no pudiese encontrar otras causas ocasionales que los cuerpos, para dar a su conducta la simplicidad y la uniformidad que en ella reina. Hay, efectivamente otras en la naturaleza angélica. Estos bienaventurados espíritus son quizá los unos a los otros y a sí mismos, por los diversos movimientos de su voluntad, la causa ocasional de la acción de Dios que los esclarece y gobierna. Pero no hablemos de lo que está fuera de nuestro alcance. He aquí lo que no temo asegurarte, lo que es absolutamente necesario para aclarar el objeto de nuestra conversación, y que te ruego lo conserves bien para meditarlo despacio.

XIII. Dios ama el Orden inviolablemente y por la necesidad de su ser. Ama y estima todas las cosas en la proporción que son estimables y amables. Esto es quizá más claro e incontestable que la prueba que algún día (1) te daré de ello, y que omito ahora. Pues bien, es visiblemente un desorden, que un espíritu capaz de conocer y amar a Dios y por consiguiente, hecho para eso, esté obligado a ocuparse de las necesidades del cuerpo. Luego estando el alma unida al cuerpo, y debiendo interesarse por la conservación de este, ha sido necesario que fuese advertida por pruebas de instinto, quiero decir por cortas pruebas, pero convincentes, de la relación que los cuerpos que nos rodean tienen con el que nosotros animamos.

XIV. Dios solo es nuestra luz y la causa de nuestra felicidad. Posee las perfecciones de todos los seres. Tiene todas las ideas de los mismos. Encierra pues, en su sabiduría todas las verdades especulativas y prácticas; pues todas estas verdades no son sino relaciones de magnitud y de perfección que existen entre las ideas, como te lo demostraré enseguida. (2) Él solo debe ser, pues, el objeto de la atención de nuestro espíritu, como siendo

(1) En la Conv. VIII.
(2) Conv. VIII.

Él solo capaz de esclarecerlo y regular todos sus movimientos, como estando Él solo por encima de nosotros. Ciertamente, un espíritu ocupado de las criaturas, vuelto hacia las criaturas, por excelentes que estas puedan ser, no está en el Orden donde Dios lo pide, ni en el estado en que Dios lo ha puesto. Ahora bien, si fuese preciso examinar todas las relaciones que tienen los cuerpos que nos rodean, con las disposiciones actuales del nuestro, para juzgar si debemos, cómo debemos, cuánta comunicación debemos tener con ellos, esto dividiría, ¿qué digo? llenaría enteramente la capacidad de nuestro espíritu. Y, ciertamente, no sería mejor con ello, nuestro cuerpo. Sería muy pronto destruído por alguna involuntaria distracción. Pues nuestras necesidades cambian tan frecuentemente y a veces tan prontamente, que para no ser sorprendido por algún peligroso accidente, se necesitaría una vigilancia de que no somos capaces. ¿Cuándo pensaría uno en comer, por ejemplo; qué comería uno, cuándo lo dejaría? ¡Bonita ocupación para un espíritu que mueve y ejercita su cuerpo, conocer a cada paso que le hace dar, que está en un aire flúido que no puede perjudicarle ni incomodarlo por el frio o el calor, por el viento o la lluvia, o por algún vapor maligno y corrompido; que no hay en ninguno de los lugares en que va a colocar el pié, ningún cuerpo duro y punzante capaz de dañarle; que hay que bajar prontamente la cabeza para evitar una piedra, y mantener bien el equilibrio por miedo a dejarse caer! Un hombre ocupado siempre de lo que pasa en todos los resortes de que está compuesto su cuerpo y en una infinidad de objetos que le rodean, no puede, pues, pensar en los verdaderos bienes, o al menos no puede pensar en los verdaderos bienes tanto como estos lo demandan, y por consiguiente tanto como debe, puesto que nuestro espíritu no está hecho ni puede estar hecho más que para ocuparse de estos bienes que pueden esclaracerle y hacerle dichoso.

XV. Así, es evidente, que queriendo Dios unir espíritus a cuerpos, ha debido establecer por causa ocasional del conocimiento confuso que tenemos de la presencia de los objetos y de

sus propiedades con relación a nosotros, no nuestra atención, que merece uno claro y distinto, sino las diversas conmociones de estos mismos cuerpos. Ha debido darnos pruebas de instinto, no de la naturaleza y de las propiedes de los que nos rodean, sino de la relación que tienen con el nuestro, para que podamos trabajar con éxito en la conservación de la vida, sin estar siempre atentos a nuestras necesidades. Ha debido, por decirlo así, encargarse de advertirnos en tiempo y lugar, por sentimientos agradables, de lo que mira al bien del cuerpo para dejarnos enteramente dedicados a la investigación de los verdaderos bienes. Ha debido darnos cortas pruebas de lo que tiene relación con el cuerpo, para convencernos prontamente, pruebas vivas para determinarnos eficazmente, pruebas ciertas y que no pensase uno en contradecir para conservarnos más seguros; pero pruebas confusas, fíjate, pruebas ciertas, no de la relación que los objetos tienen entre sí, en lo cual consiste la evidencia de la verdad, sino de la relación que tienen con nuestro cuerpo según las disposiciones en que está actualmente. Digo según las disposiciones en que está actualmente, pues, por ejemplo, nosotros encontramos y debemos encontrar caliente el agua tibia, si la tocamos con la mano fría, y fría si la tocamos con la mano caliente. La encontramos y debemos encontrarla agradable cuando la sed nos devora; pero desde el momento en que nos hallamos saciados, la encontramos insípida y desagradable. Admiremos pues, Aristeo, la sabiduría de las leyes de la unión del alma y el cuerpo; y aunque todos nuestros sentidos nos dicen que las cualidades sensibles están esparcidas sobre los objetos, no atribuyamos a los cuerpos sino lo que claramente vemos les pertenece, después de haber consultado seriamente la idea que los representa. Pues, ya que los sentidos nos hablan diferentemente de las mismas cosas, según el interés que encuentran en ellas, puesto que se equivocan indefectiblemente, cuando el bien del cuerpo lo exige, mirémoslos como falsos testigos con relación a la verdad, pero como consejeros fieles con relación a la conservación y a la comodidad de la vida.

XVI. *Aristeo.*—¡Ay! Teodoro, qué penetrado estoy de lo que me dices y qué avergonzado por haber sido toda mi vida víctima de estos falsos testigos... Pero es que hablan con tanta confianza y fuerza, que derraman, por decirlo así, la convicción y la certidumbre en los espíritus. Mandan con tanta altivez y energía, que uno se rinde sin previo examen. ¿Qué medio hay de entrar en sí mismo, cuando ellos nos llaman y tiran de nosotros hacia fuera? ¿Pueden oirse las respuestas de la verdad interior, durante el ruido y tumulto que ellos promueven? Tú me has hecho comprender que la luz no puede ser una modalidad de los cuerpos. Pero desde el momento en que abro los ojos, comienzo a dudar de ello. El sol que me dá, me deslumbra y turba todas mis ideas. Concibo ahora que si apoyase sobre mi mano la punta de este alfiler, ella no podría hacer más que un agujerito; pero si la apoyase efectivamente, me parece que produciría un dolor muy grande, del cual, es seguro, no dudaría en el momento del pinchazo. ¡Qué poder y fuerza tienen nuestros sentidos para lanzarnos al error! ¡Qué desorden! Teodoro. Y sin embargo, aun en este desorden, resplandece admirablemente la sabiduría del Criador. Sería necesario que la luz y los colores estuviesen como extendidos sobre los objetos, para que se los distinguiese sin trabajo. Sería preciso que los frutos estuviesen como penetrados de los sabores, para que se los comiese con placer. Tendría el dolor que referirse al dedo pinchado para que la vivacidad del sentimiento nos llevase a retirarnos. Hay en este Orden establecido por Dios, una sabiduría infinita. Convengo en ello, no puedo dudarlo. Pero yo encuentro al mismo tiempo un gran desorden, que me parece indigno de la sabiduría y de la bondad de nuestro Dios. Pues este Orden, en fin, es para nosotros, desgraciadas criaturas una fuente fecunda de errores, y la causa inevitable de los mayores males que lleva consigo la vida. Se me pincha la yema del dedo, y sufro; soy desgraciado, soy incapaz de pensar en los verdaderos bienes; mi alma no puede entregarse más que a mi dedo lastimado y está toda penetrada de dolor. ¡Que lástima! Depender un espíritu de un cuerpo y por él per

der de vista la verdad... Estar dividido, ¡qué digo? estar más ocupado de su dedo que de su verdadero bien... ¡Qué desorden, Teodoro! Aquí debe haber algún misterio. Te ruego me lo descifres.

XVII. *Teodoro.*—Indudablemente hay misterio. ¡Cuán obligados están a la Religión, mi querido Aristeo, los filósofos, puesto que solamente ella puede sacarlos del apuro en que se encuentran! Todo parece contradecirse en la conducta de Dios, y nada hay sin embargo más uniforme. El bien y el mal, hablo del mal físico, no tienen dos principios diferentes. Es el mismo Dios el que lo hace todo por las mismas leyes. Pero el pecado, hace que Dios, sin cambiar nada en sus leyes, venga a ser para el pecador el justo vengador de sus crímenes. Yo no puedo decirte ahora todo lo que sería necesario para esclarecer a fondo esta materia. Pero he aquí en pocas palabras la solución de tu dificultad.

Dios es sabio. Juzga bien de todas las cosas. Las estima en proporción que son estimables. Las ama en proporción que son amables. En una palabra, Dios ama el Orden invenciblemente. Lo sigue inviolablemente. No puede contradecirse. No puede pecar. Ahora bien, los espíritus son más estimables que los cuerpos. Luego, (fíjate bien en esto) aunque Dios pueda unir los espíritus a los cuerpos, no puede someterlos a ellos. Que el pinchazo me prevenga y avise, es justo y conforme al Orden. Pero que me aflija y haga infeliz, que me dé que hacer a despecho mío, que perturbe mis ideas, que me impida pensar en los verdaderos bienes, es, ciertamente un desorden Esto es indigno de la sabiduría y bondad del Criador. La Razón me lo hace ver con evidencia. Sin embargo, la experiencia me convence de que mi espíritu depende de mi cuerpo. Yo sufro, soy desgraciado, soy incapaz cuando se me pincha, de pensar. De esto me es imposible dudar. He aquí pues una contradicción manifiesta entre la certidumbre de la experiencia y la evidencia de la Razón; pero he aquí la solución: Es que el espíritu del hombre ha perdido ante Dios su dignidad y su excelencia; es que no somos tales como Dios nos ha creado; es que nacemos pecadores y corrompidos

dignos de la cólera divina y completamente indignos de pensar en Dios, de amarlo, de adorarlo, de gozar de Él. Ya no quiere ser nuestro bien, o la causa de nuestra felicidad; y si todavía es la causa de nuestro ser, si no nos aniquila, es que su clemencia nos prepara un Reparador, por quien tendremos acceso a Él, sociedad con Él, comunión de los verdaderos bienes con Él, según el decreto eterno por el cual ha resuelto reunir todas las cosas en nuestro divino Jefe el Hombre-Dios, predestinado antes de todos los tiempos, para ser el fundamento, el arquitecto, la víctima y el soberano Sacerdote del Templo espiritual que la Majestad divina habitará eternamente. Así, la Razón disipa esta contradicción terrible y que te ha inquietado tanto. Ella nos hace comprender claramente las verdades más sublimes. Pero es porque la fé nos conduce a la inteligencia y cambia por su autoridad nuestras dudas y suposiciones inciertas y embarazosas en convicción y certidumbre.

XVIII. Permanece pues firme Aristeo, en este pensamiento que la Razón hace nacer en tí: que el Ser infinitamente perfecto sigue siempre el Orden inmutable como su ley, y que así, puede muy bien unir lo más noble a lo menos noble, el espíritu al cuerpo, pero que no puede someter a este al primero; que no puede privarlo de la libertad y del ejercicio de sus más excelentes funciones, para emplearlo, a pesar suyo, y por el más cruel de los tormentos, a perder de vista su soberano bien por la más vil de las criaturas. Y concluye de todo esto, que antes del pecado había en favor del hombre, excepciones en las leyes de la unión del alma con el cuerpo. O, más bien, concluye, que había una ley que ha sido abolida, por la cual la voluntad del hombre era la causa ocasional de esta disposición del cerebro, en la cual el alma está a cubierto de la acción de los objetos, aunque el cuerpo sea afectado por ellos, y que así, no era ella nunca interrumpida contra su gusto en sus meditaciones y en sus éxtasis. ¿No sientes tú, en tí mismo, algunos restos de este poder, cuando estás muy aplicado, y la luz de la verdad te penetra y regocija? En apariencia, el ruido, los colores, los olores y los demás sentimientos, menos

apremiantes y vivos, ya casi no te interrumpen. Pero tú no eres superior al dolor, lo encuentras molesto a pesar de todos tus esfuerzos espirituales. Yo hablo de tí, Aristeo, por mí mismo. Mas para hablar como es debido, del hombre inocente y hecho a imagen de Dios, hay que consultar las ideas divinas del Orden inmutable. Aquí es donde se encuentra el modelo de un hombre perfecto, tal como era nuestro Padre antes de su pecado. Nuestros sentidos turban nuestras ideas y fatigan nuestra atención. Pero en Adán, le avisaban con respeto; se callaban a la menor insinuación; hasta dejaban de avisarle la proximidad a ciertos objetos, cuando él así lo deseaba. Podía comer sin placer, mirar sin ver, dormir sin soñar con todos estos vanos fantasmas que inquietan nuestro espíritu y turban nuestro reposo. No mires esto como paradojas. Consulta a la Razón, y no juzgues por lo que sientes en un cuerpo desarreglado, del estado del primer hombre en quien todo era conforme al Orden inmutable que Dios sigue inviolablemente. Nosotros somos pecadores, y yo hablo del hombre inocente. El Orden no permite que el espíritu sea privado de la libertad de sus pensamientos, cuando el cuerpo repara sus fuerzas en el sueño. El hombre justo, pensaba pues, durante el sueño y en todo tiempo, en lo que quería: Mas el hombre que ha pecado, ya no es digno de que por su causa haya excepciones en las leyes de la naturaleza. Merece ser despojado de su poder sobre una naturaleza inferior, habiéndose hecho por su rebelión la más despreciable de las criaturas; no solamente digna de ser igual a la nada, sino de ser reducido a un estado que sea para él peor que la nada.

XIX. No ceses pues, de admirar la sabiduría y el orden maravilloso de las leyes de la unión del alma y el cuerpo, por las cuales tenemos nosotros tantos sentimientos diversos de los objetos que nos rodean. Ellas son muy sabias; ellas nos eran aun favorables en todos sentidos, considerándolas en su institución; y es muy justo que subsistan después del pecado, aunque tengan consecuencias enfadosas; pues la uniformidad de la conducta de Dios no debe depender de la irregularidad de la nuestra. Pero

no es justo, después de la rebelión del hombre, que su cuerpo le esté perfectamente sometido. No debe estarlo más que en tanto que esto es necesario al pecador para conservar durante algún tiempo su miserable vida, y para perpetuar el género humano hasta la consumación de la obra en que su posteridad debe entrar por los méritos y el poder del Reparador que ha de venir. Pues todas estas generaciones que se suceden, todas estas tierras que se pueblan de idólatras, todo el orden natural del Universo que se conserva, no es sino para suministrar abundantemente a Jesucristo los materiales necesarios para la construcción del Templo eterno. Un día vendrá en que los descendientes de los más bárbaros pueblos, serán iluminados por la luz del Evangelio y entrarán en tropel en la Iglesia de los predestinados. Nuestros Padres han muerto en la idolatría, y nosotros reconocemos al verdadero Dios y a nuestro adorable Salvador. El brazo del Señor no está acortado. Su poder se extenderá sobre las naciones más alejadas; y quizá nuestros nietos caigan de nuevo en las tinieblas, cuando la luz ilumine al nuevo mundo. Mas resumamos en pocas palabras, Aristeo, las principales cosas que acabo de decirte, para que las retengas sin trabajo, y hagas de ellas el objeto de tus meditaciones.

XX. El hombre está compuesto de dos substancias, espíritu y cuerpo. Así, hay dos clases muy diferentes de bienes que distinguir y buscar, los del espíritu y los del cuerpo. Dios le ha dado también dos medios muy seguros para discernir estos diferentes bienes; la razón para el bien del espíritu, los sentidos para el bien del cuerpo; la evidencia y la luz para los verdaderos bienes, el instinto confuso para los falsos bienes. Llamo a los bienes del cuerpo falsos bienes o bienes engañosos, porque no son tales como parecen a nuestros sentidos, y aunque sean buenos con relación a la conservación de la vida, no tienen propiamente la eficacia de su bondad; no la tienen sino como consecuencia de las voluntades divinas, o de las leyes naturales de que son las causas ocasionales. No puedo explicarme al presente con más claridad. Ahora bien, era conveniente que el espí-

ritu sintiese como en los cuerpos las cualidades que estos no tienen, para que quisiese, no amarlos o temerlos, sino unirse a ellos o separarse de los mismos, según las necesidades apremiantes de la máquina, cuyos delicados resortes piden un guardián vigilante y pronto. Era necesario, que el espíritu recibiese una especie de recompensa del servicio que presta a un cuerpo que Dios le ordena conservar, a fin de interesarle en su conservación. Esto es ahora causa de nuestros errores y prejuicios. Esto es causa de que, no contentos con unirnos a ciertos cuerpos y separarnos de otros, seamos bastante estúpidos para amarlos o temerlos. En una palabra, esto es causa de la corrupción de nuestro corazón, todos los movimientos del cual deben tender hacia Dios, y de la ceguedad de nuestro espíritu, cuyos juicios todos no deben detenerse más que a la luz. Pero fijémonos en esto y veremos que no hacemos de estos medios de que acabo de hablar el uso para que Dios nos los ha dado; y en vez de consultar a la Razón para descubrir la verdad, en vez de no rendirnos más que a la evidencia que acompaña a las ideas claras, nos rendimos a un instinto confuso y engañador, que no habla acertadamente sino para el bien del cuerpo. Ahora bien, esto es lo que no hacía el primer hombre antes de su pecado. Pues indudablemente, no confundía las modalidades de que el espíritu es capaz, con las de la extensión. Sus ideas no eran entonces confusas, y sus sentidos perfectamente sometidos, no le impedían consultar a la Razón.

XXI. El espíritu ahora, es lo mismo castigado que recompensado con relación al cuerpo. Si se nos pincha, sufrimos, por grande que sea el esfuerzo realizado para no pensar en ello. Esto es verdad. Pero como te he dicho, es que no es justo que haya en favor de un rebelde excepciones en las leyes de la naturaleza, o mejor dicho que nosotros tengamos sobre nuestro cuerpo un poder que no merecemos. Que nos basta, que por la gracia de Jesucristo, las miserias a que estamos sujetos hoy, serán mañana motivo de nuestro triunfo y de nuestra gloria. Nosotros no sentimos los verdaderos bienes. La meditación

nos desagrada. No somos afectados naturalmente por algún placer agradable en lo que perfecciona nuestro espíritu. Es que el verdadero bien merece ser amado únicamente por razón. Debe ser amado con un amor de elección, con un amor esclarecido, y no con este amor ciego que inspira el instinto. Bien merece nuestra dedicación y cuidados. No tiene necesidad, como el cuerpo, de cualidades prestadas, para hacerse amable a los que le conocen perfectamente; y si es necesario ahora para amarlo, que seamos agradados por la delectación espiritual, es que somos débiles y estamos corrompidos; es que la concupiscencia nos desconcierta, y que para vencerla es necesario que Dios nos inspire otra concupiscencia completamente santa; es que para adquirir el equilibrio de una libertad perfecta, puesto que tenemos un peso que nos lleva hacia la tierra, nos hace falta un peso contrario que nos levante hacia el cielo.

XXII. Penetremos pues, incesantemente en nosotros mismos, querido Aristeo, y tratemos de hacer callar, no solamente a nuestros sentidos, sino también a nuestra imaginación y a nuestras pasiones. Yo no te he hablado más que de los sentidos, porque de ellos es de donde la imaginación y las pasiones sacan todo lo que tienen de malignidad y de fuerza. Generalmente, todo lo que viene al espíritu por el cuerpo únicamente a consecuencia de las leyes naturales, no es más que para el cuerpo. No hagamos pues caso de ello. Sigamos la luz de la Razón, que debe conducir los juicios de nuestro espíritu, y regular los movimientos de nuestro corazón. Distingamos el alma y el cuerpo, y las modalidades completamente diferentes de que estas dos substancias son capaces, y reflexionemos con frecuencia un poco, sobre el orden y la sabiduría admirable de las leyes generales de su unión. Por tales reflexiones es como se adquiere el conocimiento de sí mismo y se libra uno de una multitud de prejuicios. De este modo es como se aprende a conocer al hombre; y nosotros tenemos que vivir entre los hombres y con nosotros mismos. De este modo es como todo el Universo aparece a nuestro espíritu tal como es; como aparece, repito, despojado de mil be-

lleza que nos pertenecen únicamente, pero con resortes y movimientos que nos hacen admirar la sabiduría de su Autor. En fin, de este modo, así como acabas de ver, es como se reconoce sensiblemente, no solamente la corrupción de la naturaleza y la necesidad de un Mediador, dos grandes principios de nuestra fé, sino también una infinidad de otras verdades esenciales a la Religión y a la Moral. Continúa pues, Aristeo, meditando como ya has comenzado, y verás la verdad de lo que te digo. Verás que el oficio de los contemplativos debería ser el de todas las personas razonables.

Aristeo.—¡Que me entre en confusión esta palabra *contemplativos*, ahora que comprendo en parte lo que acabas de decirme y que estoy enteramente penetrado de ello!... Te he creído Teodoro, sometido a una especie de ilusión, por el desprecio ciego que yo tenía por la Razón. Es preciso que te lo confiese. Te he tratado de *contemplativo*, y a algunos de tus amigos. Encontraba yo ingenio y finura en esta necia burla; y creo que tú comprendes bien lo que se pretende decir con eso. Te aseguro, sin embargo, que yo no quería que se creyese tal cosa de tí, y que he impedido mucho el mal efecto de este término de burla, por serios elogios, y que siempre he creído muy verdaderos.

Teodoro.—Estoy persuadido de ello, Aristeo. Te has divertido un poco a mi costa. Me alegro. Pero creo que hoy no te enfadará mucho el advertir, que te ha costado a tí más que a mí. Has de saber, que había en la compañía uno de estos *contemplativos* que desde que tú saliste se creyó obligado, no a defenderme a mí, sino a defender el honor de la Razón universal ofendida por tí, al apartar a los espíritus de consultarla. Cuando habló por primera vez el contemplativo, todo el mundo se indignó en favor tuyo. Pero después que hubo sufrido algunas burlas, y los ademanes despreciables que inspira la imaginación rebelada contra la Razón, defendió tan bien su causa, que sucumbió la imaginación. No se te hizo burla, Aristeo. El contemplativo pareció afligido de tu ceguedad. En cuanto a los otros, fueron movidos de alguna indignación. De suerte que si estuvieses todavía

er la misma idea, que estás muy alejado de ella, yo no te aconsejaría de ir a casa de Filandro a prodigar burlas y lugares comunes contra la Razón, para hacer despreciables a los taciturnos contemplativos.

Aristeo.—¿Lo creerías Teodoro? Siento una secreta alegría por lo que me manifiestas. Se ha remediado pronto el mal que temía haber realizado. Pero ¿a quién estoy obligado de ello? ¿No es a Teótimo?

Teodoro.—Lo sabrás cuando yo esté bién convencido de que tu amor por la verdad será bastante grande para extenderse hasta aquellos con los cuales tienes una obligación un poco ambigua

Aristeo.—Esta obligación no es ambigua. Te aseguro que si es Teotimo, le amaré y estimaré más por ello. Pues a medida que medito, siento aumentar la inclinación que tengo por los que buscan la verdad, por los que yo llamaba *contemplativos* cuando era bastante insensato para tratar de visionarios a los que conceden a la Razón la asiduidad que le es debida. Oblígame pues, con decirme que es este honrado hombre el que quiso ahorrarme la vergüenza que merecía y que sostuvo tan bien el honor de la Razón sin ponerme en ridículo. Lo quiero tener por amigo. Quiero merecer sus perdones; y si no puedo conseguirlo, quiero que sepa, al menos, que yo no soy lo que era.

Teodoro.—Pues bien, Aristeo, lo sabría. Y si quieres ser del número de los contemplativos, te prometo que él será también del número de tus buenos amigos. Medita y todo irá bien. Lo ganarás al punto, cuando te vea ardor por la verdad, sumisión por la fé y un profundo respeto por nuestro Maestro común.

V.—Conversación.

Del uso de los sentidos en las ciencias. Hay en nuestros sentimientos idea clara y sentimiento confuso. La idea no pertenece al sentimiento. La idea es la que esclarece el espíritu; y el sentimiento el que lo aplica y pone atento, pues por el sentimieto es como la idea inteligible se hace sensible.

Aristeo.—¡Bastante camino he recorrido, desde que me has dejado!... ¡Bastante territorio he descubierto!... He recorrido, en general todos los objetos de mis sentidos, conducido, me parece, únicamente por mi Razón. Nunca he experimentado sorpresa tan grande, aunque estoy ya un poco acostumbrado a estos nuevos descubrimientos. ¡Dios mío, cuántas miserias he reconocido en lo que hace dos días me parecía de una magnificencia acabada!; pero ¡cuánta sabiduría, cuánta grandeza, cuántas maravillas en todo lo que el mundo desprecia! El hombre que no vé más que con los ojos, es indudablemente un extranjero en su propio país. Lo admira todo y no conoce nada; demasiado afortunado es, si lo que le afecta no le da la muerte. Perpetuas ilusiones por parte de los objetos sensibles. Todo nos engaña, todo nos envenena, nada habla al alma sino por el cuerpo. La Razón es la única que no disfraza nada. ¡Cuán contento estoy de ella, y de tí por haberme enseñado a consultarla, por haberme elevado por encima de mis sentidos y de mí mismo para contemplar la luz! He reconocido muy claramente, me parece, la verdad de todo lo que me has dicho. Sí, Teodoro; que tenga yo el placer de decírtelo: el espíritu del hombre no es más que tinieblas; sus propias modalidades no le esclarecen; su substancia, aunque toda ella es espiritual nada tiene de inteligible; sus sentidos, su imaginación, sus pasiones, le seducen en todo momento. Hoy es cuando creo poder asegurarte que estoy plenamente convencido de esto. Te hablo

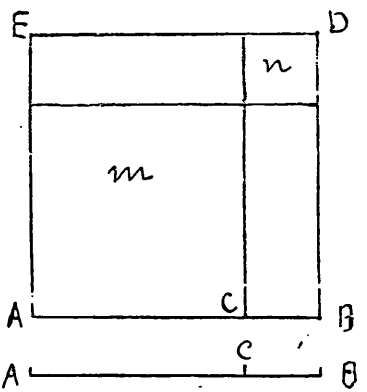
con la confianza que me da el tener a la vista la verdad. Pruébame y vé si no hay en mi acto una poca demasiada temeridad.

I. *Teodoro.*—Creo Aristeo, lo que me dices. Pues estoy persuadido de que una hora de meditación seria puede conducir muy lejos a un espíritu como el tuyo. No obstante, para cerciorarme más del progreso qua has realizado, respóndeme. Aquí tienes la línea A B; dividámosla en dos partes por el punto C, o en otro lado. Te pruebo que el cuadro del todo es igual a los cuadros de cada parte, y a dos pararelogramos formados sobre estas dos partes.

Aristeo.—¿Qué pretendes con esto? ¿Quién no sabe que es la misma cosa multiplicar un todo o las partes que forman este todo?

Teodoro.—Lo sabes; pero supongamos que no lo sepas. Yo pretendo demostrarlo a tus ojos y probarte de este modo que tus sentidos te descubren claramente la verdad

Aristeo.—Veamos.



Teodoro.—Mira fijamente; es lo que te pido. Sin que penetres dentro de tí mismo para consultar a la Razón, vas a descubrir una verdad evidente. A B D E es el cuadrado de A B. Ahora bien, este cuadrado es igual a todo lo que encierra. Es igual a sí mismo. Luego es igual a los dos cuadrados de cada parte *m* y *n*, y a los dos pararelogramos *o* y *p* formados sobre sus partes AC y CB.

Aristeo.—Esto salta a la vista.

Teodoro.—Muy bien; pero además es evidente. Luego hay verdades evidentes que saltan a la vista. Así, es evidente que nuestros sentidos nos enseñan verdades.

Aristeo.—¡Vaya una hermosa verdad y difícil de descubrir!

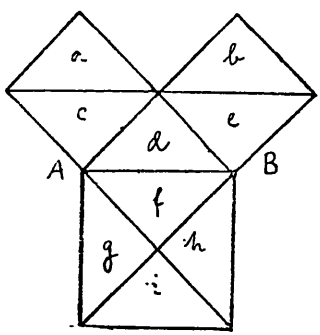
¿No tienes más que decir para defender el honor de los sentidos?

Teodoro.—Tú no respondes, Aristeo. No es la Razón la que te inspira esta salida. Pues, dime, ¿no es una verdad evidente lo que tus sentidos acaban de enseñarte?

Aristeo.—Nada más fácil.

Teodoro.—Es que nuestros sentidos son excelentes maestros. Tienen maneras fáciles de enseñarnos la verdad. Pero la Razón con sus ideas claras nos deja en las tinieblas. Esto es lo que se te responderá Aristeo. Demuestra a un ignorante, se te dirá que el cuadrado, por ejemplo, de 10, es igual a los dos cuadrados de 4 y de 6 y tiene dos veces el producto de 4 por 6. Estas ideas de números son claras; y esta verdad por probar es la misma en números inteligibles, que si se tratase de una línea expuesta a tu vista, de diez pulgadas por ejemplo y dividida entre 4 y 6. Y sin embargo, verás que habrá alguna dificultad en hacérsela comprender. Porque este principio, que es la misma cosa que multiplicar un número por sí mismo, o que multiplicar todas sus partes separadamente por sí mismas, no es tan evidente como que un cuadrado es igual a todas las figuras que contiene. Y esto es lo que te enseñan tus ojos como acabas de verlo.

II. Pero si encuentras que el teorema que te han enseñado tus ojos es demasiado fácil, aquí tienes otro más difícil. Yo te pruebo que el cuadrado de la diagonal de un cuadrado es doble del de sus lados. Abre los ojos, es todo lo que exijo de tí.



Mira la figura que yo trazo sobre este papel. ¿No te dicen tus ojos, Aristeo, que todos estos triángulos **a, b, c, d, e, f, g, h, i,** que yo supongo, y que tú ves, tiene cada uno un ángulo recto y dos líneas iguales, son iguales entre sí?

Ahora bien, tú ves que el cuadrado formado sobre la diagonal A B, tiene cuatro de estos ángulos, y que los cuadrados formados sobre los lados no tienen más que dos, luego el cuadrado grande es doble que los otros.

Aristeo.—Sí, Teodoro, pero tú razonas.

Teodoro.—¿Razono yo? Yo miro y veo lo que tú dices. Razono, si quieres, pero es sobre el testimonio fiel de mis sentidos. Abre los ojos solamente, y mira lo que yo te muestro. Este triángulo *d* igual a *e*, y *e* igual a *b*; y de otra parte *d* igual *f*, y *f* igual a *g*. Luego el cuadrado pequeño es igual a la mitad del grande. Es la misma cosa que en el otro lado. Esto salta a la vista, como tú dices. Basta para descubrir esta verdad mirar fijamente a esta figura, comparando por el movimiento de los ojos las partes que la componen. Luego nuestros sentidos pueden enseñarnos la verdad.

Aristeo.—Te niego esta consecuencia, Teodoro. No son nuestros sentidos, sino la Razón unida a nuestro sentidos la que nos ilumina y descubre la verdad. ¿No percibes tú que en la visión sensible que tenemos de esta figura, se encuentra al mismo tiempo, que la idea clara de la extensión está unida al sentimiento confuso de color que nos afecta? Ahora bien, de la idea clara de la extensión y no de lo blanco y de lo negro, que la hacen sensible, es de donde descubrimos las relaciones, en que consiste la verdad: de la idea clara, de la extensión, repito, que encierra la Razón, y no de lo blanco y de lo negro, que no son más que sentimientos o modalidades confusas de nuestros sentidos, cuyas relaciones no es posible descubrir. Hay siempre idea clara y sentimiento confuso en la visión que tenemos de los objetos sensibles: la idea, que representa su esencia, y el sentimiento que nos advierte de su existencia; la idea, que nos hace conocer su naturaleza, sus propiedades, las relaciones que ellos tienen o pueden tener entre sí, la verdad, en una palabra; y el sentimiento, que nos hace sentir su diferencia, y la relación que tienen con la comodidad y la conservación de la vida.

III. *Teodoro.*—Reconozco en esta respuesta que has recorri-

do mucho país, desde ayer. Estoy contento de tí, Aristeo; pero, dime, este color que se vé sobre este papel, ¿no es extenso él mismo? Ciertamente, yo lo veo tal. Ahora bien, si así es, podré descubrir claramente las relaciones de sus partes, sin pensar en esta extensión que encierra la Razón. La extensión del color me bastará para aprender la Física y la Geometría.

Aristeo.—Te niego, Teodoro que el color sea extenso; lo vemos extenso, mas nuestros ojos nos engañan. Pues el espíritu no comprenderá jamás, que la extensión pertenece al color. Vemos como extensión esta blancura, pero es que la referimos a la extensión, a causa de que por este sentimiento del alma es como vemos este papel; o más bien, es que la extensión inteligible afecta al alma y la modifica en determinada forma, y por eso, esta extensión inteligible llega a serle sensible. De modo, Teodoro, que dirás que el dolor es extenso, porque cuando se padece la gota o algún reumatismo, es sentido aquél como extenso... ¿Dirás que es extenso el sonido porque se le oye llenar todo el aire? ¿Dirás que la luz está extendida en estos grandes espacios porque los vemos completamente iluminados? Puesto que estas cosas no son más que modalidades o sentimientos del alma y el alma no saca de su fondo la idea que tiene de la extensión, todas estas cualidades se refieren a la extensión, y la hacen sentir al alma, pero en modo alguno son extensas.

IV. *Teodoro.*—Te declaro, Aristeo, que el color, así como el dolor, no es extenso localmente. Pues, ya que la experiencia enseña que se siente dolor en un brazo amputado, y que por la noche, mientras dormimos, vemos colores como extendidos sobre objetos imaginarios, es evidente que estas cosas no son más que sentimientos o modalidades del alma, que en verdad no llena todos los lugares que vé, puesto que no llena ninguno, y que las modalidades de una substancia no pueden estar donde no está esta substancia. Esto es incontestable. El dolor no puede ser localmente extenso en mi brazo, ni los colores sobre la superficie de los cuerpos. Pero ¿por qué no quieres tú que sean, por así decidirlo, sensiblemente extensos, lo mismo que la idea

de los cuerpos, la extensión inteligible, lo es inteligiblemente? ¿Por qué no quieres que la luz que yo veo oprimiéndome el rabo del ojo, o de otro modo, lleve consigo el espacio sensible que ella ocupa? ¿Por qué quieres que se refiera a la extensión inteligible? En una palabra ¿por qué quieres que sea la idea o el arquetipo de los cuerpos lo que afecte al alma cuando vé o siente las cualidades sensibles como extendidas en los cuerpos?

Aristeo.—Es que fuera del arquetipo de los cuerpos, no hay otra cosa que pueda representarme su naturaleza, no hay más que la Razón universal que pueda iluminarme por la manifestación de sus ideas. La substancia del alma no tiene nada de común con la materia. El espíritu no encierra las perfecciones de todos los seres que puede conocer. Pero no tiene nada que no participe del ser divino. Así, Dios vé en Sí mismo todas las cosas Pero el alma no puede verlas en ella. No puede descubrirlas más que en la Razón divina y universal. Luego la extensión que yo veo o siento, no me pertenece. De otro modo, podría yo, contemplándome, conocer las obras de Dios. Podría, considerando atentamente mis propias modalidades, aprender la Física y muchas otras ciencias que no consisten más que en el conocimiento de las relaciones de la extensión, como sabes bien tú. En una palabra, yo seria luz de mí mismo, lo cual no puedo pensar sin cierta especie de horror. Mas te ruego, Aristeo, me aclares la dificultad que me propones.

V. *Teodoro.*—Es imposible aclararla directamente. Sería necesario para esto que la idea o arquetipo del alma nos fuese descubierta. Veríamos entonces claramente que el color, el dolor, el sabor y los demás sentimientos del alma, no tienen nada de común con la extensión que sentimos unida a ellos. Veríamos intuitivamente, que hay tanta diferencia entre la extensión que vemos, y el color que nos la hace visible, como entre los números, por ejemplo, lo infinito, o cualquier otra idea inteligible que tú quieras, y la percepción que de la misma tengamos; y veríamos al mismo tiempo, que nuestras ideas son muy diferentes de nuestras percepciones o de nuestros sentimientos; verdad que no po-

demos descubrir más que por serias reflexiones, por largos y difíciles razonamientos.

Pero, para probarte indirectamente que nuestros sentimientos o nuestras modalidades no encierran la idea de la extensión a que se refieren, supongamos que mirases el color de tu mano, y que al mismo tiempo sintieses en ella algún dolor: verías como extenso el color de esta mano, y sentirías al mismo tiempo el dolor de ella como extenso. ¿No te parece?

Aristeo.—Sí, Teodoro. Y aun tocándola la sentiría asimismo como extensa; y si la introdujese en agua caliente o fría, sentiría el calor y la frialdad como extensos.

Teodoro.—Fíjate, pues. El dolor no es el color, el color no es el calor, ni el calor la frialdad. Ahora bien, la extensión del color que ves al mirar tu mano, es la misma que la del dolor, del calor, de la frialdad, que puedes sentir en ella. Luego esta extensión no es ni del color, ni del dolor ni de ningún otro de tus sentimientos. Pues sentirías tantas extensiones diversas como diferentes sentimientos tienes, si nuestros sentimientos fuesen extensos por sí mismos como nos parecen; o si la extensión coloreada que vemos no fuese más que un sentimiento del alma, tal como lo es el color, o el dolor, o el sabor, como se imaginan aquellos cartesianos que saben bien que no se ven los objetos en sí mismos. Es pues, Aristeo, una sola y única extensión la que nos afecta diversamente, la que obra en nuestra alma, y la modifica por el color, el calor, el dolor, etc. Ahora bien, no son los cuerpos que miramos los que nos afectan con estos sentimientos diversos; pues con frecuencia vemos cuerpos que no existen. Y aun es evidente que los cuerpos no pueden obrar sobre el espíritu, modificarlo, esclarecerlo, hacerlo dichoso o infortunado por sentimientos agradables y desagradables. No es tampoco el alma quien obra sobre sí misma y se modifica por el dolor, el color, etcétera. Esto no necesita pruebas después de todo lo que hemos dicho. Es pues la idea o arquetipo de los cuerpos lo que nos afecta diversamente. Quiero decir, que es la substancia inteligible de la Razón quien obra en nuestro espíritu por su eficacia todo-

poderosa, y quien le afecta y modifica en color, sabor, dolor, por lo que hay en ella que representa a los cuerpos.

No hay que sorprenderse pues, mi querido Aristeo, de que puedas aprender algunas verdades evidentes por el testimonio de tus sentidos. Pues aunque la substancia del alma no sea inteligible al alma misma, y sus modalidades no puedan esclarecerla, estando estas mismas modalidades unidas a la extensión inteligible, que es el arquetipo de los cuerpos, y haciendo sensible esta extensión, pueden mostrarnos las relaciones de la misma, en que consisten las verdades de la Geometría y de la Física. Pero siempre es verdadero, decir que el alma no es la propia luz de sí misma, que sus modalidades no son más que tinieblas, y que no descubre las verdades exactas más que en las ideas que la Razón encierra.

VT. Me parece, comprendo lo que me dices. Pero como esto es abstracto, lo meditaré despacio. No es el dolor o el color por sí mismo quien me enseña las relaciones que los cuerpos tienen entre sí. Yo no puedo descubrir estas relaciones más que en la idea de la extensión que las representa; y esta idea, aunque unida al color o al dolor, sentimientos que la hacen sensible no es una modalidad de aquella. Esta idea no llega a hacerse sensible o no se hace sentir, sino porque la substancia inteligible de la Razón obra en el alma, y le imprime una determinada modalidad o determinado sentimiento, y de este modo, le revela, por decirlo así, pero de una manera confusa, que un determinado cuerpo existe. Pues cuando las ideas de los cuerpos se hacen sensibles, ellas nos hacen juzgar que hay cuerpos que obran en nosotros; en cambio, cuando estas ideas no son más que inteligibles, creemos naturalmente que no hay nada fuera de nosotros que obra sobre nosotros. Siendo la razón de esto, creo yo, el que depende de nosotros pensar en la extensión y no depende de nosotros sentirla. Pues sintiendo la extensión a pesar nuestro, es preciso que haya alguna otra cosa que no seamos nosotros, que nos imprima el sentimiento de la misma. Ahora bien, nosotros creemos que esta otra cosa no es sino lo que sentimos actual-

mente. De donde juzgamos que son los cuerpos que nos rodean los que causan en nosotros el sentimiento que tenemos de ella, en lo cual nos equivocamos siempre; y no dudamos que existan estos cuerpos, en lo cual nos equivocamos con frecuencia. Pero como pensamos en el cuerpo, y los imaginamos cuando queremos, juzgamos que nuestras voluntades son la verdadera causa de las ideas que de ellos tenemos entonces, o de las imágenes que de los mismos nos formamos. Y el sentimiento interior que tenemos del esfuerzo actual de nuestra atención, nos confirma en este falso pensamiento. Aunque Dios sólo pueda obrar en nosotros e iluminarnos, como no es sensible su operación, atribuímos a los objetos lo que Él hace en nosotros sin nosotros; y atribuímos a nuestro poder lo que hace en nosotros dependientemente de nuestras voluntades. ¿Qué piensas de esta reflexión, Teodoro?

VII. *Teodoro.*—Es muy juiciosa, Aristeo, y parte de un contemplativo. Pero volvamos a la demostración sensible que te he dado de la igualdad existente entre el cuadrado de la diagonal de un cuadrado y los dos cuadrados de los lados. Y tengamos cuidado que esta desmostración no saque su evidencia y generalidad más que de la idea clara y general de la extensión, de la rectitud e igualdad de las líneas, de los ángulos, de los triángulos, y de ningún modo de lo blanco y de lo negro que hacen sensibles y particulares todas estas cosas sin hacerlas por sí mismas más inteligibles o más claras. Ten en cuenta que es evidente por mi demostración, que generalmente todo cuadrado formado sobre la diagonal de un cuadrado, es igual a los dos cuadrados de los lados; pero que en modo alguno es cierto, que este cuadrado particular que tú ves con tus ojos, sea igual a los otros dos. Pues tú no estas cierto ni aun de que lo que ves sea cuadrado, que tal línea, tal ángulo sea recto. Las relaciones que tu espíritu concibe entre las magnitudes no son las mismas que las de estas figuras. Ten en cuenta en fin, que bien que nuestros sentidos no nos iluminen el espíritu por sí mismos, como nos hacen sensibles las ideas que tenemos de los cuerpos, despiertan nuestra

atención, y de este modo nos conducen indirectamente a la inteligencia de la verdad. De suerte que debemos hacer uso de nuestros sentidos en el estudio de todas las ciencias que tienen por objeto las relaciones de la extensión; y no tener miedo de que nos conduzcan a error, con tal que observemos exactamente el precepto de no juzgar de las cosas más que sobre las ideas que las representan y de ningún modo, sobre los sentimientos que de ellas tenemos, precepto de la mayor importancia y que no debemos olvidar jamás.

VIII. *Aristeo.*—Todo esto es exactamente verdadero, Teodoro, y así es como yo lo he comprendido desde que he pensado seriamente en ello. Nada más cierto, que nuestras modalidades (1) no son sino tinieblas, que ellas no esclarecen el espíritu por sí mismas, que no se conoce claramente todo lo que se siente más vivamente. Este cuadrado que hay aquí, no es tal como yo lo veo; no es de la magnitud que yo lo veo. Ciertamente, lo ves tú mayor o más pequeño que lo veo yo. El color con que yo lo veo no le pertenece: quizá tú lo veas de otro color que yo. No es propiamente este cuadrado el que yo veo. Yo juzgo que está trazado sobre este papel; y no es imposible que no haya aquí ni cuadrado ni papel, así como es cierto que aquí no hay color. Pero aunque mis ojos me hagan ahora tantas referencias falsas o dudosas tocante a estas figuras trazadas sobre el papel, eso no es nada en comparación de las ilusiones de mis otros sentidos. El testimonio de mis ojos se aproxima con frecuencia a la verdad; este sentido puede ayudar al espíritu a descubrirla; no desfigura completamente su objeto; poniéndome atento, me conduce a la inteligencia. Mas los otros sentidos son tan falsos, que se está siempre en la ilusión, cuando se deja uno conducir por ellos. Sin embargo, no es que se nos hayan dado los ojos para descubrir las verdades exactas de la Geometría y de la Física. No nos han sido dados más que para esclarecer todos los movimientos de

(1) V. el I libro de la Rech. de la Verité y la Respuesta al Libro de las verdaderas y de las falsas ideas.

nuestro cuerpo con relación a los que nos rodean, para la comodidad y la conservación de la vida; y es necesario para conservarla, que tengamos de los objetos sensibles una especie de conocimiento que se aproxime un poco a la verdad. Por esto es por lo que tenemos, por ejemplo, un determinado sentimiento de grandor de un determinado cuerpo a una cierta distancia. Pues si un cuerpo estuviese demasiado lejos de nosotros para poder perjudicarnos, o si estando próximo fuese demasiado pequeño, no dejaríamos de perderlo de vista. Sería anonadado a nuestros ojos, aunque subsistiese siempre ante nuestro espíritu, y con respecto a este la división no pudiese aniquilarlo jamás; porque efectivamente la relación de un cuerpo grande, pero muy alejado, o de uno muy próximo, pero demasiado pequeño para perjudicarnos, la relación digo, de estos cuerpos con el nuestro, es nula, o no debe ser percibida por sentidos que no hablan ni deben hablar más que para la conservación de la vida. Todo esto me parece evidente y conforme a lo que ha pasado por mi espíritu durante la meditación.

Teodoro.—Bien veo, Aristeo, que has ido muy lejos en el pais de la verdad, y que por la comunicación que has tenido con la Razón, has adquirido riquezas mucho más preciosas y raras que las que nos traen del Nuevo Mundo. Has encontrado la fuente; has sacado de ella y estas rico para siempre, con tal que no la dejes. Ya no tienes necesidad de mí, ni de nadie, una vez que has encontrado al Maestro fiel que alumbra y enriquece a todos los que se unen a él.

Aristeo.—¿Es que quieres ya romper nuestras conversaciones? Bien sé que es con la Razón con quien hay que filosofar; pero no sé la manera como es necesario hacerlo. La Razón misma me lo enseñará; esto no es imposible. Mas yo no tengo lugar a esperarlo, si no poseo un admonitor fiel y vigilante que me conduzca y me anime. Adiós la Filosofía, si tú me dejas; porque solo temería extraviarme. Bien pronto tomaría las respuestas que yo me daría a mi mismo por las de nuestro Maestro común.

IX. *Teodoro.*—No he pensado en dejarte, querido Aristeo. Pues ahora que meditas todo lo que se te dice, espero me librarás de la desgracia que temes te suceda. Nosotros tenemos todos necesidad los unos de los otros, aunque no recibamos nada de nadie. Has tomado a la letra una palabra escapada en honor de la Razón. Sí, de esta sola es de quien recibimos la luz. Mas se sirve de aquellos con quienes se comunica, para llamar a ella a sus hijos extraviados y conducirlos mediante sus sentidos a la inteligencia. ¿No sabes tú, Aristeo, que la Razón misma se ha encarnado, para estar al alcance de todos los hombres, para llamar a los ojos y a los oidos de los que no pueden ver ni oir más que por sus sentidos? Los hombres han visto con sus ojos la Sabiduría eterna, al Dios invisible que habita en ellos. Han tocado con sus manos, como dice el muy amado Discípulo, al Verbo que da la vida. La Verdad interior ha aparecido fuera de nosotros, groseros y estúpidos como somos, a fin de enseñarnos de una manera sensible y palpable, los mandamientos eternos de la Ley divina; mandamientos que sin cesar nos repite interiormente, y que disipados fuera cual estamos, no entendemos. ¿No sabes tú, que estas grandes verdades que la Fé nos enseña, están en depósito en la Iglesia, y que no podemos aprenderlas más que por una autoridad visible emanada de la Sabiduría hecha carne? Siempre es la verdad interior la que nos instruye, es cierto. Pero ella se sirve de todos los medios posibles para llamarnos a sí y llenarnos de inteligencia. Así, no temas que yo te deje; pues espero que se servirá de tí para impedir que yo la abandone y tome mis imaginaciones y desvaríos por sus divinos oráculos.

Aristeo.—Me haces mucho honor. Pero veo que es preciso aceptarlo, puesto que recae sobre la Razón, nuestro común Maestro.

Teodoro.—Te hago el honor de creerte razonable. Este honor es grande; pues todo hombre por la Razón, cuando él la consulta y la sigue, se hace superior a todas las criaturas. Juzga él por ella, y condena soberanamente; o más bien, es ella quien decide y condena por él. Pero no creas que me someto a tí; no creas

tampoco que me subo por encima de tí; yo no me someto más que a la Razón, que puede hablarme por tí, como ella puede por conducto mío hablarte; ni me elevo más que por encima de los brutos, por encima de los que renuncian a la más esencial de sus cualidades. Sin embargo, mi querido Aristeo, aunque ambos seamos razonables, no olvidemos que estamos sumamente sujetos a error; porque uno y otro podemos decidir sin esperar el juicio infalible del justo Juez, sin esperar que la evidencia nos arranque, por decirlo así, nuestro consentimiento. Pues si siempre hiciésemos a la Razón el honor este de dejarla pronunciar en nosotros sus decretos, ella nos haría infalibles. Pero en vez de esperar sus respuestas y de seguir paso a paso su luz, nos adelantamos a ella y nos extraviamos. La impaciencia nos consume, si estamos obligados a permanecer atentos e inmóviles, teniendo tanto movimiento como tenemos. Nuestra indigencia nos apremia y el ardor que tenemos por los verdaderos bienes nos precipita con frecuencia en los mayores infortunios. Es que somos libres para seguir la luz de la Razón, o para marchar por las tinieblas al fulgor falso y engañoso de nuestras modalidades. Nada más agradable que seguir ciegamente las impresiones del instinto. Pero nada más difícil que mantenerse firme en estas ideas sublimes y delicadas de la verdad, no obstante el peso del cuerpo que nos entorpece el espíritu. Sin embargo, tratemos de sostenernos el uno al otro, mi querido Aristeo, sin fiarnos demasiado el uno del otro. Acaso no nos falle el pie a los dos al mismo tiempo, con tal que marchemos muy despacio, y estemos atentos en lo posible a no apoyarnos sobre un mal terreno.

Aristeo.—Avancemos un poco, Teodoro. ¿Qué temes? La Razón es un terreno excelente; no hay nada movedizo en las ideas claras; éstas no ceden al tiempo; no se acomodan a intereses particulares; no cambian de lenguaje como nuestras modalidades, que dicen el pro y el contra según el cuerpo se lo requiera. Yo estoy plenamente convencido de que no hay que seguir sino a las ideas que esparcen la luz, y de que todos nuestros sentimientos y demás modalidades no pueden conducirnos jamás a la ver-

dad. Pasemos, te ruego, a otra materia, puesto que estoy de acuerdo contigo en todo esto.

X. *Teodoro.*—No vayamos tan deprisa, querido mío. Temo que me concedas más que yo pida, o que no comprendas todavía bastante distintamente lo que te digo. Nuestros sentimientos nos engañan, es verdad; pero es principalmente a causa de que referimos a los objetos sensibles los sentimientos que de éstos tenemos. Ahora bien, hay en nosotros muchos sentimientos no referidos a ellos; tal es el sentimiento de la alegría, de la tristeza, del odio, en una palabra, todos los sentimientos que acompañan a los movimientos del alma. El color no está en el objeto, el dolor no está en mi cuerpo, el calor no está ni el fuego, ni en mi cuerpo, adonde éstos sentimientos se refieren. Nuestros sentidos externos son falsos testigos. Concedido; pero los sentimientos del amor y del odio, de la alegría y de la tristeza, no se refieren a los objetos de estas pasiones; se los siente en el alma y allí están; éstos son buenos testigos, pues dicen la verdad.

Aristeo.—Sí, Teodoro, dicen la verdad, y los otros sentimientos también. Pues cuando siento dolor, es verdad que lo siento, y aun es verdad en un sentido que lo padezco por la acción del objeto mismo que me afecta. Estas son grandes verdades. ¡De modo, que los sentimientos del amor, del odio y de las demas pasiones, no se refieren a los objetos que son ocasión suya!... ¿Es que éstas no entienden su malignidad sobre ellos, ni nos los representan completamente diferentes de como son efectivamente? Por lo que a mí respecta, cuando tengo aversión a alguien, me siento dispuesto a interpretar malignamente todo lo que él hace; sus acciones inocentes me parecen criminales; yo quiero tener buenas razones para odiarlo y despreciarlo; pues todas mis pasiones se quieren justificar a expensas de que corresponderá. Si mis ojos extienden los colores sobre la superficie de los cuerpos, mi corazón extiende también en lo posible, sus disposiciones interiores, o ciertos falsos colores sobre los objetos de sus pasiones. Yo no sé, Teodoro, si los sentimientos de tu corazón producen en ti el efecto que producen en mí. Pero yo puedo asegurar-

te que temo más todavía escucharlos y seguirlos, que rendirme a las ilusiones con frecuencia inocentes y oficiosas de mis sentidos.

XI. *Teodoro.*—Yo no te digo, Aristeo, que haya que rendirse a las inspiraciones secretas de sus pasiones, y me complace ver que te das cuenta de su poder y malignidad. Pero concede que nos enseñan ciertas verdades; pues, en fin, es una verdad, que yo experimento ahora mucha alegría en oirte. Es muy verdad que el placer que yo siento actualmente es mayor que el que tenía en nuestras conversaciones precedentes. Yo conozco, pues, la diferencia de estos dos placeres; y no la conozco de otro modo que por el sentimiento que tengo de ella; sino en las modalidades con que mi alma es afectada; modalidades que no son pues tan tenebrosas que no me enseñen una verdad que consta.

Aristeo.—Dices, Teodoro, que sientes esta diferencia entre tus modalidades y tus placeres; pero no digas, te ruego, que la conoces. Dios la conoce y no la siente; mas tú la sientes sin conocerla. Si tuvieses una idea clara de tu alma, si vieses su arquetipo, entonces conocerías lo que solamente sientes; entonces podrías conocer exactamente la diferencia entre los diversos sentimientos de alegría que tu bondad hacia mí, excita en tu corazón. Pero, es indudable que no la conoces. Compara, Teodoro, el sentimiento de alegría de que ahora estás poseído, con el del otro dia, y dime con precisión su relación, y entonces creeré que te son conocidas tus modalidades; pues las cosas no se conocen, sino cuando se sabe la relación que guardan entre sí. Tú sabes que un placer es más grande que otro, pero ¿cuánto más? Se sabe que el cuadrado inscrito en el círculo es más pequeño que el círculo, pero por esto no se sabe la cuadratura del círculo, porque no se conoce la relación del círculo al cuadrado. Se puede aproximar esta relación hasta lo infinito y ver evidentemente que la diferencia entre el círculo y otra figura determinada será más pequeña que una magnitud dada, pero observa, que es porque se tiene una idea clara de la extensión. Pues la dificultad que hay de descubrir la relación del círculo al cuadrado, no procede

sino de la pequeñez de nuestro espíritu; en cambio, es la oscuridad de nuestros sentimientos y las tinieblas de nuestras modalidades, las que hacen imposible el descubrimiento de sus relaciones. Aunque fuésemos nosotros genios tan grandes como las más sublimes inteligencias, me parece evidente que no podremos jamás descubrir las relaciones de nuestras modalidades, si Dios no nos descubre el arquetipo de las mismas, según el cual nos ha formado. Pues tú me has convencido de que no se puede conocer los seres y sus propiedades, sino por las ideas eternas inmutables y necesarias que los representan.

XII. *Teodoro.*—Esto está muy bien, Aristeo; nuestros sentimientos y nuestras pasiones no pueden esclarecernos. Pero ¿qué dirás de nuestra imaginación? Ella forma imágenes tan claras y distintas, de las figuras de la Geometría, que no puedes negar que por medio de ellas aprendemos esta ciencia.

Aristeo.—¿Crees tú, Teodoro, que he olvidado ya lo que acabas de decirme, o que no lo haya comprendido? La evidencia que acompaña a los razonamientos de los geómetras, la claridad de las líneas y de las figuras que forma la imaginación, viene únicamente de nuestras ideas y en modo alguno de nuestras modalidades, de ningún modo de las trazas confusas que deja tras de sí el curso de los espíritus animales. Cuando yo imagino una figura, cuando construyo en mi espíritu un edificio, trabajo sobre un suelo que no me pertenece; pues, de la idea clara de la extensión, del arquetipo de los cuerpos es de donde saco todos los materiales inteligibles que me representan mi diseño, todo el espacio que me dá mi terreno. De esta idea que me suministra la Razón es de lo que yo formo en mi espíritu el cuerpo de mi obra; y sobre las ideas de la igualdad y de las proporciones, es como la trabajo y regulo; refiriendo todo a la unidad arbitraria, que debe ser la medida común de todas las partes que lo componen, o al menos de todas las partes que pueden ser vistas desde el mismo punto y al mismo tiempo. Ciertamente sobre ideas inteligibles es como regulamos este curso de los espíritus que traza estas imágenes o estas figuras de nuestra imaginación. Y todo lo

que tienen de luz y de evidencia estas figuras, no procede en modo alguno del sentimiento confuso que nos pertenece, sino de la realidad inteligible que pertenece a la Razón. No procede de la modalidad que nos es propia y particular; es una chispa de la subtancia luminosa de nuestro Maestro común.

No puedo, Teodoro, imaginar un cuadrado, por ejemplo, sin concebirle al mismo tiempo. Y me parece evidente que la imagen de este cuadrado que yo me formo, no es exacta y regular, sino en tanto que responde justamente a la idea inteligible que tengo del cuadrado, es decir, de un espacio terminado por cuatro líneas exactamente rectas, enteramente iguales y que estando unidas por todos sus extremos, forman sus ángulos perfectamente rectos. Ahora bien, de un cuadrado tal, es del que yo estoy seguro que la diagonal tiene una potencia doble de la de cada lado; de un tal cuadrado es del que estoy seguro que no hay medida común entre la diagonal y los lados; en una palabra, de este cuadrado es del que se pueden descubrir las propiedades, y demostrárselas a los demás. Pero no se puede conocer nada en esta imagen confusa e irregular que traza en el cerebro el curso de los espíritus. Lo mismo hay que decir de las otras figuras todas. Así, los geómetras no sacan sus conocimientos de las imágenes confusas de su imaginación, sino únicamente de las ideas claras de la Razón. Estas imágenes groseras, pueden sí sostener su atención, dando, por decirlo así, cuerpo a sus ideas; pero en estas ideas, es donde ellos encuentran apoyo, son ellas las que los iluminan y les convencen de la verdad de su ciencia.

XIII. ¿Quieres, Teodoro, que aún me detenga en representarte las ilusiones y fantasmas de una imaginación rebelada contra la Razón, sostenida y animada por las pasiones; estos fantasmas acariciadores que nos seducen, estos fantasmas terribles que nos infunden miedo, estos monstruos de todas maneras que nacen de nuestra turbación, que crecen y se multiplican en un momento? Puras quimeras en el fondo; pero quimeras de que nuestro espíritu se alimenta, y en que se ocupa con la mayor diligencia. Pues nuestra imaginación encuentra mucha más reali-

dad en los espectros a que ella da nacimiento, que en las ideas necesarias e inmutables de la Verdad eterna. Es que estos espectros peligrosos le impresionan, y estas ideas no le afectan. ¿De qué utilidad puede ser una facultad tan desarreglada, una loca que se complace en hacer la loca; una inconstante que tanto trabajo cuesta el fijarla, una insolente que no teme interrumpirnos en nuestras más serias comunicaciones con la Razón? Te confieso, no obstante, que nuestra imaginación puede poner atento a nuestro espíritu; pues tiene aquélla tantos encantos e imperio sobre él, que le hace pensar de buen grado en lo que a ella se refiere. Pero a más de que ella no puede tener relación más que con las ideas que representan a los cuerpos, está tan sujeta a ilusión y es tan vehemente, que si no se la reprime sin cesar, si no se regulan sus movimientos e ímpetus, te transporta en un instante al país de las quimeras.

Teodoro.—Demás has dicho Aristeo. Bien veo que comprendes suficientemente que no hay nada más que la Razón que nos ilumine por las ideas inteligibles que encierra en su substancia toda luz; y que sabes perfectamente distinguir sus ideas claras de nuestras tenebrosas y obscuras modalidades. Yo te aconsejo, no obstante, medites con frecuencia sobre esta materia, a fin de poseerla tan perfectamente y hacerte tan familiares sus principios y consecuencias, que no tomes jamás inadvertidamente tus sentimientos por la evidencia de la verdad. Pues no basta haber comprendido bien que el principio general de nuestros prejuicios, es que no distinguimos entre *conocer* y *sentir*, y que en vez de juzgar de las cosas por las *ideas* que las representan, juzgamos por los *sentimientos* que de ellas tenemos. Es necesario afirmarnos en esta verdad fundamental, aplicándola a sus consecuencias. Ningún principio práctico se comprende perfectamente sino por el uso que de él se hace. Trata pues, por contínuas y serias reflexiones, de adquirir un fuerte y feliz hábito, de estar en guardia contra las sorpresas e inspiraciones secretas de tus falsas y engañosas modalidades. No hay trabajo más digno de un filósofo. Pues si nosotros distinguimos bien las respuestas de la Verdad interior,

de lo que nos decimos a nosotros mismos; lo que emana inmediatamente de la Razón de lo que viene hasta nosotros por el cuerpo, o con ocasión del cuerpo; lo que es inmutable, eterno, necesario, de lo que cambia en todos los momentos; en una palabra, la evidencia de la luz de la vivacidad del instinto, casi no es posible que caigamos en error.

Aristeo.—Comprendo bien todo lo que me dices. Y he encontrado tanta satisfación en las reflexiones que ya he hecho sobre esta materia, que no debes temer que no piense más en ella. Pasemos a otra cosa si lo juzgas oportuno.

Teodoro.—Es muy tarde, Aristeo, para emprender ahora una excursión algo larga. Pero ¿de qué lado quieres que mañana giremos? Te ruego pienses en ello y me lo digas.

Aristeo.—Te toca a tí conducirme.

Teodoro.—En modo alguno: a tí corresponde elegir. No debe serte indiferente de qué lado he de llevarte. ¿Es que no puedo yo engañarte? ¿No puedo conducirte a donde debes tú aspirar? La mayor parte de los hombres, querido Aristeo, se entregan imprudentemente a estudios inútiles. Basta a este, haber oído elogiar la Química, la Astronomía o cualquiera otra ciencia vana o poco necesaria, para lanzarse a ella a cuerpo descubierto. Aquel no sabrá si el alma es inmortal; acaso se vería muy apurado para probarte que hay Dios; y te reducirá las igualdades más complejas del Algebra con una facilidad sorprendente. Y tal otro, sabrá todas las delicadezas del idioma, todas las reglas de los gramáticos, y nunca habrá meditado sobre el orden de sus deberes. ¡Qué tergiversación de espíritu! Bastará que una imaginación predominante ensalce con apasionamiento el conocimiento de las medallas, la poesía de los italianos, el idioma de los árabes y de los persas, ante un joven lleno de ardor por las ciencias, para llevarlo ciegamente a esta clase de estudios; descuidará el conocimiento del hombre, las reglas de la Moral, y acaso olvidará lo que se enseña a los niños en su Catecismo: Es que el hombre es una máquina que marcha como se la empuja. El azar más que la Razón le conduce. Todos viven de opinión. Obran todos por

imitación. Hasta tienen como un mérito el seguir a los que van delante, sin saber a dónde. Reflexiona sobre las diversas ocupaciones a que se han dedicado tus amigos; o mejor, repasa en tu espíritu la conducta que has seguido en tus estudios, y juzga si has tenido razón para hacer lo que los demás. Juzga de ella, repito, no por los aplausos que has recibido, sino por las respuestas decisivas de la Verdad interior. Juzga de ella por la ley eterna, el Orden inmutable, sin hacer caso de los locos pensamientos de los hombres. ¡Qué! Aristeo, porque todo el mundo se entregue a bagatelas, cada uno a su manera y según su gusto, ¿habrá que seguirle por miedo de pasar por filósofo en el espíritu de los locos? ¿Habrá también que seguir en todo a los filósofos, hasta en sus abstracciones y quimeras, por temor a que estos no nos miren como ignorantes o innovadores? Hay que poner cada cosa en su lugar; hay que dar preferencia a los conocimientos que la merecen. Debemos aprender lo que debemos saber, y no dejarnos llenar la cabeza por un mueble inútil, por ostentoso que parezca, cuando nos falta el necesario. Piensa en esto Aristeo, y tú me dirás mañana cuál debe ser el asunto de nuestras conversaciones. Por hoy bastante es ya.

Aristeo.—Es mucho mejor que tú mismo me lo digas, Teodoro.

Teodoro.—Vale infinitamente más que sea la Razón quien nos lo diga a ambos. Consúltala seriamente, y por mi parte pensaré en ello.

VI.—Conversación.

Pruebas de la existencia de los cuerpos, sacadas de la Revelación.—Dos clases de revelaciones.—De qué procede que las revelaciones naturales de los sentimientos son para nosotros una ocasión de error.

Aristeo.—¡Qué difícil es la cuestión que me has dado a resolver, Teodoro! Razón bastante tenía yo para decirte que te tocaba

a tí, que sabes lo fuerte y lo débil de las ciencias, la utilidad y fecundidad de sus principios, regular todos mis pasos en este mundo inteligible a que me has transportado. Pues te confieso que no sé a qué lado debo girar. Lo que tú me has enseñado puede muy bien servirme para evitar mi extravío en esta tierra desconocida. Para esto no tengo más que hacer, que seguir paso a paso la luz y no rendirme más que a la evidencia que acompaña a las ideas claras. Pero no vasta avanzar, es preciso también saber a dónde se va. No basta descubrir sin cesar nuevas verdades; es necesario saber en dónde se encuentran estas verdades fecundas que dan al espíritu toda la perfección de que ahora es capaz; estas verdades que deben regular los juicios que hay que formar de Dios y de sus obras admirables; que deben regular los movimientos del corazón y darnos el goce, o al menos el goce ideal del soberano bien que deseamos.

Si en la elección de las ciencias no fuese preciso detenerse más que en la evidencia, sin pesar su utilidad, la Aritmética sería preferible a todas las demás. Las verdades de los números son las más claras de todas; puesto que todas las demás relaciones no son claramente conocidas, sino en tanto que pueden ser expresadas por estas medidas comunes de todas las relaciones exactas que se miden por la unidad. Y esta ciencia es tan fecunda y profunda, que aunque yo emplease diez mil siglos para penetrar sus profundidades, encontraría todavía en ella un fondo inagotable de verdades claras y luminosas. Sin embargo no creo que tú encuentres muy a propósito que giremos hacia este lado, encantados por la evidencia que brilla aquí por todas partes. Porque, ¿para qué nos serviría, en fin, penetrar en los misterios más escondidos de la Aritmética y del Álgebra? No basta correr mucho territorio, penetrar muy adelante en tierras estériles, descubrir lugares donde nadie estuvo jamás; hay que ir directamente a estas felices comarcas, donde se encuentran frutos en abundancia, sólidas viandas capaces de nutrirnos.

Cuando yo he comparado pues, las ciencias entre sí según mis luces, las diversas ventajas, o de su evidencia, o de su utili-

dad, me he encontrado en un grande apuro. Ya ante el temor de caer en el error, daba la preferencia a las ciencias exactas, tales como son la Aritmética y la Geometría, cuyas demostraciones satisfacen admirablemente nuestra vana curiosidad. Y ya el deseo de conocer, no las relaciones de las ideas entre sí, sino las relaciones que guardan entre sí y con nosotros las obras de Dios entre las cuales vivimos, me llevaba a la Física, la Moral y las demás ciencias que con frecuencia dependen de experiencias y de fenómenos bastante inciertos. Cosa extraña, Teodoro, que las ciencias más útiles, estén llenas de oscuridades impenetrables; y que se encuentre un camino seguro, y bastante fácil y llano, en las que no son tan necesarias... Ahora bien, yo te ruego me digas el medio de hacer una justa estimación entre la relación de la facilidad de las unas y de la utilidad de las otras, para dar preferencia a la que lo merezca, así como el modo de poder asegurarse de si aun aquellas mismas que parecen útiles, lo son efectivamente, y de si las que no parecen sino evidentes, no ofrecen grandes utilidades de que uno no se da cuenta. Te aseguro, Teodoro, que después de haber penetrado bien dentro en aquel, todavía no sé a qué determinarme.

I. *Teodoro.*—No has perdido el tiempo, mi querido Aristeo, en las reflexiones que has hecho. Pues aunque no sepas con precisión a qué debes entregarte, yo estoy muy seguro de que no te dedicarás a multitud de falsos estudios a los cuales más de la mitad de la gente se ha consagrado ardientemente. Estoy muy cierto de que si yo mismo me equivocase al elegir la continuación de nuestras conversaciones, tú estás en estado de desengañarme. Cuando los hombres levantan la cabeza y miran a todas partes, no siguen siempre a los que van delante. No les siguen sino cuando van a donde hay que ir, y a donde quieren ir ellos mismos. Y cuando el primero de la banda se mete imprudentemente en rutas peligrosas y que no conducen a nada, los otros le hacen volver. Así, continúa tus reflexiones sobre tus pasos y sobre los míos; no te confíes demasiado en mí. Observame con cuidado a ver si te conduzco a donde debemos ir ambos.

Fíjate Aristeo, hay ciencias de dos clases: las unas consideran las relaciones de las ideas; las otras, las relaciones de las cosas por medio de sus ideas. Las primeras son evidentes de todas maneras; las otras no pueden serlo, más que suponiendo que las cosas son semejantes a las ideas que de ellas tenemos y sobre que apoyamos los razonamientos referentes a las mismas. Estas últimas son muy útiles, pero están rodeadas de grandes obscuridades, porque suponen hechos cuya verdad es muy difícil de conocer exactamente. Mas si pudiéramos encontrar algún medio de asegurarnos de la exactitud de nuestras suposiciones, podríamos evitar el error y al mismo tiempo descubrir verdades que nos afectan de muy cerca. Pues las verdades, repito, o relaciones de las ideas entre sí, no nos afectan más que cuando representan las relaciones existentes entre las cosas que tienen algún enlace con nosotros.

Así, es evidente, me parece, que el mejor uso que podemos hacer de nuestro espíritu es examinar cuáles son las cosas que tienen alguna conexión con nosotros; cuáles son las maneras diversas de estas conexiones; cuál es la causa de las mismas y cuáles son sus efectos; todo esto conforme a las ideas claras, y a las experiencias incontestables, que nos aseguren, aquéllas, de la naturaleza y de las propiedades de las cosas, y éstas de la naturaleza y de la relación y enlace que tienen con nosotros. Pero para no andarnos con bagatelas y cosas inútiles, nuestro examen todo, no debe dirigirse más que a lo que puede hacernos dichosos y perfectos Así, para resumir todo esto en pocas palabras, me parece evidente, que el mejor uso que podemos hacer de nuestro espíritu, es tratar de adquirir la inteligencia de las verdades que creemos por la fé, y de todo lo que se dirige a confirmarlas. Pues no hay comparación entre la utilidad de estas verdades y la ventaja que puede sacarse del conocimiento de las otras. Nosotros creemos, es cierto, estas grandes verdades; mas la fé no dispensa de llenar su espíritu con ellas y de convencerse de las mismas de todas las maneras posibles, a los que pueden hacerlo. Pues por el contrario, la fé se nos da para ajustar a ella todos

los pasos de nuestro espíritu, así como todos los movimientos de nuestro corazón. Nos es dada para conducirnos a la inteligencia de las verdades mismas que ella nos enseña. Hay tantas personas que escandalizan a los fieles por una metafísica avanzada y que nos piden con insulto pruebas de lo que ellas deberían creer por la autoridad infalible de la Iglesia, que aunque la firmeza de tu fé te haga inconmovible a sus ataques, tu caridad debe llevarte a remediar el desorden y la confusión que siembran, aquellas por todas partes. ¿Apruebas pues, Aristeo el plan que te propongo para lo sucesivo de nuestras conversaciones?

Aristeo.—Ciertamente, lo apruebo. Pero yo no pensaba que quisieses dejar la Metafísica. Si lo hubiese creído, hubiera resuelto bien, me parece, la cuestión de la preferencia de las ciencias. Pues es claro que ningún descubrimiento es comparable a la inteligencia de las verdades de la fé. Yo creía que tú no pensabas más que en hacerme un poco filósofo y buen metafísico.

II. *Teodoro.*—Tampoco pensaba yo más que en esto; y no pretendo dejar la Metafísica, aunque quizá en lo sucesivo me tome la libertad de hacer alguna excursión más allá de sus límites ordinarios. Esta ciencia general tiene derecho sobre todas las demás. Puede sacar de ellas ejemplos, y algunos detalles necesarios para hacer sensibles sus propios principios generales. Pues por la Metafísica yo no entiendo estas consideraciones abstractas de algunas propiedades imaginarias, cuya principal utilidad es suministrar a los que quieren disputar, de qué disputar sin fin; yo entiendo por esta ciencia, las verdades generales que pueden servir de principios a las ciencias particulares.

Estoy persuadido, Aristeo, de que hay que ser buen filósofo para entrar en la inteligencia de las verdades de la fé; y de que cuanto más fuerte se está en los principios de la Metafísica, más firmeza se tiene en las verdades de la Religión. Yo supongo, como puedes muy bien figurarte, lo que es necesario para hacer aceptable esta proposición. Pero no, jamás creería que la verdadera filosofía se oponga a la Fé, y que los buenos filósofos puedan tener sentimientos diferentes de los que abrigan los verda-

deros cristianos. Pues sea que Jesucristo según su Divinidad hable a los filósofos en lo más intimo de ellos mismos, sea que instruya a los cristianos por la autoridad visible de la Iglesia, no es posible que se contradiga, aunque sea muy posible imaginar contradicciones en sus respuestas o tomar por respuestas suyas nuestras propias decisiones. La verdad nos habla de maneras diversas, pero es cierto que siempre nos dice la misma cosa. No hay pues que oponer la Filosofía a la Religion, como no sea la falsa Filosofía de los paganos, la Filosofía fundada sobre la autoridad humana, en una palabra, todas estas opiniones no reveladas que no llevan consigo el carácter de la verdad, esta evidencia invencible que fuerza a los espíritus atentos a someterse. Tú puedes juzgar por las verdades metafísicas que hemos descubierto en nuestras conversaciones precedentes, si la verdadera Filosofía contradice a la Religión. Yo por mí, estoy convencido de que no. Pues si te he sostenido algunas proposiciones contrarias a las verdades que Jesucristo nos enseña por la autoridad visible de su Iglesia, siendo estas proposiciones únicamente de mi fondo, y no teniendo por su carácter invencible evidencia, en modo alguno pertenecen a la verdadera y sólida Filosofía. Mas no sé como me detengo en decirte verdades de las cuales es imposible dudar por poca atención que se les preste.

Aristeo.—Permíteme Teodoro, que te declare que he estado encantado de ver una relación admirable entre lo que tú me has enseñado, o más bien entre lo que la Razón me ha enseñado por mediación tuya, y estas grandes y necesarias verdades que la autoridad de la Iglesia hace creer a los sencillos e ignorantes, a quienes Dios quiere salvar como a los filósofos. Tú me has convencido por ejemplo de la corrupción de mi naturaleza y de la necesidad de un Libertador. Yo sé que todas las inteligencias tienen un solo y único Maestro, el Verbo divino, y que solamente la Razón encarnada y hecha sensible puede librar a hombres carnales de la ceguedad en que todos nacemos. Yo te confieso con suma satisfacción que estas verdades fundamentales de nuestra fé, y muchas otras que sería demasiado largo enumerarte, son

consecuencias necesarias de los principios que me has demostrado. Continúa, te ruego. Trataré de seguirte por todas partes a donde me conduzcas.

Teodoro. —¡Ah! mi querido Aristeo. Ten cuidado repito, que no me extravíe yo. Tengo miedo de que seas demasiado dócil y tu aprobación me inspire alguna negligencia y me haga caer en el error. Teme por mí, y desconfía de todo lo que puede decirte un hombre sujeto a la ilusión. Tampoco aprenderás nada si tus reflexiones no te ponen en posesión de las verdades que voy a intentar demostrarte.

III. No hay más que tres clases de seres de que nosotros poseamos algún conocimiento, y con los cuales podamos tener alguna conexión: Dios, o el Ser infinitamente perfecto, que es el principio o la causa de todas las cosas; espíritus, que no conocemos más que por el sentimiento interior que tenemos de nuestra naturaleza; cuerpos, de cuya existencia estamos seguros por la revelación que tenemos de ella. Ahora bien, lo que se llama un hombre, no es más que un compuesto...

Aristeo.—Poco a poco, Teodoro. Yo sé que hay un Dios o un Ser infinitamente perfecto, pues si pienso en Él, como en verdad así sucede, es preciso que sea, ya que nada finito puede representar lo infinito (1). Yo sé también que hay espíritus, supuesto que haya seres que se me parezcan (2). Pues yo no puedo dudar de que pienso; y sé, que lo que piensa es otra cosa que extensión o materia. Tú me has probado estas verdades. Pero, ¿qué quieres dar a entender diciendo que estamos seguros de la existencia de los cuerpos *por la revelación que de ella tenemos*? ¡De modo, que no los vemos ni los sentimos? Nosotros no tenemos necesidad de *revelación* para aprender que tenemos un cuerpo, cuando se nos pincha: lo sentimos muy bien.

Teodoro.—Indudablemente lo sentimos. Pero este sentimiento de dolor que sentimos es una especie de *revelación*. Esta expre-

(1) II Conversación.
(2) I Conversación.

sión, te extraña, pero precisamente por eso me sirvo de ella. Pues olvidas siempre que es Dios mismo quien produce en tu alma todos los diversos sentimientos porque es afectada con ocasión de los cambios que suceden en tu cuerpo, a consecuencia de las leyes generales de la unión de las dos naturalezas que componen al hombre; leyes que no son más que las voluntades eficaces y constantes del Criador, como te explicaré en lo sucesivo. La punta que nos pincha en la mano, no vierte el dolor por el agujero que hace en el cuerpo. Tampoco es el alma quien produce en sí este sentimiento incómodo, puesto que ella sufre el dolor, mal que le pese el tenerlo. Es, ciertamente, una potencia superior; es pues Dios mismo, quien por los sentimientos con que nos afecta, nos revela lo que se realiza fuera de nosotros, quiero decir, en nuestro cuerpo, y en los que nos rodean. Te ruego tengas en la memoria lo que tantas veces te he dicho.

IV. *Aristeo.*—No tengo razón, Teodoro. Pero lo que me dices hace nacer en mi espíritu un pensamiento muy extraño. No me atrevería casi a proponértelo, pues temo me trates de visionario. Es que comienzo a dudar de que haya cuerpos. Siendo la razón de ello, que la revelación que Dios nos dá de la existencia de los mismos, no es segura. Pues, es cierto, en fin, que a veces vemos algunos que no existen, como sucede cuando estamos durmiendo, o la fiebre nos hace delirar. Si Dios, a consecuencia de sus leyes generales, puede, como tú dices, darnos a veces sentimientos, si puede revelarnos por nuestros sentidos cosas falsas, ¿por qué no lo podrá siempre, y cómo podremos nosotros discernir la verdad de la falsedad, en el testimonio oscuro y confuso de nuestros sentidos? Me parece que la prudencia me obliga a suspender mi juicio sobre la existencia de los cuerpos. Te ruego me des de ella una demostración exacta.

Teodoro.—¡Una demostración exacta!... Es demasiado, Aristeo. Te confieso que no puedo dártela. Al contrario, me parece que puedo darte una *demostración exacta* de la imposibilidad de una demostración tal. Mas, tranquilízate. No me faltan pruebas ciertas y capaces de disipar tu duda. Y me alegro de que semejante

duda haya asaltado tu espíritu. Pues, dudar, en fin, de que hay cuerpos, por razones que hacen que no pueda dudarse de que Dios existe y de que el alma no es corporal, es una señal cierta de que se eleva uno por encima de sus prejuicios y que en vez de someter la razon a los sentidos, como hace la mayor parte de los hombres, se reconoce el derecho que ella tiene de pronunciar en nosotros soberanamente. He aquí, si no me equivoco, una prueba demostrativa de que es imposible dar una demostración exacta de la existencia de los cuerpos.

V. La noción del Ser infinitamente perfecto no encierra relación necesaria a ninguna criatura. Dios se basta plenamente a sí mismo. La materia, no es pues, una emanación necesaria de la Divinidad. Al menos, y esto me es suficiente por ahora, no es evidente que sea una emanación necesaria de la misma. Ahora bien, no puede darse una *demostración exacta* de una verdad, no haciéndose ver que tiene una conexión necesaria con su principio, no mostrando que es una relación necesariamente encerrada en las ideas que se comparan. Luego no es posible demostrar rigurosamente que existen los cuerpos.

En efecto, la existencia de los cuerpos es arbitraria. Si los hay, es que Dios ha querido crearlos. Ahora bien, no sucede lo mismo con esta voluntad de crear cuerpos, que con las de castigar los crímenes y de recompensar buenas obras, de exigir de nosotros amor y temor, y lo demás. Estas voluntades de Dios, y mil otras semejantes, están necesariamente encerradas en la Razón divina, en esta Ley substancial que es la regla inviolable de las voluntades del Ser infinitamente perfecto, y en general, de todas las inteligencias. Mas la voluntad de crear cuerpos no está necesariamente encerrada en la noción del Ser infinitamente perfecto, del Ser que se basta plenamente a Sí mismo. Muy lejos de esto, esta noción, parece excluir de Dios una voluntad tal. No hay pues más camino que la revelación, que pueda asegurarnos de que Dios ha querido crear cuerpos; supuesto sin embargo aquello de que no dudas ya, a saber que no son visibles por sí mismos, que no pueden obrar en nuestro espíritu, ni representar-

se a él; y que nuestro espíritu mismo no puede conocerlos más que en las ideas que los representan, ni sentirlos más que por modalidades o sentimientos, de los cuales no pueden ser la causa, sino a consecuencia de las leyes arbitrarias de la unión del alma y el cuerpo.

VI. *Aristeo.*—Comprendo bien, Teodoro, que no se puede deducir demostrativamente la existencia de los cuerpos, de la noción del Ser infinitamente perfecto y que se basta a Sí mismo. Pues las voluntades de Dios que hacen referencia al mundo, no están encerradas en la noción que tenemos de Él. Ahora bien, siendo sólo estas voluntades las que pueden dar el ser a las criaturas, es claro que no se puede demostrar que hay cuerpos. Pues no se pueden demostrar más que las verdades que tienen una conexión necesaria con su principio. Así, puesto que no puede uno cerciorarse de la existencia de los cuerpos por la evidencia de una demostración, no hay otro camino ya, que la autoridad de la revelación. Pero este camino no parece seguro. Pues aunque yo descubra claramente en la noción del Ser infinitamente perfecto, que no puede querer engañarme, la experiencia me enseña que sus revelaciones son engañosas, dos verdades que no puedo poner de acuerdo. Pues, en fin, nosotros tenemos con frecuencia sentimientos que nos revelan falsedades. Hay quien siente dolor en un brazo que no tiene. Todos aquellos a quienes llamamos locos, ven ante sí objetos que no existen. Y acaso no hay nadie que durmiendo, no haya sido frecuentemente turbado y espantado por meros fantasmas. Dios no es engañador. No puede querer engañar a nadie, ni a los locos, ni a los sabios. Sin embargo, todos somos seducidos por los sentimientos con que nos afecta, y por los cuales, nos revela la existencia de los cuerpos. Es pues muy cierto que con frecuencia somos engañados. Pero me parece poco cierto que no lo seamos siempre. Veamos, pues, sobre qué fundamento apoyas tú la certidumbre que pretendes tener de que hay cuerpos.

VII. *Teodoro.*—Hay en general, revelaciones de dos clases: unas naturales, las otras sobrenaturales. Quiero decir, que las

unas tienen lugar a consecuencia de algunas leyes generales que nos son conocidas, según las cuales el Autor de la naturaleza obra en nuestro espíritu con ocasión de lo que sucede a nuestro cuerpo; y las otras, por leyes generales que nos son desconocidas, o por voluntades particulares añadidas a las leyes generales, para remediar a las enojosas consecuencias que estas tienen a causa del pecado que lo ha desarreglado todo. Ahora bien, unas y otras revelaciones, las naturales y las sobrenaturales, son verdaderas en sí mismas, pero las primeras son ahora para nosotros una ocasión de error; no es que sean falsas por sí mismas, sino porque no hacemos de ellas el uso para que nos son dadas; y porque el pecado ha corrompido la naturaleza, y puesto una especie de contradicción en la relación que las leyes generales tienen con nosotros. Ciertamente, las leyes generales de la unión del alma y el cuerpo, a consecuencia de las cuales Dios nos revela que tenemos un cuerpo y que estamos en medio de muchos otros, estan muy sabiamente establecidas. Acuérdate de nuestras precedentes conversaciones. Dichas leyes no son engañosas por sí mismas, en su institución, consideradas antes del pecado y en los designios de su Autor. Pues hay que saber, que el hombre, antes de su pecado, antes de la ceguedad y turbación que la rebelión de su cuerpo ha producido en su espíritu, conocía claramente por la luz de la Razón·

1. Que Dios solo podía obrar en él, hacerlo dichoso o desgraciado por el placer o el dolor, en una palabra, modificarlo o afectarlo.

2. Sabía por experiencia, que Dios le afectaba siempre de la misma manera en las mismas circunstancias.

3. Reconocía pues, por la experiencia, así como por la Razón, que la conducta de Dios era y debía ser uniforme.

4. Así, él estaba determinado a creer que había seres que eran las causas ocasionales de las leyes generales, según las cuales sentía perfectamente que Dios obraba en él. Pues sabía bien, repito, que Dios solo obraba en él.

5. Cuando quería, podía evitarse el sentir la acción de los objetos sensibles.

6. El sentimiento interior que tenía de sus propias voluntades, y de la acción respetuosa y sumisa de estos objetos, le enseñaba pues, que le eran inferiores, puesto que le estaban subordinados, ya que entonces todo estaba perfectamente dentro del Orden.

7. Así, consultando la idea clara, unida al sentimiento de que con ocasión de estos objetos era afectado, veía claramente que estos no eran sino cuerpos, puesto que esta idea no representa más que cuerpos.

8. Concluía, pues, que los diversos sentimientos con que Dios le afectaba, no eran más que revelaciones por las cuales le enseñaba que tenía un cuerpo, y que estaba rodeado de otros muchos.

9. Mas sabiendo por la Razón, que la conducta de Dios debía ser uniforme; y por la experiencia, que las leyes de la unión del alma y el cuerpo eran siempre las mismas; viendo bien que estas leyes no estaban establecidas más que para advertirle de lo que debía hacer para conservar su vida, descubría fácilmente que no debía juzgar de la naturaleza de los cuerpos por los sentimientos que de ellos tenía, ni de la existencia de los mismos por dichos sentimientos, más que cuando su cerebro era conmovido por una causa extraña, y no por un movimiento espiritual excitado por una causa interior. Ahora bien, él podía reconocer cuál era la causa de la conmoción o de las trazas actuales de su cerebro, porque el curso de los espíritus animales estaba perfectamente sometido a sus voluntades. Así, no estaba, como los locos o los febricitantes, ni como nosotros durante el sueño, sujeto a tomar fantasmas por realidades. Todo esto me parecía evidente, y una consecuencia necesaria de dos verdades incontestables: la primera, que el hombre, antes del pecado, tenía ideas muy claras, y que su espíritu estaba exento de prejuicios; la segunda, que su cuerpo o al menos la principal parte de su cerebro le guradaba perfecta sumisión.

Supuesto esto, Aristeo, bien ves que las leyes generales, a consecuencia de las cuales Dios nos dá estos sentimientos o estas

revelaciones naturales, que nos aseguran de la existencia de los cuerpos y de la relación que estos tienen con nosotros, están muy sabiamente establecidas; tú vés que estas revelaciones no son en modo alguno engañosas por sí mismas. No se puede hacer nada mejor, por las razones que ya te he dado. ¿De qué procede, pues, que ellas nos lancen ahora a una infinidad de errores? Seguramente, es que nuestro espíritu está oscurecido; es que estamos llenos de los prejuicios de la infancia; es que no sabemos hacer de nuestros sentidos el uso para que nos han sido dados. Y todo esto, fíjate, precisamente porque por nuestra falta hemos perdido el poder que deberíamos tener sobre nuestro cerebro. Pues nuestra unión con la Razón universal está sumamente debilitada por la dependencia en que nos encontramos respecto de nuestro cuerpo. Pues, en fin, nuestro espíritu está de tal modo situado entre Dios que nos ilumina, y el cuerpo que nos ciega, que es de necesidad que cuanto más unido esté al uno, tanto menos lo esté al otro. Como Dios sigue y debe seguir exactamente las leyes que ha establecido de la unión de las dos naturalezas de que estamos compuestos, y nosotros hemos perdido el poder de impedir las trazas que los espíritus rebeldes hacen en el cerebro, tomamos fantasmas por realidades. Mas la causa de nuestro error no procede precisamente de la falsedad de nuestras revelaciones naturales, sino de la imprudencia y de la temeridad de nuestros juicios, de la ignorancia en que nos encontramos de la conducta que Dios debe observar, del desorden, en una palabra, que el pecado ha causado en todas nuestras facultades, y de la turbación que ha sembrado en nuestras ideas, no, cambiando las leyes de la unión del alma y el cuerpo, sino sublevando nuestro cuerpo, y privándonos por su rebelión de la facilidad de poder hacer de estas leyes el uso para que han sido establecidas. Comprenderás más claramente todo esto en lo sucesivo de nuestras conversaciones, o cuando lo hayas meditado. Sin embargo, Aristeo, a pesar de lo que acabo de decirte, no veo que pueda haber en ello razón suficiente para dudar de que haya cuerpos en general. Pues si yo me puedo equivocar con respecto a la existencia de un determi-

nado cuerpo, veo bien que es a causa de que Dios sigue exactamente las leyes de la unión del alma y el cuerpo; veo perfectamente que es que la uniformidad de la conducta de Dios no debe ser turbada por la irregularidad de la nuestra; y que la pérdida que hemos experimentado por nuestra falta, del poder que teníamos sobre nuestro cuerpo, no ha debido cambiar nada en las leyes de su unión con nuestra alma. Esta razón me basta para evitarme caer en engaño sobre la existencia de un determinado cuerpo. Yo no soy invenciblemente llevado a creer que él es. Pero esta razón me falta, y no veo que sea posible encontrar alguna otra, para evitarme de creer en general que hay cuerpos, contra todos los diversos sentimientos que de ellos tengo; sentimientos de tal modo seguidos, de tal modo encadenados, tan bien ordenados, que me aparece como cierto que Dios querría engañarnos, si no hubiese nada de todo lo que vemos.

VIII. Mas para librarte por completo de la duda especulativa, la fé nos suministra una demostración a que es imposible resistir. Pues haya cuerpos o no haya, es cierto que los vemos y que solamente Dios puede darnos los sentimientos de los mismos. Es pues, Dios quien presenta a mi espíritu las apariencias de los hombres con que vivo, de los libros que estudio, de los predicadores que oigo. Ahora bien, yo leo en la apariencia del Nuevo Testamento los milagros de un Hombre-Dios, su resurrección, su ascensión al cielo, la predicación de los Apóstoles, su éxito feliz, el establecimiento de la Iglesia. Comparo todo esto con lo que sé por la Historia, con la Ley de los judíos, con las profecías del Antiguo Testamento. Estas cosas, no son todavía más que apariencias. Pero estoy cierto, repito, de que es Dios solo quien me las dá, y de que no es engañador. Comparo de nuevo, pues, todas las apariencias que acabo de enumerar, con la idea de Dios, la belleza de la Religión, la santidad de la Moral, la necesidad de un culto; y en fin, me encuentro llevado a creer lo que la Fé nos enseña. Yo lo creo, en una palabra, sin tener necesidad de prueba demostrativa rigurosa. Pues nada me parece más irrazonable que la infidelidad, nada más imprudente

que no rendirse a la mayor autoridad que se puede tener en cosas que no podemos examinar con exactitud geométrica, o porque el tiempo nos falta o por otras mil razones. Los hombres tienen necesidad de una autoridad que les enseñe las verdades necesarias, las que deben conducirlos a su fin; y es derribar la Providencia rechazar la autoridad de la Iglesia. Esto me parece evidente, y te lo demostraré en lo sucesivo. Ahora bien, la Fe me enseña que Dios ha creado el Cielo y la tierra. Me enseña que la Escritura es un Libro divino. Y este Libro o su apariencia me dice clara y positivamente que hay mil y mil criaturas. He aquí pues, todas mis apariencias cambiadas en realidades. Hay cuerpos; esto está demostrado rigurosamente, supuesta la Fe. Aquí tienes, mi querido Aristeo, grandes razonamientos contra una duda que no se presenta al espíritu muy naturalmente. Hay pocas personas bastante filósofas para proponerla. Y aunque se puedan formular contra la existencia de los cuerpos, dificultades que parecen insuperables, principalmente para los que no saben que Dios debe obrar en nosotros por leyes generales, sin embargo, yo no creo que nadie pueda nunca dudar seriamente de ella. Así, no era muy necesario detenernos a disipar una duda tan poco peligrosa. Pues estoy muy cierto de que tú mismo no tenías necesidad de todo esto que acabo de decirte para asegurarte de que estás con Teodoro.

Aristeo.- Yo no sé esto demasiado bien. Estoy cierto de que tú estás aquí. Pero es que tú me dices cosas que otro no me diría, ni jamás me diría yo a mí mismo. Pues, por lo demás, la amistad que yo tengo por Teodoro es tal, que le encuentro por todas partes. ¿Que sé yo, si aumentándose aún más esta amistad, lo cual casi no me parece posible, podría yo siempre, distinguir bien entre el verdadero y el falso Teodoro?

Teodoro.—No eres prudente, mi querido Aristeo. ¿No te desprenderás nunca de estas maneras aduladoras? Esto es indigno de un filósofo.

Aristeo.—¡Qué severo eres! Yo no esperaba esta respuesta.

Teodoro.—Ni yo la tuya. Yo creía que seguías mi razonamien-

to. Pero tu respuesta me da algún motivo para temer que no me hayas hecho hablar muy inútilmente sobre tu duda. La mayor parte de los hombres proponen dificultades irreflexivamente; y en vez de atender de un modo serio a las respuestas que se les da, no piensan más que en alguna réplica que haga admirar la delicadeza de su imaginación. Muy lejos de instruirse mútuamente, no piensan más que en lisonjearse unos a otros. Se pervierten juntos por las inspiraciones secretas de la más criminal de las pasiones; y en vez de sofocar todos estos sentimientos, que excita en ellos la concupiscencia del orgullo, en vez de comunicarse los verdaderos bienes de que la Razón los hace partícipes, se dan incienso que los encalabrina y turba.

Aristeo.—¡Ay! Teodoro, ¡cuán vivamente siento lo que me dices! Pero, ¿es que lees en mi corazón?

Teodoro.—No Aristeo. Es en el mío, donde leo lo que te digo. Es en el mío donde encuentro este fondo de concupiscencia y vanidad que me hace murmurar del género humano. Yo no sé nada de lo que pasa en tu corazón, sino por referencia a lo que siento en el mío. Yo temo para tí lo que temo para mí. Pero no soy bastante temerario para juzgar de tus disposiciones actuales. Mis maneras te sorprenden; son duras y desagradables, rudas si quieres. Mas ¿Crées tú que la amistad sincera, fundada en la Razón, busca rodeos y fingimientos? Tú no conoces los privilegios de los contemplativos. Ellos tienen derecho a decir sin miramiento, a sus amigos, lo que encuentren reprensible en la conducta de los mismos. Yo quisiera, mi querido Aristeo, encontrar en tus respuestas un poco más de sencillez y mucha más atención. Yo quisiera que en tí la Razón fuese siempre la superior, y que la imaginación se callase. Mas si ahora está demasiado fatigada por su silencio la última, dejemos la Metafísica; la volveremos a tomar en otra ocasión. ¿Sabes que este contemplativo de que te hablé hace dos días, quiere venir aquí?

Aristeo.—¿Quién? ¿Teótimo?

Teodoro.—Precisamente: Teótimo mismo.

Aristeo.—¡Oh, qué hombre tan bueno! ¡Que alegría! ¡Que honor!

Teodoro.—Ha sabido, no sé cómo, que yo estaba aquí, y que filosofábamos juntos. Pues cuando Aristeo está en algún sitio, pronto se sabe. Es que todo el mundo quiere poseerlo. Esto trae consigo el ser un bello espíritu y tener tantas cualidades brillantes. Hay que encontrarse en todas partes para no disgustar a nadie. Ya no se pertenece uno a sí propio.

Aristeo.—¡Cuánto servilismo!

Teodoro.—¿Quieres librarte de él? Hazte contemplativo, y todo el mundo te dejará al punto allá. El gran secreto de librarse de la importunidad de muchas gentes es el hablarles en razón. Este lenguaje que no entienden, las despide para siempre sin que tengan motivo para quejarse.

Aristeo.—Es verdad. Pero ¿cuándo tendremos a Teótimo?

IX. *Teodoro.*—Cuando tú quieras.

Aristeo.—¡He! Te ruego le adviertas sin cesar que nosotros le esperamos, y le asegures sobre todo, que ya no soy el que era otras veces. Pero, que esto no interrumpa, haz el favor, la continuación de nuestras conversaciones. Yo renuncio a mi duda, Teodoro, pero no estoy pesaroso de habértela propuesto. Pues por las cosas que me has dicho, entreveo la solución de multitud de contradicciones aparentes, que yo no podía poner de acuerdo con la noción que tenemos de la Divinidad. Cuando dormimos, Dios nos hace ver mil objetos que no existen. Es que Él sigue y debe seguir las leyes generales de la unión del alma y el cuerpo. Esto no es que quiera engañarnos. Si obrase en nosotros por voluntades particulares, no veríamos nosotros en el sueño todos estos fantasmas. Yo ya no me admiro de ver monstruos, y todas las anormalidades de la naturaleza. Veo su causa en la simplicidad de los procedimientos de Dios. La inocencia oprimida, ya no me sorprende; si los más fuertes triunfan de ordinario, es que Dios gobierna el mundo por leyes generales, y que guarda para otro tiempo la venganza de los crímenes. Él es justo, a pesar de los éxitos de los impíos, no obstante la prosperidad de las armas de los más injustos conquistadores. Es sabio aunque el Universo esté lleno de obras

en que se encuentran mil defectos. Es inmutable, aunque parece contradecirse a todas horas, aunque asuele mediante el granizo las tierras que había cubierto de frutos por la abundancia de las lluvias. Todos estos efectos que se contradicen, no indican contradicción ni cambio en la causa que los produce. Al contrario, es que Dios sigue inviolablemente las mismas leyes y que su conducta no tiene ninguna relación con la nuestra. Si alguien sufre dolor en un brazo de que carece, no es que Dios tenga el designio de engañarlo; es únicamente que Dios no cambia de designio y que obedece exactamente a sus propias leyes; es que las aprueba y no las condenará jamás; es que nada puede alterar la uniformidad de su conducta, nadie puede obligarle a derogar lo que ha hecho. Me parece, Teodoro, que vislumbro que este principio de las leyes generales tiene una infinidad de consecuencias de una utilidad muy grande.

Teodoro.—Está bien, mi querido Aristeo. Me das mucha alegría. Yo no creía que hubieses estado bastante atento para apoderarte de los principios de que dependen las respuestas que te he dado. Esto va muy bien. Pero será preciso examinar a fondo estos principios, a fin de que conozcas más claramente su solidez y su maravillosa fecundidad. Pues no te imagines que te basta con entenderlos, ni aun con haberlos comprendido, para hallarte en estado de aplicarlos a todas las dificultades dependientes de ellos. Es necesario hacerse por el uso, dueño de ellos, y adquirir la facilidad de referir a los mismos todo lo que ellos pueden aclarar. Pero yo soy de opinión que dejemos el examen de estos grandes principios hasta que Teótimo haya venido. Trata entre tanto de descubrir por tí mismo cuáles son las cosas que tienen con nosotros alguna conexión, cuáles son las causas de estas conexiones, y cuáles son sus efectos. Pues es bueno que tu espíritu esté preparado acerca de lo que ha de ser el asunto de nuestras conversaciones, para que puedas más fácilmente, o reprenderme, si me extravío, o seguirme, si te conduzco directamente adonde debemos propender con todas nuestras fuerzas.

VII Conversación.

De la ineficacia de las causas naturales, o de la impotencia de las criaturas. Que no estamos unidos inmediata y directamente sino a Dios solo.

Después de muchos cumplimientos entre Aristeo y Teótimo, habiendo observado Aristeo que Teodoro no estaba contento del todo, de que esto no terminaba, y queriendo ceder al recién venido la gloria de este pequeño combate espiritual, se calló. Y tomando Teodoro la palabra, creyó debe hablar a Teótimo en favor de Aristeo.

Teodoro.—En verdad, Teótimo, yo no creía que fueses tan gallardo. Has obligado a Aristeo a rendirse, él que nunca se rindió a nadie. Esta es una victoria que te haría mucho honor si la hubieses ganado en casa de Filandro. Pero, parece que te hubiera costado más cara. Pues, desengáñate, es que Aristeo quiere hacer en su casa los honores. Te la cede aquí por complacencia, y por una especie de deber.

Teótimo.—No lo dudo, Teodoro. Veo muy bien que quiere evitarme molestias.

Aristeo.—Cesad ambos de acosarme; o al menos, déjame la libertad de defenderme, Teodoro.

Teodoro.—No Aristeo. Estos no son más que discursos inútiles. Teótimo y yo nos callamos. Hablemos de alguna cosa más importante. Dinos, te ruego, lo que se te haya ocurrido sobre el asunto que te propuse en nuestra última conversación. ¿Cuáles son las cosas con que tenemos alguna conexión? ¿Cuáles son las causas de estas conexiones y cuáles son sus efectos? Pues preferimos oirte filosofar, a vernos abrumados por una profusión de requiebros y atenciones.

Aristeo.—Tú supones Teodoro, creo yo, que he estado toda

la noche en vela para regalar a Teótimo con algún discurso estudiado.

Teodoro.—Dejemos todo esto, Aristeo y hablemos naturalmente.

I. *Aristeo.*—Me parece, Teodoro, que no hay nada a que yo esté más estrechamente unido que a mi propio cuerpo. Pues no puede ser tocado sin ser yo mismo conmovido. Desde el momento en que se le hiere, siento yo que se me lastima y perturba. Nada más pequeño que la trompa de estos mosquitos importunos que nos atacan por la tarde en el paseo; y sin embargo, por poco que ellos introduzcan en mi piel la punta imperceptible de su trompa venenosa, me siento perforado en el alma. El solo ruido que hacen en mis oídos me produce la alarma: señal cierta de que estoy unido a mi cuerpo más estrechamente que a ninguna otra cosa. Sí, Teodoro, tan verdad es esto, que solamente por nuestro cuerpo, es asimismo como estamos unidos a todos estos objetos que nos rodean. Si el sol no alterase mis ojos sería invisible con respecto a mí: y si, desgraciadamente para mí, me quedase sordo, no encontraría tanta dulzura en la comunicación que tengo con mis amigos. Y por mi cuerpo también, es como estoy unido a mi Religión; pues por mis oídos y por mis ojos es por donde la fé ha penetrado en mi espíritu y en mi corazón. En fin, por mi cuerpo me pongo en contacto con todo. Estoy pues, unido a mi cuerpo más estrechamente que a ninguna otra cosa.

Teodoro.—¿Has meditado, largo tiempo, mi querido Aristeo, para hacer este gran descubrimiento?

Teótimo.—Todo esto puede muy bien decirse, Teodoro.

Teodoro.—Sí, Teótimo, por personas que no consultan más que a sus sentidos ¿Por quien tomas tú a Aristeo, al aprobar en su boca lo que no hay aldeano que no pueda decir? Yo no reconozco ya a Aristeo en esta respuesta.

Aristeo.—Bien veo que me he estrenado muy mal.

Teodoro.—Es cierto, que muy mal. Yo no esperaba este comienzo, pues no creía que hoy hubieses olvidado lo que sabías ayer. Mas los prejuicios, vuelven siempre a la carga, y nos arro-

jan de nuestras conquistas, si por nuestra vigilancia y buenos atrincheramientos no sabemos mantenernos en ellas. Pues bien, yo te sostengo que no estamos en modo alguno unidos a nuestro cuerpo, muy lejos de estarlo a él más estrechamente que a ninguna otra cosa. Yo exagero un poco mis expresiones, para que te impresionen vivamente y no olvides lo que te digo. No, Aristeo, hablando exacta y rigurosamente, tu espíritu no está ni puede estar unido a tu cuerpo. Pues no puede estar unido, más que a lo que puede obrar en él. Ahora bien ¿crees tú que tu cuerpo puede obrar en tu espíritu? ¿Piensas que por él eres razonable, dichoso y desdichado, y lo demás? ¿Es tu cuerpo el que se une a Dios, a la Razón que nos ilumina, o, es Dios quien une a mi cuerpo, y por tu cuerpo a todo lo que te rodea?

Aristeo.—Ciertamente, Teodoro, es Dios quien ha unido mi espíritu a mi cuerpo. Pero, ¿no se podría decir....

Teodoro.—¿Qué? ¿Que tu espíritu es el que obra ahora sobre tu cuerpo y tu cuerpo sobre tu espíritu? Te entiendo. Dios ha realizado esta unión del espíritu y el cuerpo. Pero en seguida, he aquí tu cuerpo y por él todos los objetos capaces de obrar en tu cuerpo. Realizada esta unión, he aquí también tu espíritu capaz de obrar en tu cuerpo, y por él sobre los que te rodean. ¿No es esto lo que quizá podría decirse?

Aristeo.—Hay en ello algo que no entiendo muy bien. ¿Cómo se verifica todo esto? Te hablo como habiendo olvidado la mejor parte de lo que me has dicho, por falta de haber pensado en ello.

Teodoro.—Mucho me lo recelo. Tú quieres que te pruebe más exactamente y más en detalle, los principios sobre que te he hablado hasta aquí. Hay que tratar de satisfacerte. Pero te ruego pongas atención y que me respondas, y a tí Teótimo, que nos observes a ambos.

II. ¿Piensas, tú Aristeo, que la materia, que quizá no juzgas capaz de moverse por sí misma, ni darse ninguna modalidad, pueda jamás modificar a un espíritu, hacerlo dichoso o desdichado, representarle ideas, darle diversos sentimientos? Piensa en esto y respóndeme.

Aristeo.—Esto no me parece posible.

Teodoro.—Repito, que pienses en ello. Consulta la idea de la extensión; y juzga por esta idea que representa a los cuerpos o no los representa nada, si pueden tener otra propiedad que la facultad pasiva de recibir diversas figuras y variados movimientos. ¿No es evidente, con la mayor evidencia, que todas las propiedades de la extensión no pueden consistir más que en relaciones de distancia?

Aristeo.—Esto es claro, y yo lo he concedido ya.

Teodoro.—Luego no es posible que los cuerpos obren sobre los espíritus.

Aristeo.—No, por sí mismos, por su propia fuerza, se te dirá. Mas ¿por qué no podrían hacerlo por una potencia que resulte de su unión con los espíritus?

Teodoro.—¿Qué dices, *por una potencia que resulte de su unión*? Yo no entiendo nada en estos términos generales. Acuérdate Aristéo, del principio de las ideas claras. Si lo dejas, ya estás en las tinieblas. Al primer paso caerás en el precipicio. Yo concibo bien que los cuerpos, a consecuencia de ciertas leyes naturales, pueden obrar sobre nuestro espíritu, en el sentido de que sus modalidades determinan la eficacia de las voluntades divinas, o de las leyes generales de la unión del alma y el cuerpo; lo que te explicaré pronto. Mas, que los cuerpos puedan recibir en sí mismos un cierto poder, por la eficacia del cual puedan obrar en el espíritu, es lo que yo no comprendo. Pues ¿qué sería este poder? ¿Sería una substancia o una modalidad? Si es una substancia, los cuerpos no obrarán, sino esta substancia en los cuerpos. Si este poder es una modalidad, tendremos pues una modalidad en los cuerpos que no será ni movimiento ni figura. La extensión podrá tener otras modalidades que no sean relaciones de distancia. Pero ¿en qué me detengo? Tú eres quien tienes que darme, Aristeo alguna idea de este poder que concibes como el efecto de la unión del alma y el cuerpo.

Aristeo.—No sabemos, se te dirá, en qué consiste este poder.

Pero ¿qué puedes tú concluír de la confesión que hacemos de nuestra ignorancia?

Teodoro.—Que vale más callarse, que no saber lo que se dice.

Aristeo.—Bien. Pero no se dice más que lo que se sabe cuando se sostiene que los cuerpos obran sobre los espíritus; porque nada hay más cierto; la experiencia no permite que se dude de ello.

Teodoro.—Yo dudo mucho sin embargo, o más bien no creo nada, referente a lo mismo. La experiencia me enseña, que siento dolor, por ejemplo, cuando una espina me pincha. Esto es cierto Mas no pasemos de aquí, pues la experiencia no nos enseña en manera alguna que la espina obre sobre nuestro espíritu, ni que ella tenga ningún poder. No creamos nada de esto, te aconsejo.

III. *Aristeo.*—Yo no creo Teodoro, que una espina pueda obrar sobre mi espíritu. Pero quizá se te arguya, que puede obrar sobre mi cuerpo, y por mi cuerpo sobre mi espíritu a consecuencia de la unión de ambos. Pues yo confieso que la materia no puede obrar inmediatamente sobre un espíritu. Fíjate en esta palabra, *inmediatamente*.

Teodoro.—Pero tu cuerpo ¿no es materia?

Aristeo.—Indudablemente.

Teodoro.—Luego tu cuerpo no puede obrar *inmediatamente* sobre tu espíritu. Así, aunque tu dedo sea perforado por una espina; aunque tu cerebro sea inmutado por la acción de la misma, ni uno ni otro podrá obrar en tu alma y hacerle sentir el dolor. Pues ni uno ni otro puede obrar inmediatamente sobre el espíritu, puesto que tu cerebro y tu dedo, no son más que materia.

Aristeo.—Tampoco es mi alma quien produce en sí este sentimiento de dolor que la aflige, pues lo sufre a despecho suyo. Siento muy bien que el dolor me viene de alguna causa extraña. Así, tu razonamiento prueba demasiado. Veo que me vas a decir que Dios es quien causa en mí, mi dolor; y estoy de acuerdo en esto. Pero no lo causa más que a consecuencia de las leyes generales de la unión del alma y el cuerpo.

Teodoro.—¿Qué quieres decir, Aristeo? Todo esto es verdad. Explica más distintamente tu pensamiento.

Aristeo.—Yo creo, Teodoro, que Dios ha unido mi espíritu a mi cuerpo, y que por esta unión mi espíritu y mi cuerpo obran mútuamente el uno sobre el otro, a consecuencia de las leyes naturales que Dios sigue siempre con mucha exactitud. Esto es todo lo que tengo que decirte.

Teodoro.—No te explicas, Aristeo, y esto es una buena señal de que no te entiendes. Unión, leyes generales, ¿qué especie de realidad entiendes por estos términos?

Teótimo.—Parece que Aristeo cree que estos términos son claros e inequívocos, porque el uso los ha hecho muy comunes. Pues cuando se repite con frecuencia una cosa oscura o falsa, aun sin haberla examinado, cuesta trabajo creer que no sea verdadera. Esta palabra unión es una de las más equívocas que puede haber. Pero es tan común y agradable que pasa por todas partes, sin que nadie la detenga, sin que nadie examine si despierta en el espíritu alguna idea distinta. Pues todo lo que es familiar, no excita aquella atención sin la cual es imposible comprender nada; y todo lo que impresiona agradablemente a la imaginación, parece muy claro al espíritu, que no desconfía de nada cuando se le satisface su gusto.

Aristeo.—¡Qué!, Teótimo, ¿serías completamente de la opinión de Teodoro? ¿Es que se puede dudar que el alma y el cuerpo estén unidos de la manera más estrecha del mundo? Yo creería de buen grado que os entendéis los dos para trastocarme el espíritu y divertiros a costa mía, si no estuviese persuadido de que sois personas demasiado buenas para tener un designio tampoco caritativo.

Teótimo.—Eres, Aristeo, un poco excesivamente prevenido. Teodoro sostiene el partido de la verdad; y si él exagera un tanto las cosas, es para corregirnos. Ve que el peso de nuestras prejuicios nos arrastra; y la violencia que nos hace, no es más que para reprimirnos. Escuchémosle, te ruego.

IV. *Teodoro.*—Tú lo quieres, Aristeo, que tu alma esté unida

a tu cuerpo más estrechamente que a ninguna otra cosa; pues bien, consiento en ello, por algún tiempo; mas con la condición de que tú me concederás también por un día o dos, el no dar razón de ciertos efectos por un principio que ni tú ni yo conocemos. ¿No es muy razonable esto?

Aristeo.—Demasiado razonable. Pero ¿qué quieres decir?

Teodoro.—Helo aquí: Hay entre tu espíritu y tu cuerpo, la unión más estrecha del mundo. ¡Ah! ¡Cómo habríamos de dudar de ella! Pero tú no sabrías decir, que es precisamente esta unión. No la tomemos pues, por principio de la explicación de los efectos cuya causa inquirimos.

Aristeo.—Mas ¿y si estos efectos dependen necesariamente de ella?

Teodoro.—Si dependen, estaremos muy obligados a volver a la misma, mas no lo supongamos. Si yo te preguntase, Aristeo, de qué procede que tirando solamente del brazo de esta silla, sigue todo lo demás, ¿creerías haberme explicado suficientemente este efecto, respondiéndome que procede de que el brazo de este sillón está unido con las demás partes componentes? Seguramente, Teótimo no se satisfaría con una respuesta semejante. Es permitido a los niños omitir respuestas parecidas, pero no a los filósofos, como no sea cuando no pretenden filosofar. Para satisfacer al espíritu de Teótimo sobre esta cuestión, sería preciso remontarse hasta la causa física de esta unión de las partes que componen los cuerpos duros (1), y demostrarle que la dureza de los cuerpos no puede proceder más que de la compresión de una materia invisible que los rodea. Esta palabra *unión*, no explica pues, nada. Tiene ella misma necesidad de explicación. Así, Aristeo, pase que tú tomes por razones, palabras vagas y generales; pero no pretendas pagarnos con esta moneda pues aunque muchas gentes la reciben y se contentan con ella, respecto a nosotros, es esto un poco difícil; dado el temor que tenemos de que se nos engañe.

---

(1) V. la Rech. de la Ver. lib. 6 cap. último.

Aristeo.—¿Qué quieres que haga? Yo te pago con una moneda que he recibido de buena fé; no tengo otra mejor, y puesto que tiene curso en el mundo, podías contentarte con ella. Pero veamos un poco como pagas tú mismo a las gentes. Pruébame con buenas razones, que el cuerpo y el espíritu obran mútuamente uno sobre otro, y hazlo sin recurrir a su unión.

Teodoro.—No supongas, Aristeo, que obran mútuamente uno sobre otro, sino solamente que sus modalidades son recíprocas. No supongas precisamente más que lo que la experiencia te enseña, y trata de estar atento a lo que voy a decirte: ¿Crées tú que un cuerpo pueda obrar sobre otro, y moverlo?

Aristeo.—¡Quién lo duda?

V. *Teodoro.*—Teótimo y yo, y quizá muy pronto Aristeo. Pues es contradictorio, contradictorio digo, que los cuerpos puedan obrar sobre los cuerpos. Yo te pruebo esta paradoja que parece tan contraria a la experiencia, tan opuesta a la tradición de los filósofos, tan increible a los sabios y a los ignorantes. Respóndeme: ¿puede un cuerpo moverse por sí mismo? Consulta, te ruego, la idea que tienes del cuerpo; pues acuérdate siempre de que hay que juzgar de las cosas por las ideas que las representan (1) y en modo alguno por los sentimientos que de las mismas tenemos.

Aristeo.—No; yo no veo que los cuerpos puedan moverse por sí mismos. Pero tampoco veo bien que no lo puedan. Estoy en duda sobre esto.

Teodoro.—Haces bien en dudar y en detenerte cuando no ves claro. Pero trata de ver claro, y de disipar tu duda. ¡Valor! Avancemos.

Aristeo.—Temo dar un mal paso, por falta de luz. Alumbra un poco.

Teodoro.—Consulta con atención las ideas claras, mi querido Aristeo. Ellas son las que esparcen en los espíritus atentos, la luz de que careces. Contempla el arquetipo de los cuerpos, la

(1) Conversaciones 3, 4, 5.

extensión inteligible. Ella los representa, puesto que sobre ella han sido formados todos. Esta idea es toda luz; consúltala pues. ¿No ves tú claramente que los cuerpos pueden ser movidos, pero, que por sí mismos no pueden moverse? ¿Dudas? Pues bien, supongamos que esta silla pueda moverse por sí misma, ¿hacia qué lado irá? ¿con qué grado de velocidad? ¿cuándo pensará moverse? Dale pues, todavía inteligencia, y una voluntad capaz de determinarse. Haz, en una palabra, un hombre de tu sillón. De otra manera, este poder de moverse le será bastante inútil.

Aristeo.—Un hombre, de mi sillón... ¡Qué extraño pensamiento.

Teótimo.—Demasiado común y verdadero, del modo que lo entiende Teodoro. Pues todos los que juzgan de las cosas por sí mismos, o por los sentimientos que tienen de ellas, y no por las ideas que las representan, hacen de todos los objetos, algo que se parece a sí mismos. Hacen obrar a Dios como un hombre. Atribuyen a los animales lo que sienten en sí. Dan al fuego y a los otros elementos inclinaciones, de las que no poseen otra idea que el sentimiento que tienen de las mismas. Así, humanizan todas las cosas. Mas no te detengas en esto. Sigue a Teodoro y respóndele.

Aristeo.—Yo creo firmemente que esta silla no puede moverse por sí misma. Pero ¿qué sé yo, si hay algún otro cuerpo al que Dios haya dado el poder de moverse? Acuérdate, Teodoro, que tienes por probar que es contradictorio que los cuerpos obren unos sobre otros.

VII. *Teodoro.*—Pues bien, Aristeo, te lo pruebo. Es contradictorio que un cuerpo no esté ni en reposo ni en movimiento. Pues Dios mismo, aunque omnipotente, no puede crear ningún cuerpo que no esté en ninguna parte, o que no tenga con los otros, ciertas relaciones de distancia. Todo cuerpo está en reposo cuando tiene la misma relación de distancia con los otros; y está en movimiento, cuando esta relación cambia sin cesar. Ahora bien, es evidente que todo cuerpo cambia o no cambia de relación de distancia. No hay término medio; pues estas dos proposiciones, cambia o no cambia, son contradictorias. Luego es con-

tradictorio que un cuerpo no esté ni en reposo ni en movimiento.

Aristeo.—Esto no tenía necesidad de prueba.

Teodoro.—Ahora bien, la voluntad de Dios es la que da la existencia a los cuerpos y a todas las criaturas, cuya existencia, no es, en verdad necesaria. Subsistiendo siempre esta voluntad que los ha creado, ellos son siempre; y llegando a faltar esta voluntad (te hablo de Dios según nuestra manera de concebir) es una necesidad que los cuerpos dejen de ser. Luego esta misma voluntad es la que pone a los cuerpos en reposo o en movimiento, puesto que ella les da el ser, y ellos no pueden existir sin estar en reposo o en movimiento. Pues fíjate en esto, Dios no puede hacer lo imposible, o lo que encierra una contradicción manifiesta. No puede querer lo que no se puede concebir. Luego no puede querer que esta silla sea, como no quiera al mismo tiempo que esté aquí o allí, y su voluntad la coloque, puesto que no podrías concebir que esta silla sea, como no esté en alguna parte, ahí, o en otro lado.

Aristeo.—Me parece, sin embargo, que yo puedo pensar en un cuerpo, sin concebirlo ni en reposo ni en movimiento.

Teodoro.—No es esto lo que te digo. Tú puedes pensar en un cuerpo en general, y hacer abstracciones a tu gusto. Convengo en ello. Esto es lo que con frecuencia te engaña. Pero una vez más te digo, que no sabrías concebir que un determinado cuerpo existe, sin existir al mismo tiempo en alguna parte, y sin que la relación que tiene con los otros, cambie o no cambie, y por consiguiente, sin que esté en reposo o en movimiento. Luego es contradictorio que Dios haga un cuerpo, y no lo haga en reposo o en movimiento.

Aristeo.—Pues bien, Teodoro, te lo confieso. Cuando Dios crea un cuerpo, es necesario al principio que lo ponga en reposo o en movimiento. Pero pasado el instante de la creación, ya no sucede esto; los cuerpos se disponen al azar, o según la ley del más fuerte

VII. *Teodoro.*—*¡Pasado el instante de la creación!* Pero si este instante no pasa, no tienes salida; tendrás que rendirte. Fíjate pues: Dios quiere que haya un mundo cualquiera. Su voluntad es omnipotente, he aquí pues hecho este mundo. Que Dios no quie-

ra ya que haya mundo, luego ya está aniquilado. Pues, ciertamente, el mundo depende de las voluntades del Criador. Si el mundo subsiste, es pues que Dios, continúa queriendo que el mundo exista. La conservación de las criaturas, no es pues, por parte de Dios, más que la creación continuada de ellas. Digo por parte de Dios que obra; pues por parte de las criaturas, es diferente, ya que ellas pasan de la nada al ser por la creación, y por la conservación continúan siendo. Mas en el fondo, la creación no pasa, puesto que en Dios la conservación y la creación no son más que una misma voluntad, y por consiguiente es necesariamente seguida de los mismos efectos.

Aristeo.—Comprendo tus razones, Teodoro, pero no estoy convencido de ellas. Pues esta proposición: *Que Dios no quiera ya que haya mundo, helo aniquilado*, me parece falsa. Me parece que no basta para aniquilar el mundo que Dios no quiera que exista: es preciso que quiera positivamente que no exista. No es necesario voluntad para no hacer nada. Así, ahora que el mundo está hecho, aunque Dios lo abandone, será siempre.

VIII. *Teodoro.*—Tú no piensas en esto, Aristeo. Haces independientes a las criaturas. Juzgas de Dios y de sus obras, por las obras de los hombres, que suponen la naturaleza, y no la hacen. Tu casa subsiste, aunque tu arquitecto haya muerto. Es que sus fundamentos son sólidos, y que ella no tiene ninguna conexión con la vida del que la ha edificado. No depende en modo alguno del mismo. Mas el fondo de nuestro ser, depende esencialmente del Criador. Y aunque la disposición de algunas piedras dependa en un sentido de la voluntad de los hombres, a consecuencia de la acción de las causas naturales, su obra no depende de ellos. Mas habiendo sido sacado el Universo de la nada, depende tanto de la Causa universal, que caería de nuevo en ella, necesariamente, si Dios cesare de conservarlo. Pues Dios no quiere, ni aun puede, hacer una criatura independiente de sus voluntades.

Aristeo.—Confieso, Teodoro, que hay entre las criaturas y el Criador, una relación, una conexión, una dependencia esencial. Mas ¿no se podría decir que para conservar a los seres creados su

dependencia, basta que Dios pueda aniquilarlos cuando quiera?

Teodoro.—Indudablemente no, querido Aristeo. ¿Qué mayor marca de independencia, que subsistir por sí mismo y sin apoyo? Hablando con exactitud, tu casa no depende de tí. ¿Por qué? Es que subsiste sin tí. Tú puedes pegarle fuego cuando quieras, pero tú no la sostienes. He aquí por qué no hay entre ella y tú, dependencia esencial. Así, aunque Dios pueda destruir las criaturas cuando quiera, si ellas pueden subsistir sin la influencia contínua del Criador, no son esencialmente dependientes del mismo.

Para convencerte del todo de lo que te digo, concibe por un momento que Dios no exista. El Universo, según tú, no dejará de subsistir. Pues una causa que no influye, no es más necesaria para la producción de un efecto, que una causa que no existe. Esto es evidente. Ahora bien, según esta suposición, tú no puedes concebir que el mundo dependa esencialmente del Criador, puesto que el Criador es concebido como no existiendo ya. Esta suposición es imposible, es verdad. Pero el espíritu puede unir o separar las cosas como le agrade, para descubrir las relaciones de las mismas. Luego si los cuerpos dependen esencialmente del Criador, necesitan para subsistir, estar sostenidos por su continua influencia, por la eficacia de la misma voluntad que los ha creado. Si Dios deja solamente de querer que existan, de esto solo se seguirá necesaria y precisamente, que ya no existirán. Pues si continuasen existiendo, aunque Dios no continuase ya queriendo que existiesen, serían independientes; es más, fíjate en esto, de tal modo independientes, que Dios ya no podría destruirlas. Voy a probártelo.

IX. Un Dios infinitamente sabio, no puede querer nada que no sea digno, por decirlo así, de ser querido; no puede amar nada que no sea amable. Ahora bien, la nada no tiene nada de amable. Luego no puede ser el término de las voluntades divinas. Ciertamente, la nada no tiene bastante realidad, ya que no tiene ninguna, para tener alguna relación con la acción de un Dios, con una acción de un precio infinito. Luego Dios no puede

querer positivamente el aniquilamiento del Universo. No hay nadie más que las criaturas, que por falta de poder o por error puedan tomar la nada por el término de sus voluntades. Es que un determinado objeto puede ser obstáculo a la realización de sus deseos, o que ellas se lo imaginan así. Mas cuando hayas pensado en ello, lo verás bien: nada es más evidente, que un Dios infinitamente sabio y todopoderoso, no puede, sin desmentirse, desplegar su potencia para no hacer nada; ¡qué digo? ¡para no hacer nada! para destruir su propia obra, no para corregir en ella desórdenes que no ha puesto, sino para aniquilar las naturalezas que ha hecho. Así, Aristeo, supuesto que para aniquilar el mundo, no baste el que Dios deje de querer que exista, supuesto que todavía sea necesario que Dios quiera positivamente que no exista, yo tengo el mundo por necesario e independiente; puesto que Dios no puede destruirlo sin renunciar a sus atributos, y es contradictorio que pueda renunciar a ellos.

No disminuyas pues la dependencia de las criaturas, no sea que caigas en la impiedad de arruinarla completamente. Dios puede aniquilarlas cuando quiera, como tú dices. Pero es que Él puede dejar de querer lo que ha sido libre de querer. Como se basta plenamente a Sí mismo, no ama invenciblemente más que a su propia substancia. La voluntad de crear el mundo, aunque eterna e inmutable como las operaciones inmanentes, no encierra nada de necesario. Como Dios ha podido formar el decreto de crear el mundo en el tiempo, ha podido, y puede siempre dejar de querer que el mundo exista; no es que el acto de su decreto pueda ser o no ser, sino porque este acto inmutable y eterno es perfectamente libre, y no encierra la duración eterna de los seres creados, más que por suposición. Dios de toda eternidad ha querido, continuará eternamente queriendo, o para hablar más exactamente, Dios quiere sin cesar, pero sin variedad, sin sucesión, sin necesidad, todo lo que hará en la serie de los tiempos. El acto de su decreto eterno, aunque simple e inmutable, no es necesario, más que porque es. No puede no ser, más que porque es. Pero no es, más que porque Dios lo quiere. Pues lo mis-

mo que un hombre, al mismo tiempo de mover un brazo, es libre para no moverlo, aunque en la suposición de que se mueve, haya contradicción que no se mueve. Así, como Dios quiere siempre, y sin sucesión, lo que quiere; aunque sus decretos sean inmutables, no dejan de ser perfectamente libres, porque no son necesarios más que por la fuerza de la suposición, fíjate, más que porque Dios es inmutable en sus designios. Pero temo desviarme; volvamos a nuestro asunto ¿Estás bien convencido ahora, de que las criaturas son esencialmente dependientes del Criador? ¿Tan estrechamente dependientes, que no pueden subsistir sin la influencia del Mismo, que no pueden continuar siendo, si Dios no continúa queriendo que sean?

Aristeo.—He hecho todo lo que he podido para combatir tus razones; pero me rindo; no tengo nada que replicarte. La dependencia de las criaturas es muy otra que yo pensaba.

X. *Teodoro.*—Volvamos pues a lo que acabamos de decir y saquemos consecuencias de ello. Pero, ten cuidado no saque yo consecuencias que no estén claramente encerradas en el principio.

La creación no pasa; pues la conservación de las criaturas, no es por parte de Dios más que una creación continuada; más que una misma voluntad que subsiste, y que opera sin cesar. Ahora bien, Dios no puede concebir, ni por consiguiente querer, que un cuerpo no esté en ninguna parte, o que no tenga con los otros, ciertas relaciones de distancia. Dios no puede pues, querer que exista este sillón, y por esta voluntad crearlo o conservarlo, sin que lo sitúe aquí o allí, o en otra parte. Luego es contradictorio que un cuerpo pueda mover a otro. Digo más: es contradictorio que tú puedas mover tu sillón. Esto no es bastante: es contradictorio que todos los Angeles y los Demonios juntos puedan mover una arista. La demostración de esto es clara. Pues ningún poder, por grande que se lo imagine uno, puede sobrepasar, ni aun igualar al de Dios. Ahora bien, es contradictorio que Dios quiera que éste sillón exista, si no quiere que esté en alguna parte, ni por la eficacia de su voluntad lo pone allí, allí lo conserva,

lo crea allí. Luego ningún poder puede transportarlo donde Dios no lo transporta, ni fijarlo o detenerlo donde Dios no lo detiene, a no ser que Dios acomode la eficacia de su acción, a la acción ineficaz de sus criaturas. Hay que explicarte esto para acordar la razón con la experiencia, y para suministrarte la inteligencia del más grande, del más fecundo, y del más necesario de todos los principios, a saber: que Dios no comunica su poder a las criaturas, ni las une entre sí más que porque establece las modalidades de las mismas, causas ocasionales de los efectos que Él mismo produce; causas ocasionales digo, que determinan la eficacia de sus voluntades, a consecuencia de las leyes generales que se ha prescrito, para hacer que su conducta lleve consigo el carácter de sus atributos, y esparcir en su obra la uniformidad de acción necesaria para unir entre sí todas las partes que la componen, y para sacarla de la confusion e irregularidad de una especie de caos, donde los espíritus jamás podrían comprender nada. Te digo esto, mi querido Aristeo, para infundirte ardor y despertar tu atención. Pues como lo que yo acabo de decirte del movimiento y del reposo de la materia, podría parecerte poca cosa, creerías acaso, que principios tan pequeños y tan simples, no podrían conducirte a estas grandes e importantes verdades que has vislumbrado ya, y sobre las que está apoyado casi todo lo que te he dicho hasta aquí.

Aristeo.—No temas, Teodoro, que te pierda yo de vista. Te sigo, me parece, desde bastante cerca; y me encantas de manera, que me parece que se me transporta. ¡Valor, pues! Sabré detenerte si pasas demasiado ligeramente por encima de algunos lugares demasiado difíciles y peligrosos para mí.

XI. *Teodoro.*—Supongamos pues, Aristeo que Dios quiera que haya sobre este piso un determinado cuerpo, una bola por ejemplo. Al momento ya está hecha. Nada es más móvil que una esfera sobre un plano; pero todos los poderes imaginables no podrán moverla, si Dios no interviene. Pues repito, en tanto que Dios quiera crear o conservar esta bola en el punto A, o en cualquiera otro que tú quieras, y es una necesidad que la coloque en

algún lado, ninguna fuerza podra hacerle salir de allí. No lo olvides, este es el principio.

Aristeo.—Poseo este principio. No hay nadie más que el Criador que pueda ser el motor, más que el Que dá el ser a los cuerpos, que pueda colocarlos en los lugares que ocupan.

Teodoro.—Muy bien. La fuerza motriz de un cuerpo no es pues, más que la eficacia de la voluntad de Dios que lo conserva sucesivamente en diferentes lugares. Supuesto esto, concibamos que esta bola sea movida, y que en la línea de su movimiento, encuentre a otra bola en reposo: la experiencia nos enseña que esta otra será indefectiblemente movida, y según ciertas proporciones siempre exactamente observadas. Ahora bien, no es la primera la que mueve a la segunda. Esto es claro por el principio; pues un cuerpo no puede mover a otro sin comunicarle fuerza motriz. Ahora bien, la fuerza motriz de un cuerpo movido, no es sino la voluntad del Criador que lo conserva sucesivamente en diferentes lugares; no es una cualidad que pertenezca a este cuerpo, nada le pertenece más que sus modalidades, y las modalidades son inseparables de las substancias. Luego los cuerpos no pueden moverse los unos a los otros, y su encuentro o choque, es solamente una causa ocasional de la distribución de su movimiento. Pues siendo impenetrables, es una especie de necesidad, que Dios, el Cual, supongo yo obra siempre con la misma eficacia o la misma cantidad de fuerza motriz, reparta, por decirlo así, esta fuerza, proporcionalmente a la magnitud de cada uno de los cuerpos que se encuentran, los cuales, en el instante del choque, pueden ser mirados como no siendo más que uno solo, a fin de que marchen en seguida juntos, hacia el mismo sitio; supuesto sin embargo que sus movimientos no sean contrarios y que estén en la misma línea. Pues si fuesen directamente contrarios, yo creería que debería hacerse una permutación recíproca de fuerza; y que si no lo fuesen más que en parte, la permutación sería proporcionada. Que el rechazo de los cuerpos, y el aumento de su movimiento, efecto conocido por la experiencia, no te engañen. Todo esto no procede más que de su elasticidad, que depende de

tantas causas, que detenernos ahora en ella, sería abandonar el camino que debemos seguir. Dios mueve siempre, o tiende a mover los cuerpos en línea recta, porque esta línea es la más simple o más corta. No cambia en el encuentro de los cuerpos, la dirección de su movimiento sino lo menos posible, y yo creo que no cambia jamás la cantidad de fuerza motriz que anima a la materia. Sobre estos principios están apoyadas las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos, según las cuales Dios obra sin cesar. No es ahora ocasión de probártelo. Pues basta al presente, que sepas que los cuerpos no pueden moverse por sí mismos, ni mover a los que encuentran, lo que la Razón acaba de descubrirnos; y que hay ciertas leyes según las cuales Dios los mueve indefectiblemente, lo que aprendemos por la experiencia.

Aristeo.—Esto me parece incontestable. Pero ¿qué piensas sobre ello, Teótimo? Tú nunca contradices a Teodoro.

XII. *Teótimo.*—Hace mucho tiempo que estoy convencido de estas verdades. Pero puesto que quieres que combata las opiniones de Teodoro, te ruego me resuelvas una pequeña dificultad que es esta: Yo concibo muy bien que un cuerpo no puede moverse por sí mismo. Pero supuesto que sea movido, pretendo que puede mover a otro, como verdadera causa, como causa, entre la cual y su efecto hay una conexión necesaria. Pues supongamos que Dios no haya establecido todavía leyes de comunicaciones de movimientos, y es cierto que no habrá todavía causas ocasionales. Siendo esto así, que el cuerpo A sea movido, y que siguiendo la línea de su movimiento enfile al cuerpo B, que yo supongo cóncavo y como el molde del cuerpo A. ¿que sucederá? Elige.

Aristeo.—¿Qué sucederá? Nada. Pues donde no haya causa no puede haber efecto.

Teótimo.—¿Cómo nada? Tiene que suceder algo nuevo; pues el cuerpo B, será movido en seguida del choque, o no lo será.

Aristeo.—No lo será.

Teótimo.—Hasta aquí, va esto bien. Pero, Aristeo ¿qué ocurrirá al cuerpo A en el encuentro con B? O retrocederá, o no retrocederá. Si retrocede, tenemos un efecto nuevo, del cual B será la

causa. Si no retrocede, mucho peor, porque nos encontramos con una fuerza destruída o al menos sin acción. Luego el choque de los cuerpos no es una causa ocasional, sino muy real y verdadera, puesto que hay una conexión necesaria entre el choque y un determinado efecto, el que tu quieras. Así...

Aristeo.—Espera un poco, Teótimo ¿Qué me pruebas con esto? Que siendo impenetrables los cuerpos, es una necesidad que en el instante del choque, Dios se determine a elegir sobre lo que acabas de proponerme. Esto es todo, no me había fijado. Tú no pruebas en modo alguno, que un cuerpo movido pueda, por algo que le pertenece, mover al que encuentra. Si Dios no ha establecido todavía leyes de las comunicaciones de los movimientos, la naturaleza de los cuerpos, su impenetrabilidad, le obligará a formularlas como juzgue a propósito; y se determinará a las que son más simples, si bastan para la ejecución de las obras que Él quiere formar de la materia. Pero es claro, que la impenetrabilidad no tiene eficacia propia, y que no hace más que dar a Dios, que trata las cosas según su naturaleza, una ocasión de diversificar su acción, sin cambiar nada en su conducta.

Concedo sin embargo que un cuerpo movido sea la verdadera causa del movimiento de los que encuentra, pues no hay que disputar sobre una palabra. Mas ¿qué es un cuerpo movido? Es un cuerpo transportado por una acción divina. Esta acción que lo transporta puede también transportar al que él encuentra, si es aplicada al mismo. ¿Quién lo duda? Pero esta acción, esta fuerza motriz, no pertenece al cuerpo en manera alguna. Es la eficacia de la voluntad del Que los crea o los conserva sucesivamente en diferentes lugares. La materia es móvil esencialmente. Tiene por su naturaleza una capacidad pasiva de movimiento; mas no tiene capacidad activa, no es movida actualmente mas que por la acción contínua del Criador. Así, un cuerpo no puede mover a otro por una eficacia perteneciente a su naturaleza. Si los cuerpos tuviesen en sí la fuerza de moverse, los más fuertes derribarían a los que encuentran, como causas eficientes. Pero no siendo movidos sino por otro, su encuentro, no es más que una

causa ocasional, que a consecuencia de la impenetrabilidad de los mismos, obliga al motor, o al Criador a dividir su acción. Y porque Dios debe obrar de una manera simple y uniforme, ha debido hacerse leyes generales, y lo más simples posible, a fin de que en la necesidad de cambio, cambiase lo menos posible, y por una misma conducta produjese una infinidad de efectos diferentes. He aquí, Teótimo, como yo comprendo las cosas.

Teótimo.—Las comprendes muy bien.

XIII. *Teodoro.*—Perfectamente bien. Ya estamos todos de acuerdo sobre el principio. Sigámosle un poco. Luego, Aristeo, tú no puedes por tí mismo mover el brazo, cambiar de lugar, de situación, de postura, hacer a los otros hombres ni bien ni mal, introducir en el Universo ningún cambio. Estás en el mundo sin ningún poder, inmóvil como una roca, estúpido, por decirlo así, como una cepa. Que tu alma esté unida a tu cuerpo tan estrechamente como quieras, que por él esté en contacto con todos los que te rodean, ¿qué ventajas sacarás de esta unión imaginaria? ¿Cómo te arreglarás para mover solamente el extremo del dedo, para pronunciar solamente un monosílabo? ¡Ay! Si Dios no viene en auxilio tuyo, no harás, sino vanos esfuerzos, no formarás, sino deseos impotentes. Pues, un poco de reflexión, ¿sabes tú bien, solamente lo que hay que hacer para pronunciar el nombre de tu mejor amigo, para encorvar o enderezar el dedo que más acostumbras a usar? Pero supongamos que tú sepas lo que no sabe todo el mundo, aquello en que aun algunos sabios no convienen, esto es, que no se puede mover el brazo más que por medio de los espíritus animales, que fluyendo por los nervios a los músculos, los contraen, y tiran de los huesos a que están unidos. Supongamos que tú sabes la anatomía y el juego de tu máquina tan exactamente como un relojero los de su propia obra. Pero al menos, acuérdate del principio, de que no existe nadie más que el Criador de los cuerpos, que pueda ser el motor de los mismos. Este principio es suficiente para atar, ¡para atar digo yo! para aniquilar todas tus pretendidas facultades. Pues, en fin, los espíritus animales son cuerpos, por pequeños que puedan ser:

no son otra cosa que lo más sutil de la sangre y de los humores. Dios sólo puede, pues, mover estos cuerpecitos. Él sólo puede y sabe hacerlos fluír desde el cerebro a los nervios, de los nervios a los músculos, de un músculo a su contrario; todas las cosas necesarias al movimiento de nuestros miembros. Luego, apesar de la unión del alma y el cuerpo, tal como tú quieras imaginarla, estás muerto y sin movimiento; a no ser que Dios quiera acordar sus voluntades con las tuyas; sus voluntades siempre eficaces, con tus deseos siempre impotentes. He aquí, mi querido Aristeo, el desenlace del misterio. Es que todas las criaturas no están unidas más que a Dios, por una unión inmediata. No dependen esencial y directamente, sino de Él. Como todas son igualmente impotentes, no dependen mútuamente unas de otras. Se puede decir que están unidas entre sí, y aun, que dependen las unas de las otras. Yo lo reconozco, con tal que no se entienda esto, según las ideas vulgares; con tal que se conceda que esto no sucede más que a consecuencia de las voluntades inmutables y siempre eficaces del Criador, a consecuencia de las leyes generales que Dios ha establecido, y por las cuales regula el curso ordinario de su providencia. Dios ha querido que mi brazo fuese movido en el instante que yo mismo lo quisiese. (Yo supongo las condiciones necesarias). Su voluntad es eficaz, es inmutable. He aquí de donde yo saco mi poder y mis facultades. Él ha querido que yo tuviese ciertos sentimientos, ciertas emociones, cuando hubiere en mi cerebro ciertas trazas, ciertas conmociones de espíritus. Ha querido, en una palabra, y quiere sin cesar, que las modalidades del espíritu y del cuerpo fuesen recíprocas. He aquí la unión y la dependencia natural de las dos partes de que estamos compuestos. Esto no es más que la reciprocación mútua de nuestras modalidades, apoyada sobre el fundamento inconmovible de los decretos divinos; decretos que por su eficacia me comunican el poder que tengo sobre mi cuerpo, y por él sobre algunos otros; decretos que por su inmutabilidad me unen a mi cuerpo, y por él a mis amigos, a mis bienes, a todo lo que me rodea. Yo no poseo nada de mi naturaleza, nada de la naturaleza imaginaria de

los filósofos; todo es de Dios y de sus decretos. Dios ha enlazado unas con otras todas sus obras, lo cual no quiere decir que haya producido en ellas entidades enlazantes. Las ha subordinado unas a otras sin revestirlas de cualidades eficaces. ¡Vanas pretensiones del orgullo humano, producciones quiméricas de la ignorancia de los filósofos! Es que afectados sensiblemente con la presencia de los cuerpos, tocados interiormente por el sentimiento de sus propios esfuerzos, no han reconocido la operacion invisible del Criador, la uniformidad de su conducta, la fecundidad de sus leyes, la eficacia siempre actual de sus voluntades, la sabiduría infinita de su providencia ordinaria. No digas, pues, ya, mi querido Aristeo, te ruego, que tu alma está unida a tu cuerpo más estrechamente que a ninguna otra cosa, puesto que no está unida inmediatamente más que a Dios solo; puesto que los decretos divinos son las ligaduras indisolubles de todas las partes del Universo, y el encadenamiento maravilloso de la subordinación de todas las causas.

XIV. *Aristeo.*—¡Ah, Teodoro, qué claros son tus principios, qué sólidos, qué cristianos! Mas ¡cuán amables y conmovedores! Yo estoy completamente penetrado de ellos. ¡Qué! Es pues, Dios mismo el Que está ahora en medio de nosotros, no como simple espectador y observador de nuestras acciones, buenas o malas, sino como el principio de nuestra sociedad, el lazo de nuestra amistad, el alma, por decirlo así, de la comunicación y de las conversaciones que reunidos sostenemos. Yo no puedo hablarte más que por la eficacia de su poder, ni impresionarte e inmutarte, más que por el movimiento que Él me comunica. Yo no sé ni aun cuáles deben ser las disposiciones de los órganos que sirven a la voz para pronunciar lo que yo te digo sin titubear. El juego de estos órganos no se me alcanza. La variedad de las palabras, de los tonos, de las medidas, hace como infinito el pormenor de los mismos. Dios sabe este pormenor. Él sólo regula los movimientos de referido pormenor en el momento de mis deseos. Sí, Él es quien expulsa el aire que Él mismo me ha hecho respirar. Es Él quien por mis órganos produce las vibraciones o sacudi-

das del mismo. Él es quien lo extiende por fuera, y forma con él estas palabras, por las cuales yo penetro hasta tu espíritu, y vierto en tu corazón lo que el mío no puede contener. En efecto, no soy yo el que respiro; yo respiro quiera o no quiera. No soy yo quien te habla; yo quiero solamente hablarte. Pero que dependa de mí el respirar, que yo sepa exactamente lo que hay que hacer para explicarme, que yo forme palabras y las emita al exterior, ¿cómo irían ellas hasta tí, cómo herirían tus oídos, cómo inmutarían tu cerebro, cómo tocarían tu corazón, sin la eficacia de este poder divino que une unas con otras todas las partes del Universo? Sí, Teodoro, todo esto es una consecuencia necesaria de las leyes de la unión del alma y el cuerpo, y de las comunicaciones de los movimientos. Todo esto depende de estos dos principios de que estoy convencido a saber: que solamente el Criador de los cuerpos puede ser el motor de los mismos; y que Dios no nos comunica su poder, sino por el establecimiento de algunas leyes generales, cuya eficacia determinamos nosotros por nuestras diversas modalidades. ¡Ay, Teodoro! ¡Ay, Teótimo! Dios solo es el lazo de nuestra sociedad. Que Él sea el fin de la misma, puesto que es su principio. No abusemos de su poder. Desdichados de los que lo hacen servir a pasiones criminales. Nada es más sagrado que el poder, nada más divino. Es una especie de sacrilegio hacer de él usos profanos. Yo lo comprendo hoy, es poner al servicio de la iniquidad, al Justo Vengador de los crímenes. Por nosotros mismos nada podemos hacer, luego por nosotros mismos no debemos querer nada. Nosotros no podemos obrar más que por la eficacia del poder divino, luego no debemos querer nada, sino según la Ley divina. Nada más evidente que estas verdades.

Teodoro.—Estas son consecuencias excelentes.

XV. *Teótimo.*—Son maravillosos principios para la moral. Mas volvamos a la Metafísica. Nuestra alma no está unida a nuestro cuerpo según las ideas vulgares. No está unida inmediata y directamente, sino a Dios solo. Por la eficacia de su acción únicamente, es como estamos presentes los tres. ¡Presentes digo yo?

Es como estamos los tres unidos en sentimientos, penetrados de la misma verdad, animados, me parece, de un mismo espíritu, inflamados, por decirlo así, de un mismo ardor. Dios nos une unos con otros por el cuerpo a consecuencia de las leyes de las comunicaciones de los movimientos. Nos afecta de los mismos sentimientos a consecuencia de las leyes de la unión del alma y el cuerpo. Pero ¿cómo estamos tan fuertemente unidos por el espíritu, Aristeo? Teodoro pronuncia algunas palabras a tus oídos, esto no es más que aire agitado por los órganos de la voz; Dios transforma, por decirlo así, este aire en palabras, en diversos sonidos. Te hace oir estos diversos sonidos, por las modalidades con que te afecta. Pero el sentido de estas palabras ¿de dónde lo tomas? ¿Quién te descubre, y a mí, las mismas verdades que contempla Teodoro? Si el aire que yo expulso al hablar, no encierra los sonidos que tú oyes, es seguro que no contendrá las verdades que comprendes.

Aristeo.—Te entiendo, Teótimo. Es que estamos unidos el uno y el otro a la Razón universal que ilumina todas las inteligencias. Yo soy más sabio que tú piensas. Teodoro me ha transportado desde luego adonde tú quieres conducirme. Me ha persuadido de que no hay nada visible, nada que pueda obrar en el espíritu y descubrirse a él, más que la substancia, no solamente eficaz, sino inteligible de la Razón. Sí, nada creado puede ser objeto inmediato de nuestros conocimientos. No vemos nada en este mundo material donde nuestros cuerpos habitan, sino porque nuestro espíritu, mediante su atención, se mueve en otro, porque contempla las bellezas del mundo arquetipo e inteligible que encierra la Razón. Como nuestros cuerpos viven sobre la tierra y se apacientan de los frutos diversos que ella produce, nuestros espíritus se nutren de las mismas verdades que encierra la substancia inteligible e inmutable del Verbo divino. Las palabras que Teodoro pronuncia a mis oídos, me advierten pues, a consecuencia de las leyes de la unión del alma y el cuerpo, para que yo esté atento a las verdades que él descubre en la soberana Razón. Esto vuelve mi espíritu al mismo lado que él.

Yo veo lo que él ve, porque miro adonde él mira. Y por las palabras que yo contesto a las suyas, aunque unas y otras estén vacías de sentido, converso con él y gozo con él de un bien que nos es común a todos. Pues nosotros estamos todos esencialmente unidos con la Razón; de tal modo unidos, que sin ella no podemos trabar amistad con nadie.

Teótimo.—Tu respuesta, Aristeo, me sorprende extraordinariamente. ¿Cómo pues, sabiendo todo lo que acabas de decirme, has podido responder a Teodoro, que estamos unidos a nuestro cuerpo más estrechamente que a ninguna otra cosa?

Aristeo.—Es que no se dice sino lo que se presenta a la memoria, y las verdades abstractas no se ofrecen al espíritu tan naturalmente como lo que se ha oído decir toda la vida. Cuando yo haya meditado tanto como Teótimo, ya no hablaré maquinalmente; sino que ajustaré mis respuestas a la verdad interior. Comprendo pues, hoy, y no lo olvidaré en mi vida, que no estamos unidos inmediata y directamente más que a Dios. En la luz de su sabiduría es donde nos hace ver la magnificencia de sus obras, el modelo sobre que las forma, el arte inmutable que regula los resortes y movimientos de las mismas; y por la eficacia de sus voluntades, es como nos une a nuestro cuerpo, y por nuestro cuerpo a todos los que nos rodean.

XVI. *Teodoro.*—Podrías añadir que por el amor que se profesa a Sí mismo es como nos comunica este ardor invencible que tenemos por el bien. Pero de esto hablaremos otra vez. Basta ahora que estés bien convencido, pero bien, de que el espíritu no puede estar unido inmediata y directamente sino a Dios solo; que nosotros no podemos tener comunicación con las criaturas más que por el poder del Criador, que no nos es comunicado más que a consecuencia de sus leyes; y que nosotros no podemos formar sociedad entre nosotros y con Él, sino por la Razón que Le es consustancial. Una vez supuesto esto, bien ves que nos es de la mayor trascendencia tratar de adquirir algún conocimiento de los atributos de este Ser Soberano, ya que tan estrechamente dependemos de Él. Pues en fin, obra en nosotros nece-

sariamente según lo que es. Su manera de obrar debe llevar consigo el carácter de sus atributos. No solamente nuestros deberes deben referirse a sus perfecciones, sino también nuestra conducta debe ajustarse a la Suya, a fin de que tomemos exactas medidas para la ejecución de nuestros designios, y encontremos una combinación de causas que los favorezcan. La fe y la experiencia nos enseñan sobre esto, muchas verdades, por el abreviado camino de la autoridad, y por pruebas de sentimiento muy agradables y cómodas. Mas todo esto no nos da ahora la inteligencia de lo mismo, la cual debe ser fruto y recompensa de nuestro trabajo y de nuestra aplicación. Por lo demás, estando hechos para conocer y amar a Dios, es claro que no hay ocupación que sea preferible a la meditación sobre las perfecciones divinas, que debe animarnos por la caridad, y regular todos los deberes de una criatura racional.

Aristeo.—Yo comprendo bien, Teodoro, que el culto que Dios pide de los espíritus, es un culto espiritual: es el ser conocido y amado por ellos; es que formemos de Él juicios dignos de sus atributos, y que regulemos según sus voluntades, todos los movimientos de nuestro corazón. Pues Dios es espíritu y quiere ser adorado en espíritu y en verdad. Mas he de confesarte, que temo sobremanera formar sobre las perfecciones divinas juicios que las deshonren. ¿No vale más honrarlas por el silencio y la admiración, y ocuparnos únicamente en la investigación de las verdades menos sublimes, y más proporcionadas a la capacidad de nuestro espíritu?

Teodoro.—¿Cómo lo entiendes, Aristeo? No piensas en ello. Nosotros estamos hechos para conocer y amar a Dios: ¡y tú no quieres que pensemos en Él, que hablemos de Él, podría yo añadir, que le adoremos? Es preciso dices, adorarlo por el silencio y la admiración. Sí, por un silencio respetuoso que la contemplación de su grandeza nos impone, por un silencio religioso en el que el brillo de su Majestad nos reduce, por un silencio forzado, por decirlo así, que viene de nuestra impotencia, y que no tenga por principio una negligencia criminal, una cu-

riosidad inmoderada de conocer en vez de a Él, a objetos muchísimo menos dignos de nuestra atención. ¿Qué admirarás tú en la Divinidad, si nada conoces de ella? ¿Cómo la amarás si no la contemplas? ¿Cómo nos edificaremos unos a otros en la caridad, si proscribimos de nuestras conversaciones al Que tú acabas de reconocer, como el alma de la comunicación que mantenemos juntos, como el lazo de nuestra pequeña sociedad? Seguramente, Aristeo, cuanto más conozcas al Ser soberano, admirarás más sus infinitas perfecciones. No temas pues, pensar demasiado en Él, ni hablar indignamente del Mismo, con tal que la fe te guíe. No temas formar juicios falsos sobre Él, con tal que estén siempre conformes con la noción del Ser infinitamente perfecto. No deshonrarás las perfecciones divinas por juicios indignos de ellas, con tal que de las mismas no juzgues jamás por tí mismo, con tal que no des al Criador las imperfecciones y limitaciones de las criaturas. Piensa en esto, Aristeo. Yo pensaré a mi vez en ello, y espero que Teótimo hará lo mismo. Esto es necesario para la prosecución de los principios de que creo debo hablarte. Hasta mañana pues, a la hora de siempre; ya es hora de retirarme.

Aristeo.—Adios, Teodoro. Te ruego, Teótimo, que volvamos a encontrarnos los tres a la hora señalada.

Teótimo.—Sigo a Teodoro. Mas volveré con él, puesto que tú lo deseas... ¡Ay!, Teodoro, cuán cambiado está Aristeo... Está atento, no bromea, no se detiene ya tanto en las maneras; en una palabra, entiende de razón y se rinde a ella de buena fé.

Teodoro.—Es verdad. Pero sus prejuicios se interponen todavía y confunden un poco sus ideas. La Razón y los prejuicios hablan por turno, por su boca. Ya le hace hablar la verdad, ya la memoria juega su papel. Pero su imaginación no se atreve a sublevarse. Esto marca un buen fondo y me hace confiar mucho.

Teótimo.—¿Qué quieres?, Teodoro, los prejuicios no se dejan como un vestido viejo en el que no piensa uno más. Creo que nosotros hemos sido como Aristeo, pues no nacemos filósofos, nos hacemos. Será necesario repetirle incesantemente los gran-

des principios, para que piense en ellos tan frecuentemente, que su espíritu llegue a posesionarse de ellos, y cuando los necesite, se le presenten de un modo completamente natural.

Teodoro.—Es lo que he tratado de hacer hasta aquí. Pero esto le cuesta trabajo, porque le gusta el detalle y la variedad de los pensamientos. Te ruego apoyes siempre la necesidad que tiene de comprender bien los principios, a fin de detener la vivacidad de su espíritu; y no te olvides, haz el favor, de meditar sobre el asunto de nuestra conversación.

VIII. Conversación

De Dios y de sus atributos.

Teodoro.—¡Bien! Aristeo ¿En qué disposición te encuentras? Es necesario saber el estado en que te hallas para que podamos acomodar a él lo que tenemos que decirte.

Aristeo.—He repasado en mi espíritu lo que me has dicho hasta aquí, y te confieso que no he podido resistir a la evidencia de las pruebas sobre que están apoyados tus principios. Mas habiendo querido meditar el asunto de los atributos divinos que nos has propuesto, he encontrado tantas dificultades, que me he desanimado. Bien te decía yo que esta materia era demasiado sublime o demasiado abstracta para mí...; yo no sabría elevarme tanto, ni encuentro asidero.

Teodoro.—¿De modo que no quieres decirnos nada?

Aristeo.—Es que no tengo nada bueno, nada que me satisfaga. Yo os escucharé a los dos, si gustáis.

Teodoro.—Esto no nos gusta en modo alguno. Pero, puesto que no quieres decirnos lo que has pensado, permite que te interrogue para saber tu opinión sobre lo que se me ha ocurrido.

Aristeo.—Con mucho gusto. Pero ¿y Teótimo?

Teodoro.—Teótimo será el juez de las pequeñas diferencias que puedan surgir de la diversidad de nuestras ideas.

Teótimo.- ¡El juez! ¿Cómo lo entiendes? Corresponde a la Razón presidir entre nosotros y decidir soberanamente.

Teodoro.—Entiendo, Teótimo, que tú serás el juez subalterno con dependencia de la Razón, y que no podrás pronunciar más que según las leyes que ella te prescribe como a nosotros. No perdamos el tiempo, te ruego. Confronta solamente lo que uno y otro digamos, con las respuestas de la Verdad interior, para advertir y enderezar al que se aparte. Vamos, Aristeo. Sígueme, y no me detengas más que cuando pase demasiado ligeramente sobre lugares difíciles.

I. Por la Divinidad entendemos todos, lo Infinito, el Ser sin restricción, el Ser infinitamente perfecto. Ahora bien, nada finito puede representar a lo infinito. Luego basta pensar en Dios para saber que existe. No te extrañes, Teótimo, si Aristeo me pasa esto. Es que ya lo ha aceptado antes de estar tú aquí (1).

Aristeo.—Sí, Teótimo, estoy convencido de que nada finito, puede tener bastante realidad para representar lo infinito. Ahora bien, yo estoy cierto de que veo lo infinito. Luego lo infinito existe, puesto que yo lo veo, y no puedo verlo más que en sí mismo. Como mi espíritu es finito, el conocimiento que yo tengo de lo infinito es finito. Yo no lo comprendo, yo no lo mido; es más, estoy bien seguro de que jamás podré medirlo. No solamente yo no encuentro en él fin, veo además que no lo tiene. En una palabra, la percepción que yo tengo de lo infinito es limitada; pero la realidad objetiva en que mi espíritu se pierde, por así decir, no tiene límites. De esto me es imposible dudar ahora.

Teótimo.—Tampoco dudo yo.

Teodoro.—Esto supuesto, es claro, que no siendo la palabra *Dios*, sino la expresión abreviada del Ser infinitamente perfecto, es contradictorio que pueda engañarse uno, cuando no atribuye

(1) II. Conversación.

a Dios, sino lo que claramente se ve convenir al Ser infinitamente perfecto. Pues, en fin, si uno no se equivoca nunca cuando no juzga de las obras de Dios, sino según lo que se ve clara y distintamente en sus ideas, a causa de que habiéndolas Dios formado sobre estas ideas que son el arquetipo de aquellas obras, no puede ser que no representen sencillamente la naturaleza de ellas; hay mayor razón para no equivocarse jamás, con tal que no se atribuya a Dios, sino lo que se ve clara y distintamente que pertenece al Ser infinitamente perfecto; sino lo que se descubre no en una idea distinta de Dios, sino en su substancia misma. Atribuyamos, pues, a Dios, o al Ser infinitamente perfecto, todas las perfecciones, por incomprensibles que nos parezcan, con tal de que estemos ciertos de que son realidades o verdaderas perfecciones; realidades, digo, y perfecciones que no participen de la nada, que no estén limitadas por imperfecciones o limitaciones semejantes a las de las criaturas Fíjate, pues.

II. *Dios* es el Ser infinitamente perfecto. Luego Dios es independiente. Piensa en esto, y detenme solamente, cuando diga alguna cosa que veas claramente no es una perfección ni pertenece al Ser infinitamente perfecto. Dios es independiente. Luego es inmutable.

Aristeo.—¡Dios es independiente. Luego es inmutable! ¿Por qué inmutable?

Teodoro.—Es que no puede haber efecto, o cambio, sin causa. Ahora bien, Dios es independiente de la eficacia de las causas. Luego si ocurriese en Dios algún cambio, sería Él mismo la causa de dicho cambio. Ahora bien, aunque Dios sea la causa o principio de sus voluntades o de sus decretos, no ha producido nunca en Sí ningún cambio (1). Pues sus decretos, aunque perfectamente libres, son ellos mismos eternos e inmutables, como te he dicho ya. Dios ha hecho estos decretos o más bien los forma sin cesar según la Sabiduría eterna, que es la regla inviolable de

(1) Conversación precedente.

sus voluntades. Y aunque los efectos de estos decretos sean infinitos y produzcan mil y mil cambios en el Universo, estos decretos son siempre los mismos. Es que la eficacia de estos decretos inmutables no está determinada a la acción más que por las circunstancias de las causas que se llaman naturales, y que yo creo deben ser llamadas *ocasionales*, para no favorecer el peligroso prejuicio de una *naturaleza* y de una eficacia distintas de la voluntad de Dios y de su omnipotencia.

Aristeo.—Yo no comprendo muy bien todo esto. Dios es libre e indiferente con respecto, por ejemplo, al movimiento de un cuerpo, o del efecto que quieras. Si es indiferente, puede producir este efecto o no producirlo. Este efecto es una consecuencia de sus decretos; lo concedo. Pero es cierto que Dios puede no producirlo. Luego puede no querer producirlo. Luego Dios no es inmutable, puesto que puede cambiar de voluntad, y no querer mañana lo que quiere hoy.

Teodoro.—Ya no te acuerdas, Aristeo, de lo que te dije en nuestra última conversación (1). Dios es libre y aun indiferente con respecto a mil y mil efectos. Puede cambiar de voluntad, en el sentido de que es indiferente para querer o no querer un determinado efecto. Pero, fíjate, ahora que tú estás sentado, ¿puedes estar de pie? Puedes absolutamente; pero, según la suposición, no puedes, pues no puedes estar de pie y sentado al mismo tiempo. Comprende pues, que en Dios no hay sucesión de pensamientos y voluntades; que por un acto eterno e inmutable conoce todo, y quiere todo lo que quiere. Dios quiere con una libertad perfecta, y una completa indiferencia, crear el mundo. Quiere formar decretos, y establecer leyes simples y generales para gobernarlo de una manera que lleve consigo el carácter de sus atributos. Pero establecidos estos decretos, no pueden ser cambiados; no es que sean necesarios absolutamente, sino por la fuerza de la suposición. Tenlo en cuenta; es únicamente que es-

(1) Núm. 9.

tán establecidos, y que al formarlos Dios, ha sabido tan bien lo que hacía, que no pueden ser revocados. Pues aunque haya hecho algunos de ellos para un tiempo, no es que haya cambiado de opinión y de voluntad, cuando llega este tiempo; lo que sucede es que un mismo acto de su voluntad se refiere a las diferencias de los tiempos que encierra su eternidad. Luego Dios no cambia, ni puede cambiar sus pensamientos, sus designios, sus voluntades. Es inmutable; esta es una de las perfecciones de su naturaleza, y sin embargo es perfectamente libre en todo lo que realiza al exterior. No puede cambiar, porque lo que quiere, lo quiere sin sucesión, por un acto simple e invariable. Mas puede no quererlo, porque quiere libremente lo que quiere actualmente.

Aristeo.—Pensaré, Teodoro, en lo que me dices. Avancemos. Yo creo que Dios es inmutable. Me parece evidente que es una perfección no estar sujeto al cambio. Esto me basta. Aun cuando yo no pudiese poner de acuerdo la inmutabilidad de Dios con su libertad, yo creo que posee estos dos atributos, puesto que es infinitamente perfecto.

III. *Teótimo.*—Permíteme, Teodoro, te proponga una pequeña dificultad. Acabas de decir que la eficacia de los decretos inmutables de Dios no está determinada a la acción, más que por las circunstancias de las causas llamadas naturales, y que nosotros llamamos ocasionales. Estos son tus términos. Pero yo te ruego, me digas, qué vendrán a ser los milagros. El choque de los cuerpos, por ejemplo, es la causa ocasional de la comunicación del movimiento del que choca con el chocado. ¿De modo, que Dios no podrá suspender en tal caso el efecto de la ley general de las comunicaciones de los movimientos, ni la ha suspendido frecuentemente?

Teodoro.—Una vez para siempre, Teótimo, y tú Aristeo, pues bien veo que es por tí por lo que Teótimo quiere que yo me explique más; teme que no interpretes bien mi pensamiento. Una vez para siempre, Aristeo, cuando yo digo que Dios sigue siempre las leyes generales que se ha prescrito, no hablo más que de

su providencia general y ordinaria. Yo no excluyo los milagros o efectos que no siguen de sus leyes generales. Pero además, Teótimo, a tí es ahora a quien hablo, cuando Dios hace un milagro, y no obra a consecuencia de las leyes generales que nos son conocidas, yo pretendo, o que Dios obra a consecuencia de otras leyes generales que nos son desconocidas, o que a lo que hace entonces, es determinado por ciertas circunstancias que ha tenido a la vista eternamente, formando este acto simple, eterno invariable, y que encierra las leyes generales de su providencia ordinaria, y también las excepciones de estas mismas leyes. Pero estas circunstancias no deben ser llamadas causas ocasionales, en el mismo sentido que el choque de los cuerpos, por ejemplo, lo es de las comunicaciones de los movimientos, porque Dios no ha hecho leyes generales para regular uniformemente la eficacia de sus voluntades por el encuentro de estas circunstancias. Pues en las excepciones de las leyes generales, Dios obra, ya de una manera, ya de otra, aunque siempre, según lo exige aquel de sus atributos que le es, por decirlo así, más precioso en este momento. Quiero decir, que si lo que debe entonces a su justicia es de mayor consideración que lo que debe a su sabiduría, o a todos sus otros atributos, seguirá en esta excepción el movimiento de su justicia. Pues Dios no obra jamás sino según lo que Él es, sino para honrar sus divinos atributos, para satisfacer a lo que Él se debe a Sí mismo. Pues esa Sí mismo el principio y el fin de todas sus voluntades, ya nos castigue, ya ejerza con nosotros misericordia, ya recompense en nosotros sus propios dones, los méritos que hemos adquirido por su gracia. Pero temo, Teótimo, que Aristeo no esté contento con nuestra digresión. Volvamos a nuestro asunto. También estaremos obligados en nuestras sucesivas conversaciones a exponer los principios de que depende la explicación de las dificultades que pudieras proponer.

Dios, o el Ser infinitamente perfecto, es pues, independiente e inmutable. Es también, todopoderoso, eterno, necesario, inmenso...

Aristeo.—Poco a poco. Él es todopoderoso, eterno, necesario. Sí, estos atributos convienen al Ser infinitamente perfecto. Pero ¿por qué inmenso? ¿qué quieres decir?

IV. *Teodoro.*—Quiero decir que la substancia divina está en todas partes, no solamente en el Universo, sino infinitamente más allá. Pues Dios no está encerrado en su obra, sinó su obra está en Él, y subsiste en su substancia, que la conserva por su eficacia todopoderosa. En Él es donde nosotros estamos; en Él donde tenemos el movimiento y la vida, como dice el Apóstol. *In ipso enim vivimus movemur et sumus* (1).

Aristeo.—Pero Dios no es corporal. Luego no puede extenderse por todas partes.

Teodoro.—Porque no es corpóreo es por lo que puede estar en todas partes. Si fuese corpóreo, no podría penetrar los cuerpos de la manera que los penetra. Pues es contradictorio que dos pies de extensión no formen más que uno. Como la substancia divina no es corpórea, no es extensa localmente como los cuerpos, grande en un elefante, pequeña en un mosquito. Ella está toda entera, por decirlo así, en todas partes donde está, y se encuentra en todas partes, o más bien en ella es donde se halla todo. Pues la substancia del Criador es el lugar interior de la criatura.

La extensión creada es a la inmensidad divina, lo que el tiempo es a la eternidad. Todos los cuerpos son extensos en la inmensidad de Dios, como todos los tiempos se suceden en su eternidad. Dios es siempre todo lo que Él es, sin sucesión de tiempo. Llena todo de su substancia sin extensión local. No tiene en su existencia ni pasado ni futuro; todo es presente, inmutable, eterno. No hay en su substancia ni grande ni pequeño; todo es simple, igual, infinito. Dios ha creado el mundo, mas la voluntad de crearlo no ha pasado. Dios lo cambiará, pero la voluntad de cambiarlo no es futura. La voluntad de Dios, que ha hecho y que hará, es un acto eterno e inmutable, cuyos efectos cambian, sin

(1) Act. 17, 28.

que haya en Dios ningún cambio. En una palabra, Dios no ha sido, no será, sino que es. Se puede decir que Dios era en el tiempo pasado; pero era entonces todo lo que será en el tiempo futuro. Es que su existencia y su duración, si permitido es servirse de este término, está toda entera en la eternidad, y toda entera en todos los momentos que pasan en su eternidad. Del mismo modo, Dios, no está en parte en el cielo, y en parte en la tierra. Está todo entero en su inmensidad, y todo entero en todos los cuerpos que son extensos localmente en su inmensidad; todo entero en todas las partes de la materia, aunque divisible hasta lo infinito. O para hablar más exactamente, Dios no está tanto en el mundo, como el mundo está en Dios, o en su inmensidad; lo mismo que la eternidad no está tanto en el tiempo, como el tiempo en la eternidad.

Aristeo.—Me parece, Teodoro, que explicas una cosa obscura por otra que no es demasiado clara. Yo no me siento tocado de la misma evidencia que estos días pasados.

V. *Teodoro.*—No pretendo, Aristeo, hacerte comprender claramente la inmensidad de Dios, y la manera como El está en todas partes. Esto me parece incomprensible, como te sucede a tí. Pero pretendo darte algún conocimiento de la inmensidad de Dios, comparándola con su eternidad. Como me has concedido que Dios era eterno, he creído poder convencerte de que era inmenso, comparando la eternidad que tú admites, con la inmensidad que tú no quieres reconocer.

Teótimo.—¿Qué quieres que haga Teodoro? Él compara las cosas divinas con las divinas. Es el medio de explicarlas en lo posible. Pero tú las comparas con cosas finitas, que es precisamente el medio de equivocarte. El espíritu del hombre no llena ningún espacio. Luego la substancia divina no es inmensa. Falsa consecuencia. La extensión creada es mayor en un espacio grande que en uno pequeño. Luego si Dios estuviese en todas partes, sería mayor en un gigante que en un pigmeo. Otra consecuencia sacada de la comparación de lo infinito con lo finito. Si quieres juzgar de los atributos divinos, consulta lo infinito, la

noción del Ser infinitamente perfecto, y no te detengas en las ideas de los seres particulares y finitos. Esto es lo que acostumbra Teodoro a hacer. No juzga de la inmensidad divina por la idea de las criaturas, ni corporales ni espirituales. Sabe bien que la substancia divina no está sujeta a las imperfecciones y limitaciones inseparables de los seres creados. He aquí por qué juzga que Dios está en todas partes, y no está en ninguna parte a la manera de los cuerpos.

Aristeo.—¡Conque, Dios está allí todo entero por así decirlo, y allí también, allí, allí, allí, en los demás lugares, y en los espacios que se conciben más allá del mundo!... Esto no se comprende.

Teodoro.—Sí, Dios está en todas partes, o más bien todo está en Dios; y el mundo, por grande que sea imaginado, no puede ni igualarlo ni medirlo. Esto no se comprende, lo concedo; pero es que lo infinito no se nos alcanza. ¿De modo, Aristeo, que Dios no está aquí en tu jardín, en el cielo, y todo entero en todas partes donde está? ¿Te atreverías a negar que Dios está en todas partes?

Aristeo.—Él está presente por su operación. Pero...

Teodoro.—¿Cómo por su operación? ¿Qué especie de realidad es la operación de Dios, distinta y separada de su substancia? Por la operación de Dios tú no entiendes el efecto que Él produce; pues el efecto no es la acción, sino el término de la acción. Parece que entiendes por la operación de Dios el acto por el cual obra. Ahora bien, si el acto por el que Dios produce o conserva este sillón, está aquí, seguramente está Dios mismo en dicho sillón; y si está en él, es necesario que esté todo entero, y así de todos los demás lugares donde opera.

Aristeo.—Yo creo, Teodoro, que Dios está en el mundo de la manera que tú crees que tu alma está en tu cuerpo. Pues bien sé que tú no piensas que el alma esté extendida por todas las partes del cuerpo. Ella está en la cabeza, porque en ella razona; en los brazos y en los pies, porque los mueve. Del mismo modo, Dios está en el mundo, porque lo conserva y gobierna.

VI. *Teodoro.*—¡Qué de prejuicios, qué de obscuridades en tu comparación! El alma no está en el cuerpo, ni el cuerpo en el alma, aunque sus modalidades sean recíprocas a consecuencia de las leyes generales de su unión. Mas uno y otro están en Dios, que es la causa verdadera de la reciprocación de sus modalidades. Los espíritus, Aristeo, están en la Razón divina y los cuerpos en su inmensidad, pero no pueden estar los unos en los otros. Pues el espíritu y el cuerpo no tienen entre sí ninguna relación esencial. Solamente con Dios tienen una relación necesaria. El espíritu puede pensar sin el cuerpo, pero no puede conocer nada sino en la Razón divina. El cuerpo puede ser extenso sin el espíritu, pero no puede serlo sino en la inmensidad de Dios. Es que las cualidades del cuerpo no tienen nada de común con la del espíritu. Pues el cuerpo no puede pensar ni el espíritu ser extenso. Pero uno y otro participan en el ser divino. Dios, que les da su realidad, la posee, pues posee todas las perfecciones de las criaturas sin las limitaciones de estas. Conoce como los espíritus, y es extenso como los cuerpos, pero todo esto de un modo completamente distinto al de sus criaturas. Así, Dios está en todas partes en el mundo y más allá. Pero el alma no está en ninguna parte en el cuerpo. Ella no conoce en el cerebro, como tú te imaginas. No conoce sino en la substancia inteligible del Verbo divino, aunque no conozca en Dios sino a causa de lo que se realiza en una cierta porción de materia que se llama el cerebro. No mueve tampoco los miembros de su cuerpo por la aplicación de una fuerza que pertenezca a su naturaleza. No los mueve, sino porque el Que está en todas partes por su inmensidad, ejecuta por su poder los deseos impotentes de sus criaturas. No digas, pues, Aristeo, que Dios está en el mundo que gobierna, como el alma en el cuerpo que anima. Pues no hay nada de verdad en tu comparación; no solamente porque el alma no puede estar en el cuerpo ni el cuerpo en ella; sino también porque no pudiendo los espíritus operar en los cuerpos que animan, no pueden, por consiguiente, extenderse en ellos por su operación, como tú lo pretendes de la operación divina

por la cual sola, según tú, Dios se encuentra en todas partes.

Aristeo.—Esto que me dices me parece muy difícil. Pensaré en ello; pero entre tanto dime, te ruego, ¿antes de que el mundo existiese y Dios operase en él, dónde estaba?

VII. *Teodoro.*—Te lo pregunto yo a tí, Aristeo, tú que quieres que Dios no esté en el mundo más que por su operación. No respondes; pues bien, yo te digo, que antes de la creación del mundo, Dios estaba donde está ahora, y donde estaría si el mundo volviese a la nada. Estaba en Sí mismo. Cuando yo te digo que Dios está en el mundo e infinitamente más allá, tú no penetras mi pensamiento, si crees que el mundo, y los espacios imaginarios, sean por decirlo así, el lugar que ocupa la substancia infinita de la Divinidad. Dios no está en el mundo más que porque el mundo está en Dios. Pues Dios no está más que en Sí mismo, más que en su inmensidad. Si crea nuevos espacios, no adquiere por esto una nueva presencia a causa de estos espacios; no aumenta su inmensidad; no se hace un lugar nuevo. Él está eterna y necesariamente donde estos espacios son creados; pero no está localmente como estos espacios.

La extensión, Aristeo, es una realidad y en lo infinito se encuentran todas las realidades. Luego Dios es extenso, lo mismo que los cuerpos; puesto que Dios posee todas las realidades absolutas, o todas las perfecciones. Pero Dios no es extenso como los cuerpos. Pues como acabo de decirte, no tiene las limitaciones y las imperfecciones de sus criaturas. Dios conoce, del mismo modo que los espíritus; pero no piensa, como ellos. Es a Sí mismo el objeto inmediato de sus conocimientos. No hay en Él sucesión ni variedad de pensamientos. Uno de sus pensamientos, no encierra como en nosotros, la nada de todos los demás. No se excluyen mútuamente. Igualmente, Dios es extenso, del mismo modo que los cuerpos, pero no tiene partes en su substancia. Una parte no encierra, como en los cuerpos la nada de ninguna otra; y el lugar de su substancia no es más que su substancia misma. Él es siempre uno y siempre infinito, perfectamente simple, y compuesto, por decirlo así, de todas las realidades, o de todas las per-

fecciones. Es que el verdadero Dios es el Ser, y no tal ser, como Él mismo lo ha dicho a Moisés su siervo, por boca del ángel revestido de sus poderes. Es el Ser sin restricción, y no el ser finito, el ser compuesto, por decirlo así, del ser y de la nada. No atribuyas pues, al Dios que nosotros adoramos, sino lo que concibes en el Ser infinitamente perfecto. No quites al Mismo más que lo finito, lo que participa de la nada. Y aunque no comprendas claramente todo lo que te digo, como yo mismo no lo comprendo, comprenderás al menos, que Dios es tal como te lo represento. Pues debes saber, que para juzgar dignamente de Dios, no hay que atribuirle sino atributos incomprensibles. Esto es evidente, puesto que Dios es lo infinito en todos sentidos: que nada finito le conviene; y que todo lo que es infinito en todos sentidos es de todas maneras incomprensible al espíritu humano

Aristeo.—¡Ah. Teodoro! Comienzo a reconocer que tenía formados de Dios juicios muy indignos, porque juzgaba de Él confusamente por mí mismo, o sobre ideas que no pueden representar sino a las criaturas; me parece evidente que todo juicio que no está formado sobre la noción del Ser infinitamente perfecto, del Ser incomprensible, no es digno de la Divinidad. Seguramente si los paganos no hubiesen abandonado esta noción, no hubieran hecho de sus quimeras falsas Divinidades; y si los cristianos siguiesen siempre esta noción del Ser o de lo infinito, que está naturalmente grabada en nuestro espíritu, no hablarían de Dios como algunos hablan.

VIII. *Teótimo.*—Parece que estás muy contento, Aristeo, con lo que Teodoro acaba de decirte, que los atributos de Dios son incomprensibles de todas maneras. Pero yo temo no haya en ello equívoco. Pues me parece que se concibe claramente una extensión inmensa y sin límites. El espíritu no comprende o no mide esta extensión, lo admito. Pero conoce claramente la naturaleza y las propiedades de la misma. Ahora bien, ¿qué es la inmensidad de Dios, sino una extensión inteligible infinita, por la cual, no solamente Dios está en todas partes, sino en la cual vemos espacios que no tienen límites? No es pues verdad que la in-

mensidad de Dios sea en todos sentidos incomprensible al espíritu humano, puesto que nosotros conocemos muy claramente la extensión inteligible, y tan claramente, que en ella y por ella descubren los geómetras todas sus demostraciones.

Aristeo.—Me parece, Teótimo que no interpretas bien el pensamiento de Teodoro. Pero yo no he meditado bastante esta materia; no puedo explicarte bien lo que no hago más que vislumbrar. Te ruego, Teodoro, respondas por mí.

Teodoro.—¡Teótimo! ¿Es que confundes la inmensidad divina con la extensión inteligible? ¿No ves que hay entre estas dos cosas una diferencia infinita? La inmensidad de Dios, es su substancia misma extendida por todas partes y por todas partes toda entera, llenando todos los lugares sin extensión local. He aquí lo que yo pretendo ser completamente incomprensible. Pero la extensión inteligible no es sino la substancia de Dios, en tanto que representativa de los cuerpos, y participable por ellos con las limitaciones o imperfecciones que les convienen, y que representa esta misma extensión inteligible, que es su idea o arquetipo. Ningún espíritu finito puede comprender la inmensidad de Dios, ni todos estos otros atributos o maneras de ser de la Divinidad, si me es permitido hablar así. Estas maneras son siempre infinitas en todos sentidos, siempre divinas, y, por consiguiente, siempre incomprensibles. Pero nada es más claro que la extensión inteligible. Nada más inteligible que las ideas de los cuerpos, puesto que por ellas es como conocemos muy distintamente, no la naturaleza de Dios, sino la naturaleza de la materia. Ciertamente, Teótimo, si tú juzgas de la inmensidad de Dios sobre la idea de la extensión, darás a Dios una extensión corporal. Harás infinita esta extensión, tan inmensa como quieras; pero no excluirás de ella las imperfecciones que esta idea representa. La sustancia de Dios no estará toda entera en todas partes donde ella está. Juzgando de Dios sobre la idea de las criaturas, vicias la noción del Ser infinitamente perfecto, del Ser incomprensible de todas maneras. Fijáos uno y otro en los juicios que formáis sobre lo que de la Divinidad os digo. Pues os ad-

vierto una vez para siempre, que cuando yo hablo de Dios y de sus atributos, si comprendéis lo que os digo, si de ello tenéis una idea clara y proporcionada a la capacidad finita de vuestro espíritu, o es que yo me equivoco entonces, o no entendéis vosotros lo que yo quiero decir. Pues todos los atributos absolutos de la Divinidad son incomprensibles al espíritu humano, aunque este pueda claramente comprender lo que hay en Dios relativo a criaturas, quiero decir, las ideas inteligibles de todas las obras posibles.

Teótimo.—Veo bien Teodoro, que me equivocaba, confundiendo la extensión inteligible infinita con la inmensidad de Dios. Esta extensión no es la substancia divina extendida por todas partes; sino que es la misma substancia en tanto que representativa de los cuerpos y participable por ellos, a la manera como la criatura corporal puede participar imperfectamente en el Ser. Sin embargo, sabía yo, que una extensión corporal infinita, asi como algunos conciben el Universo, que lo componen de un número infinito de torbellinos, no tendría todavía nada de divino. Pues Dios no es lo infinito en extensión, es lo infinito nada más, es el Ser sin restricción. Ahora bien, es una propiedad de lo infinito, que es incomprensible al espíritu humano, como con frecuencia le he oído decir, el ser al mismo tiempo uno y todas las cosas; compuesto por decirlo así, de una infinidad de perfecciones, y de tal modo simple, que cada perfección que posee, encierra todas las demás sin ninguna distinción real. Ciertamente esta propiedad conviene menos al Universo material, y a las partes de que está compuesto, que a la substancia del alma, que, sin ninguna composición de partes, puede recibir al mismo tiempo diversas modalidades; ligero bosquejo, sin embargo, de la simplicidad y de la universalidad divinas.

Teodoro.—Tienes razón, Teótimo. No hay substancia más imperfecta, más alejada de la Divinidad, que la materia, aunque fuese infinita. Responde perfectamente a la extensión inteligible que es su arquetipo; pero no responde a la inmensidad divina sino muy imperfectamente; y no responde en modo

alguno a los otros atributos del Ser infinitamente perfecto.

IX. *Aristeo.*—Lo que me dices, me hace comprender bien, que este impío de nuestros días que formaba su Dios del Universo, no tenía ninguno; era un verdadero ateo. Pero yo no sé qué pensar de muchas gentes buenas, que por falta de filosofar un poco, tienen de la Divinidad opiniones muy indignas. Su Dios no es el Universo, es el Criador del Universo: aquí está casi todo lo que saben de Él. Esto sería mucho si se atuviesen a ello sin viciar la noción de lo infinito. Mas yo las compadezco, en verdad, cuando pienso en la idea que se forman del Ser incomprensible. Teótimo tenía mucha razón para decirme, que naturalmente los hombres *humanizan* todas las cosas. Todavía, si no hiciesen más que encarnar, por decirlo así, a la Divinidad, revistiéndola de las cualidades que les pertenecen, sería perdonable. Pero hay quienes la despojan de todos los atributos incomprensibles, y de todos los caracteres esenciales al Ser infinitamente perfecto, si se exceptúa el poder; aun este, se lo hacen compartir de tal modo con lo que ellos llaman la Naturaleza, que aunque dejen a Dios la mejor parte, le quitan todo el ejercicio del mismo.

Teótimo.—Es, Aristeo, por miedo de fatigar, o al menos rebajar la Majestad Divina por pequeños cuidados, por acciones indignas de su atención y de su grandeza. Pues creemos naturalmente que Dios debe estar contento de los juicios que formamos de Él, cuando Lo hacemos tal como querríamos ser nosotros mismos. El hombre, está siempre penetrado del sentimiento interior que tiene de lo que pasa en su espíritu y en su corazón. No puede ser que no sienta confusamente lo que es, y lo que desea ser. Así, el hombre se extiende de un modo completamente natural sobre los objetos de sus conocimientos, y mide con la humanidad, no solamente todo lo que le rodea, sino también la substancia infinita de la Divinidad. Es verdad que la noción del Ser infinitamente perfecto está profundamente grabada en nuestro espíritu. No estamos nunca sin pensar en el Ser. Pero muy lejos de tomar esta noción vasta e inmensa del Ser sin restricción, para medir por ella a la Divinidad que se presenta a nos-

otros incesantemente, miramos esta noción inmensa como una pura ficción de nuestro espíritu. Es, Aristeo, que el Ser en general no afecta nuestros sentidos, y nosotros juzgamos de la realidad y solidez de los objetos por la fuerza con que nos impresionan.

Aristeo.—Comprendo bien todo esto, Teótimo. Es justamente lo que me decía Teodoro hace siete u ocho días. Mi espíritu no encuentra asidero en las ideas abstractas que tú me propones. Yo no soy sensiblemente afectado por ellas. Pero por eso no juzgo que sean meros fantasmas. Creo que son verdades sublimes, a las cuales no puede llegarse más que haciendo callar a la imaginación y a los sentidos, elevándose por encima de sí. Y estoy muy resuelto en lo sucesivo, a no juzgar ya de Dios por mí mismo, ni con arreglo a las ideas que representan a las criaturas, sino únicamente por la noción del Ser infinitamente perfecto. Te ruego, Teodoro, continúes interrogándome e instruyéndome.

X. *Teodoro.*—Pues bien, continuemos. Tú crees que Dios es bueno, sabio, justo, misericordioso, paciente, severo.

Aristeo.—Poco a poco. Estos términos son muy conocidos; desconfío de ellos. Yo creo que Dios es sabio, bueno, justo, clemente, y que tiene todas las demás cualidades que la Escritura le atribuye. Pero yo no sé si todos los que pronuncian estas palabras conciben las mismas cosas. ¡El Ser infinitamente perfecto es bueno, justo, misericordioso! Esto me parece obscuro; defíneme estos términos.

Teodoro.—¡Oh, Aristeo! Temes la sorpresa. Haces bien. Cuando se filosofa sobre materias delicadas y sublimes, son de temer los equívocos, y los términos más comunes no son los más exentos de ellos. Sería pues preciso definir estas palabras. Pero esto no es tan fácil. Respóndeme antes a lo que puede servir para esclarecerlos. ¿Piensas tú que Dios conozca y quiera?

Aristeo.—En cuanto a esto sí. En modo alguno dudo que Dios conozca y quiera.

Teodoro.—¿De qué procede que no dudes de esto? ¿Es por que tú mismo conoces y quieres?

Aristeo.—No Teodoro. Es que yo sé que conocer y querer son perfecciones. Pues aunque yo sienta que sufro, que dudo, estoy cierto de que Dios no siente ni duda. Y cuando digo que Dios conoce y que quiere, no pretendo que esto sea como los hombres. Pretendo solamente en general, que Dios quiere y conoce, y dejo a tí y a Teotimo explicar la manera como lo hace.

Teodoro.—¿Cómo la manera? Todas las maneras divinas son incomprensibles. Nosotros no sabemos cómo conocemos nosotros mismos, ni cómo queremos; pues no teniendo idea clara de nuestra alma, no podemos comprender nada claramente en nuestras propias modalidades. Con menor razón, te explicaremos exactamente la manera como Dios conoce y quiere. Sin embargo, consulta la noción del Ser infinitamente perfecto. Ve si yo la sigo. Pues te digo atrevidamente que Dios es a Sí mismo su propia luz; que descubre en su substancia las esencias de todos los seres y todas las modalidades posibles de estos; y en sus decretos la existencia y todas las modalidades actuales de los ...

Aristeo.—Me parece que no te aventuras demasiado.

XI. *Teodoro.*—No lo pretendo tampoco. Pero puesto que admites este principio saquemos consecuencias de él. Dios conoce en Sí todo lo que Él conoce. Luego todas las verdades están en Dios, puesto que siendo infinitamente perfecto, no hay ninguna que escape a sus conocimientos. Luego su substancia contiene todas las relaciones inteligibles: pues las verdades no son sino relaciones reales, y las falsedades relaciones imaginarias. Luego Dios no es solamente sabio, sino la sabiduría; no solamente científico, sino la ciencia, no solamente esclarecido, sino la luz que ilumina a Él y también a todas las inteligencias. Pues en su propia luz es donde tú ves lo que yo veo, y ve Él mismo lo que vemos ambos. Yo veo que todos los diámetros de un círculo son iguales. Estoy cierto de que Dios mismo lo ve, y de que todos los espíritus, o lo ven actualmente, o pueden verlo. Sí, yo estoy cierto de que Dios ve precisamente la misma cosa que yo veo, la misma verdad, la misma relación que yo percibo ahora entre 2 y 2, y 4. Ahora bien, Dios no ve nada sino en su substancia

Luego esta misma verdad que yo veo, es en Él donde la veo. Tu sabes todo esto, Aristeo, y estás de acuerdo sobre ello. Pero estos principios se escapan tan fácilmente, y por otra parte son de tan grande importancia, que no es perder el tiempo recordarlos y hacérselos familiares.

Aristeo.—He aquí pues, una de las grandes diferencias entre la manera como Dios conoce, y aquella como conocemos nosotros. Dios conoce en Sí mismo todas las cosas, y nosotros no conocemos nada en nosotros; nosotros no conocemos nada sino en una substancia que no es nuestra. Dios es sabio por su propia sabiduría; mas nosotros no nos hacemos sabios más que por la unión en que estamos con la Sabiduría eterna, inmutable, necesaria, común a todas las inteligencias. Pues bien claro es, que un espíritu tan limitado como el nuestro, no puede encontrar en su propia substancia, las ideas o arquetipos de todos los seres posibles, y de sus relaciones infinitas. Pero además, yo estoy tan cierto de que los hombres, los Angeles y Dios mismo, ven las mismas verdades que veo yo, que no me es posible dudar de que es la misma luz la que alumbra a todos los espíritus.

XII. *Teótimo.*—Ciertamente, Aristeo, si Dios ve precisamente lo que vemos nosotros, cuando nosotros pensamos que dos y dos son cuatro, es en Dios solo donde vemos esta verdad, pues Dios no la ve sino en su sabiduría. No ve ni aun que nosotros pensamos en ella actualmente, sino en sus decretos y en su eternidad, pues no saca sus conocimientos de lo que pasa actualmente en sus criaturas. Mas, ¿no se podría decir que los espíritus no ven las mismas verdades, sino verdades parecidas? Dios ve que dos y dos son cuatro; tú lo ves; lo veo yo. He aquí tres verdades análogas y no una sola y única verdad.

Aristeo.—He aquí tres percepciones semejantes de una sola y misma verdad, pero ¿cómo tres verdades semejantes? ¿Y quién te ha dicho que son semejantes? ¿Has comparado tus ideas con las mías, y con las de Dios, para conocer claramente su semejanza? ¿Quién te ha dicho que mañana, que en todos los siglos, verás como hoy que 2 veces 2 son 4? ¿Quién te ha dicho que Dios

mismo no puede hacer espíritus capaces de ver claramen.
veces 2 no sean cuatro? Ciertamente, es que tú ves la
verdad que yo veo, pero por una percepción que no es
aunque quizá parecida a la mía. Tú ves una verdad común
los espíritus, mas por una percepción que pertenece a
pues nuestras percepciones, nuestros sentimientos, todas
tras modalidades son particulares. Tú ves una verdad inm
necesaria, eterna. Pues estás tan cierto de la inmutabilida
ideas, que no temes ver las mañana todas cambiadas. Com
que son antes de tí, también estás bien seguro de que no
parán jamás. Ahora bien, si tus ideas son eternas e inmut
es evidente que no pueden encontrarse sino en la substan
na e inmutable de la Divinidad. Esto es incontestable. En
solo es donde vemos la verdad. En Diossolo es donde se
tra la luz que Le ilumina e ilumina a todas las inteligencia
sabio por su propia sabiduría, y nosotros no podemos ser
que por la unión en que estamos con Él. No discutamos
estos principios. Son evidentes, me parece, y el fundamen
certidumbre que encontramos en las ciencias.

Teótimo.—Me alegro mucho, Aristeo, de ver que estás
cido, no solamente de que el poder de Dios es la causa ef
nuestros conocimientos, pues pienso que no dudas de es
además, de que su sabiduría es la causa formal de los
que nos ilumina inmediatamente, y sin intermedio de
criatura. Bien veo que Teodoro te ha hablado de esta
Yo le debo también lo que tú tienes de él, y él dice tener
Agustín.

Teodoro.—Convenimos pues todos, en que Dios es in
mente sabio, y esto es esencialmente y por Sí mismo, por
cesidad de su ser, que los hombres no pueden ser sabios
que por la luz de la Sabiduría divina; que esta luz les es
nicada a consecuencia de su atención, que es la causa oca
que determina la eficacia de las leyes generales de la un
su espíritu con la Razón universal, como explicaremos e
cesivo; probemos ahora que Dios es justo.

XIII. Dios encierra en la simplicidad de su ser las ideas de todas las cosas y las relaciones infinitas de estas, en general todas las verdades. Ahora bien, se puede distinguir en Dios, dos clases de verdades o de relaciones: relaciones de magnitud y relaciones de perfección, verdades especulativas y verdades prácticas; relaciones que no exigen por su evidencia sino juicios, y otras relaciones que provocan además movimientos. Sin embargo, las relaciones de perfección no pueden ser claramente conocidas, si no se expresan por relaciones de magnitud. Pero no es necesario detenernos en esto. Dos veces dos son cuatro: es una relación de igualdad en magnitud, es una verdad especulativa que no excita movimiento alguno en el alma, ni amor ni odio, ni estimación ni desprecio, etc. El hombre vale más que el bruto: es una relación de desigualdad en perfección, que exige no solamente que el espíritu se rinda a ella, sino que el amor y la estimación se regulen por el conocimiento de esta relación o de esta verdad. Fíjate pues.

Dios encierra en Sí todas las relaciones de perfección. Ahora bien, Él conoce y ama todo lo que encierra en la simplicidad de su ser. Luego estima y ama todas las cosas en proporción que son amables y estimables. Ama invenciblemente el Orden inmutable, que no consiste ni puede consistir más que en las relaciones de percepción existentes entre sus atributos, y entre las ideas que encierra en su substancia. Es, pues, justo esencialmente y por Sí mismo. No puede pecar, puesto que amándose invenciblemente, no puede menos de hacer justicia a sus divinas perfecciones, a todo lo que Él es, a todo lo que Él encierra. No puede ni aun querer positiva y directamente producir algún desconcierto en su obra, porque estima a todas las criaturas según la proporción de la perfección de los arquetipos de las mismas. Por ejemplo, no puede querer sin razón que el espíritu esté sometido al cuerpo; y si lo está, es que ahora el hombre no es tal como Dios lo ha hecho. No puede favorecer la injusticia; y si la favorece, es que la uniformidad de su conducta no debe depender de la irregularidad de la nuestra. Vendrá el tiempo de su venganza.

No puede querer lo que pervierte su obra; y si en ella se encuentran monstruos que la desfiguran, es que hace más honor a sus atributos por la simplicidad y generalidad de sus procedimientos, que por la exención de los defectos que permite en el Universo, o que produce a consecuencia de las leyes generales que ha establecido para mejores efectos que la generación de los monstruos, como lo explicaremos en lo sucesivo. Así, Dios es justo en Sí mismo, justo en sus procedimientos, justo esencialmente; porque todas sus voluntades son necesariamente conformes al Orden inmutable de la justicia que se debe a Sí mismo y a sus divinas perfecciones.

Pero el hombre no es justo por sí mismo. Pues no encontrándose sino en Dios y en modo alguno en nuestras propias modalidades el Orden inmutable de la justicia, que comprende todas las relaciones de perfección de todos los seres posibles y de todas las cualidades de éstos, aunque el hombre se amase por un movimiento del cual fuese él mismo la causa, muy lejos de que su amor propio pudiese hacerlo justo, lo corrompería infinitamente más que el amor propio del más desalmado de los hombres. Pues no hubo jamás alma bastante negra, y poseída de un amor propio tan desarreglado, que la belleza del Orden inmutable no le haya podido afectar en ciertas ocasiones. No somos, pues, perfectamentamente justos, sino cuando viendo en Dios lo que Él ve en Sí mismo, estimamos y amamos lo que Él ama y estima. Así, muy lejos de ser justos por nosotros mismos, no seremos perfectamente tales, sino cuando libertados de este cuerpo que turba todas nuestras ideas, veamos sin oscuridad la Ley eterna sobre la cual regularemos exactamente todos los juicios y todos los movimientos de nuestro corazón. No es que no pueda decirse que los que poseen la caridad son verdaderamente justos, aunque formen con frecuencia juicios muy injustos. Son justos en la disposición de su corazón. Pero no son rigurosamente justos, porque no conocen exactamente todas las relaciones de perfección que deben regular su estima y su amor.

XIV. *Aristeo.*—Comprendo, Teodoro, por lo que me dices,

que la justicia, lo mismo que la verdad, habitan, por decirlo así, eternamente en una naturaleza inmutable. Lo justo y lo injusto, así como lo verdadero y lo falso, no son invenciones del espíritu humano, como pretenden ciertos espíritus pervertidos. Los hombres, dicen ellos, se han hecho leyes para su mútua conservación. Las han fundado sobre el amor propio. Se han convenido entre sí y con eso se han obligado. Pues el que falta a la convención, encontrándose más débil que el resto de los contratantes, se encuentra entre enemigos que satisfacen su amor propio castigándole. Así, por amor propio, debe observar las leyes del país en que vive; no porque son justas en sí mismas, pues más allá del agua, dicen ellos, se observan otras completamente contrarias, sino porque sometiéndose a ellas, no hay nada que temer de los más fuertes. Según ellos, todo es naturalmente permitido a todos los hombres. Cada uno en particular tiene derecho a todo; y si yo cedo de mi derecho, es que la fuerza de los concurrentes me obliga a ello. Así, el amor propio es la regla de mis acciones. Mi ley es un poder extraño; y si yo fuese el más fuerte, entraría naturalmente en todos mis derechos. ¿Se puede decir nada más brutal e insensato? La fuerza ha conferido al león el imperio sobre los demás brutos; y confieso que por ella es frecuentemente como los hombres lo ejercen unos sobre otros. Pero creer que esto sea permitido, y que el más fuerte tenga derecho a todo, sin que pueda cometer jamás ninguna injusticia, es ciertamente, colocarse entre los animales y hacer de la sociedad humana una asamblea de fieras. Sí, Teodoro, convengo en que el orden inmutable de la justicia es una ley de la cual Dios mismo no se dispensa jamás, y con arreglo a la cual me parece que todos los espíritus deben regular su conducta. Dios es justo esencialmente y por la necesidad de su ser. Mas veamos un poco si es bueno, misericordioso, paciente; pues me parece que todo esto apenas puede estar de acuerdo con la severidad de su justicia.

XV. Tienes razón, Aristeo. Dios no es ni bueno ni misericordioso, ni paciente, según las ideas vulgares. Estos atributos, tales como se los concibe ordinariamente son indignos del Ser infini-

tamente perfecto. Pero Dios posee estas cualidades en el sentido que la Razón nos lo enseña, y la Escritura, que no puede contradecirse, nos lo hace creer. Para explicar todo esto más distintamente, veamos en primer lugar, si Dios es esencialmente justo, en el sentido de que recompensa necesariamente las buenas obras, y castiga indispensablemente todo lo que le ofende, o hiere, por decirlo así, sus atributos.

Aristec.—Concibo bien, Teodoro, que si las criaturas son capaces de ofender a Dios, no dejará de vengarse de ellas Él que se ama por la necesidad de su ser. Pero que pueda ser ofendido por ellas, es lo que no me parece concebible. Y si esto fuese posible, como se ama necesariamente, jamás hubiera dado el ser, o al menos esta libertad o este poder, a criaturas capaces de resistirle. ¿No es esto evidente?

Teodoro.—Me propones, Aristeo, una dificultad que se aclarará bien pronto. Sígueme, te ruego, sin prevenirme. ¿No es claro por lo que acabo de decirte, que el Orden inmutable es la ley de Dios, la regla inviolable de sus voluntades, y que no puede evitarse de amar las cosas en la proporción que son amables?

Aristeo.—Es lo que tú acabas de demostrar.

Teodoro.—Luego Dios no puede querer que sus criaturas no amen según este mismo Orden inmutable. No puede dispensarles de seguir esta ley. No puede querer que amemos más lo que merece menos ser amado. ¡Qué! ¿dudas? ¿Es que esto no te parece cierto?

Aristeo.—Encuentro dificultades. Estoy convencido por una especie de sentimiento interior, de que Dios no puede querer que se ame y estime más lo que menos merece ser amado y estimado; pero yo no lo veo muy claramente. Pues, ¿qué hace a Dios nuestro amor y nuestra estima? Nada absolutamente. Nosotros queremos quizá que se nos estime y se nos ame porque todos nos necesitamos unos a otros. Pero Dios está tan por encima de sus criaturas que parece no ha de tener ningún interés en los juicios que formamos de Él y de sus obras. Esto tiene, al menos, alguna verosimilitud.

Teodoro.—Demasiada verosimilitud para espíritus pervertidos. Es verdad, Aristeo, que Dios no teme ni espera nada de nuestros juicios. Es independiente; se basta abundantemente a Sí mismo. Sin embargo, toma necesariamente interés en nuestros juicios y en los movimientos de nuestro corazón. La prueba de ello está en que los espíritus no tienen una voluntad o no son capaces de querer o de amar, sino a causa del movimiento natural e invencible que Dios les imprime sin cesar por el bien. Ahora bien, Dios no obra en nosotros más que porque quiere obrar; y no puede querer obrar, sino por su voluntad, por el amor que a Sí mismo se profesa y profesa a sus divinas perfecciones. Y el Orden de estas divinas perfecciones es el que propiamente es su ley, puesto que es justo esencialmente y por la necesidad de su ser, como acabo de probártelo. No puede, pues, querer que nuestro amor, que no es sino efecto del suyo, sea contrario al suyo, tienda a donde no tiende el suyo. No puede querer que amemos más lo que es menos amable. Quiere necesariamente que el Orden inmutable, que es su ley natural, sea también la nuestra. No puede ni dispensarse ni dispensarnos de ella. Y puesto que nos ha hecho tales que podemos seguir o no seguir esta ley natural e indispensable, es preciso que seamos tales que podamos ser castigados o recompensados. Sí, Aristeo, si somos libres, es una consecuencia que podamos ser dichosos o desgraciados; y si somos capaces de dicha o desgracia, es una prueba cierta de que somos libres. Un hombre, cuyo corazón está desordenado por el mal uso de su libertad, entra de nuevo en el Orden de la justicia que Dios debe a sus divinas perfecciones, si este pecador es desgraciado en proporción de sus desórdenes.

Ahora bien, Dios ama el Orden invenciblemente. Luego castiga indispensablemente lo que le hiere. No es que el pecador ofenda a Dios, en el sentido que un hombre ofende a otro, ni que Dios lo castigue por el placer que encuentra en la venganza. Es que Dios no puede menos de obrar según lo que es, según lo exige el Orden inmutable de las relaciones necesarias de todo lo

que Él encierra, el carácter del cual Orden debe llevar consigo la disposición de las partes del Universo. Así, Dios no es indiferente con respecto al castigo de nuestros desórdenes. No es ni clemente, ni misericordioso, ni bueno según las ideas vulgares, puesto que es esencialmente justo, y por el amor natural y necesario que profesa a sus divinas perfecciones. Puede diferir la recompensa y la pena, según lo exija o lo permita el orden de su providencia, que le obliga a seguir ordinariamente las leyes generales que ha establecido para gobernar el mundo de una manera que lleve consigo el carácter de sus atributos. Pero no puede eximirse de dar a los hombres tarde o temprano, según sus obras. Dios es bueno para los buenos, malo, por decirlo así, para los malos, como lo dice la Escritura (1). *Cum electo electus eris, et cum perverso perverteris.* Es clemente y misericordioso, pero es en su Hijo y por su Hijo: *Sic enim Deus dilexit mumdum, ut filium suum unigenitum daret, ut omnis, qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam aeternam.* Es bueno para los pecadores, en el sentido de que les da por Jesucristo las gracias necesarias para cambiar la mala disposición de su corazón, a fin de que dejen de ser pecadores, de que hagan buenas obras; y que habiéndose vuelto buenos y justos, pueda ser bueno respecto de ellos, perdonarles sus pecados en vista de las satisfacciones de Jesucristo, y coronar sus propios dones o los méritos que hayan adquirido por el buen uso de su gracia. Pero Dios es siempre severo, siempre observador exacto de las leyes eternas, obra siempre según lo que es, según lo que exigen sus propios atributos, o este Orden inmutable de las relaciones necesarias de las perfecciones divinas, que encierra la substancia que Él ama invenciblemente y por la necesidad de su ser. Todo esto, Aristeo, es conforme a la Escritura, así como a la noción que tienen los hombres del Ser infinitamense perfecto; aunque esto no esté de acuerdo en ningún modo con las ideas groseras de estos pecadores estúpidos, y

(1) Ps. 17, 27

empedernidos, que quieren un Dios humanamente benigno e indulgente, o un Dios que no se mèzcle en nuestros asuntos, y que sea indiferente a la vida que llevamos.

Aristeo.—Yo no creo que se pueda dudar de estas verdades.

Teodoro.—Piensa bien en esto, Aristeo, para convencerte, no solamente por una especie de sentimiento interior, por el cual Dios persuade de ello interiormente a todos aquellos cuyo corazón no está endurecido y enteramente corrompido, sino también por una evidencia tal que puedas demostrarlo a estos raros genios, que creen haber encontrado en el amor propio los verdaderos principios de la moral natural.

IX.—Conversación.

Que Dios obra siempre según lo que es.—Que lo ha hecho todo para su gloria en Jesucristo, y que no ha formado sus designios sin reparar en los procedimientos para ejecutarlos.

I. *Teodoro.*—¿Qué piensas hoy, Aristeo, de lo que dijimos ayer? ¿Has contemplado bien la noción de lo infinito, del Ser sin restricción, del Ser infinitamente perfecto, y puedes, ahora mirarla completamente pura, sin revestirla de las ideas de las criaturas, sin encarnarla, por así decir, sin limitarla, sin corromperla para acomodarla a la debilidad del espíritu humano?

Aristeo.—¡Ay, Teodoro, qué difícil es separar de la noción del ser, las ideas de estos o aquellos seres! ¡qué difícil no atribuir nada a Dios de lo que se siente en sí mismo! Nosotros humanizamos a todas horas a la Divinidad: limitamos naturalmente lo infinito. Es que el espíritu quiere comprender lo que es incomprensible: quiere ver al Dios invisible. Lo busca en las ideas de las criaturas: se detiene en sus propios sentimientos que le afectan y le penetran. Pero, ¡cuán lejos está todo esto de representar

a la Divinidad, y qué extraños juicios sobre los atributos de Dios y su adorable providencia forman los que juzgan de las perfecciones divinas por el sentimiento interior de lo que pasa en ellos! Yo entreveo lo que te digo, pero todavía no lo veo bastante bien para explicarme.

Teodoro.—Has meditado Aristeo. Tu respuesta me lo indica. Comprendes que para juzgar sólidamente de los atributos divinos y de las reglas de la Providencia, hay que separar incesantemente de la noción del ser, las ideas de estos o aquellos seres, y jamás consultar los propios sentimientos interiores. Esto basta. Continuemos nuestra ruta, y tengamos los tres cuidado de no dar en este peligroso escollo de juzgar de lo infinito por algo finito.

Aristeo.—Daremos en él seguramente Teodoro, pues nos conducen a él todas las corrientes. Bien lo he experimentado yo desde ayer.

Teodoro.—Lo creo, Aristeo. Pero quizá no naufraguemos. Al menos no demos inconsideradamente en él como la generalidad de los hombres. Espero que evitaremos por nuestra mútua vigilancia un buen número de peligrosos errores en que uno se precipita ciegamente. No alaguemos, Aristeo, nuestra natural pereza. ¡Valor! nuestro Maestro común que es el autor de nuestra fe, nos dará alguna inteligencia de ello, si sabemos interrogarla con una atención seria, y con el respeto y sumisión que se debe a su palabra, y a la autoridad infalible de su Iglesia. Comencemos, pues.

II. Ayer, Aristeo, quedaste de acuerdo en que Dios conocía y quería, no porque nosotros conocemos y queremos, sino porque conocer y querer son verdaderas perfecciones. ¿Qué piensas ahora? Hoy pretendo considerar la Divinidad en sus procedimientos, y como saliendo, por decirlo así, fuera de Sí misma, como formando el designio de extenderse al exterior en la producción de sus criaturas. Así, es preciso asegurarse bien de que Dios conoce y quiere, puesto que sin esto es imposible comprender que pueda producir nada, al exterior. Pues ¿cómo obraría sabiamente, sin conocimiento? ¿Cómo formaría el Universo sin

querer formarlo? ¿Crees tú pues, Aristeo, que el que se basta a sí mismo sea capaz de formar algún deseo?

Aristeo.—Me interrogas de manera que haces siempre nacer en mí nuevas dudas. Bien veo que es que no quieres sorprenderme, ni dejar tras de nosotros alguna retirada a los prejuicios. Pues bien, Teodoro, yo de ninguna manera dudo de que Dios conozca; pero dudo de que jamás pueda querer nada y de que haya querido nunca nada. Pues ¿qué podría querer Él que se basta plenamente a Sí mismo? Nosotros queremos; pero esto es una señal de nuestra indigencia. No teniendo lo que nos hace falta, lo deseamos. Pero el Ser infinitamente perfecto, no puede querer nada, desear nada; puesto que ve que no le falta nada.

Teodoro.—¡Oh, Aristeo! Me causas extrañeza. *Dios no puede querer nada.* ¿De modo que el Ser infinitamente perfecto puede habernos creado a pesar suyo, o sin haberlo querido? Nosotros somos, Aristeo: este hecho consta.

Aristeo.—Sí, nosotros somos; pero no hemos sido hechos. Nuestra naturaleza es eterna. Somos una emanación necesaria de la Divinidad. Formamos parte de ella. El Ser infinitamente perfecto es el Universo, es el conjunto de todo lo que existe.

Teodoro.—¡Todavía!...

Aristeo.—No pienses, Teodoro que yo soy bastante impío e insensato para dar en estos desvaríos. Pues me alegro de que me enseñes a refutarlos; ya que he oído decir que hay espíritus bastante pervertidos para haberse dejado entusiasmar por ellos.

Teodoro.—Yo no sé, Aristeo, si todo lo que se dice ahora de ciertas gentes es muy seguro; ni aun si estos antiguos filósofos, que han imaginado la opinión que tu propones, la han creído nunca verdadera. Pues aunque haya pocas extravagancias de que no sean capaces los hombres, yo creería de buen grado que los que engendran semejantes quimeras, están poco persuadidos de ellas. Pues, en fin; el autor que ha renovado esta impiedad conviene en que Dios es el Ser infinitamente perfecto. Y siendo esto así ¿cómo hubiera podido creer que todos los seres creados no son sino partes o modificaciones de la Divinidad? ¿Es

una perfección ser injusto en sus partes, desgraciado en sus modificaciones, ignorante, insensato, impío? Hay más pecadores que gentes honradas, más idólatras que fieles, ¡qué desórden, qué combate entre la Divinidad y sus partes! ¡Qué monstruo, Aristeo, qué espantosa y ridícula quimera! Un Dios necesariamente odiado, blasfemado, despreciado o al menos ignorado por la mejor parte de lo que Él es, pues, ¡qué pocas personas piensan en reconocer una Divinidad tal! Un Dios necesariamente desgraciado o insensible en el mayor número de sus partes o de sus modificaciones, un Dios castigándose o vengándose de Sí mismo. En una palabra, un ser infinitamente perfecto, compuesto no obstante de todos los desórdenes del Universo. ¡Qué noción más llena de visibles contradicciones. Ciertamente si hay gentes capaces de forjarse un Dios sobre una idea tan monstruosa, o es que no quieren tenerlo, o bien, son espíritus nacidos para buscar en la idea del círculo todas las propiedades de los triángulos. Créeme, Aristeo, nunca hombre de buen sentido ha estado convencido de esta locura, aunque muchas personas la hayan sostenido como bien persuadidas de ella. Pues el amor propio es tan arrogante, que bien puede darnos motivos para comunicarla a nuestros compañeros de desarreglo, y querer aparecer como convencidos de ella. Mas es imposible creerla verdadera, por poco capaz que se sea de razonar, y poco temor que se tenga a equivocarse. Los que la sostienen no pueden estar interiormente persuadidos, si la corrupción de su corazón no los ha cegado de tal modo, que fuese perder el tiempo pretender esclarecerlos. Volvamos pues, Aristeo, a nuestro punto.

III. Nosotros somos: este es un hecho que consta. Dios es infinitamente perfecto. Luego dependemos de Él. No existimos, pues, a pesar suyo. No somos sino porque quiere que seamos. Pero ¿cómo puede Dios querer que seamos, Él que no tiene ninguna necesidad de nosotros? ¿Cómo un ser a quien nada falta, que se basta plenamente a sí mismo puede querer algo? He aquí donde está la dificultad.

Aristeo.—Me parece que es fácil allanarla. Pues no hay más

de decir que Dios no ha creado el mundo para Él, sino para nosotros.

Teodoro.—Pero a nosotros, ¿para quién nos ha creado?

Aristeo.—Para Sí mismo.

Teodoro.—Tenemos la misma dificultad. Pues Dios no tiene ninguna necesidad de nosotros.

Aristeo.—Digamos, pues, Teodoro, que Dios no nos ha hecho más que por pura bondad, por pura caridad para nosotros mismos.

Teodoro.—No digamos esto, Aristeo, al menos sin explicarlo. Pues me parece evidente que el Ser infinitamente perfecto, se ama infinitamente, se ama necesariamente; que su voluntad no es sino el amor que se profesa a Sí mismo y a sus divinas perfecciones; que el movimiento de su amor no puede, como en nosotros, venirle de otra parte, ni por consiguiente llevarlo a otra parte; que siendo únicamente el principio de su acción, es preciso que sea el fin de la misma; que en Dios en una palabra, todo otro amor que no sea el amor propio sería desarreglado o contrario al Orden inmutable que encierra, y que es la ley inviolable de las voluntades divinas. Podemos decir que Dios nos ha hecho por pura bondad, en el sentido de que nos ha hecho sin tener necesidad de nosotros. Pues Dios no puede querer sino por su voluntad, y su voluntad no es sino el amor que se profesa a Sí mismo. La razón, el motivo, el fin de sus decretos no puede encontrarse sino en Él.

Aristeo.—Me cuesta trabajo rendirme a tus razones, aunque me parecen evidentes.

Teótimo.—¿No ves, Aristeo, que es humanizar a la Divinidad buscar fuera de ella el motivo y el fin de su acción? Mas si este pensamiento de hacer obrar a Dios únicamente por pura bondad hacia los hombres, te entusiasma tanto ¿de qué procede que habrá veinte veces, cien veces más réprobos que elegidos?

Aristeo.—Es el pecado del primer hombre.

Teótimo.—Sí; pero ¿por qué no impedía Dios este pecado tan

funesto a criaturas que Él ha hecho, y que las ha hecho por pura bondad?

Aristeo.—Ha tenido sus razones.

Teótimo.—Luego Dios tiene en Sí mismo buenas razones de todo lo que hace, las cuales no están siempre de acuerdo con una cierta idea de bondad y caridad muy agradable a nuestro amor propio, pero que es contraria a la Ley divina a este Orden inmutable que encierra todas las buenas razones que Dios puede tener.

Aristeo.—Pero, Teótimo, puesto que Dios se basta a Sí mismo ¿por qué forma el designio de crear este mundo?

Teótimo.—Dios tiene sus razones, su fin, su motivo; todo esto, en Sí mismo. Pues antes de sus decretos ¿qué podía haber que le determinase a formarlos? Como Dios se basta a Sí mismo, con una completa libertad es como se ha determinado a crear el mundo. Pues si Dios tuviese necesidad de sus criaturas, como se ama invenciblemente, las produciría necesariamente. Sí, Aristeo, todo lo que se puede legítimamente concluir del hecho de bastarse Dios a Sí mismo, es que el mundo no es una emanación necesaria de la Divinidad, lo que la fe nos enseña. Pero imaginarse que la abundancia divina pueda hacer a Dios impotente, es ir contra un hecho que consta, y privar al Criador de la gloria que eternamente sacará de sus criaturas.

IV. *Aristeo.*—¿Cómo es esto Teótimo? ¿Es que Dios ha creado el mundo por la gloria que del mismo debía sacar? Si esta gloria ha sido el motivo que ha determinado al Criador, he aquí pues, una cosa extraña a Dios, que le determina a obrar. ¿De qué procede que Dios se ha privado de esta gloria durante una eternidad? ¡Pero gloria! ¿Qué quieres decir con esta palabra? Con seguridad, Teótimo, te metes en un paso del cuál te costará trabajo salir.

Teótimo.—Este paso es difícil. Pero Teodoro que lo franquea felizmente no me dejará en él atascado.

Aristeo.—De modo, Teodoro, que Dios ha hecho el Universo para su gloria?... ¡Apruebas este pensamiento tan humano y tan

indigno del Ser infinitamente perfecto! Toma la palabra en vez de Teótimo, te ruego; explícate.

Teodoro.—Aquí Aristeo es donde se precisa mucha atención y vigilancia para no ir a parar al escollo que tú sabes. Ten cuidado que yo no caiga en él.

Cuando un arquitecto ha hecho un edificio cómodo y de una excelente arquitectura, tiene por ello una secreta complacencia, porque su obra le da testimonio de su habilidad en su arte. Así, se puede decir que la belleza de su obra le presta honor, porque ella lleva consigo el caracter de las cualidades de que se gloría, de las cualidades que estima y ama y está satisfecho de poseer. Que si sucede, además que alguno se detiene para contemplar su edificio, y para admirar la conducción y las proporciones del mismo, el arquitecto saca de él una segunda gloria, que todavía está principalmente fundada sobre el amor y estimación que tiene de las cualidades que posee y que se alegraría mucho poseer en grado más eminente. Pues si creyese que la cualidad de arquitecto fuese indigna de él, si despreciase este arte o esta ciencia, su obra dejaría de prestarle honor; y los que le alabasen por haberla construído, lo pondrían en confusión.

Aristeo.—Ten cuidado, Teodoro: vas derecho a parar al escollo.

Teodoro.—Todo esto no es más que una comparación, Aristeo. Sígueme: Es cierto que Dios se ama necesariamente y a todas sus cualidades. Ahora bien, es evidente que Él no puede obrar más que según lo que Él es. Luego su obra, llevando consigo el carácter de los atributos de que se gloría, le hace honor. Dios, estimándose y amándose invenciblemente, encuentra su gloria, se complace en una obra que expresa de algún modo sus excelentes cualidades. He aquí pues, uno de los sentidos según el cual Dios obra para su gloria. Y, como ves, esta gloria no le es extraña pues no está fundada sino sobre la estimación y el amor que tiene por sus propias cualidades. Aunque no haya inteligencias que admiren su obra; aunque no haya sino hombres insensatos o estúpidos que no descubran las maravillas de la misma; aunque, por el contrario, desprecien esta obra admirable, blasfemen

de ella, la miren, a causa de los monstruos que en ella se encuentran, como el efecto necesario de una naturaza ciega; aunque se escandalicen de ver oprimida la inocencia, y entronizada la injusticia, Dios no saca de su obra menos de esta gloria por la que obra, de esta gloria cuyo principio es el amor y la estimación que tiene de sus cualidades, de esta gloria que lo determina siempre a obrar según lo que es, o de una manera que lleva consigo el carácter de sus atributos. Así, supuesto que Dios quiera obrar, no puede menos de obrar para su gloria, en este primer sentido; puesto que no puede menos de obrar según lo que es, y por el amor que se profesa a Sí mismo y a sus divinas perfecciones. Mas como se basta a Sí mismo, esta gloria no puede determinarlo invenciblemente a querer obrar, y aun creo, que esta sola gloria no puede ser un motivo suficiente para hacerle obrar, si no encuentra el secreto de hacer divina su obra, y de proporcionarla a su acción que es divina. Pues, en fin, por grande, por perfecto que el Universo pueda ser, en tanto que sea finito, será indigno de la acción de un Dios, el precio de la cual es infinito, Dios no formará pues el designio de producirlo. Aquí está en mi sentir la mayor dificultad.

V. *Aristeo.*—¿Por qué esto, Teodoro? Es fácil vencer esta dificultad. Hagamos al mundo infinito. Compongámosle de un número infinito de torbellinos. Pues ¿por qué imaginarse un gran cielo que rodee a todos los demás y más allá del cual no haya nada ya?

Teodoro.—No Aristeo; dejemos a la criatura el carácter que le conviene; no le demos nada que se acerque a los atributos divinos. Mas tratemos sin embargo de sacar al Universo de su estado profano, y de hacerlo, por algo divino, digno de la complacencia divina, digno de la acción de un Dios cuyo precio es infinito.

Aristeo.—¿Y esto cómo?

Teodoro.—Por la unión de una persona divina.

Aristeo.—¡Ah Teodoro! Siempre recurres a las verdades de la fe para salir de apuros. Eso no es filosofar.

Teodoro.—¿Qué quieres, Aristeo? Es que en ellas encuentro

yo mi cuenta y sin esto no puedo encontrar la solución de mil y mil dificultades. De modo, que el Universo, santificado por Jesucristo y subsistiendo en Él, por así decir, ¿no es más divino, más digno de la acción de Dios, que todos tus torbellinos infinitos?

Aristeo.—Indudablemente. Pero si no hubiese pecado el hombre, no se habría encarnado el Verbo.

Teodoro.—Yo no sé, Aristeo. Pero aunque el hombre no hubiese pecado, una persona divina no hubiera dejado de unirse al Universo, para santificarlo, para sacarlo de su estado profano, para hacerlo divino, para darle una dignidad infinita, a fin de que Dios, que no puede obrar más que para su gloria, recibiese una gloria que respondiese perfectamente a su acción. ¿Es que el Verbo no puede unirse a la obra de Dios sin encarnarse? Se ha hecho hombre, pero ¿no podía hacerse Angel? Es verdad que haciéndose hombre, se une al mismo tiempo a las dos substancias, espíritu y cuerpo, de que está compuesto el Universo, y que por esta unión santifica toda la naturaleza. Por esto es por lo que no sé yo si el pecado ha sido la única causa de la encarnación del Hijo de Dios. Pero Dios ha podido hacer al Angel la gracia que ha hecho al hombre. Por lo demás Dios ha previsto y permitido el pecado, y basta. Pues és una prueba cierta de que el Universo reparado por Jesucristo vale más que el mismo Universo en su primera construcción; de otro modo, no hubiera Dios jamás dejado corromper su obra. Es una señal cierta de que el principal de los designios de Dios es la encarnación de su Hijo. Veamos pues, Aristeo, cómo Dios obra para su gloria. Justifiquemos esta proposición que te ha parecido tan común, y acaso tan vacía de sentido y tan insostenible.

VI. Primeramente Dios piensa en una obra que por su excelencia y belleza exprese cualidades que Él ama invenciblemente, y que se congratula en poseer. Pero no obstante, esto no le basta para formar el designio de producirla, porque un mundo finito, un mundo profano que no tiene todavía nada de divino, no puede tener relación con su acción que es divina. ¿Qué hace? Lo diviniza por la unión de una persona divina. Y con

esto, lo eleva infinitamente, y recibe de él, a causa principalmente de la Divinidad que le comunica, esta primera gloria que se relaciona con la de este arquitecto que ha construído una casa que le presta honor, porque expresa cualidades que se gloría, de poseer. Dios recibe, digo, esta primera gloria, realzada, por así decirlo, con un brillo infinito. Sin embargo Dios no saca más que de Sí mismo la gloria que recibe de la santificación de su Iglesia, o de esta casa espiritual de la cual somos nosotros piedras vivas santificadas por Jesucristo.

Este arquitecto recibe todavía una segunda gloria de los espectadores y de los admiradores de su edificio; y quizá con la mira de esta especie de gloria es como se ha esforzado en hacerlo lo más grandioso y soberbio que ha podido. Así, en vista del culto que nuestro Soberano Sacerdote debía establecer en honor de la Divinidad, es como Dios se ha resuelto a hacerse un templo en que fuese eternamente glorificado. Sí, Aristeo, viles y despreciables criaturas como somos, rendimos por nuestro divino Jefe, y rendimos eternamente a Dios honores divinos, honores dignos de la Majestad Divina, honores que Dios recibe, y recibirá siempre con placer. Nuestras adoraciones y nuestras alabanzas son en Jesucristo sacrificios de buen olor. Dios se complace en estos sacrificios espirituales y divinos; y si se ha arrepentido de haber establecido un culto carnal, y aun de haber hecho al hombre, ha jurado por Sí mismo, no arrepentirse jamás (1), de haberlo reparado, de haberlo santificado, de habernos hecho sus Sacerdotes, bajo nuestro Soberano Pontífice el verdadero Melquisedech. Dios nos mira en Jesucristo como Dioses (2), como sus hijos, como sus herederos, y como los coherederos de su muy amado Hijo. Nos ha adoptado en este caro Hijo. Por Él es como nos ha dado acceso cerca de su Majestad Suprema. Por Él se complace en su obra. Por este secreto que ha encontrado en su sabiduría, es

(1) Hebr. 7. 20. 20. 21. 6. 17.
(2) I Pet. 2. 9. 1. Joan. 3, 1,22, Rom. 8, 16,17.

como sale fuera de Sí mismo, si así es permitido hablar, fuera de su santidad que Le separa infinitamente de todas las criaturas; como sale, digo, con una magnificencia de la cual saca una gloria capaz de contentarlo. El Hombre-Dios Le precede por todas partes en sus caminos, Él justifica todos sus designios, y Le hace rendir por sus criaturas honores de que debe estar contento. Jesucristo no aparece sino en la plenitud de los tiempos; pero está antes de todos los siglos en los designios del Criador; y cuando nace en Belén es cuando Dios es glorificado; entonces es cuando está satisfecho de su obra. Todos los espíritus bienaventurados reconocen esta verdad, cuando el Angel anuncia a los pastores el nacimiento del Salvador. *Gloria a Dios*, dicen todos de común acuerdo, *paz en la Tierra* (1). *Dios se complace en los hombres.* Sí, la encarnación del Verbo es ciertamente el primero y principal de los designios de Dios. Es lo que justifica su conducta. Es, si no me equivoco, la única solución de mil y mil dificultades, de mil y mil contradicciones aparentes (2).

El hombre, Aristeo, es pecador: no es tal como Dios lo ha hecho. Luego Dios ha dejado corromper su obra. Pon esto de acuerdo con su sabiduría y con su poder. Salte solamente de este mal paso sin el auxilio del Hombre-Dios, sin admitir Mediador, sin concebir que Dios ha tenido a la vista principalmente la encarnación de su Hijo. Yo te desafío a ello con todos los principios de la mejor filosofía. En cuanto a mí, te lo confieso, me encuentro cortado a cada momento, cuando pretendo filosofar sin el auxilio de la fe. Ella es la que me conduce y sostiene en las investigaciones sobre las verdades que tienen alguna relación con Dios, como son las de la Metafísica. Pues respecto a las verdades matemáticas, las que miden las magnitudes, los números, los tiempos, los movimientos, todo lo que no difiere sino en más y en menos, estoy de acuerdo en que la fe no sirve de nada para

(1) Luc. 2.

(2) Tratado de la Naturaleza y de la Gracia. I Disc. y 2, y 3 Aclaración.

descubrirlas, y que la experiencia basta con la razón para hacerse sabio en todas las partes de la Física.

VII. *Aristeo.*—Comprendo bien, Teodoro, lo que me dices, y lo encuentro bastante conforme a la razón. Siento, hasta una secreta alegría de ver que siguiendo la fe se eleva uno a la inteligencia de las verdades que San Pablo nos enseña en muchos lugares de sus admirables Epístolas. Pero se ofrecen a mi espíritu dos pequeñas dificultades. La primera es, que parece que Dios no ha sido perfectamente libre en la producción de su obra, puesto que saca de ella una gloria infinita y que le satisface tanto. La segunda, es que al menos no debía privarse una eternidad, de la satisfacción que tiene de verse tan divinamente honrado por sus criaturas.

Teodoro.—Te respondo, Aristeo, que el Ser infinitamente perfecto, se basta plenamente a Sí mismo, y que así, no ama invencible y necesariamente sino su propia substancia, sino sus divinas perfecciones. Esto es evidente y basta para tu primera dificultad. Mas en cuanto a la segunda, fíjate en que Dios no debe jamás hacer nada que desmienta sus cualidades, y que debe dejar a las criaturas esencialmente dependientes, todas las señales de su dependencia. Ahora bien, el carácter esencial de la dependencia, es el no haber sido. Un mundo eterno, parece ser una emanación necesaria de la Divinidad. Es preciso que Dios señale que de tal modo se basta a Sí mismo, que ha podido pasar sin su obra durante una eternidad. De ella saca por Jesucristo una gloria que le satisface. Pero no recibiría esta gloria, si la encarnación fuese eterna, porque esta encarnación heriría sus atributos, los cuales debe ella honrar en lo posible.

Aristeo.—Te lo confieso, Teodoro. Solamente el Ser necesario e independiente debe ser eterno. Todo lo que no es Dios debe llevar consigo la marca esencial de su dependencia. Esto me parece evidente. Mas Dios sin hacer eterno al mundo, podía crearlo antes de mil millones de siglos que lo ha creado. ¿Por qué retardar tanto una obra de la que saca tanta gloria?

Teodoro.—No lo ha retardado, Aristeo. El pronto y el tardo, son

propiedades del tiempo que no tienen ninguna relación con la eternidad. Si el mundo hubiese sido creado mil millones de siglos antes que lo ha sido, se te podría hacer la misma instancia y repetirla sin cesar hasta lo infinito. Así, Dios no ha creado demasiado tarde su obra, puesto que ha sido preciso que le precediese una eternidad, y que el pronto y el tarde de mil millones de siglos, no adelantan ni retroceden con relación a la eternidad.

Aristeo.—Yo no sé qué responderte, Teodoro. Pensaré en lo que acabas de decirme tocante a que Dios no obra sino para su gloria, sino por el amor que a Sí mismo se profesa; pues yo concibo que este principio encierra muchas consecuencias. Pero ¿qué piensas tú Teótimo?

VIII. *Teótimo.*—Este principio me parece incontestable. Pues es evidente que el Ser infinitamente perfecto no puede encontrar más que en Sí mismo el motivo de sus voluntades, y las razones de su conducta. Pero no sé, bien quisiera yo, me parece, que Dios nos amase un poco más, o que hiciese algo únicamente por nuestro amor. Pues la Escritura, en fin, nos enseña que Dios nos ha amado tanto, que nos ha dado a su Hijo único. He aquí un gran don, Aristeo, y que me parece señala un amor un poco más desinteresado que el que Teodoro Le atribuye.

Aristeo.—Bien, Teodoro ¿qué dices a esto?

Teodoro.—Que Teótimo cae en el escollo, o más bien que se siente en la corriente que le conduce a él; a no ser que quiera, acaso, ver en qué disposiciones te encuentras.

Aristeo.—No respondes.

Teodoro.—Es que quisiera que lo hicieses tú mismo. Pero puesto que quieres callarte, tómate al menos el trabajo de interpretar bien, mi pensamiento. Yo creo, Aristeo, que Dios nos ha amado tanto que nos ha dado a su Hijo, como lo dice la Escritura. Pero yo creo también lo que me enseña la misma Escritura (1), esto es, que hemos sido dados a Él y todas las naciones de

(1) Joan. 3, 16.

la tierra. En fin, yo creo también por la Escritura (1), que si nos ha predestinado en su Hijo, y si ha escogido a su Hijo para el primero de los predestinados, es porque quería hacer de Él su Pontífice, para recibir de Él y de nosotros por Él las adoraciones que le son debidas. Pues he aquí en dos palabras el orden de las cosas. Todo es nuestro; nosotros somos de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios. *Omnia vestra sunt*, dice S. Pablo (2), *sive praesentia, sive futura: vos autem Christi; Christus autem Dei.* Es que Dios es necesariamente el fin de todas sus obras.

Concibe, Aristeo, distintamente: Que Dios ama todas las cosas en la proporción que son amables; que la ley que sigue inviolablemente no es sino el Orden inmutable, que muchas veces te he dicho no puede consistir más que en las relaciones necesarias de las perfecciones divinas. Concibe, en una palabra, que Dios obra según lo que es, y comprenderás sin trabajo, que nos ama tanto, que hace por nosotros todo lo que puede hacer, obrando como debe obrar. Comprenderás que Dios ama las naturalezas que ha hecho, en tanto que son tales como las ha hecho; que las ama, digo, según el grado de perfección que encierran los arquetipos de las mismas; y que las hará tanto más dichosas cuanto lo hayan merecido conformándose a su Ley. Comprenderás que Dios ha creado desde luego, justo y sin ningún defecto al hombre; y que si lo ha hecho libre, es que ha querido hacerlo dichoso, sin faltar a lo que se debe a Sí mismo. Creerás fácilmente, que llegado el hombre a pecador, aunque digno de la cólera divina, puede Dios amarlo todavía con tanta caridad y bondad que le envíe a su Hijo para librarlo de sus pecados. No dudarás, que Dios quiere de tal modo al hombre santificado por Jesucristo, que lo hace partícipe de su herencia y de una eterna felicidad. Mas no comprenderás jamás que Dios obre únicamente para sus criaturas, o por un movimiento de pura bondad, cuyo motivo no encuentra su razón en los atributos divinos. Una vez más, Aris-

(1) Ps. 2. 8. Matth. 28, 18. Eph. I.
(2) I. Cor. 3, 22.

teo, Dios puede no obrar, pero si obra, no puede hacerlo sino ajustándose a Sí mismo, a la Ley que encuentra en su substancia. Puede amar a los hombres; pero no puede hacerlo sino a causa de la relación que con Él tienen. Encuentra en la belleza que encierra el arquetipo de su obra un motivo para ejecutarla; pero es que esta belleza le presta honor porque expresa cualidades de que se gloría, y tiene mucho gusto en poseer. Así, el amor que Dios nos profesa no es interesado, en el sentido de que tenga alguna necesidad de nosotros, pero lo es, en el sentido de que no nos ama sino por el amor que se profesa a Sí mismo y a sus divinas perfecciones, las cuales expresamos nosotros por nuestra naturaleza (es la primera gloria que todos los seres rinden necesariamente a su autor) y las adoramos por juicios y movimientos que le son debidos. Es la segunda gloria que damos a Dios, por nuestro Soberano Sacerdote Nuestro Señor Jesucristo.

Teótimo.—Todo esto, Teodoro, me parece suficientemente explicado. El Ser infinitamente perfecto se basta plenamente a sí mismo; es uno de los nombres que Dios se dá en la Escritura. Y sin embargo lo ha hecho todo para Él: *Omnia propter semetipsum operatus est Dominus* (1). Lo ha hecho todo en Jesucristo y por Jesucristo: *Omnia per ipsum et in ipso creata sunt* (2); todo por la gloria que saca de su Iglesia en Jesucristo: *Ipsi gloria in Ecclesia et in Christo Jesu in omnes generationes sæculi sæculorum* (3). Las Epístolas de San Pablo están llenas todas de estas verdades. Este es el fundamento de nuestra Religión; y tú no has hecho ver que no hay nada más conforme a la Razón, y a la más exacta noción del Ser infinitamente perfecto. Pasemos a cualquier otra cosa. Cuando Aristeo haya pensado bien en todo esto, espero que se convencerá de ello.

Aristeo.—Estoy ya bien persuadido, Teótimo; no depende de mí el que Teodoro descienda al detalle, un poco más que lo hace.

(1) Prov. 16, 4.
(2) Col. 1, 16.
(3) Eph. 3, 21.

IX. *Teodoro.*—Tratemos, Aristeo, de comprender bien los principios más generales. Pues enseguida todo lo demás va sólo, todo se desenvuelve al espíritu con orden, y con una maravillosa claridad. Veamos, pues, todavía en la noción del Ser infinitamente perfecto, cuáles pueden ser los designios de Dios. Yo no pretendo que podamos en esto descubrir el detalle, pero acaso reconozcamos lo que hay de más general; y verás en lo sucesivo que lo poco que hayamos descubierto, nos será de una gran utilidad. ¿Piensas tú, pues, que Dios quiera hacer la obra más bella, la más perfecta posible?

Aristeo.—Indudablemente; pues cuanto más perfecta sea su obra, más expresará las cualidades y las perfecciones de que Dios se gloria. Esto es evidente por todo lo que acabas de decirnos.

Teodoro.—¿Luego, el Universo es el más perfecto que Dios pueda hacer? De modo que, tantos monstruos, tantos desórdenes, este gran número de impíos, ¿contribuye todo esto a la perfección del Universo?

Aristeo.—Me pones en gran aprieto, Teodoro. Dios quiere hacer una obra lo más perfecta posible; pues cuanto más perfecta sea, más le honrará. Esto me parece evidente. Pero concibo bien que sería más acabada, si estuviese exenta de mil y mil defectos que la desfiguran. He aquí una contradicción que me detiene, completamente cortado. Parece que Dios no haya ejecutado su designio, o que no haya formado el designio más digno de sus atributos.

Teodoro. —Es que todavía no has comprendido bien los principios. No has meditado bastante la noción del Ser infinitamente perfecto que los encierra. Todavía no sabes hacer obrar a Dios según lo que es.

Teótimo.—Aristeo, ¿no podía ser que las anomalías de la naturaleza, los monstruos, y los impíos mismos, son como las sombras de un cuadro que dan fuerza a la obra y relieve a las figuras?

Aristeo.—Este pensamiento, tiene yo no sé qué, que agrada a la imaginación, mas el espíritu no se satisface. Pues yo compren-

do muy bien que el Universo sería más perfecto, si no hubiese nada anomalo en ninguna de las partes que lo componen; y por el contrario no hay casi nada en él donde no haya algún defecto.

Teótimo.—Es pues, que Dios no quiere que su obra sea perfecta.

Aristeo.—No es eso tampoco. Pues Dios no puede querer positiva y directamense irregularidades que desfiguren su obra, y que no expresen ninguna de las perfecciones que posee y de que se gloría. Esto me parece evidente. Dios permite el desorden, pero no lo hace, no lo quiere.

Teotimo.—Dios permite; no entiendo bien este término. ¿A quién es a quien permite helar las viñas, y destruir las mieses, que ha hecho crecer? ¿Por qué permite que se introduzca en su obra monstruos que no hace ni quiere? ¿De modo, que el Universo no es tal como Dios lo ha querido?

Aristeo.—No, pues el Universo no es tal como Dios lo ha hecho.

Teótimo.—Esto puede ser verdadero con respecto a los desórdenes que en él se han deslizado por el mal uso de la libertad. Pues Dios no ha hecho a los impíos; ha permitido que los hombres llegasen a serlo. Yo comprendo esto bien, aunque no sepa las razones de ello. Pero, en verdad, solo Dios hace los monstruos.

Aristeo.—¡Cuán estrañas criaturas son los monstruos, si no hacen honor al que les da el ser! ¿Sabes bien tú, Teótimo, por qué Dios, que cubre hoy de flores y de frutos toda la campiña, la asolará mañana, por la helada o por el granizo?

Teótimo.—Es que la campiña será más bella en la esterilidad que en la fecundidad aunque esto no nos acomode. Nosotros juzgamos frecuentemente de la belleza de las obras de Dios por la utilidad que de ellas recibimos, y nos equivocamos.

Aristeo.—Más vale juzgar de ellas por su utilidad que por su inutilidad. ¡Bella cosa, un país desolado por la tempestad!

Teótimo.—Muy bella. Un país habitado por pecadores debe estar en la desolación.

Aristeo.—Si la tempestad respetase las tierras de los buenos, quizá tuvieses razón. Todavía sería más oportuno rehusar la lluvia para el campo de un hombre brutal, que hacer germinar y crecer su trigo para segarlo después por el granizo. Esto, sería, ciertamente lo más corto. Pero además, con frecuencia es el menos culpable quien es el más maltratado. ¡Qué de contradicciones aparentes en la conducta de Dios! Teodoro me ha dado ya principios que disipan estas contradicciones. Pero los he comprendido tan mal, que ya no me acuerdo de ellos. Si tú no quieres, Teótimo, ponerme en el buen camino, pues bien veo que te divierte el apuro en que me encuentro, deja hablar a Teodoro.

Teótimo.—Justamente.

X. *Teodoro.*—Bien ves, Aristeo, que no basta haber entrevisto principios; es preciso haberlos comprendido bien, para que se presenten al espíritu cuando haya necesidad. Escucha, pues, ya que Teótimo no quiere decirte lo que sabe perfectamente.

Tú no te equivocas, al creer que cuanto más perfecta es una obra, expresa mejor las perfecciones del obrero; y que le hace tanto más honor, cuanto las perfecciones que expresa, agraden más al que las posee, y que así, Dios quiere hacer su obra lo más perfecta que se pueda. Pero no tienes más que la mitad del principio, y eso te deja atascado. Dios quiere que su obra el honre; tú lo comprendes bien. Pero, fíjate, Dios no quiere que sus procedimientos le deshonren. Esta es la otra mitad del principio. Dios quiere que su conducta, así como su obra, lleve consigo el carácter de sus atributos. No contento con que el Universo le honre por su excelencia y belleza, quiere que sus procedimientos le glorifiquen por su simplicidad, su fecundidad, universalidad, uniformidad, por todos los caracteres que expresan cualidades que se gloría de poseer.

Así, no te imagines que Dios haya querido absolutamente hacer la obra más perfecta posible, sino solo la más perfecta con relación a los procedimientos más dignos de Él. Pues lo que Dios quiere únicamente, directamente, absolutamente en sus

designios, es obrar siempre lo más divinamente posible; hacer que su conducta, así como su obra, lleve consigo el carácter de sus atributos; obrar exactamente según lo que Él es, y según todo lo que Él es. Dios ha visto eternamente todas las obras posibles, y todos los procedimientos posibles de producir cada una de ellas; y como no obra sino para su gloria, sino según lo que es, se ha determinado a querer la obra que podía ser producida y conservada, por procedimientos, que unidos a esta obra, debían honrarle más que cualquiera otra obra, producida por cualquier otro procedimiento. Ha formado el designio que más llevaba consigo, el carácter de sus atributos, que expresaba más exactamente las cualidades que Él posee, y que se gloría de poseer. Abraza bien este principio, mi querido Aristeo, no sea que se te escape; pues es acaso el más fecundo de todos los principios.

No te imagines, repito, que Dios forme nunca designio ciegamente; quiero decir, sin haberlo comparado con los procedimientos necesarios para su ejecución. Así es como obran los hombres, que con frecuencia se arrepienten de sus resoluciones, a causa de las dificultades que encuentran en ellas. Nada es difícil para Dios. Pero, fíjate, todo no es igualmente digno de Él. Sus procedimientos deben llevar consigo el carácter de sus atributos, así como su obra. Es preciso, pues, que Dios tenga en cuenta los procedimientos, tanto como la obra. No basta que su obra le honre por su excelencia; es preciso además que sus procedimientos le glorifiquen por la divinidad de los mismos. Y si un mundo más perfecto que el nuestro no podía ser creado y conservado, sino por procedimientos recíprocamente menos perfectos, de manera que la expresión, por decirlo así, que este nuevo mundo y estos nuevos procedimientos darían cualidades divinas, sería menor que la del nuestro; no temo decirlo, Dios es demasiado sabio, ama demasiado su gloria, obra demasiado exactamente, según lo que es, para poder preferirlo al Universo que ha creado. Pues Dios no es indiferente en sus designios, sino cuando son igualmente sabios, igualmente divinos, igualmente gloriosos a Él, igualmente dignos de sus atributos, sino cuando la rela-

ción formada por la belleza de la obra y la simplicidad de los procedimientos es exactamente igual. Cuando esta relación no es igual, aunque Dios pueda no hacer nada, ya que se basta a Sí mismo, no puede escoger y tomar lo peor. Puede no obrar, pero no puede obrar inútilmente, ni multiplicar sus procedimientos, sin aumentar su gloria. Su sabiduría le impide el tomar de todos los designios posibles el que no es el más sabio. El amor que se profesa a Sí mismo no le permite elegir el que no le honra más.

XI. *Aristeo.*—Poseo, bien, tu principio, Teodoro. Dios no obra sino según lo que es, sino de una manera que lleva consigo el carácter de sus atributos, sino por la gloria que encuentra en la relación que su obra y sus procedimientos juntos todos, tienen con las perfecciones que Él posee, y que se gloría de poseer. La grandeza de esta relación, es lo que Dios considera en la formación de sus designios. Pues el principio es este: Dios no puede obrar más que según lo que es, ni querer absoluta y directamente, sino su gloria. Si los defectos del Universo que nosotros habitamos, disminuyen esta relación, la simplicidad, la fecundidad, la sabiduría de los procedimientos o de las leyes que Dios sigue, la aumentan con ventaja. Un mundo más perfecto, pero producido por procedimientos menos fecundos y simples, no llevaría consigo tanto como el nuestro, el carácter de los atributos divinos. He aquí por qué, el mundo está lleno de impíos, de monstruos de toda clase de desórdenes. Dios podría convertir a todos los hombres, impedir todos los desórdenes; pero no debe para esto turbar la simplicidad y uniformidad de su conducta. Pues debe honrarse por la sabiduría de sus procedimientos, tanto como por la perfección de sus criaturas. No permite los monstruos: los hace Él. Pero no los hace más que para no cambiar nada en su conducta, sino por respeto a la generalidad de sus procedimientos, para seguir exactamente las leyes naturales que ha establecido, y que no ha establecido, sin embargo, para los efectos monstruosos que ellas debían producir, sino para efectos más dignos de su sabiduría y de su bondad. He aquí, por qué se puede decir que los permite, aunque solamente Él los haga. Es que

no los quiere, sino indirectamente, sino porque son una consecuencia natural de sus leyes.

Teodoro.—¡Qué pronto sacas tus consecuencias!

Aristeo.—Es que el principio es claro: es que es fecundo.

Teodoro.—A lo primero, Aristeo, parece que este principio no tiene, a causa de su generalidad, solidez ninguna. Pero cuando se le sigue de cerca, de tal modo y tan prontamente afecta, por un detalle de sorprendentes verdades que descubre, que se está encantado de él. Aprende con esto, que los principios más generales son los más fecundos. Parecen al principio, puras quimeras, siendo causa de ello su generalidad; pues el espíritu toma por nada lo que no le impresiona. Pero conserva bien estos principios, si puedes, y síguelos: te harán ver mucho país en poco tiempo.

Aristeo.—Bien lo experimento, Teodoro, cuando medito un poco lo que me dices; y ahora mismo, sin ningún esfuerzo de espíritu, veo, me parece, de una sola mirada, en este principio, el esclarecimiento de multitud de dificultades que siempre he tenido, acerca de la conducta de Dios. Yo concibo que todos estos efectos que se contradicen, estas obras que se combaten y se destruyen, estos desórdenes que desfiguran el Universo, que todo esto no señala ninguna contradicción en la causa que lo gobierna, ningún defecto de inteligencia, ninguna impotencia, sino una prodigiosa fecundidad, y una perfecta uniformidad en las leyes de la naturaleza.

Teodoro.—Poco a poco, Aristeo, pues, todo esto lo explicaremos más exactamente en lo sucesivo.

XII. *Aristeo.*—Hasta comprendo que la razón de la predestinación de los hombres se debe encontrar necesariamente en tu principio. Yo creía que Dios había escogido eternamente a tales y cuales, precisamente por quererlo así Él, sin razón de su elección ni por su parte ni por la nuestra, y que enseguida había consultado su sabiduría, sobre los medios de santificarlos y de conducirlos seguramente al cielo. Pero comprendo bien que me equivocaba. Dios no forma ciegamente sus designios, sin compa-

rarlos con los medios. Es tan sabio en la formación de sus decretos como en su ejecución. Tiene en Sí razones de la predestinación de los elegidos. Es que la Iglesia futura, formada por los procedimientos que Dios emplea en ella, le hace más honor que toda otra Iglesia formada por cualquier otro procedimiento. Pues, Dios no puede obrar sino para su gloria, sino de la manera que más lleve consigo el carácter de sus atributos. Dios no nos ha predestinado ni a nosotros, ni aun a nuestro divino Jefe, por nuestros méritos naturales, sino por las razones que su Ley inviolable, el Orden inmutable, la relación necesaria de las perfecciones que encierra en su substancia, le suministra. Ha querido unir su Verbo a tal naturaleza, y predestinar en su Hijo a éstos y aquéllos, porque su sabiduría le ha marcado obrar así con ellos por su propia gloria. ¿Sigo bien, Teodoro, tu gran principio?

Teodoro.—Muy bien. Pero ¿no temes, entrar demasiado adelante en la Teología? Estás dentro de los más grandes misterios.

Aristeo.—Volvamos a nuestro asunto; pues no me corresponde penetrarlos.

Teótimo.—Haces bien, Aristeo, de volverte prontamente. Pues San Agustín el gran Doctor de la Gracia, no quiere que se busquen razones de la elección que Dios hace de los hombres. La predestinación es puramente gratuita; y la razón por que Dios toma a uno y deja a otro, es que tiene misericordia con quien quiere tenerla.

Aristeo.—¡De modo, Teodoro, que San Agustín pretende que Dios no consulta con su sabiduría en la formación de sus designios, sino solamente para la ejecución de los mismos?

Teodoro. No, Aristeo. Pero parece que Teótimo explica a San Agustín según el pensamiento de ciertas personas. Este Santo Doctor, escribiendo contra los herejes de su tiempo, rechaza la mala razón que daban de la elección de Dios, y de la distribución de su gracia. Pero ha estado siempre dispuesto a recibir las que están en analogía con la fe, y no destruyen la gratuidad de la

gracia. He aquí en dos palabras el razonamiento de estos herejes, es bueno que lo sepas y puedas responder a él: Dios quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad. Luego todos pueden salvarse por sus fuerzas naturales. Mas si esto no es posible, sin el auxilio de la gracia interior, decían los más moderados, veamos un poco a quien la dará Dios. Dios elije a los unos, más bien que a los otros. Concedido; pero al menos que su elección sea razonable. Ahora bien, es una noción común, que quien toma lo peor, escoge mal. Luego si Dios no da su gracia igualmente a todos, si elige, es preciso que prefiera los mejores o menos malos, a los más malos. Pues no puede dudarse que la elección que hace de los unos más bien que de los otros, no sea sabia y razonable. No hay en Él acepción de personas. Luego es necesario de toda necesidad que la razón de su elección en la distribución de su gracia se encuentre en el buen uso que podemos nosotros hacer todavía de nuestras fuerzas naturales. De nosotros es, el querer, el desear nuestra curación, el creer en el Mediador, el implorar su misericordia, en una palabra, el comenzar, y Dios vendrá en nuestro auxilio; merecoremos por el buen uso de nuestro libre albedrío que Dios nos dé su gracia.

Aristeo. -Estas gentes razonaban perfectamente.

Teodoro.- Muy bien, pero sobre ideas falsas. No consultaban la noción del Ser infinitamente perfecto. Hacían obrar a Dios como obran los hombres. Pues, fíjate; ¿por qué crees tú que Dios derrama las lluvias?

Aristeo.—Para fecundar las tierras que cultivamos.

Teodoro.—No hay pues, más que sembrar o plantar en un campo, para que llueva en él. Pues, puesto que Dios no hace llover igualmente sobre las tierras, puesto que hace elección, debe elegir razonablemente, y hacer llover sobre las tierras sembradas, más bien que sobre las demás, más bien que sobre los arenales y en el mar. Ve en esta comparación el defecto del razonamiento de los enemigos de la gracia. Pero te ruego no sutilices.

Aristeo (1).—Te entiendo, Teodoro. Que se cultive las tierras, o que se las deje eriales, no llueve en ellas ni más ni menos. Es que de ordinario no llueve sino a consecuencia de las leyes generales de la naturaleza, según las cuales conserva Dios el Universo. Del mismo modo, la razón de la distribución de la gracia no se saca de nuestros méritos naturales. Dios no da las primeras gracias, quiero decir las que nos distinguen, sino a consecuencia de ciertas leyes generales Pues Dios no obra como los hombres, como las causas particulares y las inteligencias limitadas. La razón de esa elección procede de la sabiduría de sus leyes, y la sabiduría de sus leyes de la relación que tienen con sus atributos, de su simplicidad, de su fecundidad, en una palabra, de su divinidad. La elección que Dios hace de los hombres en la distribución de sus gracias, es pues, racional y perfectamente digna de la sabiduría de Dios, aunque no esté fundada ni sobre la diferencia de las naturalezas, ni sobre la desigualdad de los méritos.

Teodoro.—Ya has llegado, Aristeo. Has tirado en dos palabras el apoyo más firme del pelagianismo. Un hombre que regase los arenales, o que llevase al mar las aguas necesarias para su campo, no sería sabio. Sin embargo, eso es lo que Dios hace a consecuencia de sus leyes; y en esto obra muy sabiamente, divinamente. Esto basta para hacer callar a estos orgullosos herejes, que quieren enseñar a Dios a hacer entre los hombres una elección sabia y razonable.

Pues bien, Teótimo, ¿temes todavía que Aristeo caiga en el precipicio con que San Agustín atemoriza, y con razón, a los que buscan en sus méritos la causa de su elección? Aristeo quiere que la distribución de la gracia sea puramente gratuita. Descansemos por lo que a él se refiere. Compadezcamos más bien a ciertas gentes que tú conoces, que pretenden que Dios escoge

(1) V. la Conv. XII, el II Discours du Traité de la Nature et de la Grace. Reponse a la Dissert. de M. A. ch. 7. 8. 9. 10. 11. etc.

a sus elegidos, por pura bondad hacia ellos, sin sabiduría y sin razón por parte del Mismo. Pues es una horrible impiedad creer que Dios no es sabio en la formación de sus designios, así como en su ejecución. La predestinación es gratuita por nuestra parte. La gracia no es distribuída según nuestros méritos, y así lo sostiene San Agustín después de San Pablo y con toda la Iglesia; sino que está regulada, por una ley de la cual Dios no se dispensa jamás. Pues Dios ha formado el designio que encierra las predestinaciones de estos y aquellos, más bien que muchas otras, porque no hay designio más sabio que aquel, más digno de sus atributos. He aquí lo que tus amigos no sabrían comprender.

XIII. *Teótimo.*—¿Qué quieres, Teodoro?; es que naturalmente da uno en este escollo de juzgar de Dios por sí mismo. Nosotros amamos todos la independencia, y es para nosotros una especie de servidumbre someternos a la Razón, una especie de impotencia no poder hacer lo que ella prohibe. Así, tememos hacer a Dios impotente a fuerza de hacerlo sabio. Pero Dios es sabiduría de Sí mismo. La Razón soberana le es coeterna y consustancial. La ama necesariamente; y aunque esté obligado a seguirla, permanece independiente. Todo lo que Dios quiere es prudente y racional; no es que Dios esté por encima de la Razón, no es que lo que Él quiere sea justo, precisa y únicamente porque lo quiere, sino porque no puede desmentirse a Sí mismo, querer nada que no sea conforme a su Ley, al Orden inmutable y necesario de las perfecciones divinas.

Teodoro.—Ciertamente, Teótimo, es tergiversarlo todo, pretender que Dios esté por encima de la Razón y que no tiene otra regla en sus designios que su pura voluntad. Este falso principio esparce tinieblas tan espesas, que confunde el bien con el mal, lo verdadero con lo falso, y hace de todas las cosas un caos, donde el espíritu no conoce ya nada. San Agustín ha demostrado irrefragablemente el pecado original por los desórdenes que experimentamos en nosotros. El hombre sufre; luego no es inocente. El espíritu depende del cuerpo, luego el hombre está co-

rrompido, no es tal como Dios lo ha hecho. Dios no puede someter lo más noble a lo menos noble, pues el Orden no lo permite. ¡Qué consecuencias para los que no temen decir que la voluntad de Dios es la sola regla de sus acciones! No tienen sino responder que Dios lo ha querido así; que nuestro amor propio es el que nos hace encontrar injusto el dolor que padecemos; que nuestro orgullo es el que se ofende por estar el espíritu sometido al cuerpo; que habiendo querido Dios estos pretendidos desórdenes, es una impiedad apelar a la Razón, puesto que la voluntad de Dios no la reconoce por regla de su conducta. Según este principio, el Universo es perfecto, porque Dios lo ha querido. Los monstruos son obras tan acabadas como las demás, según los designios de Dios. Es bueno tener los ojos en lo alto de la cabeza, pero hubieran sido también sabiamente colocados en cualquier sitio, si Dios los hubiese puesto allí. Luego si el mundo se tergiversa, si de él se hace un caos, siempre será igualmente admirable, puesto que toda su belleza consiste en la conformidad con la voluntad divina, que no está obligada a conformarse al Orden. Pero, ¡qué! esta voluntad nos es desconocida. Es preciso, pues, que toda la belleza del Universo desaparezca a la vista de este gran principio: que Dios es superior a la Razón que ilumina a todos los espíritus, y que su voluntad completamente pura es la única regla de sus acciones.

Aristeo.—¡Qué bien enlazados están todos tus principios, Teodoro! Todavía comprendo por lo que con esto me dices, que en Dios y en una naturaleza inmutable es donde vemos la belleza, la verdad, la justicia, puesto que no tememos criticar su obra, observar defectos en ella y aun concluir de aquí, que está corrompida. Es muy necesario que el Orden inmutable, que nosotros vemos en parte, sea la Ley de Dios mismo, escrita en su sustancia con caracteres eternos y divinos; puesto que no tememos juzgar de su conducta por el conocimiento que tenemos de esta Ley. Nosotros aseguramos atrevidamente que el hombre no es tal como Dios lo ha hecho; que su naturaleza está corrompida; que Dios no ha podido al crearlo sujetar el espíritu al

cuerpo. ¿Somos impíos, o temerarios por juzgar así de lo que Dios debe hacer o no hacer? En modo alguno. Más bien seríamos impíos o ciegos si suspendiésemos nuestro juicio sobre esto. Es, Teodoro, que no juzgamos de Dios por nuestra autoridad, sino por la autoridad soberana de la Ley divina.

Teodoro.—He aquí, mi querido Aristeo, una reflexión digna de ti. No te olvides de estudiar esta Ley, puesto que en este Código Sagrado del Orden inmutable, es donde se encuentran tan importantes decisiones.

X.– Conversación.

De la magnificencia de Dios en la grandeza e indefinido número de sus diferentes obras.—De la simplicidad y fecundidad de los procedimientos por los cuales las conserva y desenvuelve.—De la Providencia de Dios en la primera impresión del movimiento que comunica a la materia.—Que este primer paso de su conducta que no está determinado por leyes generales, está regulado por una sabiduría infinita.

Teótimo.—¿Qué piensas, Aristeo, de estos principios generales que ayer nos propuso Teodoro? ¿Los has seguido siempre? Su generalidad, su sublimidad, ¿no te han desanimado y fatigado? En cuanto a mí, para vergüenza mía te confieso, que he querido seguirlos, pero se me escapaban como fantasmas, así que he trabajado mucho, bien inútilmente.

Aristeo.—Cuando un principio no tiene nada que afecte a los sentidos, es muy difícil seguirlo y captarlo; lo que se abraza no tiene cuerpo, ¿qué medio hay de retenerlo?

Teótimo.—Muy naturalmente, se toma esto por un fantasma. Pues llegando a distraerse el espíritu, el principio se eclipsa, y se encuentra uno todo sorprendido de que no tiene nada. Vuelve

uno a apoderarse de este principio, pero se escapa de nuevo. Y aunque no se escape sino cuando se cierran los ojos, como se los cierra con frecuencia sin apercibirse de ello, se cree que es que se desvanece el principio. He aquí por qué se le mira como un fantasma que nos produce ilusión.

Aristeo.—Es verdad, Teótimo; me parece que por esto, es por lo que los principios generales tienen alguna semejanza con las quimeras, y el común de los hombres, que no está hecho al trabajo de la atención, los trata de quiméricos.

Teótimo.—Hay, no obstante, una gran diferencia entre estas dos cosas. Pues los principios generales agradan al espíritu, al cual iluminan por su evidencia; y los fantasmas a la imaginación que les da el ser. Y aunque parezca que el espíritu es quien forma estos principios, y en general todas las verdades, ya que estas se presentan a él a consecuencia de su atención, yo creo, que tú sabes bien, que son antes que nosotros, y que no sacan su realidad de la eficacia de nuestra acción; pues todas estas verdades inmutables no son sino las relaciones que se encuentran entre las ideas, la existencia de las cuales es necesaria y eterna. Pero los fantasmas que produce la imaginación o que se producen en la imaginación por una consecuencia natural de las leyes generales de la unión del alma y el cuerpo, no existen más que por un tiempo.

Aristeo.—Convengo, Teótimo, en que nada hay más sólido que la verdad y que cuanto más generales son las verdades, más realidad y luz tienen. Teodoro me ha convencido de ello. Pero yo soy tan sensible y tan grosero, que con frecuencia, no encuentro gusto en lo mismo, y a veces estoy tentado de dejar todo esto.

Teótimo.—Aquí está Teodoro.

Teodoro.—No harás nada de eso, Aristeo. La verdad vale más que las cebollas y las coles, es un excelente maná.

Aristeo.—Muy excelente, lo confieso. Pero a veces parece muy vacío y poco sólido. Yo no encuentro gran gusto en él, y tú quieres que cada día se recoja nuevo maná. Esto no es muy agradable.

Teodoro.—Pues, bien, Aristeo, pasaremos esta jornada como los judíos su sábado. Quizá ayer trabajaste para dos días.

Aristeo.—Ciertamente, Teodoro, trabajé mucho, pero no recogí nada.

Teodoro.—Te dejé sin embargo en camino de sacar consecuencias. Como lo hubieses seguido, deberías tener tus dos medidas bien llenas.

Aristeo.—¿Qué medidas, dos gomor? Da pues, más cuerpo a tus principios si quieres que yo llene estas medidas. Hazlos más sensibles y palpables. Se me escapan de entre los dedos; el menor calor los funde; y después de haber trabajado mucho, encuentro que no tengo nada.

Teodoro.—Tú te nutres, Aristeo sin notarlo. Estos principios que pasan por tu espíritu y que se escapan de él, dejan siempre en él alguna luz.

Aristeo.—Es verdad; lo reconozco. Pero ¡comenzar de nuevo todos los días y dejar allá mi alimento ordinario! ¿No podrías hacernos más sensibles los principios de tu Filosofía?

Teodoro.—Temo que con eso lleguen a ser menos inteligibles. Créeme, Aristeo, los hago siempre lo más sensibles que puedo. Pero temo echarlos a perder. Está permitido encarnar la verdad para acomodarla a nuestra debilidad natural, y para sostener la atención del espíritu, que no encuentra asidero en lo que no tiene cuerpo. Mas es preciso siempre, que lo sensible nos conduzca a lo inteligible, que la carne nos conduzca a la Razón, y que la verdad aparezca tal como es, sin ningún disfraz. Lo sensible no es lo sólido. Solamente la inteligencia puede, por su evidencia y su luz, alimentar inteligencias. Tú lo sabes. Trata de acordarte bien de ello, y de seguirme.

Aristeo.—¿De qué quieres hablar?

Teodoro.—De la Providencia general o de la conducta ordinaria que Dios observa en el gobierno del mundo.

Has comprendido, Aristeo y aun olvidado quizá, que el Ser infinitamente perfecto aunque bastándose a Sí mismo, ha podido tener el designio de formar este Universo; que lo ha creado pa-

ra Él, para su propia gloria; que ha puesto a Jesucristo a la cabeza de su obra, a la entrada de sus designios o de sus procedimientos, a fin de que todo fuese divino; que no ha debido emprender la obra más perfecta posible, sino solamente la más perfecta que pudiese ser producida por los procedimientos más sabios o más divinos; de suerte que cualquier otra obra producida por cualquier otro procedimiento, no pueda expresar más exactamente las perfecciones que Dios posee, y que se gloría de poseer. He aquí pues, al Criador, dispuesto, a salir, por decirlo así, de Sí mismo, fuera de su Santuario eterno; dispuesto a ponerse en marcha por la producción de las criaturas. Veamos algo de su magnificencia en su obra; mas sigámosle de cerca en los majestuosos pasos de su conducta ordinaria.

En cuanto a la magnificencia en su obra, resplandece en ella por todas partes. A cualquier lado que dirijamos los ojos en el Universo, vemos una profusión de prodigios. Y si cesamos de admirarlos, es ciertamente que dejamos de considerarlos con la atención que merecen. Pues los astrónomos que miden el grandor de los astros, y que desearían mucho, saber el número de las estrellas, se admiran tanto más, cuanto más sabios llegan a ser. Otras veces, el sol les parecía grande como el Peloponeso (1), pero hoy, los más hábiles lo encuentran un millón de veces mayor que la tierra. Los antiguos no contaban más que mil veintidós estrellas; pero nadie hoy se atreve a contarlas. Dios mismo nos había dicho en otro tiempo que ningún hombr sabría jamás el número de ellas; pero la invención de los telescopios, nos obliga ahora a reconocer que los catálogos que de ellas poseemos son muy imporfectos. No contienen sino las que se descubren sin antojos, y ciertamente es el menor número. Aun creo, que hay muchas más que jamás se descubrirán, que visibles hay por los mejores telescopios; y sin embargo es muy verosímil que un número muy considerable de estas estrellas, no ceda ni en grandor ni en majestad a este vasto cuerpo que aquí abajo nos parece el

(1) Hoy la Morea

más luminoso y bello. ¡Cuán grande es pues, Dios en los cielos! ¡Cuán elevado en la profundidad de estos! ¡Cuán magnífico en el brillo de los mismos! ¡Qué sabio es, qué poderoso, en los regulados movimientos de ellos!

II. Mas dejemos lo grande, Aristeo. Nuestra imaginación se pierde en estos espacios inmensos que no nos atreveríamos a limitar, y que tememos el dejar sin límites. ¡Cuántas obras admirables sobre la tierra que habitamos, sobre este punto imperceptible a los que no miden más que los cuerpos celestes! Pero esta tierra que los Señores Astrónomos tienen por nada, ¡es todavía demasiado vasta para mí! yo me encierro en tu parque. ¡Qué de animales, de pájaros, de insectos, de plantas, de flores y de frutos!

El otro día que yo estaba tendido a la sombra, se me ocurrió observar la variedad de las hierbas y de los animalitos que encontraba bajo mis ojos. Conté, sin cambiar de sitio, más de veinte clases de insectos en un espacio muy pequeño, y por lo menos otras tantas plantas diversas. Tomé uno de estos insectos cuyo nombre no lo sé, ni quizá tenga nombre, pues los hombres quedan diferentes nombres, y con frecuencia demasiado magníficos a lo que sale de sus manos, no creen, que deben nombrar solamente, las obras del Criador, las cuales no saben admirar, tomé, repito, uno de estos insectos, lo consideré atentamente y no temo decirte de él lo que Jesucristo asegura de los lechos campestres: que Salomón en toda su gloria no tenía tan magníficos ornamentos. Después que hube admirado por algún tiempo esta pequeña criatura tan injustamente despreciada, y hasta tan indigna y cruelmente tratada por los otros animales a quienes, parece sirve de pasto, me puse a leer un libro que tenía sobre mí y encontré una cosa muy sorprendente: que existe en el mundo un número infinito de insectos por lo menos un millón de veces más pequeños que el que acababa de considerar, diez mil veces más pequeños que un grano de arena (1).

(1) Carta de mr. Leeuwenhoeck a M. Wren.

¿Sabes tú Aristeo, cuál es la tasa o medida de que se sirven los que quieren expresar la pequeñez de estos átomos vivientes, o si quieres su grandor, pues aunque sean pequeños con relación a nosotros, no dejan de ser muy grandes con relación a otros? Es el diámetro del ojo de estos animalitos domésticos, que han mordido tanto a los hombres, que han forzado a estos a honrarlos con un nombre. Por esta tasa, pero reducida a pies y a pulgadas, pues entera es demasiado grande; por las partes de esta nueva tasa, repito, es como estos observadores de las curiosidades de la naturaleza miden los insectos que se encuentran en los líquidos, y como demuestran por los principios de la Geometría, que se descubre una infinidad de ellos que son mil veces por lo menos más pequeños que el ojo de una pulga ordinaria. No te choque esta medida, es una de las más exactas y comunes. Este animalito se ha hecho conocer bastante, y se le puede encontrar en toda estación. Estos filósofos se alegran mucho, de que en todo tiempo se puedan verificar los hechos que ellos apuntan, y que se juzgue con certeza de la multitud y de la delicadeza de las obras admirables del Autor del Universo.

Aristeo.—Esto me sorprende un poco. Pero, díme, Teodoro, estos animales imperceptibles a nuestros ojos, y que aparecen casi como átomos con buenos microscopios, ¿son los más pequeños? ¿No habría todavía muchos otros que eternamente escaparán a la indnstria de los hombres? Quizá los más pequeños que se hayan visto nunca, son a los otros que jamás se verán, lo que el elefante es al mosquito. ¿Qué te parece?

Teodoro.—Nos perdemos, Aristeo, tanto en lo pequeño como en lo grande. No hay nadie que pueda decir que ha descubierto, en fin, el más pequeño de los animales. Otras veces era el arador, pero hoy, este pequeño arador ha llegado a ser monstruoso por su tamaño. Cuanto más se perfeccionan los microscopios, se persuade uno más de que la pequeñez de la materia no limita la sabiduría del Criador, y que Él forma de la nada misma, por así decir, de un átomo que no cae bajo nuestros sentidos, obras que están fuera del alcance de la imaginación, y muy lejos, aun

do las más vastas inteligencias. Voy a hacértelo comprender.

III. Cuando se está bien convencido, Aristeo, de que esta variedad y sucesión de bellezas que exorna el Universo, no es sino una consecuencia de las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos, que pueden reducirse todas a esta ley tan simple y natural, que dice, que los cuerpos movidos o comprimidos se mueven siempre del lado que son menos empujados; y que serían movidos con velocidades recíprocamente proporcionales a sus masas si la elasticidad no introdujese ningún cambio. Cuando, se está bien persuadido, repito, de que todas las figuras o modalidades de la materia no tienen otra causa que el movimiento, y que el movimiento se comunica según algunas leyes tan naturales y simples, que parece que la naturaleza no obra más que por una ciega impetuosidad, se comprende claramente que no es la tierra la que produce las plantas, y que no es posible que la unión de los dos sexos forme una obra tan admirable como es el cuerpo de un animal. Se puede creer muy bien que las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos bastan para desenvolver y hacer crecer las partes de los cuerpos organizados. Pero no puede uno persuadirse de que ellas puedan formar jamás una máquina tan compuesta. Se ve, si no se quiere recurrir a una providencia extraordinaria, que es una necesidad el creer que el germen de una planta contiene en pequeño a la planta que engendra; y que el animal encierra en sus entrañas al que debe salir de ellas. Aun se comprende que es necesario que cada semilla contenga toda la especie que puede conservar; que cada grano de trigo, por ejemplo, contiene en pequeño la espiga que empuja al exterior, cada grano de la cual encierra de nuevo su espiga, cuyos granos todos pueden ser siempre fecundos lo mismo que los de la primera espiga. Ciertamente no es posible que las solas leyes de los movimientos, puedan ajustar unas con otras, y con relación a ciertos fines, un número casi infinito de partes organizadas, que son lo que se llama un animal, o una planta. Es mucho, que estas leyes simples y generales sean suficientes para hacer crecer insensible-

mente, y que a su tiempo aparezcan todas estas admirables obras que Dios ha formado en los primeros días de la creación del mundo. No es sin embargo que el animalito, o el germen de la planta tenga entre todas sus partes, precisamente la misma proporción de tamaño, solidez, figura, que los animales y las plantas; sino que todas las partes esenciales a la máquina de los animales y de las plantas están tan sabiamente dispuestas en sus gérmenes, que con el tiempo, y a consecuencia de las leyes generales del movimiento, deben tomar la figura y la forma que observamos en ellas. Supuesto esto.

VI. Concibe, Aristeo, que una mosca, tiene tantas y acaso más partes organizadas, que un caballo o que un buey. Un caballo no tiene más que cuatro patas y una mosca tiene seis, teniendo además, alas, cuya estructura es admirable. Tú sabes cómo está formada la cabeza de un buey. Pues, mira algún día la de una mosca al microscopio, y compara la una con la otra; verás que no te engaño. Concibe, además que una vaca no produce al año más que uno o dos terneros, y que una mosca da nacimiento a un enjambre que contiene más de mil moscas; pues cuanto más pequeños son los animales, son más fecundos. Y quizá sabes que hoy las abejas ya no tienen Rey a quien honrar, sino solamente una Reina a la que acarician, y que produce sola todo un pueblo. Trata pues ahora de imaginarte la pequeñez asombrosa, la delicadeza admirable de todas las abejas, de mil cuerpos organizados que la abeja madre lleva en su seno. Y aunque se asuste tu imaginación, no creas que la abeja se forma de la oruga sin estar contenida en ella, ni la oruga del huevo, pues esto es inconcebible (1).

Aristeo.—Como la materia es divisible hasta lo infinito, comprendo muy bien que Dios ha podido hacer en pequeño todo lo que vemos en grande. He oído decir que un sabio holandés había encontrado el secreto de hacer ver en los capullos de las

(1) Según M. Swammerdam, una abeja produce unas 4.000.

orugas, las mariposas que salen de allí (1). He visto con frecuencia en medio mismo del invierno, en las cebollas de los tulipanes, los tulipanes enteros con todas las partes que tienen en la primavera. Así de muy buen grado supongo que todos los granos contienen una planta, y todos los huevos un animal semejante a aquel de que han salido.

V. *Teodoro.*—Todavía no has alcanzado. Hace cerca de seis mil años que el mundo es mundo, y que las abejas producen enjambres. Supongamos pues, que estos enjambres sean de mil abejas: la primera abeja debía ser al menos mil veces mayor que la segunda, y la segunda mil veces mayor que la tercera, y la tercera, que la cuarta, siempre disminuyendo hasta la seismilésima, según la progresión de mil a uno. Esto es claro según la suposición, por la razón de que lo que contiene es mayor que lo contenido. Comprende bien, si puedes, la delicadeza admirable que tenían en la primera abeja todas las del año 1687.

Aristeo.—Esto es muy fácil. No hay sino buscar el valor exacto del último término de una progresión submilécupla, que tendría seis mil términos, el primero de los cuales expresase el tamaño natural de la mosca melíflua. Las abejas de este año eran al comienzo del mundo, mil veces, mil veces, mil veces, ni todavía, Teodoro, cinco mil novecientos noventa y siete veces mil veces más pequeñas que son hoy. Este es su justo tamaño según tus suposiciones.

Teodoro.—Te entiendo, Aristeo. Para expresar la relación del tamaño natural de la abeja con el que tenían al principio del mundo las abejas de este año 1687, supuesto que haga 6.000 años que estén creadas, no hay sino escribir una fracción que tenga por numerador la unidad, y por denominador la unidad también, pero acompañada solamente de dieciocho mil ceros. ¡Linda fracción! ¿No tienes miedo de que una unidad tan dividida y rota se disipe, y tu abeja y nada sean la misma cosa?

(1) Swammerdam, Historia de los insectos.

Aristeo.—Ciertamente no, Teodoro. Pues sé que la materia es divisible hasta lo infinito y que lo pequeño no es tal, sino en relación con lo mayor. Concibo sin trabajo, aunque mi imaginación se resista, que pudiendo lo que llamamos un átomo dividirse sin cesar, toda parte de la extensión es en un sentido infinitamente grande, y que Dios puede hacer de ella en pequeño todo lo que vemos en grande en el mundo que admiramos. Sí, la pequeñez de los cuerpos no puede detener jamás el poder divino, lo concibo claramente. Pues la Geometría demuestra que no hay unidad en la extensión, y que la materia se puede dividir eternamente.

Teodoro.—Esto está muy bien, Aristeo. Tú concibes pues, que aunque el mundo durase muchos miles de siglos, Dios ha podido formar en una sola abeja todas las que saliesen de ella, y ajustar tan sabiamente las leyes simples de las comunicaciones de los movimientos al designio que tendría de hacerles crecer insensiblemente y aparecer cada año, que su especie no acabase. ¡He aquí, cuántas obras de una delicadeza maravillosa encerradas en un espacio tan pequeño como es el cuerpo de una sola abeja! Pues sin profetizar sobre la duración incierta del Universo, hace unos seis mil años que las abejas producen enjambres. ¿Cuántas abejas crees tú, pues, que la primera abeja que Dios ha hecho, suponiendo que no haya hecho más que una, llevaba en su seno para proveer de ellas hasta aquí?

Aristeo.—Esto se puede calcular fácilmente, haciendo ciertas suposiciones. ¿Cuántas hembras quieres que produzca en cada enjambre cada abeja madre? Esto y el número de años es lo que hay solamente que determinar.

Teodoro.—No te detengas en este cómputo; es demasiado fácil. Pero lo que acabas de concebir de las abejas, piénsalo en proporción, de un número casi infinito de otros animales. Juzga, pues, del número y de la delicadeza de las plantas que estaban en pequeño en las primeras, y que se desenvuelven todos los años para hacerse ver a los hombres.

VI. *Teótimo.*—Dejemos, Teodoro, todas estas especulaciones.

Dios nos suministra bastantes obras a nuestro alcance sin que nos detengamos en las que no podemos ver. No hay animal ni planta que no indique suficientemente por su construcción admirable, que la sabiduría del Criador traspasa infinitamente nuestros límites. Y todos los años produce tal profusión de ellas, que la magnificencia y grandeza del Mismo, debe admirar e inmutar a los hombres más estúpidos. Sin salir de nosotros mismos, encontramos en nuestro cuerpo una máquina compuesta de mil resortes, y todos tan sabiamente ajustados a su fin, tan bien enlazados entre sí y subordinados unos a otros, que basta esto para abatirnos y prosternarnos ante el Autor de nuestro ser. Yo he leído hace poco un libro sobre el movimiento de los animales, que merece ser examinado (1). El autor considera cuidadosamente el juego de la máquina necesaria para cambiar de lugar. Explica exactamente la fuerza de los músculos y las razones de su situación, todo esto por los principios de la Geometría y de la Mecánica. Mas aunque no se detenga apenas sino en lo que es más fácil de descubrir en la máquina del animal, hace conocer tanto arte y sabiduría en el Que la ha formado, que llena el espíritu del lector de admiración y sorpresa.

Aristeo.- Es verdad Teótimo, que la anatomía sola, del cuerpo humano o del más despreciado de los animales, esparce tanta luz en el espíritu, y le afecta tan vivamente, que es preciso ser insensible para no reconocer al Autor.

VII. *Teodoro.*—Los dos tenéis razón. Pero por mi parte, lo que encuentro más admirable, es que Dios forma todas estas obras excelentes, o al menos las hace crecer y las desenvuelve a nuestros ojos, siguiendo exactamente ciertas leyes generales muy simples y muy fecundas que se ha prescrito. Yo no admiro tanto los árboles cubiertos de frutos y de flores, como su crecimiento maravilloso a consecuencia de las leyes naturales. Un jardinero toma una cuerda vieja, la engrasa con un higo, y la entie-

(1). Borelli, de motu animal.

rra en un surco, y algún tiempo después veo yo que todos estos granitos, que crujen bajo los dientes cuando comemos higos, han perforado la tierra, y lanzado por un lado raíces, y por el otro un plantel de higueras. He aquí lo que yo admiro: Regar los campos a consecuencia de las leyes naturales, y con un poco de agua hacer salir de la tierra bosques enteros. Unirse brutal y maquinalmente un animal a otro y perpetuar con esto la especie. Sojuzgar un pez a la hembra y esparcir la fecundidad sobre los huevos que ella pierde en el agua. Un país arrasado por el granizo, encontrarse algún tiempo después, todo renovado, todo cubierto de plantas y de sus riquezas ordinarias. Arrebatar por medio del viento los granos de las regiones libradas de la tormenta, y extenderlos con la lluvia sobre los que han sido desolados. Todo esto y una infinidad de efectos producidos por esta ley tan simple y natural, que todo cuerpo debe moverse del lado que está menos oprimido, es ciertamente lo que no se sabría admirar bastante. Nada más bello, más magnífico en el Universo, que esta profusión de animales y de plantas tal como acabamos de reconocerla. Pero, créeme, nada hay más divino que la manera como Dios llena el mundo con ellos, que el uso que Dios sabe hacer de una ley tan simple que parece que no es buena para nada.

Aristeo.—Soy de tu opinión, Teodoro. Dejemos a los astrónomos el medir el tamaño y movimiento de los astros para predecir los eclipses. Dejemos a los anatomistas descomponer los cuerpos de los animales y de las plantas para reconocer los resortes y el enlace de las partes de los mismos. Dejemos, en una palabra, a los físicos que estudien los pormenores de la naturaleza, para admirar todas sus maravillas. Detengámonos principalmente en las verdades generales de tu Metafísica. Me parece que hemos descubierto suficientemente la magnificencia del Criador en la multitud infinita de sus obras admirables; sigámosle un poco en los pasos de su conducta.

VIII. *Teodoro.*—Admirarás mucho más que admiras, Aristeo, todas las partes del Universo, o más bien la sabiduría infinita de

su Autor, cuando hayas considerado las reglas generales de la Providencia. Pues cuando se examina la obra de Dios sin relación a los procedimientos que la construyen y la conservan, ¡cuántos defectos! se ven en ella, que saltan a los ojos, y que a veces turban tan fuertemente el espíritu mismo de los filósofos, que miran esta obra, admirable, o como efecto necesario de una naturaleza ciega, o como una mezcla monstruosa de criaturas buenas y malas, que sacan su ser de un buen y de un mal Dios. Mas cuando se la compara con los procedimientos por los cuales debe gobernarla Dios, para que su conducta lleve consigo el carácter de sus atributos, todos estos defectos que desfiguran a las criaturas, no recaen sobre el Criador. Pues si hay defectos en su obra, si hay monstruos y mil y mil desórdenes, nada es más cierto que no se encuentran en su conducta. Tú lo has comprendido ya, pero hay que tratar de hacértelo comprender mejor.

IX. ¿Te acuerdas todavía bien, que yo te he demostrado (1) que es contradictorio el que ninguna criatura pueda mover una arista por su propia eficacia?

Aristeo.—Sí me acuerdo, Teodoro, y estoy convencido de ello. Solamente el Criador de la materia puede ser el motor de la misma.

Teodoro.—No hay, pues, nadie más que el Criador que pueda producir algún cambio en el mundo material, puesto que todas las modalidades posibles de la materia no consisten sino en las figuras sensibles o insensibles de sus partes, y que todas estas figuras no tienen otra causa que el movimiento.

Aristeo.—No comprendo demasiado bien lo que me dices. Temo la sorpresa.

Teodoro.—Te he probado, Aristeo (2), que la materia y la extensión no eran más que una sola cosa; acuérdate. Sobre esta su-

(1) VII. Conv.

(2) I. Conv. número 2, III. Conv. números 11 y 12.

posición, o más bien sobre esta verdad, razono yo. Pues no es necesario sino extensión para hacer un mundo material, o al menos, completamente semejante al que habitamos nosotros. Si no tienes ahora las mismas ideas que yo, sería en vano que hablásemos juntos.

Aristeo.—Recuerdo bien que me has probado que la extensión era un ser o una substancia y no una modalidad de substancia, por la razón de que se podía pensar en ella sin pensar en otra cosa. Pues en efecto, es evidente que todo lo que puede percibirse solo, no es una manera de ser, sino un ser o una substancia. Solamente por este camino es como pueden distinguirse las substancias de sus modalidades. Estoy convencido de ello. Pero siempre se me ocurre preguntar si la materia no sería otra substancia distinta de la extensión.

Teodoro.—Es otra palabra, pero no es otra cosa, con tal que por la materia entiendas aquello de que está compuesto el mundo que habitamos. Pues está en verdad compuesto de extensión, y no creo que tú pretendas que el mundo material esté compuesto de dos substancias. Habría una de ellas inútil, y yo pienso que ésta sería la tuya, pues no veo que de la misma se pueda hacer nada muy sólido. ¿Cómo se haría una mesa, sillas, un mueblaje, de tu materia, Aristeo? Un mueble tal sería muy raro y precioso. Pero dame extensión y no hay nada que no haga yo de ella por medio del movimiento.

Aristeo.—Esto es lo que yo no comprendo muy bien Teodoro.

X. *Teodoro.*—Es sin embargo muy fácil, con tal que se juzgue de las cosas por las ideas que las representan, y no se detenga uno en los prejuicios de los sentidos. Concibe, Aristeo, una extensión indefinida. Si todas las partes de ésta extensión conservan entre sí la misma relación de distancia, eso no será más que una gran masa de materia. Pero si se introduce allí el movimiento, y sus partes cambian incesantemente de situación unas con respecto a otras, son introducidas una infinidad de formas, quiero decir una infinidad de figuras y de configuraciones. Llamo *figura* a la forma de un cuerpo bastante grande para hacerse sentir; y

configuración, a la figura de las partes insensibles de que están compuestos los grandes cuerpos.

Aristeo.—Sí, ya tenemos toda clase de figuras y de configuraciones. Pero acaso no son éstas todos estos diferentes cuerpos que vemos. Los cuerpos que tú haces con tu extensión completamente sola, no difieren sino accidentalmente; pero la mayor parte de los que vemos difieren quizá esencialmente. La tierra no es el agua, una piedra no es pan. Pero me parece que no podrías hacer con tu extensión sola más que cuerpos de una misma especie.

Teodoro.—¡Cómo vuelven los prejuicios de los sentidos!... Una piedra no es pan, es verdad. Pero dime ¿es la harina trigo, es el pan harina? la sangre, la carne, los huesos, ¿son pan, son hierba? ¿Son estas cosas, cuerpos de la misma, o de diferente especie?

Aristeo.—¿Por qué me preguntas esto? ¿Quién no ve que el pan, la carne, los huesos, son cuerpos esencialmente diferentes?

Teodoro.—Es que con el trigo se hace harina, con la harina pan, y con el pan carne y huesos; siempre la misma materia. Luego si a pesar de eso convienes en que todos estos cuerpos son de diferente especie ¿por qué no quieres que con una misma extensión se pueda hacer cuerpos esencialmente diferentes?

Aristeo.—Es que tus figuras y tus configuraciones son accidentales a la materia y no cambian la naturaleza de la misma.

Teodoro.—Es verdad, la materia permanece siempre materia, cualquier figura que se le dé; pero se puede decir que un cuerpo redondo no es de la misma especie que uno cuadrado.

Aristeo.—De modo, que si yo tomo cera y le cambio la figura ¿no será ya la misma cera?

Teodoro.—Será la misma cera, la misma materia, pero se puede decir que no será el mismo cuerpo, pues, ciertamente, lo que es redondo no es cuadrado. Quitemos los equívocos. Es esencial al cuerpo redondo que todas las partes de su superficie estén igualmente alejadas de la que forma el centro; pero no le es esencial que las partes interiores o insensibles tengan tal o cual configuración. Del mismo modo, es esencial a la cera que las

partículas de que está compuesta tengan una determinada configuración; pero no se le cambia, cualquier figura que se dé a su masa. En fin, es esencial a la materia ser extensa, pero no le es esencial, el tener tal figura en su masa, ni tal configuración en las partes insensibles que la componen. Fíjate ¿qué ocurre al trigo cuando pasa bajo la muela? ¿Qué sucede a la harina cuando se la hace pasta y cuece? Es claro que se cambia la situación y configuración de las partes insensibles de los mismos, así como la figura de su masa; y no comprendo que pueda alcanzarles cambio más esencial.

XI. *Aristeo.*—Se pretende, Teodoro, que les sobreviene además, una forma substancial.

Teodoro.—Lo sé que se pretende eso. Pero no veo nada más accidental a la materia que esta quimera. ¿Qué cambio puede esto producir en el trigo que se muele?

Aristeo.—Solamente el hacerlo harina.

Teodoro.—¿De modo que sin esto, el trigo bien molido no sería reducido a harina?

Aristeo.—Pero acaso la harina y el trigo no son esencialmente diferentes. Acaso son dos cuerpos de la misma especie.

Teodoro.—¿Y la harina y la pasta no son más que una misma especie? Fíjate, la pasta no es más que harina y agua bien mezcladas. ¿Piensas tú que a fuerza de amasar no se pueda hacer pasta sin auxilio de una forma substancial?

Aristeo.—Sí, pero sin ella no se puede hacer pan.

Teodoro.—Luego una forma substancial es la que cambia la pasta en pan. Ya hemos llegado. Pero ¿cuándo sobreviene esta forma a la pasta?

Aristeo.—Cuando el pan está cocido, bien cocido.

Teodoro.—Es verdad, pues el pan pastoso no es propiamente pan. Esto no tiene todavía otra forma substancial que la del trigo, o de la harina, o de la pasta, pues estos tres cuerpos son de la misma especie. Pero si la forma substancial dejase de venir, ¿no sería pan la pasta bien cocida? Ahora bien, esta forma no viene, sino cuando la pasta está bien cocida. Luego tratemos de pasar

sin ella. Pues, en fin; es muy difícil sacarla a propósito del poder de la materia; no sabe uno cómo arreglarse.

Aristeo.—Veo, Teodoro, que quieres divertirte; pero que no sea a mi costa, pues te declaro que he mirado siempre estas pretendidas formas como ficciones del espíritu humano. Dime, más bien, de qué procede que tanta gente haya llegado a esta opinión.

Teodoro.—Es que los sentidos conducen naturalmente a ella. Como tenemos sentimientos esencialmente diferentes con ocasión de los objetos sensibles, somos llevados a creer que estos objetos difieren esencialmente. Y esto es verdad en un sentido, pues las configuraciones de las partes insensibles de la cera son esencialmente diferentes de las del agua. Pero como no vemos estas partículas, su configuración, su diferencia, juzgamos que las masas que componen, son substancias de diferente especie. Ahora bien, la experiencia nos enseña que en todos los cuerpos hay un sujeto común, puesto que se hacen los unos de los otros. Concluímos, pues, que es preciso que haya algo que dé lugar a la diferencia específica entre ellos; y es esto lo que nosotros atribuímos a la forma substancial.

XII. *Aristeo.*—Comprendo bien, Teodoro, que este gran principio que has demostrado tan extensamente en nuestras conversaciones precedentes (1), es muy necesario, a saber: que no hay que juzgar de la naturaleza de los cuerpos, por los sentimientos que excitan en nosotros, sino solamente por la idea que los representa, y sobre la cual han sido todos formados. Nuestros sentidos son testigos falsos, que no hay que escuchar más que acerca de los hechos. Nos marcan confusamente la relación que los cuerpos que nos rodean tienen con el nuestro, y esto, lo suficientemente bien para la conservación de la vida; pero no hay nada exacto en sus declaraciones. Sigamos siempre este principio.

Teodoro. Sigámosle, Aristeo, y comprendamos bien que todas las modalidades de la extensión no son ni pueden ser más

(1) Conversaciones III. IV. V.

que figuras, configuraciones, movimientos sensibles o insensibles, en una palabra, relaciones de distancia. Una extensión indefinida sin movimiento, sin cambio de relación de distancia entre sus partes, no es pues sino una gran masa de materia informe. Que el movimiento se introduzca en esta masa, y mueva las partes de la misma de una infinidad de maneras; he aquí pues una infinidad de cuerpos diferentes. Porque, fíjate, es imposible que todas las partes de esta extensión cambien igualmente de relación de distancia con respecto a todas las demás; la causa pues, de esto, es como no se puede concebir que las partes de la extensión se muevan, sin que se descubra en ella una infinidad de figuras o de cuerpos diferentes. Tu cabeza por ejemplo, conservando con tu cuello y las demás partes de tu cuerpo la misma relación de distancia, todo esto no forma más que un cuerpo. Mas como las partes del aire que te rodean se mueven diversamente sobre tu rostro, y sobre el resto de tu máquina, este aire no forma cuerpo contigo. Considera cada parte de las fibras de tu cuerpo, y concibe que la relación de distancia que tiene tal o cual parte determinada con tal o cual de sus vecinas, no cambia, o cambia muy poco; y que la relación de distancia que tiene con multitud de otras de sus vecinas cambia sin cesar; con esto construirás una infinidad de canalitos en los que circularán los humores. Tal o cual parte de una fibra de tu mano, no se aleja de otra parte vecina de la misma fibra, sino que cambia sin cesar de situación con relación a los espíritus, a la sangre, a los humores, y a un número infinito de corpúsculos que vienen a tocarla al pasar, y que se escapan contínuamente por los poros que deja en nuestra carne el entrelezamiento de nuestras fibras. Esto es lo que hace que tal parte o tal fibra sea precisamente lo que es. Considera, pues, en tu espíritu todas las partes de que están compuestas tus fibras. Compáralas unas con otras, y con los humores fluidos de tu cuerpo, y verás sin trabajo lo que quiero hacerte comprender.

Aristeo.—Te sigo, Teodoro. En verdad que nada más claro que, todas las modalidades posibles de la extensión no son sino

relaciones de distancia, y que, solamente por la variedad del movimiento y del reposo de las partes de la materia, es como se produce esta variedad de figuras o de cuerpos diferentes que admiramos en el mundo. Cuando se juzga de los objetos por los sentimientos que de ellos se tiene, se encuentra uno en todos los momentos en un gran apuro; pues con frecuencia se tienen sentimientos esencialmente diferentes de los mismos objetos, y sentimientos semejantes de substancias muy diferentes. La referencia de los sentidos es siempre oscura y confusa. Hay que juzgar de todas las cosas por las ideas que representan su naturaleza. Si consulto a mis sentidos, la nieve, el granizo, la lluvia, los vapores, son cuerpos de diferente especie. Mas consultando la idea clara y luminosa de la extensión, concibo bien, me parece, que un poco de movimiento puede reducir el hielo a agua, y aun a vapor, sin cambiar la configuración de las partículas de que están compuestos estos cuerpos. Concibo también, que cambiando su configuración, no hay nada que no se pueda hacer de ellas. Pues, ya que todos los cuerpos no difieren esencialmente entre sí más que por el tamaño, la configuración, el movimiento y el reposo de las partes insensibles de que sus masas están compuestas, es evidente que para hacer oro, por ejemplo, con plomo, o con todo lo que quieras, no hay sino dividir o más bien unir las partículas del plomo, y darles el tamaño y la configuración esencial a las partículas del oro, y que hacen que tal materia sea oro. Esto se concibe sin trabajo. Pero yo creo no obstante, que los que buscan la piedra filosofal, reducirán su oro a cenizas o humo, antes que conseguir hacer nuevo oro.

Teodoro.—En verdad, Aristeo. Pues ¿quién sabe cuál es el tamaño y la configuración de las partículas de este metal tan buscado? Mas aunque esto sea conocido ¿quién sabe cómo son configuradas las partículas del plomo o de la plata viva? Pero, concedamos aún, a estos operadores que trabajan ciegamente al azar, que tres partes de plata viva unidas de determinada manera, formen exactamente una de estas partículas de que está compuesto el oro; los desafío a unir estas tres partes con tanta

exactitud, que ya no formen más que una, semejante a las del oro. Ciertamente, la materia sutil, que se abre paso por todas partes, les impedirá unirlas exactamente. Quizá fijarán ellos el mercurio, pero tan mal, tan imperfectamente, que no podrá sentir el fuego sin evaporarse. Que lo fijen, sin embargo, de manera que resista las pruebas; ¿qué será? Un metal nuevo, más bello que el oro, consiento en ello, pero quizá muy despreciado. Las partes de la plata viva estarán unidas 4 a 4, 5 a 5, 6 a 6. Pero por desgracia era necesario que no lo estuviesen más que tres a tres. Estarán unidas en un sentido, en vez de estarlo en otro. Dejarán entre sí ciertos vacíos que le quitarán de su peso, y que le darán un color que no agradará. Los cuerpos, Aristeo, se cambian fácilmente en otros, cuando no es necesario que sus partes insensibles cambien de configuración. Los vapores se cambian fácilmente en lluvia; es que basta para esto que aquellas disminuyan su movimiento, y que se unan imperfectamente muchas juntas. Y por análoga razón, no hay necesidad más que de un viento frío para endurecer la lluvia en granizo. Mas para cambiar el agua, por ejemplo, en todo lo que se forma de ella en las plantas, además del movimiento, sin el cual no se hace nada, se necesitan moldes hechos expresamente para coagular y unir de tal y tal manera esta materia tan fluida.

Teótimo.—Pero Teodoro ¿en qué te detienes? Querías hablar de la Providencia, y te metes en cuestiones de Física.

Teodoro.—Gracias, Teótimo; acaso me iba a extraviar. Sin embargo, me parece que todo lo que acabamos de decir, no está muy alejado de nuestro asunto. Era preciso que Aristeo comprendiese bien, que por el movimiento es como cambian de figura los cuerpos en sus masas, y de configuración en sus partes insensibles. Precisaba, por así decir, hacerle sentir esta verdad; y creo que lo que acabamos de decir puede servir para ello. Vengamos, pues, a la Providencia.

XIII. Ciertamente, por el sol, es como Dios anima el mundo que habitamos. Por él eleva los vapores. Por el movimiento de los vapores produce los vientos. Por la contrariedad de los

vientos agrupa los vapores y los resuelve en lluvias; y por las lluvias hace fecundas nuestras tierras. Que esto sea completamente como yo te lo digo, o no sea, poco importa, Aristeo. Tú crees, al menos, por ejemplo, que la lluvia hace crecer la hierba, pues si no llueve se seca todo. Tú crees que tal hierba tiene la facultad de purgar, ésta la de alimentar, aquélla la de envenenar; que el fuego reblandece la cera, que endurece el barro, que quema la madera, que reduce a cenizas una parte de ésta, y en fin a vidrio. En una palabra, no dudas, que todos los cuerpos tienen ciertas cualidades o virtudes, y que la Providencia ordinaria de Dios consiste en la aplicación de ciertas virtudes, por las cuales produce esta variedad que admiramos en su obra. Ahora bien, estas virtudes, así como su aplicación, no consisten más que en la eficacia del movimiento, puesto que por el movimiento se hace todo. Pues es evidente, que el fuego no quema sino por el movimiento de sus partes; que no tiene la virtud de endurecer el barro sino porque viniendo las partes que aquel esparce en todos sentidos, a encontrar al agua existente en la tierra, la echan fuera por el movimiento que le comunican, y así de los demás efectos. El fuego no tiene, pues, ni fuerza ni virtud más que por el movimiento de sus partes; y la aplicación de esta fuerza sobre un determinado sujeto no procede sino del movimiento que ha transportado a este sujeto cerca del fuego. Del mismo modo...

Aristeo.—Lo que dices del fuego, lo extiendo yo a todas las causas y a todos los efectos naturales. Continúa.

XIV. *Teodoro.*—Comprendes bien, pues, que la Providencia ordinaria, se reduce principalmente a dos cosas: a las leyes de las comunicaciones de los movimientos, puesto que todo lo hace en los cuerpos el movimiento; y a la sabia combinación que Dios ha puesto en el orden de sus criaturas al tiempo de la creación de las mismas, a fin de que su obra pudiera conservarse por las leyes naturales que Él se había resuelto a seguir.

Con respecto a las leyes naturales del movimiento, Dios ha ha escogido las más simples. Ha querido, y quiere ahora todavía, que todo cuerpo movido se mueva, o tienda a moverse en

línea recta; y que en el encuentro con los demás cuerpos, no se aleje de la línea recta sino lo menos posible. Que todo cuerpo se transporte del lado hacia el cual es empujado; y si es empujado al mismo tiempo por dos movimientos contrarios, que el movimiento mayor triunfe del más débil; pero si estos dos movimientos no son contrarios, que se mueva según una línea que sea la diagonal de un paralelogramo, cuyos lados tengan recíprocamente la misma proporción que estos movimientos. En una palabra, Dios ha elegido las leyes más simples, dependientemente de este único principio: que lo más fuerte debe vencer a lo más débil; y con esta condición: que habría siempre en el Universo una cantidad igual de movimiento. Añado esta condición, porque la experiencia nos enseña que el movimiento que anima la materia, no se disipa con el tiempo por el encuentro de los cuerpos que vienen de lados opuestos; además de que siendo Dios inmutable en su naturaleza, cuanta más uniformidad se dé a su acción, más se hace que su conducta lleve consigo el carácter de sus atributos.

No es necesario, Aristeo, entrar más en el detalle de estas leyes naturales que Dios sigue en el curso ordinario de su Providencia. Que sean tales como tú quieras, importa muy poco. Sabes ciertamente, que Dios solo, mueve los cuerpos; que hace en ellos todo por el movimiento; que no les comunica el movimiento de uno a otro, sino según ciertas leyes como quiera que estas puedan ser; que la aplicación de estas leyes procede del encuentro de los cuerpos. Tú sabes que el choque de los cuerpos es, a consecuencia de la impenetrabilidad de los mismos, la causa ocasional o natural que determina la eficacia de las leyes generales. Sabes que Dios obra siempre de una manera simple y uniforme; que un cuerpo movido va siempre completamente en derecho, pero que la impenetrabilidad obliga al motor al cambio que sin embargo, no cambia sino lo menos posible, sea porque sigue siempre las mismas leyes, sea porque las leyes que sigue son las más simples que haya. Esto basta por lo que se refiere a las leyes generales de las comunicaciones de los movimien-

tos. Vengamos a la formación del Universo, y a la sabia combinación que Dios ha establecido entre todas sus partes al tiempo de la creación, para todos los siglos, y con relación a estas leyes generales; pues en eso consiste lo maravilloso de la Providencia divina. Sígueme, te ruego.

XV. Pienso, Aristeo, en una masa de materia sin movimiento; esto no es sino un bloque. Quiero hacer de ella una estatua. Un poco de movimiento me la formará al punto; pues con que sea movido lo que no le hace falta, que por el reposo, formaba cuerpo con ella, ya está hecha. Quiero que esta estatua tenga no solamente la figura de un hombre, sino que tenga asimismo sus órganos, y todas las partes que no vemos. También un poco movimiento me los formará. Pues, que la materia que rodea a aquella de que quiero, por ejemplo, hacer el corazón, se mueva, permaneciendo la demás como inmóvil; ya no formará cuerpo con el corazón. He aquí pues, formado el corazón. Puedo igualmente finalizar idealmente los demás órganos, tales como los concibo. Esto es evidente. En fin, quiero que mi estatua no tenga solamente los órganos del cuerpo humano, sino que además la masa de que está hecha se cambie en carne y hueso, en espíritu y en sangre, en cerebro, y lo demás. Todavía un poco movimiento me dará satisfacción. Pues supuesto que la carne esté compuesta de fibras de tal o cual configuración, y entrelazadas entre sí de tal o cual manera, si la materia que rellena los entrelazamientos de las fibras que yo concibo, llega a moverse, o a no tener ya la misma relación de distancia con aquella de que deben estar compuestas estas fibras, tenemos la carne; y yo concibo igualmente, que con un poco de movimiento, se puede formar la sangre, los espíritus, los vasos y todo lo demás del cuerpo humano. Pero lo que traspasa infinitamente la capacidad de nuestro espíritu, es el saber cuáles son las partes que hay que mover, cuáles son las que hay que quitar y las que hay que dejar.

Supongamos ahora, que yo quiera tomar en esta máquina semejante a la nuestra, una porción muy pequeña de materia, y

darle tal figura, tales órganos, tal configuración en sus partes como yo quiera; todo esto se ejecutará siempre por medio del movimiento y jamás podrá ejecutarse más que por él. Pues es evidente que una parte de materia que forma cuerpo con otra, no puede ser separada de ella más que por el movimiento. Así, yo concibo sin trabajo, que en un cuerpo humano puede Dios formar otro de la misma especie, mil o diez mil veces más pequeño, y en este otro, y así sucesivamente en la misma proporción de mil o diez mil por uno; y esto, todo de un golpe, dando una infinidad de diversos movimientos que Él solo conoce, a las partes infinitas de una cierta masa de materia.

Aristeo.—Lo que me dices del cuerpo humano es fácil de aplicar a todos los cuerpos organizados de los animales y las plantas.

XVI. *Teodoro.*—Pues bien, Aristeo. Concibe ahora una masa indefinida de materia tan grande como el Universo, y que Dios quiere hacer de ella una bella obra, pero una obra que subsista y cuyas bellezas todas, se conserven o perpetúen en sus especies ¿Cómo se arreglará? ¿Moverá desde luego las partes de la materia al azar, para formar de la misma el mundo, poco a poco, siguiendo ciertas leyes, o lo formará de una vez? Ten en cuenta, que el Ser infinitamente perfecto conoce todas las consecuencias de todos los movimientos que puede comunicar a la materia, cualesquiera sean las leyes de las comunicaciones de los movimientos que supongas tú.

Aristeo.—Me parece claro que Dios no moverá inútilmente la materia; y puesto que la primera impresión que puede comunicar a todas sus partes, basta para producir toda clase de obras, es seguro que no pensará formarlas poco a poco por muchos movimientos inútiles.

Teótimo.—Pero ¿qué vendrán a ser las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos si Dios no se sirve de ellas?

Aristeo.—Esto me apura un poco.

Teodoro.—¿De qué te apuras? Estas leyes no obligan todavía —más bien no existen. Pues la causa ocasional de las le-

y la de las comunicaciones de los movimientos, es el choque de los cuerpos. Ahora bien, sin causa ocasional no puede haber ley general. Luego antes de que Dios hubiese movido la materia, antes de que los cuerpos pudiesen chocarse, Dios no debía ni podía seguir las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos. Además, Dios no sigue leyes generales más que para hacer su conducta uniforme, y que lleve consigo el carácter de su inmutabilidad. Así, el primer paso de esta conducta, los primeros movimientos, no pueden ni deben ser determinados por estas leyes. En fin, sería preciso una infinidad de leyes generales, lo que haría que no tuviesen nada de generales, para poder, siguiéndolas exactamente, formar los cuerpos organizados de los animales y de las plantas. Así, la primera impresión de movimiento, que Dios ha puesto desde luego en la materia, no debiendo, ni aun pudiendo ser actualmente regulada según ciertas leyes generales, debía serlo únicamente con relación a la belleza de la obra que Dios quería formar, y que debía conservar en la sucesión de los tiempos a consecuencia de las leyes generales. Ahora bien, esta primera impresión de movimiento sabiamente distribuída, bastaba para formar de una vez los animales y las plantas, que son las obras más excelentes que Dios haya hecho de la materia, y todo el resto del Universo. Esto es evidente, puesto que todos los cuerpos no difieren entre sí más que por la figura de sus masas, y por la configuración de sus partes, y que un poco de movimiento puede hacer todo esto, como has admitido. Luego, has tenido razón para decir, Aristeo, que Dios ha hecho de golpe de cada masa de materia lo que de ella ha querido formar. Pues aunque Dios haya formado las partes del Universo las unas después que las otras, como la Escritura parece enseñárnoslo, no se deduce de aquí que haya empleado algún tiempo y seguido algunas leyes generales para conducirlas poco a poco a su perfección. *Dixit, et facta sunt.* Es que la primera impresión de movimiento ha bastado para producirlas en un instante.

XVII. *Teótimo.*—Siendo esto así, comprendo bien que es

perder el tiempo, querer explicar por los principios cartesianos o por otros análogos la Historia que la Escritura nos hace de la Creación.

Teodoro.—Seguramente, se equivoca uno, si pretende demostrar que Dios ha formado el mundo, siguiendo ciertas leyes generales de las comunicaciones de los movimientos. Mas no se pierde el tiempo en investigar lo que debe ocurrir a la materia a consecuencia de las leyes de los movimientos. Y he aquí por qué. Es que aunque Dios haya formado de una vez cada parte del Universo, ha debido tener en cuenta las leyes de la naturaleza, que quería seguir constantemente, para hacer que su conducta llevase consigo el carácter de sus atributos. Pues su obra, no hubiera en verdad, podido conservarse en su belleza, si no la hubiese proporcionado a las leyes del movimiento. Un sol cuadrado no habría podido durar largo tiempo; un sol sin luz habría llegado bien pronto a ser todo brillante. Tú, Teótimo, has leído la Física de Mr. Descartes; y tú, Aristeo, la leerás cualquier día, pues bien lo merece. Así, no es necesario que me explique más.

Sería preciso ahora examinar cuál ha debido ser esta primera impresión de movimiento, por la cual Dios ha formado de golpe el Universo para un cierto número de siglos; pues es este, por así decir, el punto de vista bajo el que quiero hacerte mirar y admirar la sabiduría infinita de la Providencia sobre la coordinación de la materia. Pero temo que tu imaginación, ya fatigada quizá por las cosas demasiado generales de que acabamos de hablar, no te dejase bastante atención para contemplar un asunto tan vasto. Pues, Aristeo, ¡cuánta sabiduría encierra este primer paso de la conducta de Dios, esta primera impresión del movimiento que Dios va a hacer! ¡Qué de relaciones, qué de combinaciones de relaciones! Ciertamente, Dios antes de esta primera impresión ha conocido claramente todas sus consecuencias, y todas las combinaciones de estas consecuencias; no solamente todas las combinaciones físicas, sino todas las combinaciones de lo físico con lo moral, y todas las combinaciones de lo natural con lo sobrenatural. Ha comparado unas con otras, todas estas conse-

cuencias con todas las consecuencias de todas las combinaciones posibles en toda clase de suposiciones. Ha comparado, digo, todo, con el designio de hacer la obra más excelente por los procedimientos más sabios y divinos. No ha descuidado nada de lo que podía hacer que su acción llevase consigo el carácter de sus atributos; y helo que sin vacilar se determina a dar este primer paso. Trata, Aristeo, de ver adonde conduce este primer paso. Ten en cuenta, que un grano de materia empujado al principio a la derecha, en vez de a la izquierda, empujado con un grado de fuerza mayor o menor, podía cambiarlo todo en lo físico, de aquí en lo moral, ¿qué digo? aun en lo sobrenatural. Piensa, pues, en la sabiduría infinita del Que ha comparado y regulado tan bien todas las cosas, que desde el primer paso que ha dado, ordena todo a su fin, y va majestuosamente, invariablemente, siempre divinamente, sin desmentirse jamás, sin jamás arrepentirse, hasta que toma posesión de este Templo espiritual que Él construye por Jesucristo, y al cual refiere todos los pasos de su conducta.

Aristeo.—Verdaderamente, tienes razón, Teodoro, para dar fin a nuestra conversación; pues nos perderíamos muy pronto en un asunto tan vasto.

Teodoro.—Piensa en él Aristeo, pues desde mañana es necesario meternos en el mismo.

Aristeo.—Si nos embarcamos en este océano, pereceremos en él.

Teodoro.—No pereceremos, con tal que no salgamos del barco que nos debe llevar. Permaneciendo en la Iglesia, siempre sumisos a su autoridad, si chocamos ligeramente contra los escollos, no naufragaremos. El hombre está hecho para adorar a Dios en la sabiduría de su conducta. Tratemos de perdernos felizmente en sus profundidades. Jamás el espíritu humano está mejor dispuesto, que cuando adora por un silencio forzado las perfecciones divinas. Pero este silencio del alma no puede suceder sino a la contemplación de lo que traspasa nuestros límites. ¡Valor pues, Aristeo! Contempla, admira, la Providencia ge-

neral del Criador. Te he colocado en el punto de vista desde donde debes descubrir una sabiduría incomprensible.

XI Conversación

Continuación del mismo asunto. De la Providencia general en la ordenación de los cuerpos, y en las combinaciones infinitamente infinitas de lo físico con lo moral, de lo natural con lo sobrenatural.

Teodoro.—¿Has hecho algunos esfuerzos de espíritu, Aristeo, para comparar la primera impresión del movimiento que Dios ha comunicado a la materia, el primero de sus pasos en el Universo, con las leyes generales de su Providencia ordinaria, y con las diversas obras que debían conservarse y desenvolverse por la eficacia de estas leyes? Pues desde esta primera impresión de movimiento es desde donde es preciso dirigir los ojos sobre la conducta de Dios. Es el punto de vista de la Providencia general; pues Dios no se arrepiente ni se desmiente jamás. ¿Has mirado, pues, desde allí, el bello orden de las criaturas, y la conducta simple y uniforme del Criador?

Aristeo.—Sí, Teodoro; pero soy demasiado corto de vista. He descubierto mucho territorio, pero tan confusamente que no sé qué decirte. Me has colocado demasiado alto. Se descubre hasta muy lejos, pero no se sabe lo que se vé. Me has remontado, por decirlo así, por encima de las nubes, y se me anda la cabeza cuando miro por bajo de mí.

Teodoro.—Pues bien. Aristeo, descendamos un poco.

Teótimo.—Pero más bajo no veremos nada.

Aristeo.—¡Ay!, Teodoro, te ruego un poco más detalle.

Teodoro.—Descendamos, Teótimo, puesto que Aristeo lo desea. Pero no olvidemos ninguno de los tres, nuestro punto de

vista, pues será necesario elevarse a él, enseguida que nuestra imaginación esté un poco asegurada, y fortificada por un detalle más sensible y más a nuestro alcance.

I. Acuérdate, Aristeo, de nuestras abejas de ayer. Es una obra admirable este animalito. ¡Cuántos órganos diferentes, cuánto orden, cuántos enlaces, cuántas relaciones en todas sus partes! No te imagines que tenga menos de éstas que los elefantes; parece que tiene más. Comprende, pues, si puedes, el número y el juego maravilloso de todos los resortes de esta pequeña máquina. La acción débil de la luz es la que afloja todos estos resortes. La sola presencia de los objetos la que determina y regula todos los movimientos de ellos. Juzga, pues, por la obra tan exactamente formada, tan diligentemente acabada de estos pequeños animales, no de su sabiduría y previsión, pues carecen en absoluto de ellas, sino de la sabiduría y previsión del Que ha reunido tantos resortes, y los ha ordenado tan sabiamente en relación con tantos objetos diversos y fines diferentes. Ciertamente, serías, Aristeo, más sabio que todos los filósofos que haya habido nunca, si supieses exactamente las razones de la construción de las partes de este animalito.

Aristeo.—Lo creo, Teodoro. Esto no se nos alcanza ya. Mas si es preciso una destreza tan grande y una inteligencia tan profunda para formar una simple abeja ¿cómo producir una infinidad de ellas encerradas todas unas en otras y por consiguiente todas más pequeñas siempre en la proporción submilécupla, puesto que una sola produce mil, y que lo continente es más grande que lo contenido? Esto aterra a la imaginación, pero ¡cuánta sabiduría reconoce el espíritu en el Autor de tantas maravillas!

Teodoro.—¿Por qué, Aristeo? Si las abejas pequeñas están organizadas como las mayores, quien concibe una grande, puede concebir una infinidad de pequeñas encerradas las unas en las otras. No es, pues, la multitud y la pequeñez de estos animalitos, todos semejantes, lo que debe aumentar tu admiración por la sabiduría del Criador. Pero tu imaginación asustada admira en pequeño lo que no se acostumbra a ver más que en grande.

Aristeo —Yo creía, Teodoro, que no podía admirar demasiado.

Teodoro.—Sí; pero no hay que admirar más que por razón. No temas; si te agrada la admiración, encontrarás de qué satisfacerla bien, en la multitud y pequeñez de estas abejas encerradas unas en otras.

Aristeo.—¿Cómo, pues?

Teodoro.—Es que no son todas semejantes.

Aristeo.—¡Me lo imaginaba! Pues, ¡qué apariencia hay de que las orugas de estas abejas, y los huevos de estas orugas, tengan tantos órganos como las abejas mismas, como lo pretendías ayer!

II. *Teodoro.* – ¡Mal imaginas, Aristeo! Pues, por el contrario, las orugas tienen todas las partes organizadas de las abejas; pero tienen además las que son esenciales a las orugas, es decir, las que son absolutamente necesarias, para que las orugas puedan buscar, devorar y preparar el jugo alimenticio de la abeja que llevan dentro y que conservan por medio de los órganos y bajo la forma de oruga.

Aristeo.—¡Ah! Entonces las orugas son más admirables que las abejas; tienen muchas más partes orgánicas.

Teodoro.—Sí, Aristeo. Y los huevos de las orugas son todavía más admirables que las orugas mismas; y así ascendiendo. De suerte que las abejas de este año, tenían muchos más órganos hace mil años, que hoy les vemos. He aquí una extraña paradoja. Pero fíjate. Es fácil de comprender que las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos son demasiado simples para construir cuerpos organizados.

Aristeo.—Es verdad; me parece así esto. Es mucho que basten para hacerles crecer. Hay gentes que pretenden que los insectos proceden de podredumbre. Pero si una mosca tiene tantas partes organizadas como un buey, me gustaría decir que este corpulento animal se podría formar de un montón de lodo, tanto como sostener que las moscas se engendran de un montón de carne podrida.

Teodoro.—Tienes razón. Pero puesto que las leyes del movimiento no pueden construir cuerpos compuestos de una infini-

dad de órganos, es pues, una necesidad, que las abejas estén encerradas en la oruga de que nacen. No pienses, sin embargo, Aristeo, que la abeja que está todavía encerrada en la oruga de que debe salir tenga entre sus partes orgánicas la misma proporción de tamaño, solidez, configuración que cuando ha salido de ella. Pues se ha observado con frecuencia que la cabeza, por ejemplo, del pollo, cuando el mismo está en el huevo, y que aparece como bajo la forma de una oruga, es mucho más grande que lo demás del cuerpo, y que los huesos no toman su consistencia sino después que las demás partes. Pretendo solamente, que todas las partes orgánicas de las abejas están formadas en sus orugas, y tan bien proporcionadas a las leyes de los movimientos, que por su propia construcción, y la eficacia de estas leyes, pueden crecer y tomar la figura conveniente a su estado, sin que Dios toque allí de nuevo, por decirlo así, por una Providencia extraordinaria. Pues en esto consiste la sabiduría incomprensible de la Providencia divina. Es lo que la puede justificar, aunque sean engendrados con frecuencia animales monstruosos; pues Dios no debe hacer un milagro para impedirles que se formen. Al tiempo de la Creación, ha construído para los siglos futuros, los animales y las plantas. Ha establecido las leyes de los movimientos necesarios para hacerles crecer. Ahora reposa, porque no hace ya más que seguir estas leyes.

Aristeo.—¡Cuánta sabiduría en la Providencia general del Criador!

Teodoro.—¿Quieres que nos elevemos un poco a nuestro punto de vista, desde donde debemos dirigir los ojos sobre las maravillas de la Providencia?

Aristeo.—Me parece que estoy en él, Teodoro. Admiro y adoro, con todo el respeto de que soy capaz, la sabiduría infinita del Criador en la variedad y la justeza incomprensible de los movimientos diversos que ha impreso al principio a esta pequeña porción de materia, en la cual, de una vez ha formado abejas para todos los siglos. ¿Qué digo, abejas!, una infinidad de orugas también, que se pueden mirar como animales de diferente especie;

que les ha suministrado en un espacio tan pequeño, un alimento insensible, por mil medios que no se nos alcanzan, todo esto con relación a las leyes del movimiento; leyes tan simples y naturales, que aunque Dios haga todo por ellas en el curso ordinario de su Providencia, parece que no toca a nada, que no se mezcla en nada, en una palabra, que reposa.

Teodoro.—Encuentras pues, Aristeo, que esta conducta es divina, y más excelente que la de un Dios que obrase en todo momento por voluntades, particulares en vez de seguir estas leyes generales; o que para descargarse del cuidado del gobierno de su obra, hubiera dado almaa todas las abejas, o mejor, inteligencias bastante esclarecidas para formar sus cuerpos, o al menos para conducirlos según sus necesidades, y regular todos sus trabajos

Aristeo.—¡Qué comparación!

III. *Teodoro.*—¡Valor pues! Aristeo; dirije los ojos más lejos. En el instante que Dios ha dado esta primera impresión de movimiento a las partes de esta pequeña porción de materia de que ha hecho abejas, o cualquier otro insecto que quieras, para todos los siglos, ¿piensas que haya previsto que cualquiera de estos animalitos que debía salir del huevo en determinado año, debía también en determinado día, determinada hora, determinadas circunstancias, hacer volver los ojos a alguno hacia el objeto de una pasión criminal; o bien venir imprudentemente a colocarse en el morro de un caballo, y hacerle realizar un movimiento fatal para el mejor principe del mundo que con eso se cae y se mata; muerte funesta y que tiene una infinidad de enojosas consecuencias? Ahora bien, para no combinar lo físico con lo moral, pues esto encierra dificultades cuya resolución depende de ciertos principios que no te he explicado, ¿piensas tú que Dios haya previsto que este insecto, por uno de sus movimientos, ha debido producir algo monstruoso o desordenado en el orden puramente material?

Aristeo.—¡Quién duda, de que Dios haya previsto todas las consecuencias de esta primera impresión de movimiento, que ha

formado en un instante en esta porción de materia, toda la especie de tal insecto! Aun ha previsto en general todas las consecuencias de los movimientos infinitos, y completamente diferentes que podía dar al principio a esta misma porción. Ha previsto además todas las consecuencias de todas las combinaciones de esta porción de materia con todas las demás, y sus diversos movimientos según todas las suposiciones posibles de tales o cuales leyes generales.

Teodoro.—Admira pues, Aristeo, adora, la profundidad de la sabiduría de Dios, que ha ajustado esta primera impresión de movimiento a esa pequeña porción de materia, después de un número infinito de comparaciones de relaciones formadas todas por un acto eterno de su inteligencia. De esta porción de materia pasa a otra y de ésta a una tercera. Recorre todo el Universo, y juzga en fin, de una sola mirada, de la sabiduría infinitamente infinita que ha regulado la primera impresión de movimiento, por la cual se ha formado todo el Universo en todas sus partes y para todos los tiempos; de tal manera que es seguramente la obra más bella que puede ser producida por los procedimientos más generales y simples; de tal manera más bien, que la obra y los procedimientos expresan mejor las perfecciones que Dios posee y que se gloría de poseer, que cualquier otra obra hecha por cualquier otro procedimiento.

Aristeo.—¡Qué de abismos, que de profundidades impenetrables! ¡Qué gran número de relaciones y de combinaciones de relaciones ha sido preciso considerar en la primera impresión de la materia, para crear el Universo, y acomodarlo a las leyes generales del movimiento que Dios sigue en el curso ordinario de su Providencia! Tú me has colocado en el verdadero punto de vista desde el que se descubre la sabiduría infinita del Criador.

Teodoro.—¿Sabes Aristeo, que todavía no ves nada?

Aristeo.—¿Cómo nada?

IV. *Teodoro.*—Mucho, Aristeo; pero como nada en relación al resto. Has dirigido la mirada sobre las combinaciones infinitamente infinitas de los movimientos de la materia. Pero combina

lo físico con lo moral, los movimientos de los cuerpos con las voluntades de los Angeles y de los hombres. Combina además lo natural con lo sobrenatural, y refiere todo esto a Jesucristo y a su Iglesia. Pues ya que es este el principal de los designios de Dios, no es verosímil que en la primera impresión que Dios ha comunicado a la materia haya descuidado ajustar su acción a la relación que los movimientos podían tener con su gran y principal obra. Comprende pues, con qué sabiduría ha sido preciso regular los primeros movimientos de la materia, si es verdad que el Orden de la naturaleza está subordinado al de la gracia, si es verdad que la muerte nos sorprende ahora a consecuencia de las leyes naturales, y que no haya nada de milagroso en que un hombre se encuentre aplastado cuando una casa se derrumba sobre él. Pues tú sabes que del dichoso o desgraciado momento de la muerte, es de lo que depende nuestra eternidad.

Aristeo.—Poco a poco, Teodoro, Dios es el Que regula este momento. Nuestra muerte depende de Él. Dios solo puede darnos el don de la perseverancia.

V. *Teodoro.*—¿Quién lo duda? Nuestra muerte depende de Dios, de muchas maneras. Depende de Dios, porque depende de nosotros. Pues está en nuestro poder el salir de una casa que amenaza ruina, y Dios es quien nos ha dado este poder. Depende de Dios, porque depende de los Angeles. Pues Dios ha dado a los Angeles el poder y la comisión de gobernar el mundo, o las afueras, por decirlo así, de su Iglesia. Nuestra muerte feliz depende de Dios porque depende de Jesucristo. Pues Dios nos ha dado en Jesucristo un Jefe que vela por nosotros, y que no permitirá que la muerte nos sorprenda desgraciadamente, si le pedimos como es debido el don de la perseverancia. Pero ¿piensas que nuestra muerte no dependa también de Dios, en el sentido de que ha regulado y producido esta primera impresión de movimiento, una de cuyas consecuencias es, que tal casa debe derrumbarse en tal tiempo y en tales circunstancias? Todo depende de Dios, por que Él es Quien ha establecido todas las causas tanto libres como necesarias, y su presciencia es tan grande,

que se sirve tan felizmente de las unas como de las otras. Pues Dios no ha comunicado al azar su poder a los espíritus; no lo ha hecho sino después de haber previsto todas las consecuencias de sus movimientos, así como los de la materia. Además, todo depende de Dios, porque ninguna de las causas puede obrar más que por la eficacia del poder divino. En fin, todo depende de Dios, porque puede por milagros interrumpir el curso ordinario de su Providencia, y aun no deja nunca de hacerlos cuando el Orden inmutable de sus perfecciones lo exige, quiero decir, cuando lo que debe a su inmutabilidad es de menor consideración que lo que debe a sus demás atributos. Pero te explicaremos todo esto más exactamente, en lo sucesivo. Comprende pues, Aristeo, que nuestra salvación está ya asegurada en el encadenamiento de las causas tanto libres como necesarias; y que todos los efectos de la Providencia general, están de tal modo enlazados unos con otros, que el menor movimiento de la materia puede, a consecuencia de las leyes generales, contribuir a una infinidad de acontecimientos considerables, y que cada acontecimiento depende de una infinidad de causas subordinadas. Admira repito, la profundidad de la sabiduría de Dios, Que, ciertamente, antes de dar su primer paso, ha comparado los primeros movimientos de la materia, no solamente con todas sus consecuencias naturales o necesarias, sino también, con mayor razón, con todas las consecuencias morales y sobrenaturales en todas las suposiciones posibles.

Aristeo.—En verdad, Teodoro, que desde el punto de vista en que me has colocado, descubro una sabiduría que no tiene límites. Comprendo clara y distintamente, que la Providencia general lleva consigo el carácter de una inteligencia infinita, y que es muy de otro modo incomprensible que se imaginan los que nunca la han examinado. *¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría, y de la ciencia de Dios! ¡Cuán impenetrables son sus juicios, e incomprensibles sus procedimientos!* Una Providencia fundada sobre una voluntad absoluta, es mucho menos digna del Ser infinitamente perfecto; lleva consigo mucho menos el carácter de los

atributos divinos, que la que está regulada por inagotables tesoros de sabiduría y de ciencia. *O altitudo, divitiarum sapientiae, et scientiae Dei ¡Quám incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viæ ejus!*

VI. *Teodoro.*—Es lo que quería hacerte ver. Descendamos ahora a algún detalle que distraiga tu espíritu, y que te haga sensible una parte de las cosas que acabas de concebir. ¿No te has divertido nunca en criar en una caja alguna oruga o algún otro insecto que se cree comúnmente se transforman en mariposa o en mosca?

Aristeo.—¡Teodoro! vas de golpe de lo grande a lo pequeño... Vienes a parar siempre a los insectos.

Teodoro.—Es que me gusta mucho que admiremos lo que todo el mundo desprecia.

Aristeo.—Cuando yo era niño, me acuerdo de haber criado gusanos de seda. Tenía gran placer en verlos hacer su capullo, y enterrarse vivos para resucitar algún tiempo después.

Teótimo.—Y yo, Teodoro, tengo actualmente en una caja con arena un insecto que me divierte, y cuya historia conozco un poco. Se le llama en latín *Formica-leo.* Se transforma en una de estas especies de moscas que tienen el vientre muy largo y que se llaman, me parece, *ninfas.*

Teodoro.—Sé lo que es, Teótimo. Pero te equivocas en creer que se transforma en *ninfa.*

Teótimo.—Lo he visto, Teodoro; este hecho consta.

Teodoro.—Y yo, Teótimo, ví el otro día un topo que se transformó en mirlo. ¿Cómo quieres tú que un animal se transforme en otro? Es tan difícil que suceda esto, como que de un poco de carne podrida se formen insectos.

Teótimo.—Te entiendo, Teodoro. La *formica-leo,* no se transforma. Se despoja solamente de sus vestidos y de sus armas. Deja sus cuernos, con los que hace su agujero, y se apodera de las hormigas que caen en él. En efecto yo les he observado estos cuernos en los sepulcros que se construyen en la arena, y de los que salen, no ya en calidad de *formica-leo,*

sino en calidad de *ninfas* bajo una forma más magnífica.

Teodoro—Eso es. La *formica-leo* y la *ninfa* no son propiamente dos animales de diferente especie. El primero contiene al segundo, o a todas las partes orgánicas de que está compuesto; pero observa que tiene además todo lo que le es necesario para atrapar su presa, para alimentarse él mismo, y para preparar al otro un alimento conveniente. Pues bien, tratemos ahora de imaginarnos los resortes necesarios a los movimientos que hace este animalito. No va sino hacia atrás en línea espiral y siempre introduciéndose en la arena; de suerte que arrojando fuera a cada pequeño movimiento que hace, la arena que coge con sus cuernos, hace un agujero terminado en punta, en el fondo del cual se oculta, siempre los cuernos entreabiertos, y dispuestos a apoderarse de las hormigas y otros animales que no pueden mantenerse sobre el declive de la fosa. Cuando se le escapa la presa, y realiza esta suficientes esfuerzos para hacerle temer perderla, la abruma y aturde a fuerza de arrojarle arena, y hace todavía de este modo más escurridiza la pendiente del agujero. Se apodera, pues, de su presa, la saca de debajo la arena, le chupa la sangre, y tomándola entre sus cuernos, la arroja lo más lejos que puede de su agujero. En fin, en medio de la arena más menuda y movediza, se construye una sepultura perfectamente redonda; la tapiza por dentro muy propiamente para morir en ella, o más bien para reposar con más comodidad; y por último, después de algunas semanas, se la ve salir toda gloriosa, y bajo la forma de ninfa, después de haber dejado muchas envolturas, y los despojos de *formica-leo*. Ahora bien, ¿cuántas partes organizadas se precisan para todos estos movimientos? ¿Cuántos canales para conducir esta sangre de que la *formica-leo* se nutre, y su ninfa? Es claro, pues, que habiéndose despojado este animal de todas estas partes en su tumba, hay muchos menos órganos, cuando aparece bajo la forma de mosca, que cuando se la ve bajo la de *formica-leo;* a no ser quizá que se quiera sostener, que a consecuencia de las leyes del movimiento, pueden construirse órganos y ajustarse entre sí. Pues pretender que Dios haya

ordenado a alguna inteligencia el proveer a la necesidad de estos insectos, conservar su especie, y formar siempre nuevas especies, es humanizar a la Providencia divina, y hacerle llevar consigo, el carácter de una inteligencia limitada.

Aristeo.—Ciertamente, Teodoro, hay una diversidad de órganos mayor en la *formica-leo* que en la mosca, y por la misma razón en el gusano de seda que en la mariposa. Pues estos gusanos dejan tambien ricos despojos, puesto que dejan una especie de cabeza, un gran número de pies, y todos los demás órganos nececesarios para buscar, devorar, digerir y distribuir el alimento propio a la forma de gusano y a la de la mariposa. Concibo asimismo que hay más arte en los huevos de los gusanos, que en los gusanos mismos. Pues supuesto que las partes orgánicas de los gusanos estén en el huevo como tú dices, es claro que el huevo entero contiene más arte que el gusano solo, y así hasta lo infinito.

Teodoro.—Quisiera que hubieras leído el libro de Mr. Malphigi sobre el gusano de seda (1), y lo que ha escrito sobre la formación del pollo en el huevo. Verías quizá, que todo lo que te digo no está sin fundamento. Sí, Aristeo, el huevo es obra de una inteligencia infinita. Los hombres no encuentran nada en un huevo de gusano de seda, y en un huevo de pollo no ven sino clara y yema, y quizá los cordones, los toman todavía por el germen del pollo. Pero...

Aristeo.—¡El germen del pollo! ¿No es esto lo que primero se encuentra cuando se abre el huevo, que es blanco, tiene alguna dureza, y no se come de buen grado?

Teodoro.—No, Aristeo, eso es uno de los cordones que sirve para tener la yema de tal modo suspendida de la clara, que de cualquier manera que se vuelva y tuerza el huevo, el lado de la yema menos pesado, y donde está el pollito, esté siempre en alto hacia el vientre caliente de la gallina. Hay dos de estos cor-

(1) De Bombyce.

dones que están unidos por un lado a la punta del huevo, y por el otro a la yema, uno a cada extremo.

Aristeo.—¡Vaya una mecánica admirable!

Teodoro.—En esto no hay mucha inteligencia. Pere tú comprendes siempre con ello, que es necesario más arte y destreza para formar el huevo, y todo lo que encierra, que el pollo solo, puesto que el huevo contiene al pollo, y tiene además su particular construcción.

VII. Pues bien, te ruego concibas ahora, si puedes, cuál debe ser actualmente la construcción de los órganos de los huevos o de los gusanos que serán mariposas dentro de diez mil años a consecuencia de las leyes del movimiento. Admira la variedad de los órganos de todos los gusanos o de todos los huevos que están encerrados los unos en los otros para todo este tiempo. Trata de imaginarte cuál podía ser el alimento con que los gusanos o las mariposas de hoy se alimentasen hace seis mil años. Hay una gran diferencia entre la forma de ninfa y la de *formica-leo*; pero quizá no la haya menor entre la *formica-leo*, y el huevo que la contiene; así sucesivamente. El gusano de seda se alimenta de hojas de morera, pero el gusanito encerrado en el huevo no se alimenta de nada; tiene cerca de él todo lo que le es necesario. Es verdad que no come siempre. Pero se conserva sin comer, y hace seis mil años que se conserva. Se encuentra extraño que ciertos animales pasen el invierno sin alimento. Luego, ¡qué maravilla que los gusanos de seda economicen tan exactamente el suyo, que no les falte sino precisamente cuando son bastante fuertes para romper su prisión, y las moreras han brotado tiernas hojas para suministrarles otro nuevo!...

¡Qué admirable es la Providencia, al haber encerrado, por ejemplo, en los huevos de que nacen los pollos, todo lo que necesitan para hacerles crecer, y aun para alimentarlos los primeros días después que han salido del cascarón! Pues como no saben comer todavía, y dejan caer lo que pican, la yema del huevo de la cual no se ha consumido más que la mitad, y que queda en su estómago, les nutre y fortifica. Pero esta misma Providencia apare-

ce más todavía en los huevos abandonados que los insectos esparcen por todas partes. Es necesario que la gallina incube ella misma sus huevos, o que la industria de los hombres venga con su auxilio. Pero sin que los huevos de los insectos sean incubados, no dejan estos de salir muy felizmente. El sol con su calor los anima, por decirlo así, a devorar su alimento al mismo tiempo que les prepara otro nuevo, y desde el momento que los gusanos han roto su prisión, se encuentran en la abundancia, en medio de jóvenes botones, o de hojas tiernas, adecuadas a su necesidad. El insecto a que deben su nacimiento, ha tenido cuidado de colocarlos en un sitio propio para ellos, y ha dejado lo demás al orden más general de la Providencia. Uno, pone sus huevos bajo una hoja replegada y agarrada a la rama, por miedo de que no se caiga en el invierno. Otro los pega en lugar seguro, próximo al alimento. La ninfa-*formica-leo*, va a esconderlos en la arena, y a cubierto de la lluvia. La mayor parte los esparcen por las aguas. En una palabra, todos los colocan en los lugares en que nada les falte, no por una inteligencia particular que los conduzca, sino por la disposición de los resortes de que su máquina está compuesta, y a consecuencia de las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos.

Aristeo.—Esto es incomprensible.

Teodoro.—Es verdad. Pero es bueno comprender claramente que la Providencia de Dios es absolutamente incomprensible.

VIII. *Teótimo.*—Es necesario que te refiera, Teodoro, una experiencia que he hecho. Un día, en el verano, tomé un trozo de carne del tamaño de una nuez, la encerré en una botella, y la cubrí con un pedazo de gasa. Observé, que diversas moscas venían a poner sus huevos o sus gusanos sobre esta gasa, y que desde el momento que salían del cascarón, roían la gasa, y se dejaban caer sobre la carne, que devoraban en poco tiempo. Pero como esto olía muy mal, lo arrojé todo.

Teodoro.—De este modo es como las moscas proceden de la podredumbre. Ponen sus huevos o sus gusanos sobre la carne, y vuelan de allí al punto. Estos gusanos comen, y esta carne se pu-

dre. Después que estos gusanos han comido bien, se encierran en sus saquillos, y de aquí salen ya moscas; por esto cree la generalidad de los hombres que los insectos proceden de la podredumbre.

Teótimo.—Lo que dices es cierto. Pues muchas veces he encerrado yo carne donde no había habido moscas, en una botella herméticamente cerrada, y nunca he encontrado gusanos.

Aristeo.—Pero, ¿cómo, se dice, puede suceder que se encuentren muy gordos en toda clase de frutas?

Teodoro.—Se los encuentra gordos, pero han entrado pequeños en el fruto. Busca bien y descubrirás en la cáscara, o algún agujerito, o su cicatriz. Pero no nos detengamos, te ruego, en las pruebas que se dan de qué hay animales procedentes de la podredumbre; pues son tan débiles estas pruebas, que no merecen respuesta. Se encuentran ratones en un barco recientemente construído, o en un lugar donde no había. Luego es necesario que este animal se haya engendrado de alguna podredumbre. Como si estuviese prohibido a estos animales, el buscar durante la noche lo que necesitan, y pasar por las tablas y las cuerdas a las barcas, y de aquí a las grandes embarcaciones, o como si los barcos pudieran ser construídos en otra parte que no sea la costa. No puedo comprender cómo un número tan grande de personas de buen sentido han podido caer en un error tan craso y palpable ante semejantes razones, pues ¿qué hay más incomprensible, que la afirmación de que un animal se forme naturalmente de un poco de carne podrida? Es infinitamente más fácil de concebir, que un trozo de hierro oxidado se cambie en un reloj perfectamente bueno; pues hay infinitamente más resortes y más delicados en el ratón que en el más complicado reloj.

Aristeo.—Ciertamente no se comprende que una máquina compuesta de una infinidad de órganos diferentes, perfectamente acordados entre sí, y ordenados a diversos fines, no sea más que un efecto de esta ley tan simple y natural: que todo cuerpo debe moverse del lado por donde es más empujado; pues esta ley es mucho más apropiada para destruir esta máquina, que para for-

marla. Pero no se comprende tampoco que los animales de misma especie, que se suceden unos a otros, hayan estado todos encerrados en el primero.

Teodoro.- Si no se comprende que esto suceda así, se comprende al menos, que esto no es imposible, puesto que la materia es divisible hasta lo infinito. Pero jamás se comprenderá que las leyes del movimiento puedan construir cuerpos compuestos de una infinidad de órganos. Cuesta bastante trabajo concebir que estas leyes puedan poco a poco hacerles crecer. Lo que se concibe bien, es que ellas puedan destruirlos de mil maneras. No se comprende cómo la unión de los dos sexos pueda ser causa de la fecundidad. Pero se comprende bien que esto no es imposible, en la suposición de que los cuerpos estén ya formados. Pero que esta unión sea la causa de la organización de las partes de animal, y de un determinado animal, me parece que se comprende bien que no es posible.

Aristeo.—Sin embargo, yo he oido decir, que Mr. Descartes había comenzado un tratado de la *formación del feto*, en el que pretende explicar cómo un animal se puede formar de la mezcla del germen de los dos sexos.

Teodoro.—El bosquejo de este filósofo puede ayudarnos a comprender, cómo las leyes del movimiento bastan para hacer crecer poco a poco las partes del animal. Pero que estas leyes puedan formar dichas partes, y unir a todas unas con otras, nadie lo demostrará jamás. Parece que Mr. Dercartes mismo lo ha reconocido; pues no ha conducido muy adelante sus ingeniosas conjeturas.

Aristeo.—Su empresa era un poco temeraria.

Teodoro.—Muy temeraria, si su designio era dar razón de la construcción de los animales tal como Dios los ha hecho; pues tienen una infinidad de resortes que él debía conocer, antes de buscar las causas de la formación de aquellos. Pero parece que no pensaba en esto. Pues no sería uno prudente queriendo explicar con exactitud, cómo hace un reloj un relojero, sin saber de antemano de qué partes está compuesta esta obra.

Aristeo.—Este filósofo hubiera hecho quizá mejor con explicar por las leyes de los movimientos, la generación de las plantas, que la de los animales.

IX. *Teodoro.*—En modo alguno. La empresa hubiera sido igualmente imposible. Si los granos no contuviesen en pequeño, lo que en grande vemos en las plantas, las leyes generales jamás podrían hacerlos fecundos.

Aristeo.—¿Plantas en granos, un manzano en una pepita: Cuesta siempre algún trabajo el creer que esto sea así, aunque se sepa bien que la materia es divisible hasta lo infinito.

Teótimo.—He hecho una experiencia que ha contribuído mucho a persuadirme de ello. No es, sin embargo, que crea yo que el manzano, por ejemplo, que está en el germen de la pepita, tenga poco más o menos las mismas proporciones de tamaño y de las demás cualidades, entre sus ramas, sus hojas y sus frutos, que los grandes árboles; y seguramente tampoco lo pretende Teodoro. Yo pretendo solamente que todas las partes orgánicas del manzano están formadas, y tan bien proporcionadas a las leyes del movimiento, que por su propia construcción y la eficacia de estas leyes pueden crecer sin el auxilio de una Providencia particular.

Aristeo.—Comprendo bien tu sentir; dinos tu experiencia.

Teótimo.—He tomado, Aristeo, una veintena de las habas más gruesas (1). He abierto dos o tres de ellas, y he observado que por dentro estaban compuestas de dos partes que se separan fácilmente, y que he sabido se llaman sus *lóbulos;* que el germen estaba unido a uno y a otro de éstos lóbulos; que por un lado terminaba en punta hacia afuera, y del otro se ocultaba entre los lóbulos. Esto es lo primero que he visto. He sembrado las otras habas para hacerlas germinar, y ver cómo crecen. Dos días después he comenzado a abrirlas. He continuado por espacio de unos quince días, y he observado distintamente: que la raíz esta-

(1) V. la Anatomía de las plantas de Mr. Grew y Mr. Malpighi.

ba contenida en la parte del germen que está fuera y termina en punta; que la planta estaba encerrada en la otra parte del germen que penetra entre los dos lóbulos; que la raíz misma era una planta con sus raíces en la substancia de los dos lóbulos del haba de que sacaba su alimento; que cuando había pasado a la tierra como las plantas al aire, suministraba abundantemente a la planta el jugo necesario; que en la mayor parte de los granos, la planta al crecer se introducía entre los lóbulos, que después de haber servido para el crecimiento de la raíz, se cambiaban en hojas, y ponían la planta a cubierto de las injurias del aire. Así me he persuadido de que el germen del haba contenía la raíz de la planta, y la planta misma, y que los lóbulos del haba eran el suelo donde esta plantita estaba ya sembrada, y tenía ya sus raíces. Toma, Aristeo unas cuantas de estas gruesas habas verdes, que se comen algún tiempo hace. Ábrelas delicadamente. Considéralas con atención. Verás sin microscopio una parte de lo que acabo de decirte. Descubrirás, aun las primeras hojas de la planta, en esta pequeña parte del germen que se repliega entre los dos lóbulos.

Aristeo.—Todo esto lo creo. Pero que este grano contenga la planta que veremos de aquí a veinte años, es difícil de imaginar, y no lo prueba tu experiencia.

Teótimo.—Es verdad. Pero vemos ya que la planta está en el grano. Vemos sin auxilio del microscopio, que en el invierno mismo está el tulipán en su cebolla. No podemos ver actualmente en el grano todas las partes de la planta. Pues bien, Aristeo, hay que tratar de imaginarlas. No podemos imaginar cómo están en el grano las plantas que vendrán dentro de cien años. Es necesario intentar concebirlo. Al menos eso se puede concebir. Pero no se ve que las plantas se formen únicamente a consecuencia de las leyes generales de las comunicacianes del movimiento. No puede uno imaginarse cómo puede suceder esto y menos todavía concebirlo. ¿Qué razones puede pues, haber para sostenerlo, y negar lo que Teodoro acaba de decirnos?

Aristeo.—Yo sería muy llevado a creer, que Dios conserva los

animales y las plantas por voluntades particulares, si Teodoro no me hubiese hecho observar, que quitar a la Providencia su generalidad y su simplicidad, era hacerla humana, y darle el carácter de una inteligencia limitada. Así, es preciso abandonar esta opinión, y creer que Dios por la primera impresión del movimiento que ha comunicado a la materia, la ha dividido tan sabiamente, que ha formado de un golpe, animales y plantas para todos los siglos. Esto es posible, puesto que la materia es divisible hasta lo infinito. Y esto se ha hecho así, puesto que esta conducta es más digna del Ser infinitamente perfecto, que cualquiera otra.

Teótimo.—Añade a esto, Aristeo, que la Escritura nos enseña que ahora reposa Dios, y que en principio no ha hecho solamente las plantas del primer año de la creación, sino también la semilla para todos los demás: *Germinet terra*—dijo—*herbam virentem et facientem semen, et lignum pomiferum faciens fructum, juxta genus suum*, CUJUS SEMEN IN SEMETIPSO *sit super terram* (1). Estas últimas palabras: *cujus semen in semetipso sit*, unidas a estas: *Et requievit die septimo ab omni opore quod patrarat*; denotan, me parece, que Dios, para conservar sus criaturas, no obra ya como lo ha hecho en el tiempo que las ha formado. Ahora bien, no obra sino de dos maneras, o por voluntades particulares, o por voluntades o leyes generales. Luego al presente no hace ya más que seguir sus leyes, a no ser que tenga grandes razones que le obliguen a interrumpir el curso de su Providencia; razones que no creo puedas encontrar en las necesidades de los animales o de las plantas.

X. *Aristeo.*—Indudablemente no. Pues aunque hubiese la mitad menos, habría demasiados. Porque, dime, Teodoro, te ruego ¿para qué sirven tantas plantas inútiles para nuestro uso, tantos insectos que nos incomodan? Estos animalitos son obra de una sabiduría infinita, lo concedo. Pero esto mismo es lo que origina la dificultad, pues ¿por qué formar tantas obras excelentes para alimentar a las golondrinas, y devorar los botones de nuestras plan-

(1) Gen, I, C. 2. 2.

tas? ¿Es, Teodoro, que el mundo no sería tan perfecto como es, si las orugas y los saltones, no viniesen a despojar a los árboles de sus frutos y de su hojas?

Teodoro.—Si juzgas Aristeo, de las obras de Dios únicamente en relación a tí, blasfemarás bien pronto contra la Providencia; formarás bien pronto extraños juicios de la sabiduría del Criador.

Aristeo.—Pero ¡qué! ¿no es para el hombre para quien Dios ha creado todo?

Teodoro.—Sí, Aristeo, para este hombre, bajo cuyos pies ha sometido Dios todo, sin exceptuar nada; para este hombre de que habla San Pablo en el segundo Capítulo de la Epístola a los Hebreos. Dios lo ha hecho todo para su Hijo, todo para su Iglesia, y su Iglesia para Él. Mas si ha hecho las pulgas para el hombre, es ciertamente para morderle y castigarlo. La mayor parte de los animales tienen su plaga particular. Pero el hombre tiene sobre ellos la ventaja, de que tiene para él solo muchas especies de plagas; tan verdad es que Dios lo ha hecho todo para él. Para devorar sus trigos ha hecho la langosta. Para sembrar sus tierras ha dado como alas a la simiente de los cardos. Para marchitar todos sus frutos es para lo que ha formado insectos de una infinidad de especies. En este sentido, si Dios no ha hecho todas las cosas para el hombre, no le falta mucho.

Fíjate, Aristeo, la presciencia de Dios es infinita. Debe ajustar a ella todos sus designios. Antes de dar a la materia esta primera impresión de movimiento que forma el Universo para todos los siglos, ha conocido claramente todas las consecuencias de todas las combinaciones posibles de lo físico con lo moral en toda clase de suposiciones. Ha previsto que el hombre en tales y tales circunstancias pecaría, y que su pecado se comunicaría a toda su posteridad a consecuencia de las leyes de la unión del alma y el cuerpo. Luego, puesto que ha querido permitir este funesto pecado, ha debido hacer uso de la presciencia y combinar tan sabiamente lo físico con la moral, que todas estas obras formasen entre sí, y por todos los siglos, el más bello acuerdo posible. Y

«nto acuerdo maravilloso consiste en parte, en este orden de justicia, que, habiéndose el hombre sublevado contra el Criador, lo que Dios preveía debía suceder, las criaturas se sublevan, por decirlo así, contra él y le castigan de su desobediencia. He aquí por qué hay tantos animales diferentes que nos hacen la guerra (1).

XI. *Aristeo.*— ¿De modo que antes de que el hombre pecase, había Dios preparado los instrumentos de su venganza? Pues tú sabes que el hombre no ha sido criado sino después de todo lo demás. Esto me parece muy duro.

Teodoro.—El hombre antes de su pecado no tenía enemigos; su cuerpo y todo lo que le rodeaba le estaba sometido; no sufría dolor contra su gusto. Era justo que Dios le protegiese por una providencia particular, o que lo encomendase a la guardia de algún Ángel tutelar para impedir las enojosas consecuencias de las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos. Si hubiese conservado su inocencia, Dios hubiera tenido siempre para él las mismas deferencias, pues jamás deja de hacer justicia a sus criaturas. Pero ¡qué! ¿no quieres tú que Dios haga uso de su presciencia, y que escoja la más sabia combinación posible entre lo físico y lo moral? ¿Querrías que un Ser infinitamente sabio no hubiese hecho que su conducta llevase consigo el carácter de su sabiduría, o que hubiese hecho al hombre y lo hubiese experimentado, antes de hacer a estas criaturas que nos incomodan; o en fin que hubiese cambiado de designio y reformado su obra después del pecado de Adán? Dios, Aristeo, no se arrepiente ni se desmiente jamás. El primer paso que da está regulado por la presciencia de todo lo que le debe seguir. ¡Qué digo? Dios no se determina a dar este primer paso, sino después que lo ha comparado no solamente con todo lo que debe seguirle, sino también con una infinidad de otros primeros pasos en una infinidad de otras suposiciones, y de otras combinaciones de todas clases de lo físico con lo moral y de lo natural con lo sobrenatural.

(1) Recherche de la Vérité, lib. 2 cap. 7. La Aclaración sobre este mismo capítulo.

Dios ha previsto, Aristeo, repito, que el hombre en tales y tales circunstancias se insubordinaría. Después de haberlo comparado todo, ha creído deber permitir el pecado. Digo permitir; pues no ha puesto al hombre en la necesidad de cometerlo. Luego, ha debido, por una sabia combinación de lo físico con lo moral, hacer que su conducta llevase consigo señales de su presciencia. Pero, ha preparado pues, dices tú, antes del pecado, instrumentos de su venganza. ¿Por qué no, puesto que ha previsto este pecado, y lo ha querido castigar? Si Dios hubiese hecho desgraciado al hombre inocente, si se hubiese servido de estos instrumentos antes del pecado, habría motivo para quejarse. Pero ¿está prohibido a un padre el tener azotes preparados para castigar a su hijo, principalmente si prevé que no dejará de desobedecerle? ¿No debe, aun mostrarle éstos azotes amenazadores, para mantenerlo en el deber? ¿Se puede dudar de que los osos y los leones hayan sido creados antes del pecado? ¿Y no basta creer que estas feroces bestias de que Dios se sirve ahora para castigarnos, respetaban en Adán su inocencia, y la Majestad divina? Pero si no encuentras bien que Dios, antes de cometido el pecado haya preparado instrumentos para castigarlo, consuélate; pues por su presciencia ha encontrado también remedio al mal, antes de que hubiese llegado. Ciertamente, antes de la caída del primer hombre, Dios tenía ya el designio de santificar su Iglesia por Jesucristo. Pues San Pablo nos enseña que Adán y Eva, eran en su matrimonio, que ha precedido al pecado, figura de Jesucristo y de su Iglesia: *Sacramentum hoc magnum est: Ego autem dico in Christo et in Ecclesia* (1); siendo el primer Adán la figura del segundo, *forma futuri*, hasta en su pecado (2). Es, Aristeo, que siendo infinita la presciencia de Dios, ella ha regulado todas las cosas. Dios ha permitido el pecado. ¿Por qué? Es que ha previsto que su obra, reparada de tal y de tal manera valdría más que la misma obra en su primera construcción. Ha establecido leyes gene-

(1) Eph. 5.
(2) Rom. 5.

rales que debían hacer que los campos se helasen y apedreasen; ha creado sanguinarias fieras y una infinidad de animales muy molestos. ¿Por qué esto? Es que ha previsto el pecado. Ha establecido una infinidad de relaciones maravillosas entre todas estas obras; ha figurado a Jesucristo y a su Iglesia en mil maneras. Es un efecto y una señal cierta de su presciencia y de su sabiduría. No encuentres mal, pues, que Dios haya hecho uso de su presciencia, y que haya desde el principio combinado sabiamente lo físico con lo moral, no para el poco tiempo que el primer hombre debía conservar su inocencia, sino en relación a él y a todos sus hijos tales como debían ser hasta el fin de los siglos. Adán no podía lamentarse de que los animales se comiesen unos a otros, rindiéndole a él, como a su Soberano, el respeto debido. Debía más bien aprender con esto, que no eran sino brutos incapaces de razón, y que Dios lo había distinguido entre todas sus criaturas.

XII. *Aristeo.*—Comprendo bien lo que me dices. Dios ha tenido buenas razones para crear grandes animales capaces de castigarnos. Pero ¿por qué tantos pequeños insectos que no nos hacen ni bien ni mal, y cuya mecánica es quizá más maravillosa que la de los grandes animales, mecánica oculta a nuestros ojos, y que no nos hace conocer la sabiduría del Criador?

Teodoro.—Sin detenerme en probarte que no hay animal por pequeño que sea, que no pueda de lo uno a lo otro tener alguna relación con nosotros, te respondo que el principal designio de Dios en la formación de estos pequeños insectos, no ha sido el hacernos por ellos ningún bien ni mal, sino exornar el Universo por obras dignas de su sabiduría y de sus demás atributos. La generalidad de los hombres desprecia a los insectos, pero hay gentes que los consideran. Parece que los Ángeles mismos los admiran. Mas aunque todas las inteligencias los descuidasen, basta que estas pequeñas obras expresen las perfecciones divinas, y hagan al Universo más perfecto en sí mismo, aunque menos cómodo para pecadores, en fin, que los criase Dios, supuesto que pudiese conservarlos sin multiplicar sus procedimientos. Pues, Dios, ciertamente ha hecho la obra más perfecta por los

procedimientos más generales y simples. Ha previsto que las leyes de los movimientos bastaban para conservar en el mundo la especie de tal insecto que quieras. Ha querido sacar de sus leyes todos los usos posibles para hacer su obra más acabada. Ha formado, pues, en principio, toda la especie de este insecto por la división admirable de una cierta porción de materia. Pues hay que tener siempre presente, que por el movimiento es como se hace todo en los cuerpos, y que en la primera determinación de los movimientos era indiferente a Dios el mover las partes de la materia en un sentido o en otro, no habiendo leyes generales de las comunicaciones de movimientos antes que los cuerpos se hubiesen chocado (1).

Aristeo,—Concibo esto, Teodoro. Un mundo lleno de una infinidad de animales pequeños y grandes, es más bello e indica más inteligencia que otro donde no hubiese insectos. Ahora bien, un mundo tal, no cuesta más a Dios, para hablar así, que otro, o no exige una Providencia más compuesta y más particular, y lleva consigo, por consiguiente, tanto como cualquier otro, el carácter de la inmutabilidad divina. No hay, pues, que admirarse de que Dios haya hecho un número tan grande de insectos.

XIII. *Teodoro.*—Lo que nosotros decimos, Aristeo, es general, y no excluye una infinidad de razones que Dios ha tenido para hacer el mundo tal como es.

Aristeo.—Es preciso que te diga, Teodoro, un pensamiento que se me ha ocurrido, cuando me hablabas de la transformación aparente de los insectos. Los gusanos se arrastran sobre la tierra; conducen en ella una vida triste y humillante; pero se hacen un sepulcro del cual salen gloriosos. Yo me he imaginado que con esto Dios quería figurar la vida, la muerte y la resurrección de su Hijo, y aun de todos los cristianos.

Teodoro.—Me alegra mucho, Aristeo, que haya venido a tu espíritu este pensamiento. Pues aunque me parece muy sólido, no me hubiera atrevido a proponértelo.

(1) Conversación X. n. 17.

Aristeo.– ¿Por qué?

Teodoro.—Es que tiene no sé qué de bajo, que desagrada a la imaginación. Además, solamente esta palabra gusano o insecto, unida a la grande idea que debemos tener del Salvador, puede provocar la burla. Pues creo que sabes que el ridículo consiste en la unión de lo pequeño a lo grande.

Aristeo.—Sí; pero lo que parece ridículo a la imaginación es, con frecuencia, muy razonable y justo. Pues a menudo es que despreciamos lo que no conocemos.

Teodoro.—Es verdad, Aristeo. El lecho campestre que nosotros descuidamos, está más magníficamente engalanado que Salomón en toda su gloria. Jesucristo no ha temido la burla, cuando ha sostenido esta paradoja. La imaginación está tan contenta como la razón, cuando se compara la magnificencia del Rey Salomón con la gloria de Jesucristo resucitado. Pero no está muy satisfecha con que se busque en la belleza de los lechos una figura del Salvador. Sin embargo, la magnificencia de Salomón no era sino obra de la mano de los hombres; pero Dios es Quien ha dado a las flores todos sus ornamentos.

Aristeo.—¿Luego, tú crees, Teodoro, que Dios ha figurado a Jesucristo tanto en las plantas como en los insectos?

Teodoro.—Yo creo, Aristeo, que Dios lo ha referido todo a Jesucristo en mil maneras diferentes; y que no solamente las criaturas expresan las perfecciones divinas, sino que son también en lo posible emblemas de su muy amado Hijo. El grano que se siembra, debe, por decirlo así, morir para resucitar y dar su fruto. Yo encuentro que es una figura natural de Jesucristo, que ha muerto para resucitar glorioso: *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert* (1).

Teótimo.—Puede uno servirse de todo lo que quiera para hacer comparaciones. Pero de aquí no se sigue que Dios haya que-

(1) Joann. 12. 24.

rido figurar a Jesucristo en todas las cosas que tienen con Él ciertas relaciones arbitrarias.

Teodoro.—Si yo no supiese (1), Teótimo, que el principal de los designios de Dios es Jesucristo y su Iglesia; que nada agrada a Dios más que por Jesucristo; que en Jesucristo y por Jesucristo subsiste el Universo, porque solamente Él lo santifica, lo saca de su estado profano, lo hace divino; yo miraría como comparaciones arbitrarias, y de todo punto bajas, lo que tengo por figuras naturales. Sí, Teótimo, creo que Dios ha tenido de tal modo en vista a Jesucristo en la formación del Universo, que, quizá, lo que hay de más admirable en la Providencia, es la relación que establece sin cesar entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo que ocurre en el mundo y lo que sucede a la Iglesia de Jesucristo.

XIV. *Aristeo.*—Ciertamente, Teótimo, que Dios ha querido figurar a Jesucristo por los cambios de los insectos; esto salta a la vista. Un gusano es despreciable e impotente; he aquí a Jesucristo despreciado: *Ego autem sum vermis, et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis* (2); helo aquí cargado de nuestras enfermedades y flaquezas: *Verè langores nostros ipse tulit* (3). Un gusano se encierra en su tumba, y resucita algún tiempo después sin corromperse. Jesucristo muere y resucita sin que su cuerpo haya estado sujeto a la corrupción. *Neque caro ejus vidit corruptionem* (4). El gusano resucitado tiene, por decirlo así, un cuerpo espiritual; no se arrastra, vuela. No se nutre ya de podredumbre; no hace sino chupar de las flores. Ya no tiene nada de despreciable; no se puede estar más magníficamente adornado. Del mismo modo, Jesucristo resucitado está colmado de gloria. Se eleva a los cielos. No se arrastra, por decirlo así, en la Judea de burgo en burgo. No está ya sujeto al desfallecimiento y a

(1) Conversación IX. n. 6.
(2) Psc. 21.
(3) Isai. 53.
(4) Act. 2. 21.

las demás enfermedades de su vida laboriosa. Gobierna a todas las naciones, y las puede hacer pedazos como a un puchero de barro. Le ha sido dado el soberano poder en el cielo y en la tierra. ¿Se puede decir que este paralelo es arbitrario? Ciertamente, es natural.

Teodoro.—Olvidas, Aristeo, relaciones muy exactas para ser descuidadas.

Aristeo.—¿Cuáles son?

Teodoro.—Estos gusanos, antes de su transformación, crecen siempre. Pero las moscas, las mariposas, y en general todo lo que vuela después de haber sido gusano, todo lo que ha sido transformado, permanece siempre en el mismo estado.

Aristeo.—Es que en la tierra se puede merecer sin cesar, y en el cielo permanece uno tal como es.

Teodoro.—He observado que los insectos no engendran, no siendo resucitados, y por decirlo así, glorificados.

Aristeo.—Tienes razón. Es que Jesucristo no ha enviado al Espíritu Santo a su Iglesia, no la ha hecho fecunda, sino después de su resurrección, y de haber entrado en posesión de su gloria. *Nondum erat, spiritus datus*, dice San Juan, *quia Jesus nondum erat glorificatus*; y Jesucristo mismo: *Expedit vobis ut ego vadam. Si enim non abiero, paraclitus non veniet ad vos. Si autem abiero, mittam eum ad vos.* Ya no me admiro de que Dios haya hecho un número tan grande de insectos.

Teodoro.—Si Dios se complace en su obra, Teótimo, es que por todas partes ve en ella a su Hijo muy amado. Pues nosotros mismos, no somos agradables a Dios, sino en tanto que somos expresiones de Jesucristo. La materia, no puede, por las modalidades de que es capaz, expresar exactamente las disposiciones interiores del alma santa de Jesús, su caridad, su humildad, su paciencia. Pero puede muy bien imitar los diferentes estados en que su cuerpo adorable se ha encontrado. Y yo pienso que la ordenación de la materia, que figura a Jesucristo y a su Iglesia, honra más el amor del Padre hacia el Hijo, que cualquiera otra ordenación honra su sabiduría y demás atributos.

Aristeo.—Acaso en las disposiciones de la materia propias para figurar a Jesucristo, es también donde hay más arte e inteligencia. Pues, que un animal vivo se construya una tumba y se encierre en ella para resucitar glorioso, ¿se puede concebir una mecánica más admirable que aquélla por la cual se ejecutan esos movimientos?

Teótimo.—Estoy completamente de tu parte. Y creo además Teodoro, que aun ha figurado Dios por las disposiciones de los cuerpos, la del alma santa de Jesús, y principalmente el exceso de su amor para su Iglesia. Pues San Pablo nos enseña (1), que esta pasión violenta del amor, que hace que se dejen con alegría a los padres por la mujer, es una figura del exceso de amor de Jesucristo para su esposa. Ahora bien, aunque los animales, rigurosamente hablando, sean incapaces de amor, expresan por sus movimientos esta gran pasión, y conservan su especie poco más o menos como los hombres. Figuran, pues, naturalmente, este amor violento de Jesucristo, que le ha llevado a derramar su sangre por su Iglesia. En efecto, para expresar fuerte y vivamente la locura de la cruz, el aniquilamiento del Hijo de Dios, el exceso de su caridad para los hombres, era preciso, por decirlo así, una pasión ciega y loca, una pasión sin mesura.

Aristeo.—Admiremos pues, la sabiduría incomprensible del Criador en las relaciones maravillosas que ha establecido entre sus obras, y no miremos como criaturas inútiles las que acaso no nos hacen bien ni mal. Hacen la obra de Dios más perfecta. Expresan las perfeciones divinas. Figuran a Jesucristo. En esto consiste su excelencia y belleza.

Teodoro.—Admiremos, Aristeo. Pero puesto que Dios no ama a sus criaturas sino en proporción de la relación que tienen con sus perfecciones, sino en tanto que son expresiones de su Hijo, seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial, y formémonos sobre el modelo que nos ha dado en su Hijo. No es bastante para los Cristianos el figurar a Jesucristo como los animales y

(1) Eph. 5.

los seres materiales, ni aun como Salomón por las afueras de una gloria deslumbrante. Es preciso imitar sus virtudes, las que Él ha practicado en su vida humilde y penosa, las que nos convienen en tanto que nos arrastramos sobre la tierra; sabiendo bien que nos está reservado una nueva vida en el cielo, de donde esperamos nuestra transformación gloriosa. *Nostra conversatio in coelis est,* dice San Pablo, *unde etiam Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum-Christum,* QUI REFORMABIT CORPUS HUMILITATIS CONFIGURATUM CORPORI NOSTRAE CLARITATATIS SUAE (1.)

XII.—Conversación.

De la Providencia divina en las leyes de la unión del alma, y el cuerpo, y que Dios nos une por ellas a todas sus obras. De las leyes de la unión del espíritu con la Razón. Por estas dos clases de leyes es como se forman las sociedades. Cómo Dios por los Ángeles distribuye a los hombres los bienes temporales, y por Jesucristo la gracia interior y toda clase de bienes. De la generalidad de la Providencia.

Aristeo.—¡Ah, Teodoro, cuán admirable es Dios en sus obras! ¡Qué de profundidades en sus designios! ¡Qué de relaciones, qué de combinaciones de relaciones ha sido preciso comparar, para dar a la materia esta primera impresión que ha formado al Universo con todas sus partes, no para un momento, sino para todos los siglos! ¡Cuánta sabiduría en la subordinación de las causas, en el encadenamiento de los efectos, en la unión de todos los cuerpos de que el mundo está compuesto, en las combinaciones infinitas no sólo de lo físico con lo físico, sino de lo físico con lo moral, y de lo uno y lo otro con lo sobrenatural!

(1) Phil. 3. 20. 21.

Teodoro.—Si la sola ordenación de la materia, si los efectos necesarios de ciertas leyes de movimiento muy simples y muy generales nos parece algo tan maravilloso ¿qué debemos pensar de las diversas sociedades que se establecen y conservan a consecuencia de las leyes de la unión del alma y el cuerpo? ¿qué juzgaremos del pueblo judío y de su Religión, y en fin, de la Iglesia de Jesucristo? ¿Qué pensaríamos, mi querido Aristeo, de la Celeste Jerusalén si tuviésemos una idea clara de la naturaleza de los materiales con que será construída esta Ciudad Santa, y pudiésemos juzgar del orden y concierto de todas las partes que la compondrán? Pues, en fin, si con la más vil de las criaturas, con la materia, ha hecho Dios un mundo tan magnífico, ¿qué obra no será el Templo del verdadero Salomón, que no estará construído sino por inteligencias? El choque de los cuerpos es el que determina la eficacia de las leyes naturales; y esta causa ocasional, completamente ciega y simple como es, produce por la sabiduría de la Providencia del Criador, una infinidad de obras admirables. ¿Cuál será pues, Aristeo, la belleza de la Casa de Dios, puesto que es una naturaleza inteligente, iluminada por la sabiduría eterna, y subsistente en esta misma sabiduría, puesto que es Jesucristo, como te diré enseguida, Quien determina la eficacia de las leyes sobrenaturales por las cuales Dios ejecuta esta gran obra? ¡Qué magnífico será este Templo del verdadero Salomón! ¿No sería tanto más perfecto que este Universo, por cuanto los espíritus son más nobles que los cuerpos, y la causa ocasional del Orden de la Gracia es más excelente que la que determina la eficacia de las leyes naturales? Ciertamente, Dios es siempre semejante a Sí mismo. Su sabiduría no está agotada por las maravillas que ha hecho. Sacará sin duda de la naturaleza espiritual, bellezas que sobrepasarán infinitamente a todo lo que ha hecho de la materia. ¿Qué piensas de esto, mi querido Aristeo?

Aristeo.—Pienso, Teodoro, que te complaces en precipitarme de unos abismos en otros.

Teodoro.—Sí, de unos abismos profundos en otros todavía más profundos. ¿Es que tú no quieres considerar más que las bellezas

de este mundo visible, más que la Providencia general del Criador, en la división de la materia, en la formación y ordenación de los cuerpos? Esta tierra que habitamos no está hecha más que para las sociedades que en ella se forman. Si los hombres son capaces de formar sociedades juntos, es para servir a Dios en una misma Religión. Todo se refiere naturalmente a la Iglesia de Jesucristo, al Templo espiritual que Dios debe habitar eternamente. Así, no hemos de detenernos en este primer abismo de la Providencia de Dios sobre la división de la materia y la ordenación de los cuerpos; hay que salir de él para entrar en un segundo, y de éste en un tercero, hasta que hayamos llegado a donde termina todo, y a donde Dios refiere todas las cosas. Pues no basta creer y decir que la Providencia de Dios es incomprensible; es preciso saberlo, es necesario comprenderlo. Y para cerciorarse bien de que es incomprensible de todas maneras, hay que tratar de tomarla en todos sentidos, y de seguirla por todas partes.

Aristeo.—Pero no acabaremos nunca la materia de la Providencia, si la seguimos hasta el Cielo.

Teodoro.—Sí, si la seguimos hasta allí. Pero la perderemos bien pronto de vista. Nos veremos obligados a pasar, Aristeo, muy ligeramente sobre lo que debería detenernos más, sea por la magnificencia de la obra, sea por la sabiduría de la conducta. Pues la Providencia de Dios sobre su Iglesia, es un abismo donde aun el espíritu iluminado por la fe no descubre casi nada. Pero entremos en materia.

I. Tú sabes, Aristeo, que el hombre es un compuesto de dos substancias, espíritu y cuerpo, cuyas modalidades son recíprocas a consecuencia de las leyes generales, que son causas de la unión de estas dos naturalezas; y no ignoras que estas leyes no son sino las voluntades constantes y siempre eficaces del Criador. Dirijamos la mirada un poco, sobre la sabiduría de estas leyes.

En el instante que se enciende una luz, o que sale el sol, extiende la luz hacia todas partes, o mejor, empuja por todas partes la materia que le rodea. Estando diversamente dispuestas

las superficies de los cuerpos, reflejan diferentemente la luz, o más bien modifican variamente la presión que causa el sol. (Imagina esto como quieras, no importa ahora. Por mí, creo que estas modificaciones de presión no consisten sino en vibraciones, o sacudidas que recibe la materia sutil por la que la roza resbalando incesantemente sobre la superficie de los cuerpos, entre ella y estos mismos cuerpos.) Todas estas vibraciones o modificaciones de presión alternativamente más y menos prontas, se extienden, o se comunican en redondo por todos lados y en un instante, a causa de que todo está lleno. Así, desde que se abren los ojos, todos los rayos de luz reflejados de la superficie de los cuerpos, y que entran por la pupila, se rompen en los humores del ojo, para reunirse en el nervio óptico. (Es una cosa admirable la mecánica del ojo, considerada con relación a la acción de la luz; pero no es en esto en lo que nos debemos detener. Los que quieran estudiar esta materia, pueden consultar la Dióptrica de Mr. Descartes.) El nervio óptico se encuentra, pues, agitado de muchas diferentes maneras, por las diversas vibraciones de presión de la materia que pasa libremente hasta él; y la agitación de este nervio se comunica hasta la parte del cerebro a que el alma está estrechamente unida. De donde, a consecuencia de las leyes de la unión del alma y el cuerpo, sucede:

II.—1. Que somos advertidos de la presencia de los objetos. Pues aunque los cuerpos sean invisibles por sí mismos, el sentimiento de color que nosotros tenemos en nosotros, y aun sin intervención nuestra con ocasión suya, nos persuade de que los vemos a ellos mismos, a causa de que la operación de Dios en nosotros no tiene nada de sensible. Y como los colores nos afectan ligeramente, en lugar de mirarlos como sentimientos que nos pertenecen, los atribuímos a los objetos. Así, juzgamos que los objetos existen, y que son blancos y negros, rojos y azules, tales, en una palabra, como los vemos.

2. Aunque las diferencias de la luz reflejada de los objetos no consisten sino en vibraciones de presión más o menos prontas, sin embargo, los sentimientos de color que responden a es-

tas vibraciones o modificaciones de la luz, tienen diferencias esenciales, a fin de que con esto discernamos más fácilmente unos de otros los objetos.

3. Así, por las diferencias sensibles de los colores, que terminan exactamente las partes inteligibles que encontramos en la idea del espacio o de la extensión, descubrimos de una ojeada una infinidad de objetos diferentes, su tamaño, su figura, su situación, su movimiento o su reposo; todo esto muy exactamente en relación a la conservación de la vida; pero por otra parte muy confusa e imperfectamente. Pues hay que recordar siempre, que los sentidos no nos son dados para descubrirnos la verdad, o las relaciones exactas que los objetos tienen entre sí, sino para conservar nuestro cuerpo, y todo lo que puede serle útil. Como todo lo que vemos, por ejemplo, no es siempre bueno o malo para la salud, y con frecuencia dos objetos diferentes pueden reflejar la luz de la misma manera, pues, ¡cuántos cuerpos hay igualmente blancos o negros!, los sentimientos de color no nos afectan, o nos inmutan poco. No sirven más bien para distinguir los objetos, que para unirnos a ellos o separarnos de los mismos. A estos objetos es a los que son referidos estos sentimientos, y no a los ojos, que reciben la impresión de la luz. Pues son siempre referidos los sentimientos a lo que es más conveniente para el bien del cuerpo referirlos. Se refiere el dolor del pinchazo, no a la espina, sino al dedo punzado. Se refiere el calor, el olor, el sabor, a los órganos y a los objetos. En cuanto al color, no es referido más que a los objetos. Es claro que todo esto debe ser así para bien del cuerpo, y no es necesario que te lo explique.

III. Aquí tienes, Aristeo, lo que aparece más simple y general en las sensaciones de los colores. Veamos un poco como se ejecuta todo esto. Pues me parece que hace falta una sabiduría infinita para ajustar este detalle de los colores, de tal manera que los objetos próximos o alejados sean vistos, poco más o menos según su tamaño. Cuando digo alejados, no pretendo que lo estén excesivamente; pues de que los cuerpos son tan pequeños o ale-

jados que ya no pueden hacernos ni bien ni mal, nos escapan.

Aristeo.—Ciertamente, Teodoro, hace falta una sabiduría infinita, para hacer, a cada abrir y cerrar de ojos, esta distribución de colores con arreglo a la idea que yo tengo del espacio, de manera que se forme en mi alma, un mundo nuevo, por decirlo así, y un mundo que se refiera bastante exactamente a aquel en que estamos. Pero dudo que Dios sea tan exacto en los sentimientos que nos da, pues sé que el sol no disminuye en proporción que se aleja del horizonte, y sin embargo me parece más pequeño.

Teodoro.—Pero al menos estás bien cierto, de que Dios es siempre exacto en hacerte ver el sol tanto más pequeño, cuanto más se aleja del horizonte. Esta exactitud, Aristeo, significa algo.

Aristeo.—Lo creo; pero ¿de qué procede esto?

Teodoro.—Es que Dios, a consecuencia de estas leyes, nos da de golpe los sentimientos de color, que nos daríamos a nosotros mismos, si supiésemos divinamente la Óptica, y conociésemos exactamente todas las relaciones que tienen entre sí las figuras de los cuerpos que se proyectan en el fondo de nuestros ojos Pues Dios no se determina a obrar en nuestra alma de tal o cual manera, sino por los cambios que tienen lugar en nuestro cuerpo. Obra en ella, como si nada supiese de lo que sucede afuera más que por el conocimiento que tiene de lo que pasa en nuestros órganos. Este es el principio; sigámosle.

Cuanto más alejado está un cuerpo, más pequeña es la imagen que del mismo se forma en el fondo del ojo. Ahora bien, cuando el sol sale o se pone, parece más alejado de nosotros que a mediodía; no solamente porque se observan muchas tierras entre nosotros y el horizonte en que está entonces, sino también porque el cielo parece casi plano. Luego la imagen del sol saliente debería ser más pequeña en el fondo de nuestros ojos, que la del sol ya nacido; ahora bien, es igual o casi igual. Luego es necesario que el sol aparezca más grande cuando está próximo al horizonte, que cuando está muy elevado.

Teótimo.—Yo he hecho una experiencia que demuestra lo que tú dices; que la razón por la que el sol parece cambiar de tamaño procede de que parece cambiar notablemente de distancia. He tomado un pedazo de cristal, que he cubierto de humo, de tal manera, que mirando al través del mismo, ya no veía más que el sol (1). Y he observado que este tamaño aparente desaparecía siempre que lo miraba al través de este cristal, porque haciendo el humo eclipsar a todos los demás objetos que están entre nosotros y el horizonte, ya no veía yo sensiblemente distancia más allá de la cual pudiese colocar el sol.

Aristeo.—¿No sería, que este cristal oscurecido por el humo no deja entrar en el ojo sino pocos rayos?

Teótimo.—No Aristeo. Pues yo he visto siempre el sol de un tamaño igual, cuando está muy elevado sobre el horizonte, lo haya mirado con este cristal, o sin él.

Aristeo.—Esto es demostrativo.

IV. *Teodoro.*—Fíjate, pues, Aristeo, que aunque tú estés persuadido de que el sol no es más pequeño a mediodía que a la tarde, lo ves sin embargo mucho más pequeño. Y juzga de esto, que el sentimiento de círculo luminoso que te representa este astro, no está determinado justamente a tal grandor, sino con relación a los colores de todos los objetos que vemos entre nosotros y él, puesto que la visión sensible de estos objetos es lo que hace creerlo alejado. Juzga también de allí, que todos los tamaños aparentes, no solamente del sol, sino en general de todo lo que vemos, deben todos estar regulados por razonamientos semejantes al que acabo de hacerte para darte razón de las diversas apariencias del tamaño del sol. Y comprende, si puedes, la sabiduría del Criador, el Cual, sin vacilar, en cuanto tus ojos están abiertos te da de una infinidad de objetos una infinidad de diversos sentimientos de color, que te marcan su diferencia y su tamaño, no proporcionados a la diferencia y tamaño de las imágenes que de ellos se forman en el fondo del ojo, sino lo que es

(1) Esto se hace pasando el cristal por encima de la llama de una bujía.

de notar, determinados por razonamientos de Óptica lo más exactos posible.

Aristeo.—Yo no admiro tanto en esto la sabiduría, la exactitud, la uniformidad del Criador, como la estupidez o el orgullo de estos filósofos, que se imaginan que el alma misma es quien se forma ideas de todos los objetos que nos rodean. Yo confieso sin embargo, que es necesario una sabiduría infinita para hacer en nuestra alma, desde que nuestros ojos se abren, esta distribución de colores que nos revela en parte cómo está hecho el mundo. Pero yo quisiera que nuestros sentidos no nos engañasen nunca, al menos en las cosas de transcendencia, ni de una manera muy grosera. El otro día que yo descendía muy ligero río abajo, me parecía que los árboles de la orilla se movían; y tengo un amigo que con frecuencia ve que todo da vueltas a su alrededor, de manera que no puede mantenerse de pie. Estas son ilusiones muy groseras e incómodas.

V. *Teodoro.*—Dios no podía, Aristeo, hacer nada mejor, queriendo obrar en nosotros a consecuencia de algunas leyes generales. Pues, recuerda el principio que acabo de decirte. Las causas ocasionales de lo que sucede al alma, no deben encontrarse sino en lo que ocurre al cuerpo, puesto que el cuerpo y el alma es lo que Dios ha querido unir mútuamente Así, Dios no debe ser determinado a obrar en nuestra alma de tal o cual manera, sino por los diversos cambios que tienen lugar en nuestro cuerpo. No debe obrar en ella, como sabiendo lo que pasa fuera sino como no sabiendo nada de lo que nos rodea sino por el conocimiento que tiene de lo que pasa en nuestros órganos. Es el principio, Aristeo, repito. ¿Imaginas que tu alma sabe exactamente todo lo nuevo que ocurre en su cuerpo, y que se da a sí misma todos los sentimientos lo más a propósito posible en relación a la conservación de la vida? Esto será justamente lo que Dios hace en ella.

Tú te paseas, pues, y tu alma tiene sentimiento interior de los movimientos que actualmente se realizan en tu cuerpo. Luego, aunque las trazas de los objetos cambien de lugar en tus ojos,

tu alma debe ver estos objetos como inmóviles. Pero tú estás en un barco. No tienes ningún sentimiento de que eres transportado, puesto que el movimiento del barco no cambia nada en tu cuerpo que pueda advertirte de ello. Debes pues ver toda la orilla en movimiento, puesto que las imágenes de los objetos cambian continuamente de lugar en tus ojos.

Del mismo modo, tú bajas la cabeza; vuelves los ojos; miras, si quieres, este campanario por debajo de tus piernas. No debes verlo vuelto la punta hacia abajo; pues aunque la imagen de este campanario estuviese invertida en tus ojos, o más bien en tu cerebro, pues los objetos se pintan siempre al revés en el fondo del ojo, tu alma, sabiendo la disposición de tu cuerpo, por el cambio que esta disposición produce en tu cerebro, debería juzgar que el campanario estaba derecho. Ahora bien, Dios, a consecuencia, repito, de las leyes de la unión del alma y el cuerpo, nos da todos los sentimientos de los objetos, de la misma manera que nuestra alma se los daría, si razonase muy exactamente sobre el conocimiento que tuviera de lo que pasa en el cuerpo, o en la principal parte del cerebro. Pero observa que el conocimiento que tenemos de la naturaleza del tamaño, o de la situación de los objetos, no nos sirve de nada para rectificar nuestros sentimientos, si este conocimiento no es sensible, y producido actualmente por algún cambio que tiene lugar actualmente en el cerebro. Pues aunque yo sepa que el sol no es mayor por la tarde y la mañana que a mediodía, no dejo de verlo más grande. Aunque sepa que la orilla es inmóvil, me parece que se mueve, sin embargo. Aunque sepa que tal medicina me es muy buena, encuentro sin embargo que es mala; y así de los demás sentimientos; porque Dios no ajusta los sentimientos que nos da, sino a la acción de la causa ocasional que ha establecido para esto, es decir a los cambios de la principal parte de nuestro cuerpo, a la cual nuestra alma está inmediatamente unida. Ahora bien, sucede a veces, que el curso de los espíritus es tan impetuoso, o tan irregular, que impide que el cambio actual de la disposición de los nervios y de los músculos se comunique hasta

esta principal parte del cerebro. Y entonces, todo da vueltas, se ve dos objetos por uno, no se puede ya conservar el equilibrio para mantenerse de pie; y es quizá lo que ocurre a tu amigo. Pero ¿qué quieres? las leyes de la unión del alma y el cuerpo son infinitamente sabias, y siempre exactamente seguidas; pero la causa ocasional que determina la eficacia de estas leyes, falta con frecuencia a la necesidad, a causa de que las leyes de las comunicaciones de los movimientos no están ya sometidas a nuestras voluntades.

Aristeo.—¡Cuánto orden y qué sabiduría hay en las leyes de la unión del alma y el cuerpo! En el momento que nuestros ojos se abren, vemos una infinidad de objetos diferentes, y sus diferentes relaciones, sin poner nada de nuestra parte. Ciertamente que no hay nada más maravilloso, aunque nadie reflexione en ello.

VI. *Teodoro.*—Dios no nos descubre solamente sus obras por este medio, sino que nos une a ellas en mil y mil maneras. Si yo veo, por ejemplo, a un niño dispuesto a caer, esta sola visión, la sola agitación del nervio óptico aflojará en mi cerebro ciertos resortes, que me harán avanzar en su auxilio, y gritar para que otros lo auxilien; y mi alma al mismo tiempo, será afectada y movida, como debe serlo, para bien del género humano. Si miro a un hombre a la cara, comprendo que está triste o alegre, que me estima o me desprecia, que quiere para mí bien o mal; todo esto por ciertos movimientos de los ojos y de los labios que no tienen ninguna relación con lo que significan. Pues cuando un perro me enseña los dientes, juzgo que está furioso. Pero aunque un hombre me los muestre, no creo que quiera morderme. La risa del hombre me inspira confianza, y la del perro me infunde temor. Los pintores que quieren expresar las pasiones, se encuentran bien apurados. Toman con frecuencia un aire o un gesto por otro. Pero cuando un hombre está animado de alguna pasión, todos los que le miran lo notan bien, aunque no noten quizá si sus labios se alzan o se bajan, si su nariz se alarga o contrae, si sus ojos se abren o se cierran. Es que Dios nos une unos con otros por las le-

yes de la unión del alma y el cuerpo; y no solamente a los hombres con los hombres, sino a cada criatura con todas las que le son útiles, a cada uno a su manera. Pues si yo veo, por ejemplo, a mi perro que me festeja, es decir, que mueve la cola, que encorva el lomo, que baja la cabeza, esta visión me enlaza a él, y produce, no solamente una especie de amistad en mi alma, sino también, ciertos movimientos en mi cuerpo, que lo unen asimismo a mí de rechazo. He aquí en lo que consiste la pasión de un hombre por su perro, y la fidelidad del perro para su amo. Es un poco de luz la que mueve ciertos resortes en dos máquinas formadas por la sabiduría del Criador, de tal modo, que puedan conservarse mútuamente. Esto es común a la una y a la otra; pero el hombre, además de la máquina de su cuerpo, tiene un alma, y por consiguiente sentimientos y movimientos que responden a los cambios que tienen lugar en su cuerpo; y el perro no es más que pura máquina, cuyos movimientos regulados a su fin, deben hacer admirar la inteligencia infinita del Que la ha construído.

Aristeo.—Comprendo, Teodoro, que las leyes de la unión del alma y el cuerpo, no sirven solamente para unir nuestro espíritu a una cierta porción de materia, sino también a todo el resto del Universo; a ciertas partes, sin embargo, mucho más que a otras, según que nos son más necesarias. Mi alma se extiende, por decirlo así, en mi cuerpo, por el placer y el dolor. Sale de él por los otros sentimientos menos vivos. Pero por la luz y los colores, se extiende por todas partes, hasta a los cielos. Aun se interesa de lo que pasa en estos. Examina los movimientos de los mismos. Se aflige o se regocija de los fenómenos que en ellos observa, y los refiere todos a sí, como teniendo derecho a todas las criaturas. ¡Qué maravilloso es este encadenamiento!

VII. *Teodoro.*—Considera más bien las consecuencias de estas leyes en el establecimiento de las sociedades, en la educación de los niños, en el progreso de las ciencias, en la formación de la Iglesia. ¿Cómo es que me conoces? Tú no ves más que mi cara, cierta disposición de materia que no es visible más que por el

color. Yo agito el aire por mis palabras; este aire hiere tu oído, y tú sabes lo que yo pienso. No son adiestrados solamente los niños, como los caballos y los perros, se les inspira también sentimientos de honor y de probidad. Tú tienes en tus libros las opiniones de los filósofos, y la historia de todos los siglos. Pero sin las leyes de la unión del alma y el cuerpo, toda tu biblioteca no sería sino papel blanco y negro, cuando más. Sigue estas leyes en la Religión ¿Cómo eres cristiano? Es que no eres sordo. Por los oídos es como se ha derramado la fe en nuestros corazones. Por los milagros que hemos visto, estamos ciertos de lo que no vemos. Por el poder que nos dan estas leyes, es como el Ministro de Jesucristo puede mover la lengua para anunciar el Evangelio, y para absolvernos de nuestros pecados. Es evidente que estas leyes sirven para todo en la Religión, en la Moral, en las Ciencias, en las Sociedades, para el bien público y para el bien particular. De suerte, que este es uno de los mayores medios de que Dios se sirve en el curso ordinario de su Providencia para la conservación del Universo y la ejecución de sus designios.

VIII. Ahora bien, yo te ruego, me digas cuántas relaciones y combinaciones de relaciones ha sido preciso descubrir para establecer estas admirables leyes, y para aplicarlas de tal manera a sus efectos, que todas las consecuencias de estas leyes fuesen las mejores, las más dignas posible de Dios. No consideres solamente estas leyes en relación al género humano. Esto está ya infinitamente más allá de nosotros. Pero ¡valor! compáralas con todas las cosas con que se relacionan por despreciables que te parezcan. ¿Por qué, por ejemplo, el trigo y la cebada no tienen como los cardos y las cerrajas, alitas para que el viento los transporte y esparza en los campos? ¿No es que Dios ha previsto que los hombres que escardan sus tierras, tendrían bastante cuidado de sembrar trigo en ellas? ¿De qué procede que el perro tenga el olfato tan fino para los olores que los animales transpiran, y no huela las flores? ¿No es que Dios ha previsto que el hombre y este animal irían juntos a caza? Si Dios al crear las plantas y los animales ha tenido en cuenta el uso que los hombres harían del poder

que tienen a consecuencia de las leyes de la unión del alma y el cuerpo, ciertamente no habrá descuidado nada para hacer que estas leyes tengan consecuencias ventajosas en la sociedad y en la Religión. Juzga pues, de la sabiduría incomprensible de la Providencia de Dios en el establecimiento de estas leyes, como de ella has juzgado en la primera impresion de movimiento que ha comunicado a la materia, cuando con la misma ha formado el Universo.

Aristeo.—El espíritu se pierde en esta clase de reflexiones.

Teótimo.—Es verdad; pero no deja de comprender que la sabiduría de Dios en su Providencia general es incomprensible de todas maneras.

IX. *Teodoro.*—Continuemos pues. El espíritu del hombre está unido a su cuerpo de tal modo que por su cuerpo está en contacto con todo lo que le rodea, no solamente con los objetos sensibles, sino con substancias invisibles; puesto que los hombres están ligados y enlazados unos con otros, tanto por el espíritu como por el cuerpo, todo ello a consecuencia de las leyes generales de que Dios se sirve para gobernar el mundo; y esto es lo maravilloso de la Providencia. El espíritu del hombre está unido también a Dios, a la Sabiduría eterna, a la Razón universal que ilumina a todas las intcligencias. Y lo está asimismo por leyes generales, de las que nuestra atención es la causa ocasional que determina la eficacia de las mismas. Las conmociones que se excitan en mi cerebro, son la causa ocasional o natural de mis sentimientos. Pero la causa ocasional de la presencia de las ideas a mi espíritu, es mi atención. Yo pienso en lo que quiero. Depende de mí, examinar el asunto de que hablamos, o cualquier otro. Pero no depende de mí, sentir placer, oir música, ver solamnto tal o cual color. Es que no estamos hechos para conocer las relaciones que tienen entre sí y con nuestro cuerpo los objetos sensibles. Pues no sería justo, que el alma para conservar la vida, estuviese obligada a ocuparse en todo lo que puede hacérnosla perder. Era preciso que ella lo discerniese por la prueba cierta y segura del instinto o del sentimiento, a fin de que pu-

diese dedicarse por entero a cumplir sus deberes para con Dios, y a investigar los verdaderos bienes, los bienes del espíritu. Es verdad que ahora nuestros sentimientos introducen el desorden y la confusión en nuestras ideas, y que así no pensamos siempre en lo que queremos. Pero esto es una consecuencia del pecado; y si Dios ha permitido este pecado, es que sabía que eso daría ocasión al sacrificio de Jesucristo, del cual sacrificio saca Él más gloria que de la perseverancia del primer hombre. Además de que, teniendo Adán todos los auxilios necesarios para perseverar, Dios no debía darle de estas gracias preventivas que no convienen más que a una naturaleza débil y flaca. Pero ahora no es tiempo de examinar las razones de la permisión del pecado.

X. Es pues nuestra atención la que es causa ocasional y natural de la presencia de las ideas a nuestro espíritu, a consecuencia de las leyes generales de su unión con la Razón universal. Y Dios lo ha debido establecer así, en el designio que tenía de hacernos perfectamente libres y capaces de merecer el cielo. Pues es claro, que si el primer hombre no hubiese sido como dueño de sus ideas por la atención, su distracción no hubiera sido voluntaria; distracción que ha sido la primera causa de su desobediencia. Como nosotros no podemos amar sino por amor al bien, nos determinamos siempre a lo que nos parece mejor en el instante en que nos determinamos. De suerte, que si no fuésemos en modo alguno dueños de nuestra atención, o si nuestra atención no fuese la causa natural de nuestras ideas, no seríamos libres, ni estaríamos en estado de merecer. Pues no podríamos ni aun suspender nuestro consentimiento, puesto que no tendríamos el poder de considerar las razones que pueden llevarnos a suspenderlo. Ahora bien, Dios ha querido que fuésemos libres, no solamente porque esta cualidad nos es necesaria para merecer el cielo, para el cual hemos sido hechos, sino tambien porque quería hacer brillar la sabiduría de su Providencia, y su cualidad de Escrutador de los corazones, sirviéndose tan felizmente de las causas libres, como de las causas necesarias para la ejecución de sus designios.

Pues tú debes saber que Dios forma todas las sociedades, que gobierna todas las naciones, el pueblo judío, la Iglesia presente, la Iglesia futura, por las leyes generales de la unión de los espíritus con la Sabiduría eterna. Por el auxilio de esta Sabiduría es como los Soberanos reinan felizmente, y establecen leyes excelentes: *Per me Reges regnant, et legum conditores justa decernunt* (1). Consultándola también es como los malos tienen éxito en sus perniciosos designios. Pues se puede hacer que las luces de la Razón sirvan a la injusticia a consecuencia de las leyes generales. Si un buen obispo vela sobre su grey, si la santifica, si Dios se sirve de él para poner a estos o a aquellos en el número de los predestinados, es en parte, que este Ministro de Jesucristo consulta a la Razón por su atención al orden de sus deberes. Y si al contrario, uno miserable pervierte el espíritu y el corazón de los que están sometidos a su dirección, si Dios permite que él sea la causa de su perdición, es en parte que este Ministro del Demonio abusa de las luces que recibe de Dios a consecuencia de las leyes naturales. Los Ángeles, todos los espíritus bienaventurados, y aun la humanidad Santa de Jesucristo, pero de una manera muy diferente, están todos unidos a la Sabiduría eterna. Su atención es la causa ocasional o natural de sus conocimientos. Ahora bien, Jesucristo gobierna las almas, y los Angeles tienen poder sobre los cuerpos. Dios se sirve de Jesucristo para santificar su Iglesia, como se ha servido de los Ángeles para conducir al pueblo judío. Luego, puesto que todos los espíritus bienaventurados, con mucha más razón que nosotros, consultan siempre la Sabiduría eterna para no hacer nada que no esté conforme al Orden, es claro que Dios se sirve de las leyes generales de la unión de los espíritus con la Razón, para ejecutar todos los designios que ha encomendado a naturalezas inteligentes. Aun se sirve de la malicia de los demonios, y del uso que prevé con certeza, harán de las luces naturales que les quedan. No es que Dios

(1) Prov. 3. 15.

obre en todo momento por voluntades particulares, sino porque no ha establecido tales leyes en tales circunstancias, más que para el conocimiento de los efectos maravillosos que de las mismas debían seguirse; pues su presciencia no tiene límites, y su presciencia es la regla de su Providencia.

XI. *Aristeo.*—Me parece, Teodoro, que no consideras la sabiduría de la Providencia más que en el establecimiento de las leyes generales, y en el encadenamiento de las causas con sus efectos, dejando obrar a todas las criaturas según su propia naturaleza, a las libres, libremente, y a las necesarias según el poder que tienen a consecuencia de las leyes generales. Tú quieres que yo admire y adore la profundidad impenetrable de la prescencia de Dios en las combinaciones infinitamente infinitas que ha sido preciso hacer para elegir entre una infinidad de procedimientos para producir el Universo, el que debía seguir para obrar lo más divinamente posible. Ciertamente, Teodoro, es ese el más bello pasaje de la Providencia, pero no es el más agradable. Esta presciencia infinita es el fundamento de esta generalidad y uniformidad de conducta que lleva consigo el carácter de la sabiduría e inmutabilidad de Dios; pero esto no lleva consigo, me parece, el carácter de la bondad para los hombres, ni de la severidad de su justicia contra los malos. No es posible que por una Providencia general Dios nos vengue de los que nos hacen alguna injusticia, ni que provea a todas nuestras necesidades. ¿Y el medio de estar contentos cuando nos falta alguna cosa? Así, Teodoro, yo admiro a tu Providencia, pero no estoy muy satisfecho de ella. Es excelente para Dios, pero nada buena para nosotros; pues yo quiero que Dios provea por todas sus criaturas.

Teodoro.—Provee, Aristeo, muy abundantemente ¿Quieres que te muestre los beneficios del Criador?

Aristeo.—Yo sé que Dios nos hace diariamente mil beneficios. Parece que todo el Universo no es sino para nosotros.

Teodoro.—¿Qué quieres más?

Aristeo.—Que no nos falte nada. Dios ha hecho para nosotros todas las criaturas; pero este y aquel no tienen pan. Una Provi-

dencia que atendiese por igual a todas las naturalezas iguales, o que distribuyese el bien y el mal exactamente según los méritos; he aquí una verdadera Providencia. ¿Para qué sirve este número infinito de estrellas? ¿Qué nos importa que los movimientos de los cielos estén tan bien regulados? Que deje Dios todo eso, y piense un poco más en nosotros. La tierra está desolada por la injusticia y la malignidad de sus habitantes. ¿Que Dios no se hace temer? Parece que no se mezcla en el pormenor de nuestros asuntos. La simplicidad y la generalidadde sus procedimientos me hace venir al espíritu este pensamiento.

Teodoro.—Te entiendo, Aristeo, representas el papel de los que no quieren Providencia, y se imaginan que aquí abajo es el azar el que lo hace y regula todo. Y comprendo que con eso, quieres combatir la generalidad y uniformidad de la conducta de Dios en el gobierno del mundo, porque esta conducta no se acomoda a nuestras necesidades, o a nuestras inclinaciones. Pero ten en cuenta, te ruego, que yo razono, apoyado en hechos que constan, y en la idea del Ser infinitamente perfecto. Pues, en fin, el sol, sale indiferentemente para los buenos y para los malos. Con frecuencia abrasa las tierras de los hombres de bien, mientras hace fecundas las de los impíos. Los hombres, en una palabra, no son desdichados en la proporción que son criminales. He aquí lo que es preciso poner de acuerdo con una Providencia digna del Ser infinitamente perfecto.

El granizo, Aristeo, asuela las mieses de un hombre de bien O esto enfadoso efecto es una consecuencia natural de las leyes generales, o Dios lo produce por una Providencia particular. Si Dios produce este efecto por una Providencia particular, muy lejos de proveer a todo, quiere positivamente, y aun hace que el hombre más honrado del país carezca de pan. Vale pues, más sostener que este funesto efecto es una consecuencia natural de las leyes generales. Y es también, lo que se entiende comunmente cuando se dice que Dios ha permitido tal o cual desgracia. Pero, además, tu has concedido que gobernar el mundo por leyes generales, es una conducta bella y grande, digna de los atri-

butos divinos. Pretendes solamente que no lleva consigo bastante el carácter de la bondad paternal de Dios hacia los buenos, y de la severidad de su justicia hacia los malos: Es que no tienes en cuenta la desgracia de los hombres de bien, y la prosperidad de los impíos. Pues siendo las cosas como vemos que son, yo te sostengo que una Providencia particular de Dios en modo alguno llevaría consigo el carácter de su bondad y de su justicia, puesto que muy frecuentemente los justos son agobiados de males, y los malos colmados de bienes. Pero supuesto que la conducta de Dios deba llevar consigo el carácter de su sabiduría, así como el de su bondad y de su justicia, aunque ahora los bienes y los males no sean proporcionados a los méritos de los hombres, yo no encuentro ninguna dureza en su Providencia general. Pues en primer lugar, te sostengo, que de una infinidad de combinaciones posibles de las causas con sus efectos, Dios ha elegido la que concordaba más felizmente lo físico con lo moral; y que tal granizo, previsto como debiendo caer sobre la tierra de tal hombre de bien, no ha sido con respecto a Dios uno de los motivos de hacer su elección, sino más bien tal granizo sobre la tierra de un mal hombre. Yo digo uno de los *motivos*. Fíjate en la significación de este término. Pues si Dios aflige a los justos, es que quiere probarlos, y hacerles merecer la recompensa. Este es verdaderamente su motivo. En segundo lugar, te respondo, que siendo pecadores todos los hombres, ninguno merece que Dios deje la simplicidad y generalidad de sus procedimientos, para proporcionar actualmente los bienes y los males a sus méritos y a sus deméritos; que pronto o tarde Dios dará a cada uno según estas obras, al menos en el día en que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, y que establecerá para castigarlos leyes generales que durarán eternamente.

XII. Sin embargo, Aristeo, no te imagines que yo pretenda que Dios no obre jamás por voluntades particulares, y que ahora no haga sino seguir las leyes generales que en principio ha establecido. Pretendo solamente que Dios no deja jamás sin grandes razones la simplicidad de sus procedimientos o la uniformidad

de su conducta. Pues cuanto más general es la Providencia, más lleva consigo el carácter de los atributos divinos.

Aristeo.—Pero ¿cuándo tiene estas grandes razones? Quizá no las tiene nunca.

Teodoro.—Dios tiene estas grandes razones, cuando la gloria que puede sacar de la perfección de su obra, contrapesa la que debe recibir de la uniformidad de su conducta. Tiene estas grandes razones, cuando lo que debe a su inmutabilidad es igual, o de menor consideración que lo que debe a cualquier otro de sus atributos. En una palabra, tiene estas razones, cuando obra tanto o más según lo que es, dejando las leyes generales que se ha prescrito, que siguiéndolas. Pues Dios obra siempre según lo que es. Sigue inviolablemente el Orden inmutable de sus propias perfecciones, porque en su propia substancia es donde encuentra su ley, y no puede evitarse de hacerse justicia, o de obrar para su gloria, en el sentido que te he explicado estos días (1). Ahora que, si tú me preguntas, cuándo sucede que Dios obra tanto o más según lo que es, dejando, que signiendo estas leyes generales, yo te respondo que nada sé de eso. Pero sé que esto sucede algunas veces. Lo sé digo porque la fe me lo enseña. Pues la Razón que me hace conocer que esto es posible, no me asegura que se realice.

Aristeo.— Comprendo, Teodoro, tu pensamiento, y no veo nada más conforme a la Razón, y aun a la experiencia. Pues, en verdad, vemos, por todos los efectos que nos son conocidos, que estos tienen sus causas naturales; y que así, Dios gobierna el mundo según las leyes generales que ha establecido para este designio.

XIII. *Teótimo.*—Es cierto; sin embargo, la Escritura está llena de milagros que Dios ha hecho en favor del pueblo judío; y yo no creo que descuide tanto a su Iglesia, que no deje en favor de la misma la generalidad de su conducta.

Teodoro.—Verdaderamente, Teótimo, Dios hace infinitamente

(1) IX. Conversación.

más milagros para su Iglesia que para la Sinagoga. El pueblo judío estaba acostumbrado a ver lo que se llama milagros. Era preciso que se verificase una prodigiosa cantidad de ellos, puesto que la abundancia de sus tierras y la prosperidad de sus armas estaban enlazadas a su exactitud en observar los mandamientos de la Ley. Pues no es verosímil que lo físico y lo moral se pudiesen acordar tan exactamente, que la Judea haya sido siempre fértil en proporción que sus habitantes eran gentes honradas. He aquí entre los judíos una infinidad de milagros (1). Pero yo creo que todavía se realizan muchos más entre nosotros; no para proporcionar los bienes y los males temporales a nuestras obras, sino para distribuirnos gratuitamente los verdaderos bienes, o los auxilios necesarios para adquirirlos, todo esto, sin embargo, sin que Dios abandone a cada momento la generalidad de su conducta. Esto es lo que hace falta que te explique, pues es ciertamente lo que de más admirable hay en la Providencia.

XIV. Siendo el hombre un compuesto de espíritu y cuerpo, tiene necesidad de dos clases de bienes, de los del espíritu y de los del cuerpo. Dios lo había provisto también abundantemente de estos bienes, por el establecimiento de las leyes generales de que te he hablado hasta aquí. Pues no solamente fué el primer hombre colocado en principio en el Paraíso terrenal, donde encontraba frutos en abundancia, y uno entre otros capaz de hacerlo inmortal, sino que su cuerpo estaba asimismo tan bien formado, y tan sometido a su espíritu, que a consecuencia de las leyes generales podía gozar de todos estos bienes sin apartarse del verdadero bien. Por otro lado, estaba unido a la Razón Soberana, y su atención, de la cual era absolutamente dueño, era la causa ocasional o natural de sus conocimientos. Jamás sus sentimientos perturbaban a pesar suyo, sus ideas. Pues estaba exento de esta concupiscencia, que solicita sin cesar al espíritu a renunciar a la

(1) Por *milagro* entiendo, los efectos que dependen de las leyes generales que no nos son naturalmente conocidas. Véase la II. Carta de mi Respuesta al I. Volumen de las Reflexiones Filosóficas y Teológicas de Mr. Arnaldo.

Razón para seguir las pasiones. Estaba pues, bien provisto para el espíritu y para el cuerpo. Pues conocía claramente el verdadero bien, y podía no perderlo. Sentía los bienes del cuerpo, y podía gozar de ellos; todo esto a consecuencia de las leyes generales de la unión del espíritu, por un lado con el cuerpo, y por el otro con la Razón universal, sin que estas dos uniones se perjudicasen la una a la otra, porque el cuerpo estaba sometido al espíritu.

Pero una vez habiendo pecado el hombre, se encuentra de pronto muy mal provisto de estas dos clases de bienes. Pues no permitiendo el Orden, que es la ley que Dios sigue inviolablemente, que en favor de un rebelde haya a cada momento excepciones en las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos, es una necesidad que la acción de los objetos se comunique hasta la parte principal del cerebro, y que el espíritu mismo sea afectado por ella, a consecuencia de las leyes de la unión del alma y el cuerpo. Ahora bien, el espíritu, inquietado a pesar suyo, por el hambre, la sed, el cansancio, el dolor, por mil pasiones diferentes, no puede ni amar, ni buscar como es debido, los verdaderos bienes; y en lugar de gozar apaciblemente de los del cuerpo, la menor carencia le hace infeliz. De suerte que habiendo el hombre rebelde a Dios, perdido la autoridad que tenía sobre su cuerpo, se encuentra, únicamente por la pérdida de este poder, desprovisto de los bienes de que la Providencia le había provisto. Veamos un poco, como Dios va a sacarlo de este desgraciado estado, sin cambiar nada contra el Orden de la justicia, y sin cambiar las leyes generales que ha establecido.

XV. El hombre antes del pecado no estaba, ni debía estar sometido, sino a Dios. Pues, naturalmente, los Ángeles, no tienen autoridad sobre los espíritus, que les son iguales. No tienen poder más que sobre los cuerpos, substancias inferiores. Ahora bien, como Adán era dueño de lo que pasaba en la parte principal de su cerebro, aun cuando los demonios hubiesen podido perturbar la economía de su cuerpo por la acción de los objetos, o de otro modo, no hubieran podido inquietarlo, ni hacerlo infeliz. Pero habiendo el hombre perdido casi todo el poder que

tenía sobre su cuerpo, pues todavía le queda el necesario para conservar el género humano que Dios no ha querido destruir. a causa del Reparador, se encuentra necesariamente sometido a la naturaleza angélica, que puede ahora inquietarlo y tentarlo, produciendo en su cuerpo trazas propias para excitar en su espíritu enojosos pensamientos. Viendo Dios, pues, al hombre pecador, a la discreción, por decirlo así, del Demonio, y rodeado de una infinidad de criaturas que podían darle la muerte, desprovisto como estaba de todo auxilio, le somete a la guia de los Ángeles, no solamente a él, sino también a toda su posteridad, y principalmente a la nación de que el Mesías debía nacer. Así, ves tú que Dios distribuye a los hombres, aunque pecadores, los bienes temporales, no por una Providencia ciega, sino por la acción de una naturaleza inteligente. En cuanto a los bienes del espíritu, o esta gracia interior que contrapesa los esfuerzos de la concupiscencia, y que nos libra de la cautividad del pecado, sabes que Dios nos los da por el Soberano Sacerdote de los verdaderos bienes Nuestro Señor Jesucristo.

Ciertamente, Aristeo, esta conducta de Dios es admirable. El hombre, por su pecado viene a ser esclavo del Demonio la más perversa de las criaturas, y depende del cuerpo, la más vil de las substancias. Dios lo somete a los Ángeles por justicia, y por bondad. Nos protege de este modo contra los demonios, y proporciona los bienes y los males temporales a nuestras buenas o malas obras. Pero, fíjate, no cambia nada en las leyes generales de los movimientos, ni aun en las de la unión del espíritu con el cuerpo y con la Razón universal. Pues, en fin, en el poder soberano que Dios ha dado a Jesucristo como hombre, en general sobre todas las cosas, y en el que tienen los Ángeles sobre lo que mira a los bienes y a los males temporales, Dios no deja sino lo menos posible, la simplicidad de sus procedimientos y la generalidad de su Providencia, porque no comunica su poder a las criaturas sino por el establecimiento de algunas leyes generales. Sígueme te ruego.

XVI. El poder que tienen los Ángeles no es más que sobre

los cuerpos. Pues si obran sobre nuestros espíritus, es a causa de la unión del alma y el cuerpo. Ahora bien, nada se hace en los cuerpos sino por el movimiento; y es contradictorio que los Ángeles puedan producirlo como causas verdaderas (1). Luego el poder de los Ángeles sobre los cuerpos y por consiguiente sobre nosotros, no procede sino de una ley general que Dios se ha hecho a Sí mismo, de mover los cuerpos a la voluntad de los Ángeles. Luego Dios no deja la generalidad de su Providencia, cuando se sirve del ministerio de los Ángeles para gobernar a las naciones, puesto que los Ángeles no obran sino por la eficacia y a consecuencia de una ley general.

Lo mismo ha de decirse de Jesucristo como hombre, como Jefe de la Iglesia, como Soberano Sacerdote de los verdaderos bienes. Su poder es infinitamente mayor que el de los Ángeles. Se extiende a todo, hasta sobre los espíritus y los corazones. Pero por su intercesión, es como nuestro Mediador ejerce su poder: *semper vivens ad interpellandum pro nobis* (2); por deseos siempre eficaces, porque son siempre acogidos: *Ego autem sciebam quia semper me audis* (3). No es, en verdad, por una intercesión moral, semejante a la de un hombre que intercede por otro, sino por una intercesión poderosa y que no puede faltar nunca, en virtud de la ley general que Dios se ha formado de no negar nada a su Hijo; por una intercesión parecida a la de los deseos prácticos que nosotros formamos, de mover el brazo, marchar, hablar. Pues todos los deseos de las criaturas son impotentes por sí mismos; no son eficaces sino por el poder divino; no obran independientemente, no son en el fondo sino plegarias. Pero como Dios es inmutable en su conducta, y sigue exactamente las leyes que ha establecido, tenemos nosotros el poder de mover el brazo y el Jefe de la Iglesia el de santificarla, porque Dios ha establecido en nuestro favor las leyes de la unión del

(1) Convers. VII. n. 6. etc.
(2) Heb. 7. 11. 42.
(3) Joan. 25.

alma y el cuerpo; y ha prometido a su Hijo satisfacer todos sus deseos según estas palabras de Jesucristo mismo: *Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra*; y las que le dice su Padre después de su resurrección: *Postula à me, et dabo tibi gentes haereditatem tuam* (1).

XVII. *Aristeo.*—Estoy persuadido, Teodoro, de que las criaturas no tienen eficacia propia y de que Dios no les comunica su poder sino por el establecimiento de algunas leyes generales. Yo tengo el poder de mover el brazo; pero es a consecuencia de las leyes generales del alma y el cuerpo; y de que siendo Dios inmutable, es constante en sus decretos. Dios ha dado al Ángel conductor del pueblo judío el poder de castigarlo y recompensarlo, porque ha querido que las voluntades de este Ángel fuesen seguidas de sus efectos. Convengo en ello. Pero es Dios mismo quien ordena a este Ministro todo lo que debe hacer. Dios ha dado a Jesucristo un poder soberano. Pero Le prescribe todo lo que debe hacer. No es Dios Quien obedece a los Ángeles; son los Ángeles los que obedecen a Dios. Y Jesucristo nos enseña que no nos ha dicho nada por Sí mismo, y que su Padre le ha marcado todo lo que tenía que decirnos. Jesucristo intercede, pero es por los que su Padre ha predestinado. Dispone de todo en la casa de su Padre, pero no dispone de nada de su Jefe. Así, Dios deja la generalidad de su Providencia. Pues aunque ejecute las voluntades de Jesucristo y de los Ángeles a consecuencia de las leyes generales, forma en Ellos todas sus voluntades por inspiraciones particulares. No hay para esto ley general.

Teodoro.—¿Estás bien cierto de esto, Aristeo? Verdaderamente, si Dios ordena en particular al alma santa del Salvador, y a los Ángeles, el formar todos los deseos que tienen con relación a nosotros, Dios deja en esto la generalidad de su Providencia. Pero dime, ¿piensas tú que el Ángel conductor del pueblo judío tenía necesidad de mucha luz para gobernarlo, y que el verdadero Salomón haya debido estar unido de una manera particular

(1) Math. 28. Ps. 2.

a la Sabiduría eterna para salir con éxito en la construcción de su gran obra? (1)

Aristeo.—Ciertamente que sí.

Teodoro.—¿Por qué? El espíritu más estúpido y menos esclarecido puede tener tanto éxito como el más sabio de los hombres, cuando se le señala todo lo que debe hacer, y la manera como debe hacerlo, principalmente si todo lo que hay que hacer no consiste más que en formar ciertos deseos en tales y tales circunstancias. Ahora bien, según tú, ni el Ángel conductor del pueblo, ni Jesucristo mismo ha deseado nada que su Padre no Le haya ordenado en detalle. Yo no veo, pues, que haya tenido necesidad para su obra de una sabiduría extraordinaria. Pero además, dime, te ruego, en qué consiste este soberano poder que Jesucristo ha recibido.

Aristeo.—Es que todos sus deseos son atendidos.

Teodoro.—Pero, Aristeo, si Jesucristo no puede desear nada sino por una orden expresa de su Padre, si sus deseos no están en su poder, ¿cómo será capaz de recibir algún verdadero poder? Tú tienes el poder de mover tu brazo, pero es que depende de ti moverlo o no moverlo. Deja de ser dueño de tus voluntades, con esto solo perderás todos tus poderes. ¿Es que esto no es evidente? Ten cuidado pues, te ruego, de no ofender la sabiduría del Salvador, y de no privarle de su poder. No Le quites la gloria que debe sacar por la parte que tiene en la construcción del Templo eterno. Si no tiene otra parte que el formar deseos impotentes mandados por órdenes particulares, su obra no debe, me parece, hacerle mucho honor.

XVIII. *Aristeo.*—No, Teodoro. Pero también Dios saca más gloria.

Teodoro.—Si así es, tienes razón. Pues Dios debe sacar mucha más gloria de la magnificencia del Templo eterno, que el sabio

(1) Todo esto está explicado muy extensamente en mis Respuestas a M. A., principalmente en la Respuesta a su Disertación y en mi I. Carta referente a su III. Vol. de las Reflexiones.

Salomón que lo construye. Pero veamos un poco. Comparemos juntos las dos principales maneras de la Providencia divina, para reconocer la que es más digna de los atributos divinos. Según la primera, Dios forma primero un designio cualquiera independientemente de los procedimientos para ejecutarlo. Escoge el Arquitecto de este designio. Lo llena de sabiduría y de inteligencia. Además de esto, le marca en detalle todos los deseos que debe formar, y todas las circunstancias de estos deseos. Y en fin, ejecuta Él mismo muy exactamente todos los deseos que ha ordenado se formasen. He aquí la idea que tú tienes de la conducta de Dios, puesto que quieres que forme, por voluntades particulares todos los deseos del alma santa de Jesucristo. La idea que sobre dicha conducta tengo yo es la siguiente: Yo creo que habiendo Dios, por su presciencia infinita, previsto todas la consecuencias de todas las leyes posibles que podía establecer, ha unido su Verbo a tal naturaleza humana, y en tales circunstancias, que la obra que resultará de esta unión le debe hacer más honor, que cualquier otra obra que fuese producida por cualquier otro procedimiento. Habiendo Dios previsto, repito, que obrando en la humanidad santa de nuestro Mediador por procedimientos muy simples y generales, quiero decir, por los más dignos de los atributos divinos, debe ella hacer un uso tal de su poder, o formar con una libertad perfecta una sucesión tal de deseos, que siendo atendidos estos deseos, y mereciendo serlo a causa de su sacrificio, la Iglesia futura que con ellos debía ser formada sería más amplia y perfecta, que si Dios hubiese escogido cualquier otra naturaleza en cualquier otra circunstancia.

Compara, pues, te ruego, la idea que tienes de la Providencia con la mía. ¿Cuál de las dos denota más sabiduría y presciencia? La mía tiene el carácter de la cualidad más impenetrable de la Divinidad, que es el prever los actos libres de la criatura en toda clase de circunstancias. Según la mía, Dios se sirve tan felizmente de las causas libres como de las causas necesarias para la ejecución de sus designios. Según la mía, Dios no forma ciegamente sus sabios designios. Antes de formarlos, yo hablo hu-

manamente, Él compara todas las obras posibles, con todos los medios posibles de ejecutarlas. Según la mía, Dios debe sacar una gloria infinita de la sabiduría de su conducta; pero su gloria no quita nada a la de las causas libres, a las cuales comunica su poder sin privarles de su libertad. Dios les da parte en la gloria de su obra y en la de la obra de ellas, dejándoles obrar libremente según su naturaleza; y de este modo Él aumenta la suya. Pues es infinitamente más difícil ejecutar con seguridad sus designios por causas libres que por causas necesarias, o necesitadas, o invenciblemente determinadas por órdenes expresas e impresiones invencibles.

Aristeo.—Convengo, Teodoro, en que hay más sabiduría, y que Dios saca más gloria, y aun la santa humanidad de nuestro Mediador, según esta idea de la Providencia, que según ninguna otra.

Teodoro.—Podrías añadir, que según esta idea, se comprende muy bien cómo Jesucristo no ha recibido inútilmente un poder soberano sobre todas las naciones, y por qué era preciso unir su santa humanidad con la sabiduría eterna, para que Él ejecutase felizmente su obra. Pero basta con que convengas en que una de estas dos Providencias es más sabia que la otra; pues sería necesario ser muy impío para atribuir a Dios la que parece menos digna de sus atributos.

XIX. *Aristeo.*—Me rindo, Teodoro. Pero explícame, te ruego, de qué procede que Jesucristo mismo, dice que ejecuta fielmente las voluntades de su Padre. *Quae placita sunt ei facio semper,* dice (1); y en otro lugar: *Ego ex me ipso non sum locutus, sed qui misit me Pater, ipse mihi mandatum dedit quid dicam et quid loquar. Et scio quia mandatum ejus vita aeterna est. Quae ergo, ego loquor, sicut dixit mihi pater, sic loquor* (2). ¿Cómo acordar estos pasajes, y otros muchos semejantes, con la opinión de que Dios no forma por voluntades particulares todos los deseos de la voluntad humana de Jesucristo? Esto me apura un poco.

(1) Joan. 8. 29.

(2) Joan. 12. 49, 50.

Teodoro.—Te confieso, Aristeo, que solamente no comprendo cómo estos pasajes pueden apurarte. ¡De modo, que tú no sabes que el Verbo divino, en el cual subsiste la humanidad santa del Salvador, es la ley viva del Padre eterno, y que aun es contradictorio que la voluntad humana de Jesucristo se aparte jamás de esta ley? Dime, te ruego, cuando das limosna, ¿no estás cierto de que haces la voluntad de Dios? Y si estuvieses bien seguro de que nunca habías hecho más que buenas obras, ¿no podrías decir sin miedo, *quae placita sunt ei facio semper?*

Aristeo.—Es verdad. Pero habría siempre mucha diferencia.

Teodoro.—Muy grande, en efecto; pues, ¿cómo sabemos nosotros que hacemos la voluntad de Dios dando limosna? Es quizá que hemos leído en la Ley escrita que Dios nos ordena socorrer a los necesitados; o que penetrando en nosotros mismos para consultar la Ley divina, hemos encontrado en este Código eterno, como le llama San Agustín, que tal es la voluntad del Ser infinitamente perfecto. Has de saber, pues, Aristeo, que el Verbo divino es la ley de Dios mismo, y la regla inviolable de sus voluntades; que en Él es donde se encuentran todos los mandatos divinos. *In Verbo unigenito Patris est omne mandatum*, dice San Agustín (1). Sabe que todos los espíritus, los unos más, los otros menos, tienen la libertad de consultar esta ley. Sabe que la atención de los mismos es la causa ocasional que les explica todos los mandatos de ella, a consecuencia de las leyes generales de la unión de ellos con la Razón. Sabe que no se puede hacer nada que no sea agradable a Dios, cuando se observa exactamente lo que allí se encuentra escrito. Has de saber sobre todo que la santa humanidad del Salvador está unida más estrechamente a esta ley, que la más esclarecida de las inteligencias; y que por ella ha querido Dios explicarnos las oscuridades de dicha ley.

(1) Confesiones l. 13. c. 15. Mandatum Patris ipse est Filius. Quomodo enim non est mandatum Patris, quod est Verbum Patris? *Aug. Serm. 140. De Verbis Evang.* n. 6. V. la I. Carta referente al 2. y 3. Volum. de las Reflexiones de M. Arn. y la Respuesta a su Disertación y la I. Carta que yo he escrito concerniente a las suyas.

Pero ten en cuenta que no la ha privado de su libertad, o del poder de disponer de esta atención, que es la causa ocasional de nuestros conocimientos. Pues, ciertamente, el alma santa de Jesús, aunque bajo la dirección del Verbo, tiene el poder de pensar en lo que tiene a bien para ejecutar la obra para que Dios la ha escogido, puesto que Dios, por su cualidad de Escrutador de los corazones se sirve tan felizmente de las causas libres como de las causas necesarias para la ejecución de sus designios.

XX. No pienses sin embargo, Cristeo, que Dios no deja nunca la generalidad de su conducta con respecto a la humanidad de Jesucristo, y que no forma los deseos de esta alma santa sino a consecuencia de las leyes generales de la unión que ella tiene con el Verbo. Cuando Dios prevé que nuestro Mediador, entre una infinidad de buenas obras que descubre en el Verbo a consecuencia de su atención, debe hacer aquella elección cuyas consecuencias son las mejores posibles; entonces, Dios, que no deja jamás sin razón la simplicidad de sus procedimientos, no le determina por voluntades particulares a hacer lo que prevé que hará suficientemente por el uso de su libertad a consecuencia de las leyes generales. Pero cuando el alma santa del Salvador, a causa de las comparaciones infinitas e infinitamente infinitas de las combinaciones de todos los efectos, que son o serán consecuencias de estos deseos, podría muy bien escoger entre muchas buenas obras, pues no puede hacer sino buenas, las que parecen mejores, y cuyas consecuencias, no obstante, no serían tan ventajosas a su obra, entonces, si Dios saca más gloria de la belleza de la obra que de la simplicidad de los procedimientos, deja esta simplicidad, y obra de una manera particular y extraordinaria en la humanidad del Salvador, para que esta quiera precisamente lo que Le honrará más. Pero aunque obre en ella de esta manera, creo que no la determina nunca por impresiones invencibles de sentimiento, aunque siempre infalibles, a fin de que ella tenga también la mayor parte posible en la gloria de su obra. Pues esta conducta que hace honor a la libertad y al poder de Jesucristo, es también más gloriosa para Dios que cualquier otra, puesto que ex-

presa su cualidad de Escrutador de los corazones, y testimonia que sabe servirse tan felizmente de las causas libres como de las causas necesarias para la ejecución de sus designios.

Aristeo.—Comprendo, Teodoro, tu pensamiento perfectamente. Tú quieres que Dios no deje jamás sin grandes razones la simplicidad y la generalidad de sus procedimientos, a fin de que su Providencia no se parezca a la de las inteligencias limitadas. Quieres que su prescience sea el fundamento de la predestinación misma de Jesucristo; y que si Él ha unido su Verbo a tal naturaleza y en tales circunstancias, es que ha previsto que la obra que debía seguirse de esta predestinación, la cual es causa y fundamento de la de todos los Elegidos a consecuencia de las leyes generales que forman el Orden de la Gracia; que esta obra, repito, sería la más bella que se puede producir por los procedimientos más divinos. Quieres, que la obra y los procedimientos juntos, todo esto sea más digno de Dios que cualquier otra obra, por cualquier otro procedimiento.

XXI. *Teodoro.*—Sí, Aristeo, lo concedo; por este principio de que Dios no puede obrar sino para Él, por el amor que se profesa a Sí mismo, por su voluntad, que no es como en nosotros una impresión que Le venga de otra parte y que Le lleve a otra parte; en una palabra para su gloria, para expresar las perfecciones divinas que Él ama invenciblemente, que se gloría de poseer, y en las cuales se complace por la necesidad de su ser. Quiere que su obra, lleve consigo por su belleza y por su magnificencia el carácter de su excelencia y de su grandeza, y que sus procedimientos no desmientan su sabiduría infinita y su inmutabilidad. Si hay defectos en su obra, monstruos entre los cuerpos, y una infinidad de pecadores y de condenados, es que no puede haber defectos en su conducta; es que no debe formar sus designios independientemente de los procedimientos. Ha hecho para la belleza del Universo y para la salvación de los hombres, todo lo que puede hacer, no absolutamente, sino obrando como debe obrar, obrando para su gloria, según todo lo que es. Ama todas las cosas en la proporción que son amables. Quiere la be-

lleza de su obra, y que se salven todos los hombres; quiere la conversión de todos los pecadores; pero ama más su sabiduría, la ama invenciblemente, la sigue inviolablemente. El Orden inmutable de sus divinas perfecciones, he aquí su ley y la regla de su conducta; ley que no le impide amarnos, y querer que todas sus criaturas sean justas, santas, dichosas y perfectas; pero ley que no le permite dejar a cada momento, por pecadores, la generalidad de sus procedimientos. Su Providencia lleva consigo bastantes señales de su bondad para los hombres. Suframos, regocijémonos que exprese también todos sus otros atributos.

Teótimo.—Bien, Aristeo, ¿qué piensas de la Providencia divina?

Aristeo.—La adoro y me someto a ella.

Teodoro.—Sería necesario hablar mucho para hacerte considerar todas las bellezas de esta Providencia adorable, y para hacerte observar los principales rasgos de la misma en lo que vemos acaecer todos los días. Pero me parece que te he explicado suficientemente el principio. Síguelo de cerca, y comprenderás, ciertamente, que todas estas contradicciones que por desgracia hacen triunfar a los enemigos de la Providencia, son otras tantas pruebas que demuestran lo que acabo de decirte.

XIII. Conversación.

Que no hay que criticar la manera ordinaria de hablar de la Providencia. Cuáles son las principales leyes generales por las que Dios gobierna el mundo. De la providencia de Dios en la infalibilidad que conserva a su Iglesia.

I. *Aristeo.*—Teodoro ¡cuán bella y noble me parece la idea que me has dado de la Providencia, y además, cuán fecunda y luminosa, qué propia para hacer callar a los libertinos y a los

impíos! Jamás principio alguno tuvo más consecuencias ventajosas para la Religión y para la Moral. ¡Cuántas luces esparce, cuántas dificultades disipa este admirable principio! Todos estos defectos que se contradicen en el Orden de la Naturaleza y en el de la Gracia, no señalan ninguna contradicción en la causa que los produce; son, al contrario, otras tantas pruebas evidentes de la uniformidad de su conducta. Todos estos males que nos afligen, todos estos desórdenes que nos desagradan, todo esto se pone de acuerdo fácilmente con la sabiduría, la bondad, la justicia del Que regula todo. Yo quisiera que se arrancase a los malos que viven entre los buenos, más espero con paciencia la consumación de los siglos, el día de la recolección, este gran día destinado a dar a cada uno segun sus obras. Es preciso que la obra de Dios se ejecute por procedimientos que lleven consigo el carácter de sus atributos. Admiro al presente el curso majestuoso de la Providencia general.

Teodoro.—Veo, Aristeo, que has seguido de cerca y con placer el principio que te he propuesto estos días, pues pareces aún completamente conmovido por él. Pero, ¿lo has cogido bien? ¿te has hecho bastante dueño de él? Todavía dudo de esto, pues es muy difícil que en tan poco tiempo lo hayas suficientemente meditado para ponerte en plena posesión del mismo. Participanos, te ruego, algunas de tus reflexiones, a fin de librarme de esta duda, y que esté tranquilo. Pues cuanto más útiles son los principios, cuanto más fecundos, más peligroso es no captarlos bien del todo.

II. *Aristeo.*—Así lo creo, Teodoro. Pero lo que nos has dicho es tan claro, tu manera de explicar la Providencia está tan perfectamente de acuerdo con la idea de Ser infinitamente perfecto, y con todo lo que vemos sucede, que sé que es verdadera. ¡Qué alegría siento al verme libre del prejuicio en que veo cae la mayor parte de la gente y aun muchos filósofos! En cuanto ocurre una desgracia a un malo, o tenido por tal, cada uno juzga al punto de los designios de Dios, y decide osadamente que Dios ha querido castigarlo. Pero si ocurre, lo cual ocurre con demasiada

frecuencia, que un farsante, que un malvado tenga éxito en sus empresas, o que un hombre de bien sucumba a la calumnia de sus enemigos ¿es qué Dios quiere castigar a este, y recompensar a aquél? En modo alguno. Es, dicen unos, que Dios quiere someter a prueba la virtud de este hombre de bien; y los otros, que es una desgracia que solamente ha permitido, y que no ha tenido el designio de causar. Yo encuentro que estos pueblos que tienen a gloria el odiar y despreciar a los pobres, apoyados en el principio de que Dios mismo odia y desprecia a los desvalidos, puesto que los deja en sus miserias, razonan más consecuentemente. ¿En qué se piensa para juzgar de los designios de Dios? ¿No se debería comprender que no se conoce nada de ellos, puesto que se contradice uno a cada momento?

Teodoro.—¿De este modo, Aristeo, tomas mis principios y usas de ellos? Yo encuentro que los que tú condenas tienen más razón que tú.

Aristeo.—¡Cómo, Teodoro! Creo que bromeas o que quieres divertirte contradiciéndome.

Teodoro—En modo alguno.

Aristeo—¡De manera, que tú apruebas la impertinencia de estos historiadores apasionados, que después de haber contado la muerte de un príncipe, juzgan de los designios de Dios sobre el mismo, según su pasión y los intereses de su nación? Es necesario que los escritores españoles o los franceses se equivoquen, o quizá unos y otros, cuando describen la muerte de Felipe II. ¿No es preciso que los reyes mueran, lo mismo que nosotros?

Teodoro.—Estos historiadores se equivocan, pero tú no tienes razón. No hay que juzgar que Dios tenga el designio de hacer mal a un príncipe enemigo que nosotros odiamos. Es verdad. Pero se puede, y se debe creer que tiene el designio de castigar a los malos, y de premiar a los buenos. Los que juzgan de Dios por la idea que tienen de la justicia exacta del Ser infinitamente perfecto, juzgan de Él bien; y los que Le atribuyen designios que favorecen sus inclinaciones desordenadas, juzgan muy mal.

III. *Aristeo.*—Es verdad; pero una de las consecuencias de

las leyes naturales, es, que tal sea sepultado bajo las ruinas de su casa; y el más hombre de bien no se hubiera escapado.

Teodoro.—¿Quién lo duda? Pero ¿has olvidado ya que es Dios Quien ha establecido estas leyes naturales? La falsa idea de una naturaleza imaginaria, ocupa todavía algo tu espíritu, y te impide captar bien el principio que te he explicado. Fíjate pues. Puesto que Dios es Quien ha establecido las leyes naturales, ha debido combinar lo físico con lo moral de manera que las consecuencias de estas leyes sean las mejores posible, quiero decir las más dignas de su justicia y de su bondad, así como de sus otros atributos. De este modo, hay razón para decir que la muerte violenta de un desalmado y de un impío es un efecto de la venganza divina. Pues aunque esta muerte acaso no sea más que una consecuenciade las leyes naturales que Dios ha establecido, no las ha establecido sino para efectos semejantes. Más si sucede alguna desgracia a un hombre de bien al tiempo que va a hacer una buena obra, no se debe decir que Dios lo ha querido castigar, porque Dios no ha establecido leyes generales en vista de semejantes efectos. Se debe decir, o que Dios ha permitido esta desgracia, a causa de que es una consecuencia natural de estas leyes que ha establecido para efectos mejores, o que con efecto ha tenido el designio de someter a prueba a este hombre honrado, y, de hacerle merecer su recompensa. Pues entre los motivos que Dios ha tenido para combinar de tal y tal manera lo físico con lo moral, hay ciertamente que enumerar los grandes beneficios que Dios ha previsto que sacaríamos de nuestras miserias presentes.

Así, los hombres tienen razón para atribuír a la justicia de Dios los males que ocurren a los malos. Pero yo creo que se equivocan de dos maneras. La primera, porque no forman juicios de esta clase sino en los castigos extraordinarios y que les llegan al alma. Pues si un malvado muere de fiebre no juzgan de ordinario que es un castigo de Dios. Es preciso para esto que muera herido por un rayo, o por la mano del verdugo. La segunda, imaginándose que los castigos notables son efectos de una voluntad particular de Dios. Otro juicio falso, que

quitando a la Providencia divina su simplicidad y su generalidad, lo borra el carácter de la presciencia infinita y de la inmutabilidad. Pues ciertamente se necesita infinitamente más sabiduría para combinar lo físico con lo moral, de manera que tal se encuentre justamente castigado de sus violencias a consecuencia del encadenamiento de las causas, que castigarlo por una Providencia particular y milagrosa.

Aristeo.—Así es como yo lo comprendo, Teodoro. Pero esto que dices no justifica la temeridad de los que juzgan atrevidamente de los designios de Dios en todo lo que ven suceder.

IV. *Teodoro.*—Yo no pretendo tampoco que tengan siempre razón. Digo solamente que tienen razón, cuando sus juicios están exentos de pasión e interés, y están apoyados en la idea que tenemos todos del Ser infinitamente perfecto. Tampoco pretendo que hagan bien en decir demasiado afirmativamente, que Dios ha tenido tal o cual designio. Por ejemplo, me parece cierto que uno de los motivos del establecimiento de las leyes generales ha sido tal aflicción de tal hombre de bien, si Dios ha previsto que esto le sería un gran motivo de mérito. Así, Dios ha querido esta aflicción, que a nosotros, que no prevemos las consecuencias de la misma, nos parece no estar de acuerdo con su bondad. Luego los que deciden que Dios ha permitido solamente, que tal desgracia ocurriese a tal hombre, forman un falso juicio. Pero ¿qué quieres Aristeo? Vale más dejar a los hombres, prevenidos como están por su naturaleza imaginaria, la libertad de juzgar demasiado afirmativamente de los designios de Dios, que criticarles acerca de la contradicción de sus juicios referentes a efectos que parecen contradecir los atributos divinos. ¿Qué importa que los espíritus se contradigan y se embaracen según sus falsas ideas, con tal que en el fondo no se equivoque uno en las cosas esenciales? Con tal que los hombres no den a Dios designios contrarios a sus atributos, y que no Le hagan obrar para favorecer sus pasiones, yo creo que hay que escucharlos tranquilamente. En lugar de ponerlos en apuro por contradicciones que según sus principios son inexplicables, la caridad quiere que se admita lo

que dicen para afirmarlos en la idea que tienen de la Providencia, puesto que no están en estado de tener una mejor. Pues todavía vale más atribuir a Dios una Providencia humana, que creer que todo se hace al azar. Pero además, ellos tienen razón en el fondo. Tal impío ha muerto; se puede decir atrevidamente que Dios ha tenido designio de castigarlo. Se tendría aún más razón para decir que Dios ha querido impedir que pervierta a los demás, porque efectivamente, Dios quiere siempre por las leyes generales que ha establecido, hacer todo el bien posible. Tal hombre de bien ha muerto en edad temprana, cuando iba a socorrer a un desvalido; no se debe temer de juzgar, aun cuando hubiese sido herido por el rayo, que Dios lo ha querido recompensar. Se puede decir de él lo que la Escritura dice de Henoch: *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius.* La muerte lo ha arrebatado por miedo de que el mundo no le corrompiese el espíritu y el corazón. Es que todos estos juicios son conformes a la idea que tenemos de la justicia y de la bondad de Dios, y concuerdan bastante bien con los designios que ha tenido, cuando ha establecido las leyes generales que regulan el curso ordinario de su Providencia. No es que deje uno de equivocarse con frecuencia en estos juicios. Pues parece que tal o cual hombre de bien que ha muerto joven, habría todavía adquirido mayores méritos, y convertido a muchos pecadores, si hubiese vivido más largo tiempo en las circunstancias en que se hubiera encontrado a consecuencia de las leyes generales de la Naturalezay de la Gracia. Pero esta clase de juicios, aunque un poco temerarios o atrevidos, no tienen malos efectos; y quienes los forman no pretenden tanto que sean creídos verdaderos, como que se adore la sabiduría y la bondad de Dios en el gobierno del mundo.

Aristeo.—Te entiendo, Teodoro. Vale más que los hombres hablen mal de la Providencia, que el no hablar de ella nunca.

Teodoro.—No, Aristeo. Pero vale más que los hombres hablen con frecuencia de la Providencia según sus débiles ideas, que si nunca hablan de ella. Vale más que los hombres hablen de Dios

humanamente, que no decir nunca nada de Él. No hay que hablar nunca mal ni de Dios ni de su Providencia. Eso es verdad. Pero nos está permitido tartamudear sobre estas materias tan elevadas, con tal que esto sea según la analogía de la fe. Pues Dios se complace en los esfuerzos que hacemos para referir sus maravillas. Créeme Aristeo; apenas se puede hablar más mal de la Providencia que no diciendo jamás nada de ella.

Teótimo.—Quisieras, Aristeo, que nadie más que los filósofos hablase de la Providencia, y entre los filósofos, solamente los que tienen de ella la idea que tú tienes ahora.

V. *Aristeo.*—Quisiera, Teótimo, que los hombres no hablasen jamás de la Providencia de una manera propia para hacer creer a los sencillos, que los malos no tienen nunca éxito en sus empresas. Pues la prosperidad de los impíos es un hecho tan probado, que eso puede sembrar y siembra con frecuencia desconfianza en los espíritus. Si los bienes y los males temporales estuviesen regulados poco más o menos según los méritos y la confianza en Dios, la manera ordinaria de hablar de la Providencia no tendría malas consecuencias. Pero fíjate, la mayor parte de los hombres, y aquellos principalmente que son más piadosos, caen en muy grandes desgracias; porque en lugar de servirse en sus necesidades de los medios seguros que les suministra la Providencia general, tientan a Dios con la esperanza engañosa de una Providencia particular. Si están sometidos a un proceso, por ejemplo, descuidan el hacer los escritos necesarios para informar a los jueces de la justicia de su causa. Si tienen enemigos o envidiosos que les tiendan lazos, en lugar de vigilarlos para descubrir sus designios, esperan que Dios no dejará de protejerlos. Las mujeres que han dado con un marido molesto, en vez de ganarle por la paciencia y la humildad, van a quejarse a todas las personas buenas que conocen y a recomendarlo a sus plegarias. No se obtiene siempre por este medio lo que se desea y espera; y entonces no se deja apenas de murmurar contra la Providencia, y de pasar a opiniones que ofenden las perfecciones divinas. Tú sabes, Teótimo, los funestos efectos que produce en el espíritu de las

gentes sencillas una Providencia mal entendida, y que de aquí principalmente toma su origen la superstición; superstición que causa en el mundo una infinidad de males.

Teótimo.—Te confieso, Aristeo, que sería de desear que todos los hombres tuviesen una idea exacta de la Providencia divina. Pero te sostengo con Teodoro, que no siendo esto posible, vale más que hablen de ella como lo hacen, que no decir absolutamente nada. La idea que tienen de la misma, falsa, y todo como es, y aun esta inclinación natural que hace que los espíritus vayan a parar a la superstición, les es muy ventajosa en el estado en que se hallan, pues ello les impide caer en mil desórdenes. Cuando hayas pensado bien en esto, creo que estarás de acuerdo. Tal, pierde su proceso por haber descuidado los medios naturales de ganarlo ¿qué importa, Aristeo? La pérdida de sus bienes será quizá la causa de su salvación. Ciertamente, si no es la pereza y la negligencia las que le han movido a abandonar todo aquello, sino un santo movimiento de confianza en Dios, y el temor de entrar en un espíritu de embrollo y de perder el tiempo muy útilmente; si así es, ha ganado su proceso ante Dios, aunque quizá lo haya perdido ante los hombres. Pues le redundará más provecho de un proceso perdido de esta manera, que ganado de otra, con gastos, perjuicios o intereses.

VI. Somos cristianos, Aristeo, tenemos derecho a los verdaderos bienes; el Cielo está ahora abierto, y Jesucristo nuestro Precursor y nuestro Jefe ha entrado en él ya por nosotros. Así, Dios no recompensa ya, como otras veces, nuestra confianza en Él por la abundancia de los bienes temporales. Tiene bienes mejores para sus hijos adoptados en Jesucristo. Este tiempo ha pasado con la ley. La Alianza antigua y figurativa de la nueva está derogada ahora. Si fuésemos judíos, quiero decir judíos carnales, tendríamos aquí abajo una recompensa proporcionada a nuestros méritos; judíos carnales, repito, pues los judíos cristianos han tenido parte en la cruz de Jesucristo, antes de tener parte en su gloria. Pero nosotros tenemos mejores esperanzas que ellos, *melio-*

rem et manentem substantiam 1), fundada sobre una mejor alianza y mejores víctimas: *Melioris testamenti sponsor factus est Jesus... Melioribus hostiis quàm istis* (2). La prosperidad de los malos no debe ya extrañar más que a los cristianos judíos, a los mahometanos, a los que no saben la diferencia que hay entre las dos Alianzas, entre la gracia del Antiguo Testamento y la del Nuevo, entre los bienes temporales que Dios distribuía a los judíos por ministerio de los Ángeles, y los verdaderos bienes que Dios da a sus hijos por nuestro Jefe y nuestro Mediador Jesucristo. Se cree que los hombres deben ser desdichados en proporción a sus crímenes. Es verdad, pero en el fondo hay razón para creerlo, pues esto llegará tarde o temprano. No hay cristiano que no sepa, que vendrá el día en que Dios dará a cada uno según sus obras. La prosperidad de los malos no puede pues alterar sino a los que carecen de fe, y no reconocen otros bienes que los de la vida presente. Así, Aristeo, la idea confusa e imperfecta de la Providencia que tiene la mayor parte de los hombres, no produce tantos malos efectos como tú crees en los verdaderos cristianos, aunque perturbe el espíritu, e inquiete sobremanera a la generalidad de los hombres que observan con frecuencia que no está de acuerdo con la experiencia. Pero vale más que tengan esta idea, que no tener absolutamente ninguna, lo que sucedería poco a poco si la dejasen borrarse de su espíritu por un silencio pernicioso.

Aristeo.—Te declaro, Teótimo, que la fe impide con frecuencia que sean sacadas consecuencias impías de la prosperidad de los malos y de las aflicciones de los hombres de bien. Pero como la fe no es tan sensible como la experiencia contínua de estos enfadosos acontecimientos, no impide siempre que el espíritu vacile y desconfíe de la Providencia. Además, los cristianos, no siguen casi nunca los principios de su Religión; hablan de los bienes y de los males como los judíos carnales. Cuando un padre exhorta a su hijo a la virtud, no teme el decirle, que si es honrado, todas

(1) Hebr. 10. 34.
(2) Ibid. 7. 22. 9. 23.

sus empresas le saldrán bien. ¿Crees tú que su hijo piensa en los verdaderos bienes? ¡Ay!, acaso el padre mismo no pensará nunca en ellos. Sin embargo, los libertinos que observan con cuidado las contradicciones de todos estos discursos que se hacen sin reflexión sobre la Providencia, no dejan de sacar de ellas pruebas de su impiedad; y son tan sensibles y palpables estas pruebas, que basta que las propongan para conmover a las personas honradas, y para tirar a los que no están sostenidos por la fe. *¿Pensáis vosotros,* dice Jesucristo (1), *que estas dieciocho personas que fueron aplastadas bajo las ruinas de la torre de Siloe fuesen más criminales o más deudoras a la justicia de Dios que los otros habitantes de Jerusalén? No,* dice, *pero vosotros pereceréis todos si no hacéis penitencia.* He aquí como hay que hablar a los hombres para enseñarles que en esta vida los más desdichados no son por eso los más criminales; y que los que viven en la abundancia, en medio de placeres y de honores, no son por ello más queridos de Dios, ni protegidos por una Providencia más particular.

VII. *Teótimo.*—Sí, Aristeo. Pero todo el mundo no está siempre en estado de gustar esta verdad. *Durus est hic sermo.* Los carnales, los que tienen todavía el espíritu judío, no comprenden nada de esto. Hay que hablar a los hombres según sus alcances, y acomodarse a su flaqueza para ganarlos poco a poco. Es preciso conservar cuidadosamente en su espíritu la idea de la Providencia tal como ellos son capaces de tenerla. Es necesario prometerles el céntuplo: que ellos lo entiendan como puedan según las disposiciones de su corazón. Los carnales lo entenderán mal, es verdad. Pero también vale más que crean que la virtud será mal recompensada, que no que piensen que no ha de serlo en absoluto. Hasta lo será perfectamente bien según sus falsas ideas. Algún libertino les hará observar que se les hacen vanas promesas. Lo concedo. Más acaso servirá esto para hacerles comprender que se equivocan ellos mismos, y que los bienes que estiman

(1) Luc. 13, 4.

tanto, son muy poca cosa, puesto que Dios los distribuye tan a disgusto de ellos, y según sus prejuicios. Ciertamente, Aristeo, no se puede apenas hablar demasiado de la Providencia, aun cuando no se conociera nada de ella. Pues esto despierta siempre en el espíritu, el pensamiento fundamental de todas las religiones: que hay un Dios que premia y castiga. La idea confusa de la Providencia es tan útil, como la que tú tienes de la misma, para llevar a la virtud a la generalidad de los hombres. No puede aclarar las dificultades de los impíos; no puede ser defendida sin caer en un número infinito de contradicciones. Es verdad. Pero las gentes sencillas se apuran poco por eso. La fe las sostiene; y su simplicidad, su humildad las pone bastante a cubierto contra los ataques de los libertinos. Así, yo creo, que en los discursos dirigidos a todo el mundo, es preciso hablar de la Providencia según la idea más común; y lo que Teodoro nos ha enseñado hay, que guardarlo para hacer callar a los pretendidos espíritus fuertes, y para asegurar a los que se encontrarían vacilantes por la consideración de los efectos que parecen contradecir las perfecciones divinas; todavía debe suponerse que sean capaces de la atención necesaria para seguir nuestros principios; pues de otro modo sería lo más corto, si fuesen cristianos, detenerlos únicamente por la autoridad de la Escritura.

Aristeo.—Me rindo, Teótimo. Es necesario hablar a los hombres según sus ideas cuando no están en estado de profundizar las materias. Si se criticase el sentimiento confuso que tienen de la Providencia, quizá se les diese ocasión para caer. Sería fácil ponerlos en aprieto por las contradicciones en que incurren; pero sería muy difícil sacarlos de este aprieto. Pues se necesita mucha aplicación para reconocer y seguir los verderos principios de la Providencia. Lo comprendo, Teótimo, y pienso que principalmente por eso es por lo que Jesucristo y los Apóstoles no nos han enseñado formalmente los principios de razón de que los Teólogos se sirven para apoyar las verdades de la fe. Han supuesto que las personas ilustradas sabrían estos principios, y que las sencillas, que se rinden únicamente a la autoridad, no tendrían

necesidad de ellos, y aun podrían ser perjudicados con los mismos y tomarlos mal, por falta de estudio e inteligencia. Estoy pues, bien resuelto a dejar a los hombres la libertad de hablar a su manera de la Providencia, con tal que no digan nada que hiera abiertamente los atributos divinos; con tal que no den a Dios designios injustos y extravagantes, y que no Le hagan obrar para satisfacer sus desordenadas inclinaciones. Mas en cuanto a los filósofos, y sobre todo, ciertos pretendidos espíritus fuertes, no sufriré, en verdad, sus impertinentes bromas. Espero que me llegará mi vez, y los pondré en gran apuro. Me han reducido algunas veces al silencio, pero yo he de obligarles a callar. Pues ahora tengo de qué responderles a todo lo que me han objetado de más especioso y fuerte.

VIII. *Teodoro.*—Ten cuidado, Aristeo, que la vanidad y el amor propio no animen un poco tu celo. No busques adversarios para tener la gloria y el placer de vencerlos. A la verdad es a la que es preciso hacer triunfar de los que la han combatido. Si pretendes confundirlos, no los ganarás, y quizá ellos te confundan todavía. Pues, concedo que tienes de qué obligarlos al silencio; pero esto es suponiendo que quieran escuchar razones, lo que seguramente no harán, cuando se den cuenta que quieres poder más que ellos. Si te ridiculizan, tendrán de su parte a los burlones. Si se asustan, sembrarán el miedo en los espíritus Tú estarás. solo con tus principios, de los cuales nadie comprenderá nada. Te aconsejo, pues, Aristeo, que tomes en particular a estas personas a que te refieres, y les propongas tu opinión, como para aprender de ellas lo que sobre la misma debes creer. Será preciso para responderte que se pongan a examinarla, y quizá las convenza la evidencia. Ten cuidado, sobre todo, que no se imaginen que las engañas. Habla a lo discípulo, de buena fé, para que no reconozcan tu caritativo disimulo. Pero cuando hayas reconocido que están penetradas de la verdad, entonces combátela sin miedo de que la abandonen. La mirarán como un bien que les pertenece, y que habrán adquirido por su aplicación y trabajo. Tomarán interés en su defensa; acaso no porque la amen verderamente, sino por-

que su amor propio se encontrará satisfecho. Así, tú los conducirás al partido de la verdad, y formarás entre ésta y ellos lazos de interés que no romperán fácilmente. La mayor parte de los hombres miran la verdad como un mueble muy inútil, o más bien como un mueble muy embarazoso e incómodo. Pero cuando es de su invención, y la miran como un bien que se les quiere arrebatar, se asen con tanta fuerza a ella, y la consideran tan atentamente, que no pueden ya olvidarla.

Aristeo.—Tienes razón, Teodoro; para tener la seguridad de ganar a las gentes, hay que encontrar el medio de reparar su amor propio; aquí está el secreto. Trataré de seguir exactamente tu caritativo consejo. Pero ¿piensas tú que yo poseo bastante bien tus principios para convencer de ellos a los demás, y para responder a todas las dificultades que se me opongan?

Teodoro.—Si estás bien resuelto a tomar con tus gentes el aire y las maneras de discípulo, no es necesario que sepas más exactamente estos principios. Ellas te los enseñarán tan bién como yo.

Aristeo.—¿Cómo, tan bien como tú, Teodoro?

Teodoro.—Mejor que yo, Aristeo; lo verás por experiencia. Acuérdate solamente de las principales verdades que te he explicado, y a las que debes referir todas las preguntas que les hagas.

Acuérdate de que Dios no puede obrar más que según lo que es, de una manera que lleva consigo el carácter de sus atributos; que así, no forma sus designios independientemente de los procedimientos para ejecutarlos, sino que escoge la obra y los procedimientos que juntos expresan más las perfecciones que Él se gloría de poseer, que cualquier otra obra, por cualquier otro procedimiento. He aquí Aristeo, el principio más general y fecundo.

Acuérdate que cuanto más simplicidad, uniformidad, generalidad hay en la Providencia, permaneciendo en ella igual lo demás, más lleva consigo el carácter de la Divinidad; que así, Dios gobierna el mundo por leyes generales, para hacer brillar su sabiduría en el encadenamiento de las causas.

Pero acuérdate, que las criaturas no obran las unas sobre las otras por su eficacia propia, y que Dios no les ha comunicado su poder, sino porque ha establecido las modalidades de las mismas causas ocasionales, que determinan la eficacia de las leyes generales que se ha prescrito. Todo depende de este principio.

XI. He aquí, Aristeo, las leyes generales según las cuales Dios regula el curso ordinario de su Providencia:

1. Las leyes generales de las comunicaciones de los movimientos, de las cuales leyes, el choque de los cuerpos es la causa ocasional o natural. Por el establecimiento de estas leyes es como Dios ha comunicado al sol el poder de alumbrar, al fuego el de quemar, y así de las demás virtudes que tienen los cuerpos para obrar unos sobre otros; y obedeciendo a sus propias leyes es como Dios hace todo lo que hacen las causas segundas.

2. Las leyes de la unión del alma y el cuerpo, cuyas modalidades son recíprocamente causas ocasionales de sus cambios. Por estas leyes, Dios ha dado el poder de hablar, de marchar, de sentir, de imaginar, etc.; y los objetos tienen por mis órganos el poder de afectarme e inmutarme. Por estas leyes Dios me une a todas sus obras.

3. Las leyes de la unión del alma con Dios, con la substancia inteligible de la Razón universal, leyes de las cuales es nuestra atención la causa ocasional. Por el establecimiento de estas leyes tiene el espíritu la facultad de pensar en lo que quiere, y de descubrir la verdad. No hay más que estas tres leyes generales que nos enseñen la Razón y la experiencia. Pero la autoridad de la Escritura nos hace conocer todavía otras dos, a saber:

4. Las leyes generales que dan a los Ángeles buenos y malos, poder sobre los cuerpos, substancias inferiores a su naturaleza. Por la eficacia de estas leyes es como los Angeles han gobernado al pueblo judío, lo han castigado y premiado con bienes y males temporales, según la orden que para ello habían recibido de Dios. Por la eficacia de estas leyes tienen también los demonios el poder de tentarnos, y nuestros Ángeles tutelares el de defendernos. Las causas ocasionales de estas leyes son sus

deseos prácticos; pues es contradictorio que otro que no sea el Criador de los cuerpos pueda ser el motor de ellos (1).

5. En fin, las leyes por las cuales Jesucristo ha recibido el soberano poder en el Cielo y en la Tierra, no solamente sobre los cuerpos, sino sobre los espíritus; no solamente para distribuir los bienes temporales, como los Ángeles en la Sinagoga, sino para esparcir en los corazones la gracia interior que nos hace hijos de Dios, y nos da derecho a los bienes eternos. Las causas ocasionales de estas leyes son los diversos movimientos del alma santa de Jesús. Pues nuestro Mediador y Soberano Sacerdote intercede sin cesar, y su intercesión es siempre y muy prontamente atendida (2).

Aquí tienes, Aristeo, las leyes más generales de la Naturaleza y de la Gracia, que Dios sigue en el curso ordinario de su Providencia. Por estas leyes ejecuta sus designios de una manera que lleva admirablemente consigo el carácter de su presciencia infinita, de su cualidad de Escrutador de los corazones, de su inmutabilidad y de sus demás atributos. Por estas leyes comunica su poder a las criaturas, y les da parte en la gloria de la obra que Él ejecuta por su ministerio. También por esta comunicación de su poder y de su gloria es como hace más honor a sus atributos. Pues es preciso una sabiduría infinita para servirse tan felizmente de las causas libres como de las causas necesarias en la ejecución de sus designios.

Pero aunque Dios se haya prescrito estas leyes generales, y todavía algunas otras de que no es necesario hablar, como son aquellas por las cuales el fuego del infierno tiene el poder de atormentar a los demonios, las aguas del Bautismo el de purificarnos, y otras veces, las aguas muy amargas de los celos el de castigar la infidelidad de las mujeres, y así de las demás; aunque Dios se haya, digo, prescrito estas leyes, y no deje sin gran-

(1) V. la última Aclaración al Tratado de la Naturaleza y de la Gracia y la Respuesta a la Disertación de M. A. contra esta Aclaración.

(2) V. el II. Discurso del Tratado de la Naturaleza y de la Gracia.

des razones la generalidad de su conducta, acuérdate bien que cuando recibe más gloria dejándola que siguiéndola, entonces no deja nunca de abandonarla. Pues para poner de acuerdo las contradicciones que aparecen en los efectos de la Providencia, basta que sostengas que Dios obra y debe obrar ordinariamente por leyes generales. Conserva, pues, bien estos principios, y regula tus interrogaciones de manera, que no tiendan sino a hacer que las personas que pretendes convertir los consideren (1).

Aristeo.—Lo haré, Teodoro, y espero que tendré éxito en mi designio. Pues todos estos principios me parecen tan evidentes, tan bien enlazados unos con otros, y de tal modo de acuerdo con lo que vemos ocurre, que con tal que los prejuicios y las pasiones no opongan demasiado obstáculo a la impresión que deben hacer sobre su espíritu, será bien difícil que se resistan a ellos. Te doy las gracias por la advertencia que me has dado de reparar su amor propio; pues veo que lo echaría todo a perder, si me comportase como tendría buena gana de hacerlo. Pero, Teodoro, supuesto que yo tenga acierto en mi designio, y que los haya convencido bien de la verdad de nuestros principios, ¿cómo podría obligarles a reconocer la autoridad de la Iglesia, siendo así que han nacido en la herejía, y yo quisiera sacarlos de ella?

Teodoro.—Verdaderamente, Aristeo, éste es asunto muy distinto. Tú piensas quizá que basta dar buenas pruebas de la infalibilidad de la Iglesia para convertir a los herejes. Es necesario, Aristeo, el concurso del Cielo, para ello. Pues el espíritu de partido forma todos los días tantos enlaces secretos en el corazón de los que desgraciadamente van a parar allí, que esto los ciega y los hace impenetrables a la verdad. Si alguno te exhortase a hacerte hugonote, seguramente no lo escucharías de buena gana. Pues has de saber, que acaso son más ardientes que nosotros; porque en el estado en que se encuentran, se exhortan con más frecuencia que nosotros, unos a otros, a dar señales de su firmeza. Teniendo pues, una infinidad de compromisos, de enlaces, de

(1) Números 5. 6.

prejuicios, de razones de amor propio que los detengan en su secta ¿qué habilidad no es preciso para obligarlos a considerar sin prevención las pruebas que se les puede dar de que están en el error?

Aristeo.—Sé, Teodoro, que su delicadeza es suma, en lo que afecta a la cuestión religiosa, y que por poco que se les roce por este lado, se sublevan todas sus pasiones. Pero no temas; porque a más de que aquellos de que hablo no son tan sensibles como muchos otros, adoptaré también las maneras de un discípulo muy sumiso, que les obligaré para responderme a examinar las dudas que les proponga. Dame solamente algunas pruebas de la infalibilidad de la Iglesia, conformes a la idea que me has dado de la Providencia.

X. *Teodoro.*—Es cierto por la Escritura, que los herejes no se atreven a rechazar, *que Dios quiere que todos los hombres se salven, y vengan al conocimiento de la verdad* (1). Es preciso, pues, encontrar en el Orden de la Providencia buenos medios para hacer venir a todos los hombres al conocimiento de la verdad.

Aristeo.—Niego esta consecuencia. Dios quiere que todos los hombres se salven; pero no quiere hacer todo lo que sería preciso para salvarlos a todos. Si lo quisiera, se salvarían todos; los chinos y tantos otros pueblos no estarían privados del conocimiento del verdadero Dios y de Jesucristo su Hijo, en lo cual consiste la vida eterna.

Teodoro.—Yo no te digo, Aristeo, que Dios quiera hacer todo lo que sería necesario para salvar a todos los hombres. No quiere hacer milagros a todas horas. No quiere derramar en todos los corazones gracias victoriosas. Su conducta debe llevar consigo el carácter de sus atributos, y Él no debe dejar sin grandes razones la generalidad de su Providencia. Su sabiduría no Le permite proporcionar siempre su auxilio a la necesidad actual de los malos y a la prevista negligencia de los justos. Todos los hombres se salvarían, si así obrase hacia nosotros. Yo pretendo sola-

(1) I. Tim. 2. 4.

mente que es necesario encontrar en la Providencia medios generales que respondan a la voluntad que Dios tiene de que todos los hombres vengan al conocimiento de la verdad. Ahora bien, no se puede llegar a este conocimiento sino por dos caminos, por el del examen, o por el de la autoridad.

Aristeo.—Te entiendo, Teodoro. El camino del examen responde quizá a la voluntad que Dios tiene de salvar a los sabios; pero Dios quiere salvar a los pobres, a los sencillos, a los ignorantes, a los que no saben leer, como a los señores críticos. Todavía no veo yo que los Grocios, los Cocejos, los Saumaises, los Buxtorfs, hayan llegado a este conocimiento de la verdad a que Dios quiere que lleguemos todos. Quizá Crotio estaba próximo a él cuando le ha sorprendido la muerte. ¡Qué! ¿no provee la Providencia más que a la salvación de los que tienen bastante vida, así como talento y ciencia, para discernir la verdad del error? Ciertamente esto no es verosímil. El camino del examen es de todo punto insuficiente. Ahora que la razón del hombre está debilitada, es preciso conducirle por el de la autoridad. Esta vía es sensible, segura, general, responde perfectamente a la voluntad que Dios tiene, de que todos los hombres vengan al conocimiento de la verdad. Pero ¿dónde encontraremos esta autoridad infalible, esta vía segura que podamos seguir sin miedo al error? Los herejes pretenden que no se encuentra sino en los Libros Sagrados.

XI. *Teodoro.*—Se encuentra en los Libros Sagrados, pero por la autoridad de la Iglesia es como lo sabemos. Ha tenido San Agustín razón para decir, que sin la Iglesia, no creería él en el Evangelio. ¿Cómo es que las gentes sencillas pueden estar ciertas de que los cuatro Evangelios que tenemos poseen una autoridad infalible? Los ignorantes no tienen ninguna prueba de que son de los Autores que llevan su nombre, y de que no han sido alterados en las cosas esenciales; y yo no sé si los sabios tienen de ello pruebas bien seguras. Pero aun cuando estuviésemos ciertos de que el Evangelio de San Mateo, por ejemplo, es de este Apóstol, y que es hoy tal como él lo ha compuesto, cierta-

mente, si no tenemos autoridad infalible que nos enseñe que este Evangelio ha sido divinamente inspirado, no podemos apoyar nuestra fe sobre sus palabras como sobre las de Dios mismo. Hay de aquellos, quienes pretenden que la divinidad de los Libros Sagrados es tan sensible, que no pueden ser leídos sin percibirla. Pero ¿en qué está apoyada esta pretensión? Se necesita otra cosa que suposiciones y prejuicios para atribuirles la infalibilidad. Es preciso o que el Espíritu lo revele a cada uno en particular, o que lo revele a la Iglesia para todos los particulares. Ahora bien, lo uno es mucho más sencillo, más general, más digno de la Providencia que lo otro.

Pero concedo que todos los que lean la Escritura, sepan por una revelación particular que el Evangelio es un Libro Divino, y que no ha sido corrompido por la malicia y la negligencia de los copistas. ¿Quién nos dará la inteligencia del mismo? Porque la razón no basta para tomar siempre el verdadero sentido de él. Los socinistas son razonables como los demás hombres, y encuentran que el Hijo no es consustancial con el Padre. Los calvinistas son hombres como los luteranos, y pretenden que las palabras: *Tomad, comed, este es mi cuerpo,* significan en el lugar en que se hallan, que lo que Jesucristo da a sus Apóstoles no es sino la figura de su cuerpo. ¿Quién desengañará a unos o a otros? ¿quién los conducirá al conocimiento de la verdad adonde Dios quiere que lleguemos todos? Será necesario en todo momento, a cada uno en particular una asistencia del Espíritu Santo que los herejes niegan a toda la Iglesia, cuando está reunida para formar estas decisiones. ¡Qué extravagancia, qué ceguedad, qué orgullo! Se imagina que se entiende mejor la Escritura que a la Iglesia universal, que conserva el sagrado depósito de la tradición, y que merece algo más que cada particular, que Jesucristo que es el Jefe de ella se preocupe de defenderla contra los poderes del infierno.

XII. La mayor parte de los hombres están persuadidos de que Dios los conduce por una providencia particular, o más bien a aquellos a los cuales profesan gran estimación. Están dispues-

tos a creer que este, es querido por Dios de manera, que no permitirá que caiga en el error, ni que ellos lo lleven al mismo. Le atribuyen una especie de infalibilidad, y se apoyan a gusto sobre esta autoridad quimérica que se han formado por multitud de reflexiones sobre las grandes y excelentes cualidades del personaje, para librarse del incómodo trabajo del examen. Estos son ciegos, que siguen a otros ciegos, y que caerán con ellos en el precipicio. Es que todo hombre está sujeto al error: *Omnis homo mendax*. Es verdad que tenemos necesidad de una autoridad visible ahora que no podemos penetrar fácilmente en nosotros mismos para consultar a la Razón, y que hay verdades necesarias a la salvación que no podemos aprender más que por la revelación. Pero esta autoridad sobre que debemos apoyarnos, debe ser general y el efecto de una Providencia general. Dios no obra ordinariamente por voluntades particulares en los espíritus para impedir que se equivoquen. Esto no se acomoda con la idea que debemos tener de la Providencia, que debe llevar consigo el carácter de los atributos divinos. Dios ha encomendado a nuestro Mediador el cuidado de nuestra salvación. Pero Jesucristo mismo imita en lo posible, la conducta de su Padre, haciendo servir la Naturaleza a la Gracia, y escogiendo medios generales para la ejecución de su obra. Ha enviado a sus Apóstoles por todo el mundo para anunciar a los pueblos las verdades del Evangelio. Ha dado a su Iglesia Obispos, Sacerdotes, Doctores, un Jefe visible para gobernarla. Ha establecido Sacramentos para derramar su gracia en los corazones; señales ciertas de que construye su obra por procedimientos generales, y que las leyes de la Naturaleza Le suministran. Jesucristo puede, indudablemente, iluminar interiormente a los espíritus sin el auxilio de la predicación, pero parece que no lo hará. Puede regenerarnos sin el Bautismo, pero no quiere hacer inútiles sus Sacramentos. No obrará jamás en este y aquel de una manera particular, sin alguna razón particular, sin alguna especie de necesidad. Pero ¿dónde está la necesidad de que ilumine particularmente a tal y cual crítico para que tome bien el sentido de un pasaje de la Escritura? La

autoridad de la Iglesia basta para evitar que se extravíe uno ¿por qué no se quiere someterse a ella? Basta que Jesucristo conserve a la Iglesia su infalibilidad, para conservar al mismo tiempo la fe en todos los nijos humildes y obedientes a su madre. ¡Desdichados los temerarios y los presuntuosos que esperan que Jesucristo los ilumine particularmente contra la Razón, contra el orden de su conducta que ha ajustado al Orden inmutable! Jesucristo no deja nunca de asistir a los justos en sus necesidades. No les rehusa jamás la gracia necesaria para vencer las tentaciones. Les despeja el espíritu en la lectura de los Libros Santos. Recompensa con frecuencia su fe por el don de la inteligencia. Es que esto es conforme al Orden, y necesario para la instrucción de los mismos, y la edificación de los pueblos. Pero para conservar nuestra fe en las materias decididas, tenemos la autoridad de la Iglesia. Eso basta. Él quiere que estemos sometidos a la misma. Solamente de Él podemos recibir los auxilios necesarios para vencer las tentaciones. He aquí por qué intercede sin cesar para conservar en nosotros nuestra caridad. Pero no intercede sin cesar, para que los presuntuosos no caigan en el error al leer las Escrituras, habiéndonos dado una autoridad infalible, sobre la cual debemos apoyarnos; la de la Iglesia del Dios vivo, que es columna y firme apoyo de la verdad; *columna et firmamentum veritatis* (1).

Aristeo.—Lo que me dices, Teodoro, esta perfectamente de acuerdo con la idea que me has dado de la Providencia. Dios tiene sus leyes generales, y nuestro Mediador y Jefe las reglas, que sigue inviolablemente, como Dios sus leyes, si el Orden inmutable que es la ley primitiva de todas las inteligencias, no exige excepciones. Es infinitamente más sencillo y más conforme a la Razón, que no Jesucristo asista a su Iglesia para impedirle que caiga en el error, que a cada uno en particular, y principalmente que al que tiene la temeridad de poner en duda materias decididas, y que con ello acusa al Salvador o de haber aban-

(1) 1. Tim. 3. 15.

donado a su Esposa, o de no haber podido defenderla. Nosotros tenemos necesidad ahora de una autoridad infalible. La Providencia ha provisto a esto; y lo ha hecho de una manera que me parece digna de los atributos divinos y de las cualidades de Jesucristo nuestro Salvador, de una manera que responde perfectamente a esta voluntad de Dios, de que todos los hombres se salven, y vengan al conocimiento de la verdad.

Teodoro.—Es cierto, Aristeo. Pues la Iglesia Apostólica Romana es visible y reconocible. Es perpetua para todos los tiempos, y universal para todos los lugares; al menos, es la Sociedad más expuesta a los ojos de toda la tierra, y la más venerable por su antigüedad. Ninguna de las sectas particulares tiene carácter alguno de verdad, marca alguna de divinidad. Las que parecen ahora tener algún brillo, han comenzado largo tiempo después que ella. Esto lo sabe todo el mundo. aun aquellos que se dejan deslumbrar por este escaso brillo que apenas traspasa las fronteras de su país. Así, Dios ha suministrado a todos los hombres, en tanto que sus leyes generales se lo han permitido, un medio fácil y seguro para llegar al conocimiento de la verdad.

Teótimo.—Yo no comprendo, Aristeo, con qué fundamento puede dudarse de la infalibidad de la Iglesia de Jesucristo. ¿Es que los herejes no creen que ha sido divinamente establecida, que está divinamente gobernada, para dudar que esté divinamente inspirada? Es necesario no tener ninguna idea de la Iglesia de Jesucristo, es necesario mirarla como a las demás sociedades, para creerla sujeta a error en las decisiones que ella toma para instrucción de sus hijos. Sí, Aristeo, no hay nadie que no esté extrañamente prevenido, que no vea desde luego, que puesto que Jesucristo es el Jefe de la Iglesia, que es su Esposo, su protector, es imposible que las puertas del infierno prevalezcan contra ella, y que ella enseñe el error, con tal que se tenga de Jesucristo la debida idea. No hay necesidad para esto de entrar en un gran examen; es una verdad que salta a la vista de los más sencillos y rudos. En todas las sociedades

hace falta una autoridad; todo el mundo está convencido de esto, Los herejes mismos quieren que los de su secta se sometan a las decisiones de sus Sínodos. En efecto, una sociedad sin autoridad es un monstruo con muchas cabezas. Ahora bien, la Iglesia es una sociedad establecida divinamente para conducir a los hombres al conocimiento de la verdad. Luego es evidente que su autoridad debe ser infalible, a fin de que pueda llegarse adonde Dios quiere que todos lleguemos, sin ser obligados a seguir el camino peligroso e insuficiente del examen.

Teodoro.— Supongamos, Aristeo, aun que Jesucristo no sea ni el Jefe ni el Esposo de la Iglesia, que no vele sobre ella, que no esté en medio de ella hasta la consumación de los siglos, para defenderla contra los poderes del infierno; ella no tendría ya esta infalibilidad divina que es el fundamento inconmovible de nuestra fe. Sin embargo, me parece evidente que es necesario haber perdido el juicio, o estar prevenido por una extraordinaria obstinación, para preferir las opiniones de los herejes a las decisiones de nuestros Concilios. Tomemos un ejemplo: Nosotros nos preocupamos por saber, si es el cuerpo de Jesucristo o la figura de su cuerpo, lo que está en la Eucaristía. Convenimos todos en que los Apóstoles sabían bien qué era lo que había. Convenimos que han enseñado lo que era preciso creer de esto en todas las Iglesias que han fundado ¿Qué se hace para aclarar aquello sobre que se disputa? Se convocan asambleas lo más generales posibles. Se hace venir a un mismo lugar a los mejores testigos que pueda haber de lo que se cree en diversos países. Los Obispos saben bien, si en la Iglesia que ellos presiden se cree, o no, que el cuerpo de Jesucristo esté en la Eucaristía. Se les pregunta pues, a ellos qué piensan de esto. Ellos declaran que es un artículo de su fe, que el pan se cambia en el cuerpo de Jesucristo. Pronuncian anatema contra los que sostienen lo contrario. Los Obispos de las otras Iglesias, que no han podido encontrarse en la asamblea, aprueban positivamente la decisión; o si no tienen relaciones con los del Concilio, se callan, y testimonian bastante por su silencio, que son de la misma opinión; de otro modo no

dejarían de condenarla, pues los griegos perdonan poco a los latinos. Siendo esto así, yo sostengo, que aun en la suposición de que Jesucristo haya abandonado a su Iglesia, se necesita haber renunciado al sentido común, para preferir la opinión de Calvino a la de todos estos testigos, que atestiguan un hecho que no es posible que ignoren.

Aristeo.—Esto es de la mayor evidencia. Pero se te dirá, que estos Obispos que no pueden ignorar lo que se cree actualmente en sus Iglesias sobre el hecho de la Eucaristía, pueden no saber lo que sobre el mismo hecho se creía hace mil años; y que puede suceder que todas las Iglesias particulares hayan caído insensiblemente en el error.

Teodoro.—Suponiendo que Jesucristo no gobierne a su Iglesia, convengo que puede suceder que todas las Iglesias en general caigan en el error. Pero que caigan todas en el mismo error, es moralmente imposible. Que caigan en él sin que la historia haya dejado señales claras de sus discusiones, otra imposibilidad moral. Que caigan todas en fin, en un error parecido a los que los calvinistas nos atribuyen, imposibilidad absoluta. Pues ¿qué es lo que la Iglesia ha decidido? Que el cuerpo de un hombre se encuentra al mismo tiempo en una infinidad de lugares; que el cuerpo de un hombre se encuentra en un espacio tan pequeño como es la Eucaristía; que después que el sacerdote ha pronunciado algunas palabras, el pan se convierte en el cuerpo de Jesucristo, y el vino en su sangre. ¿De modo que esta locura hablo en hereje, esta extravagancia, se subirá a la cabeza de los cristianos de todas las Iglesias? Se necesita, me parece, ser insensato para sostenerlo. Jamás un mismo error es generalmente aprobado, si no está generalmente conforme a las disposiciones del espíritu. Todos los pueblos han podido adorar al Sol. ¿Por qué? Es que este ser deslumbraba en general a todos los hombres. Pero si un pueblo insensato ha adorado a los ratones, otro habrá adorado a los gatos. Si Jesucristo abandonase a su Iglesia, todos los cristianos podrían muy bien ir a parar poco a poco a la herejía de Calvino sobre la Eucaristía, porque, en efec-

to, este error no ofende ni a la razón ni a los sentidos. Pero que todas las Iglesias cristianas hayan dado en una opinión que subleva a la imaginación, que va contra los sentidos, que causa asombro a la razón, todo esto insensiblemente, sin que nadie se haya apercibido de ello repito, es preciso haber renunciado al sentido común, es necesario no tener ningún conocimiento del hombre, ni haber reflexionado nunca sobre sus disposiciones interiores, para sostenerlo,

Pero concedo, Aristeo, que habiendo Dios abandonado a su Iglesia, sea posible que todos los cristianos caigan en un mismo error, error ofensivo, y completamente contrario a las disposiciones del espíritu humano, y esto hasta sin que sea notado; y pretendo todavía, no obstante esta suposición, que no pueda uno sustraerse a las decisiones de la Iglesia sin una prevención ridícula. Según la suposición, es posible que la Iglesia se equivoque. Es verdad. Pero sin suponer nada, puede suceder mucho más naturalmente que caiga en error un particular. No se trata de una verdad que dependa de algunos principios de Metafísica, sino de un hecho, de lo que, por ejemplo, Jesucristo ha querido decir con estas palabras, *Este es mi cuerpo*; lo que no puede ser mejor sabido, que por el testimenio de los que han sucedido a los Apóstoles. Lo que el Concilio ha decidido es contrario a lo que se ha creido otras veces. Muy bien. Luego es que todos los Obispos juntos no sabían la tradición tan bien como Calvino. Pero, ¿dónde están los autores antiguos que dicen a los pueblos, como a ello estaban obligados: Tened en cuenta que estas palabras, *Este es mi cuerpo*, no quieren decir que es el cuerpo de Jesucristo sino solamente la figura de su cuerpo? ¿Por qué los confirman en el pensamiento que estas palabras tan claras hacen nacer naturalmente en el espíritu, y tan naturalmente, que aunque nada parezca más increíble que el sentido que ellas encierran, todas las Iglesias se han creído obligadas a admitirlas. Como una misma cosa puede ser en diversos respectos figura y realidad, yo confieso que hay Padres que han hablado de la Eucaristía como de una figura, pues

efectivamente, el sacrificio de la Misa, figura o representa al de la Cruz. Pero no debían contentarse con insistir sobre la figura, debían rechazar con cuidado la realidad. Sin embargo, se observa todo lo contrario. Tienen miedo de que nuestra fe vacile ante la dificultad que hay para creer la realidad, que con frecuencia nos fortifican por la autoridad de Jesucristo, y por el conocimiento que tenemos del poder divino.

Ahora que si hay quien se aferre en decir que la decisión del Concilio es contraria a la razón y al buen sentido, todavía sostengo que cuanto más parece oponerse a la razón y al buen sentido, es más cierto que es conforme a la verdad. Pues, en fin ¿es que los hombres de los pasados siglos no estaban hechos como los de hoy? Nuestra imaginación se subleva, cuando se nos dice que el cuerpo de Jesucristo está al mismo tiempo en el Cielo y sobre nuestros altares. Pero ¿se piensa seriamente que haya habido un siglo en que los hombres no se extrañasen de un pensamiento tan espantoso? Sin embargo se ha creído en todas las Iglesias Cristianas este terrible misterio. El hecho consta por el testimonio de los que pueden saberlo mejor, quiero decir por los votos de los Obispos. Luego los hombres han sido instruídos por una autoridad superior, por una autoridad que han creído infalible, y que se ve desde luego, sin ningún examen, que es infalible, cuando se tiene de Jesucristo y de su Iglesia la debida idea. Así, se suponga todo lo que se quiera, no hay que titubear sobre lo que se debe creer, cuando se ve de un lado la decisión de un Concilio, y de otro los dogmas de un particular, o de una asamblea particular que la Iglesia no aprueba.

Aristeo.—Comprendo, Teodoro, por las razones que me das, que los que quitan a la Iglesia de Jesucristo la infalibilidad que le es esencial, no se libran por esto de la obligación de someterse a sus decisiones. Para estar libres y exentos de esta obligación, es necesario que renuncien al sentido común. Sin embargo, se observa tan frecuentemente que las opiniones más comunes no son las más verdaderas, que se está bastante inclinado

a creer, que lo que afirma un hombre sabio es mucho más cierto que lo que se oye decir a todo el mundo.

Teodoro.—Tocas, Aristeo, a una de las principales causas de la prevención y terquedad de los herejes. No distinguen bastante entre los dogmas de la fe, y las verdades que no pueden ser descubiertas sino por el trabajo de la atención. No estando allanada de todo el mundo nada de lo que depende de los principios abstractos, el buen sentido quiere que se desconfíe de lo que sobre ello piense la multitud. Es infinitamente más verosímil que un sólo hombre que se dedica seriamente a la investigación de la verdad, la haya encontrado, que no un millón de otros que no piensan solamente en eso. Luego es verdad, y con frecuencia se lo observa, que las opiniones más comunes no son las más verdaderas. Pero en materia de fe, sucede todo lo contrario. Cuantos más testigos hay que atestigüen un hecho, más certidumbre posee este. Los dogmas de la Religión no se aprenden por la especulación; es por la autoridad, por el testimonio de los que conservan el depósito sagrado de la tradición. Lo que todo el mundo cree, lo que se ha creído siempre, es lo que habrá que creer eternamente. Pues en materia de fe, de verdades reveladas, de dogmas decididos, las opiniones comunes son las verdaderas. Pero el deseo de distinguirse, hace que se ponga en duda lo que todo el mundo cree, y que se asegure como indubitable lo que de ordinario pasa por muy incierto. El amor propio no está satisfecho, cuando no se sobresale por encima de los demás, y no se sabe sino lo que nadie ignora. En lugar de edificar sólidamente sobre los fundamentos de la fe, y elevarse por la humildad a la inteligencia de las verdades sublimes a que ella nos conduce; en vez de merecer por esto, ante Dios y ante las personas equitativas una verdadera y sólida gloria, se hace un placer maligno, y un motivo de vanidad, el conmover estos sagrados cimientos, y se va a empentar imprudentemente contra esta piedra terrible que aplastará a todos los que tengan la insolencia de chocar con ella.

Aristeo.—He aquí, Teodoro, más que me hace falta para interrogar a mis gentes, y para conducirlas adonde las deseo

nace mucho tiempo. Si la Iglesia está divinamente gobernada, es de toda necesidad que esté divinamente inspirada. Si Jesucristo es el Jefe de ella, no puede llegar a ser maestra del error. Queriendo Dios que todos los hombres vengan al conocimiento de la verdad, no ha debido dejar a la discusión del espíritu humano el camino que a ella conduce. Es necesario que su Providencia haya encontrado un medio seguro y fácil para los sencillos, lo mismo que para los sabios. Las revelaciones particulares hechas a todos los que leen la Escritura, no se acomodan en modo alguno con la idea que debemos tener de la Providencia divina. La experiencia nos enseña que cada uno la explica según sus prejuicios. En fin, aun en la suposición de que Jesucristo no gobierne a su Iglesia, no se puede, sin una prevención contraria al buen sentido, preferir a la decisión de un Concilio, las opiniones particulares a cualquier secta que sea. Todo esto, Teodoro, me parece evidente. Ya no me asusta más que la obstinación de mis amigos, ni busco más que buenos medios de indemnizar su amor propio. Pues temo mucho no tener las maneras propias para desprenderlos de los empeños de toda suerte en que quizá los encuentre.

Teodoro.—Tienes, Aristeo, todo lo que para esto necesitas. ¡Valor! Sabes de sobra cómo se maneja al hombre, lo que le encabrita, y lo que le hace correr. Hay que esperar que la gracia romperá lo que podría detenerlos, quiero decir estas ligaduras secretas que tú no puedes deshacer. A la vez que tú hables a sus oidos, quizá Dios por su bondad les herirá en el corazón.

XIV. Conversación.

Continuación del mismo asunto. La incomprensibilidad de nuestros misterios es una prueba demostrativa de su verdad. Manera de aclarar los dogmas de la fe. De la Encarnación de Jesucristo. Prueba de su Divinidad contra los socinistas. Ninguna criatura, los Angeles mismos no pueden adorar a Dios más que por Jesucristo. Cómo la fe en Jesucristo nos hace agradables a Dios.

I. *Aristeo.*– ¡Ay Teodoro! ¿Cómo podría yo mostrarte mi corazón? ¿Cómo expresarte mi alegría? ¿Cómo hacerte sentir el estado dichoso en que me has puesto? Parezco ahora un hombre escapado del naufragio, o que encuentra todo sereno después de la tempestad. Con frecuencia me he sentido agitado por movimientos peligrosos en presencia de nuestros incomprensibles misterios. Su profundidad me asustaba, su oscuridad me embargaba; y aunque mi corazón se rindiese a la fuerza de la autoridad, no era sin trabajo por parte del espíritu. Pues como tú sabes, el espíritu tiene miedo naturalmente en las tinieblas. Pero ahora, encuentro que en mí, todo está de acuerdo: el espíritu sigue al corazón. ¡Qué digo? El espíritu conduce, el espíritu transporta al corazón. Pues cuanto más oscuros son nuestros misterios ¡qué paradoja! me parecen hoy tanto más creíbles. Sí, Teodoro, yo encuentro en la oscuridad misma de nuestros misterios, admitidos como hoy lo son por tantas naciones diferentes, una prueba incontestable de su verdad.

¿Como, poner de acuerdo, por ejemplo, la unidad con la Trinidad, una sociedad de tres personas diferentes en la simplicidad perfecta de la naturaleza divina? Esto es incomprensible; ciertamente. Pero no es increible. Esto no se nos alcanza; es ver-

dad. Pero un poco de buen sentido, y lo creeremos, al menos si queremos ser de la Religión de los Apóstoles. Pues supuesto en fin que no hayan conocido este inefable misterio, o que no lo hayan enseñado a sus sucesores, sostengo que no es posible que una opinión tan extraordinaria haya podido encontrar en los espíritus esta creencia universal que se le presta en toda la Iglesia, y entre tantas naciones diversas. Cuanto más monstruoso, perdona esta expresión de los enemigos de la fe, parece este adorable misterio, cuanto más hiere a la razón humana, más subleva a la imaginación, más oscuro es, incomprensible, impenetrable, es menos creible que se haya insinuado naturalmente en el espíritu y en el corazón de todos los católicos de tantos países tan alejados. Lo comprendo, Teodoro; jamás los mismos errores se esparcen universalmente por todas partes, principalmente esta clase de errores, que escandalizan extraordinariamente a la imaginación, que no tienen nada de sensible, y que parecen contradecir las nociones más simples y comunes.

Si Jesucristo no velase sobre su Iglesia, el número de los unitarios sobrepasaría bien pronto al de los verdaderos católicos. Comprendo esto. Pues no hay nada en las opiniones de estos herejes que no entre naturalmente en el espíritu. Yo concibo bien que puedan establecerse con el tiempo opiniones proporcionadas a nuestra inteligencia. Aun concibo que puedan dominar los más extravagantes sentires entre ciertos pueblos de un giro de imaginación singular por completo. Pero que una verdad tan sublime, tan alejada de los sentidos, tan opuesta a la razón humana, tan contraria en una palabra a toda la naturaleza como este gran misterio de nuestra fe, que una verdad, repito, de este carácter se pueda extender universalmente y triunfar en todas las naciones en que los Apóstoles han predicado el Evangelio, sobre todo en la suposición de que estos primeros predicadores de nuestra fe no hubiesen sabido ni dicho nada de este misterio, es ciertamente lo que no se puede concebir, por poco conocimiento que se tenga del espíritu humano.

Que haya habido herejes que se hayan opuesto a un dogma

tan elevado, no me sorprende en manera alguna. Sería extraordinariamente sorprendido si nadie lo hubiese combatido nunca. Poco ha faltado para que esta verdad no haya sido vejada. Esto puede ser. Siempre será un mérito atacar lo que parece perjudicar a la Razón. Pero que en fin, haya prevalecido el misterio de la Trinidad, que se haya establecido por todas partes donde la Religión de Jesucristo es admitida, sin que haya sido conocido y enseñado por los Apóstoles, sin una autoridad y una fuerza divinas, no se necesita, me parece, más que un poco de buen sentido para reconocer que no hay nada más verosímil. Pues ni aun es verosímil que un dogma tan divino, tan por encima de la razón, tan alejado de todo lo que puede impresionar la imaginación y los sentidos, pueda venir naturalmente al espíritu de quien quiera que sea.

II. *Teodoro.*—Ciertamente, Aristeo, debes tener muy tranquilo el espíritu, puesto que ahora sabes sacar la luz de las mismas tinieblas, y cambiar en prueba evidente de nuestros misterios la oscuridad impenetrable de que están rodeados. Que los socinistas blasfemen contra nuestra santa Religión; que la pongan en ridículo; sus blasfemias y este ridículo de que ellos pretenden cubrirla, te inspiran respeto hacia ella. Lo que desequilibra a los demás, no puede sino afirmarte. ¿Cómo no gozarías de una paz profunda? Pues lo que puede, en fin, hacer nacer en nosotros algún temor y confusión, no son estas verdades plausibles que todo el mundo cree sin trabajo; es la profundidad e impenetrabilidad de nuestros misterios. Comprendo pues que te encuentres en perfecta calma. Goza de ella, mi querido Aristeo. Pero no juzguemos, te ruego, de la Iglesia de Jesucristo como de las sociedades puramente humanas. Tiene un Jefe que jamás permitirá que venga a ser maestra del error. Su infabilidad está apoyada sobre la Divinidad del Que la conduce. No hay que juzgar únicamente por las reglas del buen sentido, que tales y cuales de nuestros misterios no pueden ser invenciones del espíritu humano. Tenemos una autoridad decisiva, un camino todavía más corto y seguro que esta especie de examen. Sigamos humil-

demente este camino para honrar por nuestra confianza y nuestra sumisión, el poder, la vigilancia, la bondad, y las demás cualidades del Soberano Pastor de nuestras almas. Pues es en cierto modo blasfemar contra la Divinidad de Jesucristo, o al menos contra su caridad para su Esposa, querer absolutamente otras pruebas de las verdades necesarias a nuestra salvación, que no sean las que se sacan de la autoridad de la Iglesia.

Si crees, Aristeo, un artículo de nuestra fe, porque reconoces claramente por el examen que de él haces, que es de tradición apostólica, honrarás por tu fe la misión del apostolado de Jesucristo. Pues tu fe expresa este juicio que tú formas: que Dios ha enviado a Jesucristo al mundo para instruirlo en la verdad. Pero si no crees más que por esta razón, sin tener en cuenta la autoridad infalible de la Iglesia, entonces no honras la sabiduría y la generalidad de la Providencia, que proporciona a los sencillos y a los ignorantes un medio muy seguro y muy natural de instruirse en las verdades necesarias a la salvación. No honras el poder, o al menos la vigilancia de Jesucristo sobre su Iglesia. Parece que sospechas de Él que quiere abandonarla al espíritu de error. De suerte que la fe de los que se someten humildemente a la autoridad de la Iglesia, hace mucho más honor a Dios y a Jesucristo que la tuya, puesto que expresa más exactamente los atributos divinos, y las cualidades de nuestro Mediador. Añade a esto, que ella se relaciona perfectamente con el juicio que debemos formar de la debilidad y de la limitación de nuestro espíritu; y que si de un lado ella expresa nuestra confianza en Dios y en la caridad de Jesucristo, marca claramente por el otro, que tenemos de nosotros mismos una justa y saludable desconfianza. Así, ves bien que la fe del que se somete a la autoridad de la Iglesia es muy agradable a Dios; puesto que por cualquier lado que se la considere, expresa los juicios que Dios quiere que nosotros formemos de sus propios atributos, de las cualidades de Jesucristo, y de la limitación del espíritu humano.

III. Acuérdate no obstante, Aristeo, que la fe humilde y sumisa de los que se rinden a la autoridad no es ni ciega ni indis-

creta; está fundada en razón. Ciertamente la infalibilidad está encerrada en la idea de una Religión divina, de una sociedad que tiene por Jefe una naturaleza subsistente en la Sabiduría eterna, de una sociedad establecida para la salvación de los sencillos y de los ignorantes. El buen sentido quiere que se crea a la Iglesia infalible. Esto me parece así. Es preciso pues, rendirse ciegamente a su autoridad. Pero es que la Razón hace ver que no hay ningún peligro en someterse a aquella; y que el cristiano que rehusa de hacerlo, desmiente por su repulsa el juicio que debe formar de las cualidades de Jesucristo.

Nuestra fe es perfectamente razonable en su principio. No debe su establecimiento a los prejuicios, sino a la recta razón. Pues Jesucristo ha demostrado de una manera incontestable su misión y sus cualidades. Su resurrección gloriosa está de tal modo atestiguada, que es necesario renunciar al sentido común para ponerla en duda. Ahora la verdad no se hace casi ya respetar, por el brillo y la majestad de los milagros. Es que está sostenida por la autoridad de Jesucristo, Que es reconocido por infalible, y Que ha prometido su asistencia omnipotente y su vigilancia llena de ternura, a la divina sociedad de que es Jefe. Que la fe de la Iglesia sea combatida por las diversas herejías, de las sectas particulares, es necesario que esto ocurra para manifestar la fidelidad de los buenos. La nave en que reposa Jesucristo, puede ser azotada por la tempestad, pero no corre peligro ninguno. Es falta de fe tener miedo a la borrasca. Preciso es que los vientos bramen, y que la mar infle sus olas, antes de que haya calma. No se puede sin esto hacer sentir el poder que se tiene de mandarles. Pero si el Señor permite que los poderes del infierno...

Teótimo.—Perdona, Teodoro, que te interrumpa. Tú sabes que no nos queda ya estar contigo más que el resto de la jornada. Ya hay demasiado sobre la infalibilidad de la Iglesia. Aristeo está convencido de ella. Danos, te ruego, algunos principios que puedan conducirnos a la inteligencia de las verdades que creemos, que puedan aumentar en nosotros el profundo respeto

que debemos tener para la Religión y la Moral cristianas; o bien danos alguna idea del método de que tú te sirves en una materia tan sublime.

IV. *Teodoro.*—Yo no tengo para esto, método particular. No juzgo de las cosas sino por las ideas que las representan dependientemente de los hechos que me son conocidos. He aquí todo mi método. Los principios de mis conocimientos se encuentran todos en mis ideas, y las reglas de mi conducta en relación con la Religión, en las verdades de la fe. Todo mi método se reduce a una atención seria a lo que me ilumina y a lo que me conduce.

Aristeo.—Yo no sé si Teótimo concibe lo que nos dices. Yo por mí no comprendo nada de ello. Es demasiado general.

Teodoro.—Creo que Teótimo me entiende bien. Pero es necesario explicarse más. Yo distingo siempre con cuidado los dogmas de la fe, de las pruebas y de las explicaciones que de ellos pueden ser dadas. Los dogmas los busco en la tradición y en el consentimiento de la Iglesia Universal; y los encuentro mejor marcados en las definiciones de los Concilios que en ninguna otra parte. Pienso que estás de acuerdo sobre esto, puesto que siendo infalible la Iglesia, es necesario atenerse a lo que ella ha decidido.

Aristeo.—Pero, ¿no los buscas también en las Sagradas Escrituras?

Teodoro.—Yo creo, Aristeo, que lo más seguro y corto es buscarlos en las Escrituras Sagradas, pero explicadas por la tradición, quiero decir por los Concilios Generales, o admitidos en general por todas partes, explicadas por el mismo espíritu que las ha dictado. Sé bien que la Escritura es un Libro Divino y la regla de nuestra fe; pero no la separo de la tradición, porque no dudo que los Concilios la interpretan mejor que yo. Toma equitativamente lo que te digo. Los Concilios no rechazan la Escritura. La reciben con respeto; y con esto la autorizan también en relación a los fieles, que podrían confundirla con libros apócrifos. Pero además de eso, nos enseñan muchas verdades que los Apóstoles han confiado a la Iglesia, y que han sido combatidas;

verdades que no se encuentran fácilmente en las Escrituras Canónicas, pues ¡cuántos herejes encuentran allí todo lo contrario! En una palabra, Aristeo, trato de asegurarme bien de los dogmas sobre que quiero meditar para tener alguna inteligencia de ellos. Y entonces hago de mi espíritu el mismo uso que los que estudian la Física. Consulto, con toda la atención de que soy capaz, la idea que tengo de mi asunto, tal como la fe me la propone. Me remonto siempre a lo que me parece más simple y general, a fin de encontrar alguna luz. Cuando encuentro alguna, la contemplo. Pero no la sigo sino en tanto que me atrae invenciblemente por la fuerza de su evidencia. La menor oscuridad hace que me limite al dogma, que en el miedo que tengo al error, es y será siempre inviolablemente mi regla.

Los que estudian la Física no razonan jamas contra la experiencia. Pero tampoco concluyen nunca por la experiencia contra la Razón. Vacilan, no viendo el medio de pasar de la una a la otra. Vacilan, digo, no sobre la certidumbre de la experiencia, ni sobre la evidencia de la Razón, sino sobre el medio de poner de acuerdo la una con la otra. Los hechos de la Religión o los dogmas decididos son mis experiencias en materia de Teología. Nunca los pongo en duda. Es lo que me rige y me conduce a la inteligencia. Pero cuando creyendo seguirlos me siento chocar contra la Razón, me detengo; sabiendo bien que los dogmas de la fe y los principios de la Razón deben estar de acuerdo en la verdad, cualquiera sea la posición que tengan en mi espíritu. Quedo pues, sometido a la autoridad, lleno de respeto por la Razón convencido solamente de la debilidad de mi espíritu, y en una perpetua desconfianza de mímismo. En fin, si el ardor por la verdad se vuelve a encender, comienzo de nuevo mis investigaciones, y por una atención alternada, a las ideas que me iluminan, y a los dogmas que me sostienen y conducen, descubro sin otro método particular, el medio de pasar de la fe a la inteligencia. Pero de ordinario, fatigado por mis esfuerzos, dejo a las personas más ilustradas o laboriosas que yo, una investigación de que no me creo capaz; y toda la recompensa que saco de

mi trabajo, es que siento cada vez más la pequeñez de mi espíritu, la profundidad de nuestros misterios, y la necesidad suma que todos tenemos de una autoridad que nos conduzca. Pues bien, Aristeo ¿estás contento?

Aristeo.—No mucho. Todo esto que dices es todavía tan general, que me parece que no me enseñas nada. Ejemplos, te ruego. Descúbreme alguna verdad. Que vea yo un poco cómo te arreglas.

Teodoro.—¿Qué verdad?

Aristeo.—La verdad fundamental de nuestra Religión.

Teodoro.—Pero esta verdad te es ya conocida, y creo habértela demostrado bien.

Aristeo.—No importa. Veamos. No puede ser demasiado probada. Por ella es por donde hay que comenzar.

Teótimo.—Es cierto. Pero será por ella por donde terminaremos; pues tendremos que separarnos pronto.

Aristeo.—Yo espero también que no estaremos mucho tiempo sin reunirnos de nuevo.

V. *Teodoro.*—Es lo que yo no sé. Pues lo deseo tan vivamente que temo mucho que no se realice. Pero no razonemos sobre lo porvenir. Aprovechemos lo presente. Estad atentos a lo que voy a deciros.

Para descubrir por la razón entre todas las Religiones la que Dios ha establecido, es necesario consultar atentamente la noción que tenemos de Dios o del Ser infinitamente perfecto. Pues es evidente que todo lo que hacen las causas debe necesariamente tener con ellas alguna relación. Consultemos, pues, Aristeo, esta noción del Ser infinitamente perfecto, y repasemos en nuestro espíritu todo lo que sabemos de los atributos divinos, puesto que de aquí es de donde debemos sacar la luz que necesitamos para descubrir lo que buscamos.

Aristeo.—Pues bien. Supuesto esto...

Teodoro.—Despacio, despacio, te ruego. Dios conoce perfectamente estos atributos que supongo tienes presentes al espíritu. Se gloría de poseerlos. Tiene por ellos una complacencia infinita. No puede, pues, obrar, sino según lo que es, sino de una

manera que lleve consigo el carácter de estos mismos atributos. Fíjate bien en esto; pues es el gran principio que debemos seguir cuando pretendemos conocer lo que Dios hace o no hace. Los hombres no obran siempre según lo que son. Pero es que tienen vergüenza de sí mismos. Yo conozco a un avaro que tú tomarías por el hombre más liberal del mundo. Así no te confundas. Los hombres no pronuncian siempre por sus acciones y todavía menos por sus palabras, el juicio que tienen de sí mismos, porque no son lo que deberían ser. Pero no sucede lo mismo con Dios. El Ser infinitamente perfecto no puede menos de obrar según lo que es. Cuando obra, pronuncia necesariamente al exterior el juicio eterno e inmutable que tiene de sus atributos, porque se complace en ellos, y se gloría de poseerlos.

Aristeo.—Esto es evidente; pero yo no veo adónde se dirigen todas estas generalidades.

VI. *Teodoro.*—A esto, Aristeo: que Dios no pronuncia perfectamente el juicio que tiene de Sí mismo sino por la encarnación de su Hijo, por la consagración de su Pontífice, por el establecimiento de la Religión que nosotros profesamos, en la cual sola puede Él encontrar el culto y adoración que expresa sus divinas perfecciones, y que está de acuerdo con el juicio que tiene de las mismas. Cuando Dios sacó de la nada el caos, Él pronunció: Yo soy el Todopoderoso. Cuando del caos formó el Universo, se complació en su sabiduría. Cuando creó al hombre libre y capaz del bien y del mal, expresó el juicio que tiene formado de su justicia y de su bondad. Pero cuando une su Verbo a su obra, pronuncia que es infinito en todos sus atributos, que este gran Universo no es nada en relación con Él, que todo es profano con relación a su santidad, a su excelencia, a su Soberana Majestad. En una palabra, Él habla en Dios, obra según lo que es, y según todo lo que es. Compara, Aristeo, nuestra Religión con la de los judíos, la de los mahometanos, y todas las demás que conoces; y juzga cuál es la que pronuncia más distintamente el juicio que Dios forma, y que debemos nosotros formar de sus atributos.

Aristeo.—¡Ah! Teodoro... Te entiendo.

VII. *Teodoro.*—Lo supongo. Pero fíjate en esto: Dios es espíritu y quiere ser adorado en espíritu y en verdad. El verdadero culto no consiste en lo exterior, en tal o cual situación de nuestro cuerpo, sino en tal y cual situación de nuestro espíritu, en presencia de la Majestad Divina, es decir, en los juicios y movimientos del alma. Ahora bien, quien ofrece el Hijo al Padre, quien adora a Dios por Jesucristo, pronuncia por su acción un juicio parecido al que Dios tiene de Sí mismo. Pronuncia, repito, de todos los juicios, el que expresa más exactamente las perfecciones divinas, y sobre todo esta excelencia o santidad infinita que separa a la Divinidad de todo lo demás, o que la realza infinitamente por encima de todas las criaturas. Luego, la fe en Jesucristo es la verdadera Religión, el acceso cerca de Dios por Jesucristo, el solo verdadero culto, la sola vía de poner nuestros espíritus en una situación que adore a Dios, la sola vía por consiguiente, que puede atraernos las miradas de complacencia y benevolencia del Autor de la felicidad que nosotros esperamos.

El que da parte a los pobres de sus bienes, o expone su vida por la salvación de su patria; aquel también que la pierde generosamente por no cometer una injusticia, sabiendo bien que Dios es bastante poderoso para recompensarle del sacrificio que ha hecho de ella, aquel pronuncia en verdad, por esta acción un juicio que honra a la justicia divina, y la hace propicia al mismo. Pero esta acción, aun siendo tan meritoria, no adora perfectamente a Dios, si el que yo supongo aquí capaz de hacerla, se niega a creer en Jesucristo, y pretende tener acceso cerca de Dios sin intermedio de Aquel. Siendo el juicio que este hombre por su denegación tiene de sí mismo, de valer algo en relación con Dios, directamente opuesto al que Dios pronuncia por la misión y consagración de su Pontífice, este juicio presuntuoso hace inútil para su eterna salvación una acción por otra parte tan meritoria. Es que para merecer con justo título la posesión de un bien infinito, no basta expresar por algunas buenas obras de una bondad moral la justicia de Dios; es necesario pronunciar divinamente por la fe en Jesucristo un juicio que honre a Dios según todo lo

que Él es. Pues solamente por el mérito de esta fe es como nuestras buenas obras reciben esta excelencia sobrenatural que nos da derecho a la herencia de los hijos de Dios. Asimismo, es por el mérito de esta fe solamente, como podemos obtener la fuerza de vencer nuestra pasión dominante, y de sacrificar nuestra vida por puro amor a la justicia. Nuestras acciones sacan su moralidad de la relación que tienen con el Orden inmutable, y su mérito de los juicios que por ellas pronunciamos del poder y de la justicia divinos. Pero no sacan su dignidad sobrenatural y por decirlo así, su infinitud y su divinidad, sino por Jesucristo, el sacrificio de cuya encarnación, pronunciando el Sacerdote que no hay ninguna relación entre el Criador y la criatura, establece con eso mismo una relación tan grande, que Dios se complace y glorifica perfectamente en su obra. ¿Comprendes, Aristeo, bien distintamente, lo que yo no puedo expresarte sino de una manera muy imperfecta?

VIII. *Aristeo.*—Me parece que lo comprendo. No existe relación alguna entre lo infinito y lo finito. Esto puede pasar por una noción común. El Universo comparado con Dios no es nada, y por nada debe ser contado. Pero no hay nadie más que los cristianos, los que creen en la Divinidad de Jesucristo, que tengan verdaderamente por nada su propio ser, y este vasto Universo que admiramos. Quizá los filósofos abriguen este juicio. Pero no lo pronuncian. Desmienten al contrario, este juicio especulativo por sus acciones. Osan aproximarse a Dios, como si no supiesen ya que la distancia de Él a nosotros es infinita. Se imaginan que Dios se complace en el culto profano que le rinden. Tienen la insolencia, o si quieres la presunción, de adorarlo. Que se callen. Su silencio respetuoso pronunciará mejor que sus palabras el juicio especulativo que forman de lo que son respecto de Dios. Solamente a los cristianos está permitido abrir la boca, y alabar divinamente al Señor. Solamente ellos tienen acceso cerca de la Soberana Majestad. Es que se cuentan verdaderamente por nada, ellos y todo el resto del Universo, con relación a Dios, cuando protestan que sólo por Jesucristo preten-

den tener alguna relación con Aquel. Este anonadamiento a que se fe los reduce, les da ante Dios una verdadera realidad. Este juicio que desde luego pronuncian con Dios mismo, da a todo su culto un valor infinito. Todo es profano con relación a Dios, y debe ser consagrado por la Divinidad del Hijo para ser digno de la santidad del Padre, para merecer su complacencia y benevolencia. He aquí el fundamento inconmovible de nuestra santa Religión.

IX. *Teodoro.* — Ciertamente, Aristeo, comprendes bien mi pensamiento. De lo finito a lo infinito, y lo que es más, de la profundidad de la nada a que el pecado nos ha reducido, a la santidad divina, a la diestra del Altísimo, la distancia es infinita. Nosotros no somos por la naturaleza sino hijos de ira: *Naturâ filii irae* (1). Estábamos en este mundo como los *Ateos*, sin Dios, sin bienhechor: *Sine Deo in hoc mundo* (2). Pero por Jesucristo henos aquí resucitados ya, elevados y sentados en lo más alto de los cielos: *Convivificavit nos in Christo, et conresuscitavit, et consedere fecit in coelestibus in Christo Jesú* (3). Ahora no sentimos nuestra adopción en Jesucristo, nuestra dignidad, nuestra Divinidad: *Divinae consortes naturae* (4). Pero es que nuestra vida está oculta en Dios con Jesucristo; cuando Jesucristo llegue a aparecer entonces apareceremos también nosotros con Él en la gloria: *Scimus quoniam cúm apparuerit, similes ei erimus* (5). VITA *vestra,* dice San Pablo (6), *est abscondita cúm Christo in Deo. Cúm Christus apparuerit vita vestra, tunc et vos apparebitis cúm ipso in gloria.* No hay ya entre nosotros y la Divinidad esta distancia infinita que nos separaba. *Nunc autem in Christo Jesu vos, qui aliquando eratis longe, facti estis propé in sanguine Christi: ipse enim est pax nostra*

---

(1) Eph. 2. 3.
(2) Ἄθεοι. Vers. 12.
(3) Vers. 5 y 6.
(4) 2. Petr. 4.
(5) I. Joan. 3, 2.
(6) Coll. 3. 3.

(1). Es que por Jesucristo tenemos todos acceso cerca del Padre. *Quoniam per ipsum habemus accessum ambo in uno spiritu ad Patrem. Ergo*, escucha todavía esta conclusión del Apóstol: *Jam non estis hospites et advenae, sed estis cives sanctorum et domestici Dei, superaedificate super fundamentum Apostolorum et Prophetarum, ipso summo angulari lapide Christo Jesu, in quo omnis aedificatio constructa crescit in templum sanctum Domino: in quo et vos coaedificamini in habitaculum Dei in Spiritu.* (2). Pesa todas estas palabras Aristeo. y principalmente las siguientes: *In quo omnis aedificatio constructa crescit in templum sanctum Domino.*

Aristeo.—Teodoro, no existe nadie sino el Hombre-Dios, que pueda unir la criatura al Criador, santificar profanos, construir un templo en que Dios habite con honor. Ahora comprendo el sentido de estas palabras: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi* (3). Es una noción común, que entre lo finito y lo infinito no hay relación. Todo depende de este principio incontestable. Todo culto que desmienta este principio, ofende a la Razón, y deshonra a la Divinidad. La sabiduría eterna no puede ser autor del mismo. Solamente el orgullo, la ignorancia, o al menos la estupidez del espíritu humano puede ahora aprobarlo. Pues no hay quien pronuncie el juicio que Dios tiene formado, y que nosotros mismos debemos formar de la limitación de la criatura, y de la Soberana Majestad del Criador, sino la Religión de Jesucristo.

Teodoro.—¿Qué dices, pues, Aristeo, de los socinistas, y de los arrios, de todos estos falsos cristianos que niegan la Divinidad de Jesucristo, y que no obstante pretenden por Él, tener acceso cerca de Dios?

Aristeo.—Son gentes que encuentran entre lo infinito y lo finito alguna relación, y que comparadas con Dios, se cuentan por algo.

Teótimo.—En modo alguno, Aristeo, puesto que reconocen que solamente por Jesucristo tienen acceso a Dios.

(1) Eph. 2, 13.
(2) Vers. 18.
(3) 2. Cor. 5. 19.

Aristeo.—Sí, pero su Jesús no es más que una mera criatura. Encuentran pues, alguna relación entre lo infinito y lo finito, y pronuncian este falso juicio, este juicio injurioso a la Divinidad, cuando adoran a Dios por Jesucristo. ¿Cómo el Jesús de estos herejes les dará acceso cerca de la Majestad Divina, estando Él infinitamente alejado de la Misma? ¿Cómo establecerá un culto que nos haga pronunciar el juicio que Dios tiene formado de Sí mismo, que exprese la santidad, la divinidad, la infinidad de su esencia? Todo culto fundado sobre un Jesús tal, supone, Teótimo, entre lo infinito y lo finito alguna relación, y rebaja infinitamente la Majestad Divina. Es un culto falso, injurioso a Dios, incapaz de reconciliarle con los hombres. No puede haber otra Religion verdadera que la que está fundada sobre el Hijo único del Padre, sobre este Hombre-Dios que une el cielo con la tierra, lo finito con lo infinito, por el acuerdo incomprensible de las dos naturalezas, que Le hacen al mismo tiempo igual a su Padre y semejante a nosotros. Esto me parece evidente.

X. *Teótimo.*—Es claro, te lo confieso. Pero ¿qué diremos de los Ángeles? ¿Han esperado para glorificar a Dios que Jesucristo estuviese a su cabeza?

Aristeo.—No abandonemos, Teótimo, lo que nos parece evidente, cualquiera que sea la dificultad que tengamos para ponerlo de acuerdo con ciertas cosas que apenas conocemos. Responde por mí, Teodoro, te ruego.

Teodoro.—Los Ángeles no han aguardado a después de Jesucristo, pues Jesucristo es antes que ellos. Es el primogénito de todas las criaturas. *Primogenitus omnis creaturae* (1). No hace dos mil años que ha nacido en Belén, pero hace seis mil que ha sido inmolado: *Agnus occisus est ab origine mundi* (2). ¿Cómo es esto? Es que el primero de los designios de Dios, es la encarnación de su Hijo, porque solamente en Él recibe Dios la adoración de los Ángeles, ha permitido los sacrificios de los judíos, y re-

(1) Coll. 1, 15.
(2) Apoc. 13. 8.

cibe y recibirá eternamente nuestras alabanzas. *Jesus Christus heri, et hodie, ipse et in saecula* (1). Todo expresa y figura a Jesucristo. Todo a su manera se relaciona con Él, desde la más noble de las inteligencias, hasta los insectos más despreciados. Cuando Jesucristo nace en Belén, entonces los Ángeles glorifican al Señor. Cantan todos de común acuerdo, *Gloria in altissimus Deo* (2). Declaran todos que por Jesucristo es como el cielo está lleno de gloria. Pero es a nosotros a quienes lo declaran, a nosotros a quienes lo futuro no está presente. Han protestado siempre ante el Que es inmutable en sus designios, y ve sus obras antes de ser ejecutadas, que necesitaban un Pontífice para adorarle divinamente. Han reconocido por su Jefe al Salvador de los hombres, aun antes de su nacimiento temporal. Se han contado siempre por nada en relación a Dios, a no ser quizá estos Ángeles soberbios que han sido precipitados en los infiernos por su orgullo.

Aristeo.—Me haces recordar, Teodoro, lo que canta la Iglesia, cuando se está dispuesto a ofrecer a Dios el sacrificio: *Per quem Majestatem tuam laudant Angeli, adorant Dominationes, tremunt Potestates*, y lo demás. El Sacerdote alza su voz para elevar nuestros espíritus hacia el cielo, *Sursum corda*, para enseñarnos que por Jesucristo es como los Ángeles mismos adoran la Majestad Divina, y para llevarnos a unirnos a ellos bajo este divino Jefe, a fin de no formar más que un mismo corazón de alabanzas, y poder decir a Dios, *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth: Pleni sunt coeli et terra gloria tua*. El cielo y la tierra están llenos de la gloria de Dios, pero es por Jesucristo, el Pontífice del Altísimo. Solamente por Él es como las criaturas, por excelentes que sean, pueden adorar a Dios, rogarle, rendirle acciones de gracias por sus beneficios.

Teótimo.—Ciertamente, es en Jesucristo, donde todo subsiste, puesto que sin Él el cielo mismo no es digno de la Majestad del

(1) Heb. 13. 8.

(2) Luc. 2. 13.

Criador. Los Angeles por sí mismos, no pueden tener relación, acceso, sociedad con el Ser infinito. Es preciso que Jesucristo intervenga, que apacigüe el cielo y la tierra, en una palabra que reconcilie con Dios todas las cosas en general. Es verdad que no es el Salvador de los Angeles, en el mismo sentido que lo es de los hombres. No los ha librado de sus pecados como a nosotros; pero los ha librado de la incapacidad natural a la criatura de tener con Dios alguna relación, de poder honrarle divinamente. Así, Él es su Jefe como lo es nuestro, su Mediador, su Salvador; puesto que solamente por Él es como ellos subsisten y se aproximan a la Majestad infinita de Dios, como pueden pronunciar de acuerdo con Dios mismo el juicio que tienen formado de su santidad. Me parece que San Pablo tenía presente esta verdad, cuando escribía a los colosenses estas palabras completamente divinas. *Eripuit nos de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum filii dilectionis suae, in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum· qui est imago, Dei invisibilis,* PRIMOGENITUS OMNIS CREATURAE, *quoniam in ipso condita sunt universa in coelis et in terra, visibilia et invisibilia, sive Throni, sive Dominationes; sive Principatus, sive Potestates: omnia per ipsum et in ipso creata sunt:* ET IPSE EST ANTE OMNES, ET OMNIA IN IPSO CONSTANT: ET IPSE EST CAPUT CORPORIS ECCLESIAE, *qui est principium, primogenitus ex mortuis,* UT SIT IN OMNIBUS IPSE PRIMATUM TENENS, *quia in ipso complacuit omnem plenitudinem inhabitare, et per eum reconciliare* OMNIA *in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus sive quae in terris, sive quae in* COELIS SUNT. ¡Qué excelentes palabras son estas, y cómo expresan la gran idea que debemos tener de nuestra santa Religión!

Aristeo.—Es verdad, Teótimo, que este pasaje de San Pablo, y quizá algunos otros, está perfectamente de acuerdo con lo que acabamos de decir. Pero es necesario confesar de buena fe, que el gran motivo que la Escritura da a Dios de la encarnación de su Hijo, es su bondad para los hombres. *Sic Deus dilexit mundum,* dice San Juan, *ut filium suum unigenitum daret.* Hay multitud de

otros lugares, que tu sabes mejor que yo, que nos enseñan esta verdad.

Teótimo.—¡Quién duda que el Hijo de Dios se haya hecho hombre por bondad hacia los hombres, para librarlos de sus pecados? Pero ¡quién puede dudar tampoco, de que nos libra de nuestros pecados para consagrarnos un templo vivo en la gloria de su Padre, a fin de que nosotros y los Ángeles mismos honremos por Él divinamente a la Majestad Soberana? Estos dos motivos no son contrarios; están subordinados uno a otro. Y puesto que Dios ama todas las cosas en proporción que son amables, puesto que se ama infinitamente más que a nosotros, es claro que el más grande de estos dos motivos, aquel a que todos los demás se refieren, es que sus atributos sean divinamente glorificados por todas sus criaturas en Jesucristo Nuestro Señor.

Como la Escritura no está hecha para los Ángeles, no era necesario que nos repitiese con frecuencia que Jesucristo había venido a ser su Jefe, lo mismo que nuestro, y que no formaremos con ellos sino una sola Iglesia y un solo concierto de alabanzas. La Escritura, hecha para hombres, y para hombres pecadores, debía hablar como lo ha hecho, y proponernos incensantemente el motivo más capaz de excitar en nosotros una ardiente caridad para nuestro Libertador. Ella debía representarnos nuestra indignidad, y la necesidad absoluta de un Mediador para tener acceso cerca de Dios; necesidad todavía mucho mejor fundada sobre la nada y la abominación al pecado, que sobre la incapacidad natural a todos los seres creados. Todas las puramente criaturas no pueden por sí solas honrar a Dios divinamente; pero tampoco le deshonran como el pecador. Dios no pone en ellas su complacencia, pero tampoco las aborrece como el pecado y a quien lo comete. Era necesario, pues, que la Escritura hablase como lo ha hecho de la encarnación de Jesucristo, para hacer sentir a los hombres sus miserias, y la misericordia de Dios; para que el reconocimiento de nuestras miserias nos

mantuviese en la humildad, y la misericordia de Dios nos llenase de confianza y de caridad.

Teodoro.—Tienes razón Teótimo. La Sagrada Escritura nos habla según los designios de Dios, que son humillar a la criatura, unirla a Jesucristo, y por Jesucristo a Él. Si Dios ha dejado que todos los hombres sean envueltos por el pecado, para tenerles misericordia en Jesucristo, es con el fin de abatir su orgullo, y poner de relieve el poder y la dignidad de su Pontífice. Ha querido que debiésemos a nuestro divino Jefe todo lo que somos, para enlazarnos con Él más estrechamente. Ha permitido la corrupción de su obra, con el fin de que el Padre del mundo futuro, el Autor de la Celeste Jerusalén trabajase sobre la nada, no del ser, sino de la santidad y de la justicia, y que viniésemos a ser en Él y por Él una nueva criatura; a fin de que llenos de la Divinidad, cuya plenitud habita en Él substancialmente, pudiésemos únicamente por Jesucristo rendir a Dios honores divinos. ¡Que no debemos al Que nos eleva a la dignidad de hijos de Dios, después de habernos sacado de un estado peor que la nada misma; y que para sacarnos del mismo se anonada hasta hacerse semejante a nosotros, con objeto de ser la víctima de nuestros pecados? ¿Por qué pues, la Escritura, que no está hecha para los Ángeles, que no está hecha tanto para los filósofos como para las gentes sencillas que no está hecha sino para hacernos amar a Dios, y enlazarnos con Jesucristo, y por Jesucristo a Él; por qué, repito, nos habla de explicar la Escritura los designios de la encarnación con relación a los Ángeles; por qué había de insistir sobre la indignidad natural a todas las criaturas; siendo la indignidad del pecado infinitamente más sensible, y la vista de esta indignidad mucho más capaz de humillarnos y anonadarnos ante Dios?

Los Ángeles que están en el Cielo no han ofendido nunca a Dios. Sin embargo, San Pablo nos enseña que Jesucristo apacigua lo que está en el Cielo lo mismo que lo que está sobre la tierra: *Pacificans per sanguinem crucis ejus sive quae in terris sunt, sive qua in coelis* (1); que Dios restablece, que sostiene, o según es

(1) Coll. I.

Griego, que reune todas las cosas bajo un mismo Jefe, lo que está en el Cielo y lo que está en la Tierra: *Instaurare omnia in Christo, quae in coelis, et quae in terra sunt in ipso* (1). Que Jesucristo es en una palabra el Jefe de toda la Iglesia: *Et ipsum dedit caput supra omnen Ecclesiam* (2). ¿No basta esto para hacernos comprender, que solamente por Jesucristo es como los Ángeles mismos adoran a Dios divinamente, y que no tienen sociedad, acceso, relacción con Él, sino por este Hijo muy amado, en Quien el Padre se goza únicamente, por Quien Él se complace perfectamente en Sí mismo? *Dilectus meus in quo benè complacuit animae meae* (3).

Aristeo.—Esto me parece evidente. No hay dos Iglesias distintas, dos santas Siones. *Accessistis*, dice San Pablo, *ad Sion montem et civitatem Dei viventis, Jerusalem coelestem, et multorum Angelorum frequentiam* (4). Y puesto que Dios ha colocado a Jesucristo sobre toda la Iglesia, creo que solamente por Él es como los Ángeles mismos rinden a Dios sus deberes, y son estos deberes y han sido siempre favorablemente recibidos por Él. Pero tengo una dificultad que proponerte contra el principio que en primer lugar has establecido.

XII. Nos has dicho, Teodoro, que Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad, es decir, por juicios y movimientos del alma; y que nuestro culto, y aun nuestras buenas obras sacan su bondad moral de los juicios que ellas pronuncian, juicios que están conformes con los atributos divinos, o con el Orden inmutable de las perfecciones divinas. Tú me entiendes bien. Pero dime, te ruego, ¿crees que las gentes sencillas entienden tanta finura? ¿Crees tú que forman juicios de estos que adoran a Dios en espíritu y en verdad? Sin embargo, si la generalidad de los hombres no forman de los divinos atributos o de las perfecciones divinas, el juicio que deben formar, no pronunciarán estos

(1) Ἀνακεφαλαιώσασθαι.
(2) Eph. 1. 10. Vers. 22.
(3) Matth. 12. 18.
(4) Hebr. 12. 20.

juicios por sus acciones. Así no harán buenas obras. No adorarán tampoco en espíritu y en verdad por su fe en Jesucristo, si no saben bien, que ofrecer el Hijo al Padre, es declarar que la criatura y los pecadores no pueden tener directamente relación con Dios. Y en esto es en lo que me parece que muchos cristianos no piensan. Buenos cristianos sin embargo, y que no creo que tú te atrevas a condenar.

Teodoro.—Fíjate bien, Aristeo. No es absolutamente necesario para hacer una buena acción, saber distintamente que se pronuncia por ella un juicio que honra los atributos divinos, o que esté conforme con el Orden inmutable de las perfecciones que encierra la Esencia divina. Pero para que nuestras acciones sean buenas, es preciso necesariamente que pronuncien por sí mismas juicios de esta clase; y que el que obra tenga al menos confusamente la idea del Orden, y que lo ame, aunque no sepa muy bien lo que es. Me explicaré. Cuando un hombre da limosna, puede suceder que no piense entonces que Dios es justo. Muy lejos de formar este juicio, de que hace honor por su limosna a la justicia divina, y que se atrae su favor, puede suceder que no piense en la recompensa. Puede suceder también que no sepa que Dios encierra en Sí mismo este Orden inmutable cuya belleza le afecta actualmente; ni que es la conformidad que tiene su acción con este Orden, es lo que la hace esencialmente buena, y agradable a Aquel cuya ley inviolable no es sino este mismo Orden. Sin embargo, es verdadero decir, que el que da alguna limosna, pronuncia por su liberalidad este juicio: Dios es justo; y que lo pronuncia tanto más distintamente, cuanto el bien de que se priva por su caridad, le sería más necesario para satisfacer sus pasiones; y que en fin, cuanto más distintamente lo pronuncia, hace tanto más honor a la justicia divina, la lleva tanto más a recompensarle, adquiere ante Dios más grandes méritos. Del mismo modo, aunque no sepa precisamente lo que es el Orden inmutable, y que la bondad de su acción consiste en la conformidad en que está con este mismo Orden, es verdad no obstante, que no es ni puede ser justa sino por esta conformidad.

Después del pecado nuestras ideas son tan confusas, y la ley natural está de tal modo extinguida, que tenemos necesidad de una ley escrita, que nos enseñe sensiblemente lo que debemos hacer o no hacer. Como la mayor parte de los hombres no penetran en sí mismos, no oyen esta voz interior que les grita: *Non concupisces*. Ha sido preciso que esta voz se pronunciase al exterior, y que entrase en su espíritu por los sentidos. Sin embargo no han podido nunca borrar enteramente la idea del orden, esta idea general que responde a estas palabras: *Es necesario, se debe, es justo que.* Pues el menor signo despierta esta idea imborrable aun en los niños que todavía están cogidos al pecho. Sin esto, los hombres serían completamente incorregibles, o más bien absolutamente incapaces de bien y de mal. Ahora bien, con tal que se obre con dependencia de esta idea confusa y general del Orden, y que lo que se hace esté por otra parte perfectamente conforme con esto, es cierto que el movimiento del corazón está regulado, aunque el espíritu no esté muy esclarecido. Es verdad que la obediencia a la autoridad divina es la que hace a los fieles y a los buenos. Pero como Dios no puede mandar sino según su ley inviolable, el Orden inmutable, sino según el juicio eterno e invariable que tiene formado de Sí mismo y de las perfecciones que encierra en su esencia, es claro que todas nuestras obras no son esencialmente buenas, sino porque expresan y pronuncian, por así decir, este juicio. Vengamos ahora a la objección de estos buenos cristianos que adoran a Dios en la simplicidad de su fe.

XIII. Es evidente que la encarnación de Jesucristo pronuncia, al exterior, por decirlo así, este juicio que Dios tiene de Sí mismo; que nada finito puede tener relación con Él. El que reconoce la necesidad de un Mediador, pronuncia sobre su propia indignidad; y si cree al mismo tiempo que este Mediador no puede ser mera criatura, por excelente que se la quiera suponer, realza infinitamente la Majestad Divina. Su fe, está pues, en sí misma, conforme con el juicio que Dios tiene de nosotros y de sus divinas perfecciones. Así, ella adora a Dios perfectamente; puesto que por estos juicios verdaderos, y conformes a los que

Dios tiene de Sí mismo, pone al espíritu en la situación más respetuosa posible en presencia de su infinita Majestad. Pero, la mayor parte de los cristianos, dices, no entienden tanta finura. Van a Dios sencillamente por completo. No advierten ni aun que están en esta unión tan respetuosa. Te confieso que no lo saben todos de la manera que tú lo sabes. Mas no dejan de estar. Y Dios ve muy bien que están, al menos en la disposición de su corazón. Ceden a Jesucristo que está a su cabeza, y que lleva consigo la palabra, el presentarlos a Dios en el estado que les conviene. Y Jesucristo, que los mira como a su pueblo, como a los miembros de su propio cuerpo, como unidos a Él por su caridad y por su fe, no deja de hablar por ellos, y de pronunciar altamente lo que no sabrían ellos expresar. Así, todos los cristianos en la simplicidad de su fe, y la preparación de su corazón, adoran incesantemente por Jesucristo, con una adoración muy perfecta y agradable a Dios, todos sus divinos atributos. No es necesario, Aristeo, que sepamos exactamente las razones de nuestra fe, quiero decir las razones que la Metafísica puede suministrarnos. Pero es absolutamente necesario que la profesemos; del mismo modo que no es necesario que concibamos distintamente lo que constituye la moralidad de nuestras obras, aunque sea absolutamente necesario que las realicemos buenas. Yo no creo, sin embargo que los que se ocupan en filosofar, puedan emplear el tiempo más útilmente, que en tratar de obtener alguna inteligencia de las verdades que la fe nos enseña.

Aristeo.—Ciertamente, Teodoro, no hay placer más sensible, o al menos alegría más sólida, que la que produce en nosotros la inteligencia de las verdades de la fe.

Teótimo.—Sí, en los que tienen mucho amor por la Religión, y cuyo corazón no está pervertido. Pues hay gentes a quienes la luz molesta. Se incomodan de ver lo que acaso quisieran no existiese.

Teodoro.—Hay pocas gentes de esta clase, Teótimo. Pero hay muchas que temen, y con razón, que se caiga en algún error y se arrastre a él a los demás. Se alegrarían que se aclarasen las ma-

terias, y que se defendiese la Religión. Mas como se desconfía naturalmente de los que no se conoce, tiene miedo, se asusta uno, se anima, y son pronunciados enseguida juicios apasionados, siempre injustos y contrarios a la caridad. Esto hace callar á muchas gentes, que quizá deberían hablar, y de quienes yo hubiera aprendido mejores principios que los que te he propuesto. Pero frecuentemente, esto no obliga al silencio a estos autores aturdidos y temerarios, que publican atrevidamente todo lo que les viene al espíritu. En cuanto a mí, cuando un hombre tiene por principio, no rendirse más que a la evidencia y a la autoridad, cuando advierto que no trabaja sino para buscar buenas pruebas de los dogmas recibidos, no temo que pueda extraviarse peligrosamente. Quizá caiga él en algún error, pero ¿qué quieres?, éso está unido a nuestra miserable condición. Es desterrar de este mundo a la Razón, si hay que ser infalible para tener derecho a razonar.

Aristeo.—Es necesario, Teodoro, que te confiese de buena fe mi prevención. Antes de nuestra entrevista mi sentir era, que precisaba en absoluto desterrar la Razón de la Religión, como no siendo capaz sino de perturbarla. Pero al presente reconozco, que si la abandonásemos a los enemigos de la fe, seríamos bien pronto empujados al extremo, y desacreditados como brutos. El que tiene a la Razón de su parte, posee armas muy poderosas para hacerse dueño de los espíritus. Pues, somos, en fin todo razonables, y esencialmente razonables. Y pretender despojarse de su razón, como se despoja uno del gravamen de un vestido de ceremonia, es ponerse en ridículo, e intentar inútilmente lo imposible. También, a la vez que yo decidía que no se necesitaba nunca razonar en Teología, me daba perfecta cuenta que exigía a los Teólogos lo que jamás me concederían. Comprendo ahora, Teodoro, que daba yo en un exceso peligroso, y que no hacía mucho honor a nuestra santa Religión fundada por la Soberana Razón, que se ha acomodado a nosotros, con objeto de hacernos más razonables. Vale más atenerse a la moderación que tú has adoptado, de apoyar los dogmas sobre la autoridad de la Iglesia, y buscar pruebas de estos dogmas en los principios más

simples y claros que la Razón nos suministre. Así, es necesario, hacer servir la Metafísica a la Religión (pues de todas las partes de la Filosofía apenas hay más que ésta que pueda serle útil) y derramar sobre las verdades de la fe esta luz que sirve para asegurar el espíritu, y ponerlo bien de acuerdo con el corazón. Conservaremos de este modo la cualidad de razonables, no obstante nuestra obediencia y sumisión a la autoridad de la Iglesia.

Teodoro.—Permanece firme, Aristeo, en este pensamiento; siempre sumiso a la autoridad de la Iglesia, siempre dispuesto a rendirte a la Razón. Pero no tomes las opiniones de algunos doctores, de algunas comunidades, y aun de una nación entera por verdades ciertas. No las condenes tampoco demasiado ligeramente. Con respecto a las opiniones de los filósofos, no te rindas jamás completamente a ellas sino cuando la evidencia te obligue y fuerze a hacerlo. Te doy este consejo a fin de curar el mal que podría yo haber hecho; y que si he tenido la desgracia de proponerte como verdaderas, opiniones poco ciertas, puedas reconocer la falsedad de las mismas siguiendo este buen consejo, este consejo tan necesario, y que temo mucho haber descuidado con frecuencia.

ÍNDICE DE LAS CONVERSACIONES

Páginas.

I. Conversación.—Del alma, y que es distinta del cuerpo. —De la naturaleza de las ideas.—Que el mundo donde nuestros cuerpos habitan y que nosotros miramos es muy diferente del que vemos..... 5

II. Conversación.—De la existencia de Dios.—Que podemos ver en Él todas las cosas, y que nada finito puede representarlo.—De suerte que basta pensar en Él para saber que es..... 24

III. Conversación.—De la diferencia que existe entre nuestros sentimientos y nuestras ideas.—Que no hay que juzgar de las cosas sino por las ideas que las representan, y en modo alguno por los sentimientos de que se es afectado en su presencia o con ocasión suya..... 38

IV. Conversación.—En general de la naturaleza y de las propiedades de los sentidos.—De la sabiduría de las leyes de la unión del alma y el cuerpo.—Esta unión cambiada en dependencia por el pecado del primer hombre. 61

V. Conversación.—Del uso de los sentidos en las ciencias.—Hay en nuestros sentimientos idea clara y sentimiento confuso.—La idea no pertenece al sentimiento.—La idea es la que ilumina al espíritu el sentimiento el que lo

Página s

aplica y pone atento; pues por el sentimiento es como la idea inteligible se hace sensible..... 84

VI. Conversación.—Pruebas de la existencia de los cuerpos sacadas de la revelación.—Dos clases de revelaciones.—De qué procede que las revelaciones naturales de los sentimientos nos dan una ocasión de error..... 103

VII. Conversación. De la ineficacia de las causas naturales, o de la impotencia de las criaturas.—Que no estamos unidos inmediata y directamente más que a Dios solo.. 121

VIII. Conversación.—De Dios y de sus atributos..... 147

IX. Conversación.—Que Dios obra siempre según lo que es.—Que lo ha hecho todo para su gloria en Jesucristo, y que no ha formado sus designios sin tener en cuenta los procedimiento de ejecutarlos..... 172

X. Conversación.—De la magnificencia de Dios en la grandeza y el número indefinido de sus diferentes obras.—De la simplicidad y fecundidad de los procedimientos por que Dios las conserva y desenvuelve.—De la Providencia de Dios en la primera impresión del movimiento que Él comunica a la materia.—Que este primer paso de su conducta, que no está determinado por leyes generales está regulado por una sabiduría infinita..... 188

XI. Conversación.—Continuación del mismo asunto.—De la Providencia general en la ordenación de los cuerpos, y en las combinaciones infinitamente infinitas de lo físico con lo moral, de lo natural con lo sobrenatural..... 225

XII. Conversación. De la Providencia divina en las leyes de la unión del alma y el cuerpo, y que Dios nos une por ellas a todas sus obras.—De las leyes de la unión del espíritu con la Razón.—Por estas dos clases de leyes es como se forman las sociedades.—Cómo Dios, por los Ángeles distribuye a los hombres los bienes temporales, y por Jesucristo la gracia interior y toda clase de bienes.—De la generalidad de la Providencia..... 252

Páginas

XIII. Conversación.—Que no hay que criticar la manera ordinaria de hablar de la Providencia.—Cuáles son las principales leyes generales por las que Dios gobierna el mundo.—De la Providencia de Dios en la infalibilidad que conserva a su Iglesia..... 282

XIV. Conversación.—Continuación del mismo asunto.—La imcomprensibilidad de nuestros misterios es una prueba demostrativa de su verdad.—Manera de aclarar los dogmas de la fe.—De la Encarnación de Jesucristo.—Prueba de su divinidad contra los socinistas. Ninguna criatura, los Ángeles mismos, no pueden adorar a Dios sino por Él.—Cómo la fe en Jesucristo nos hace agradables a Dios..... 130

SOBRE LA METAFISICA
Y LA RELIGION

B1898
M4M34